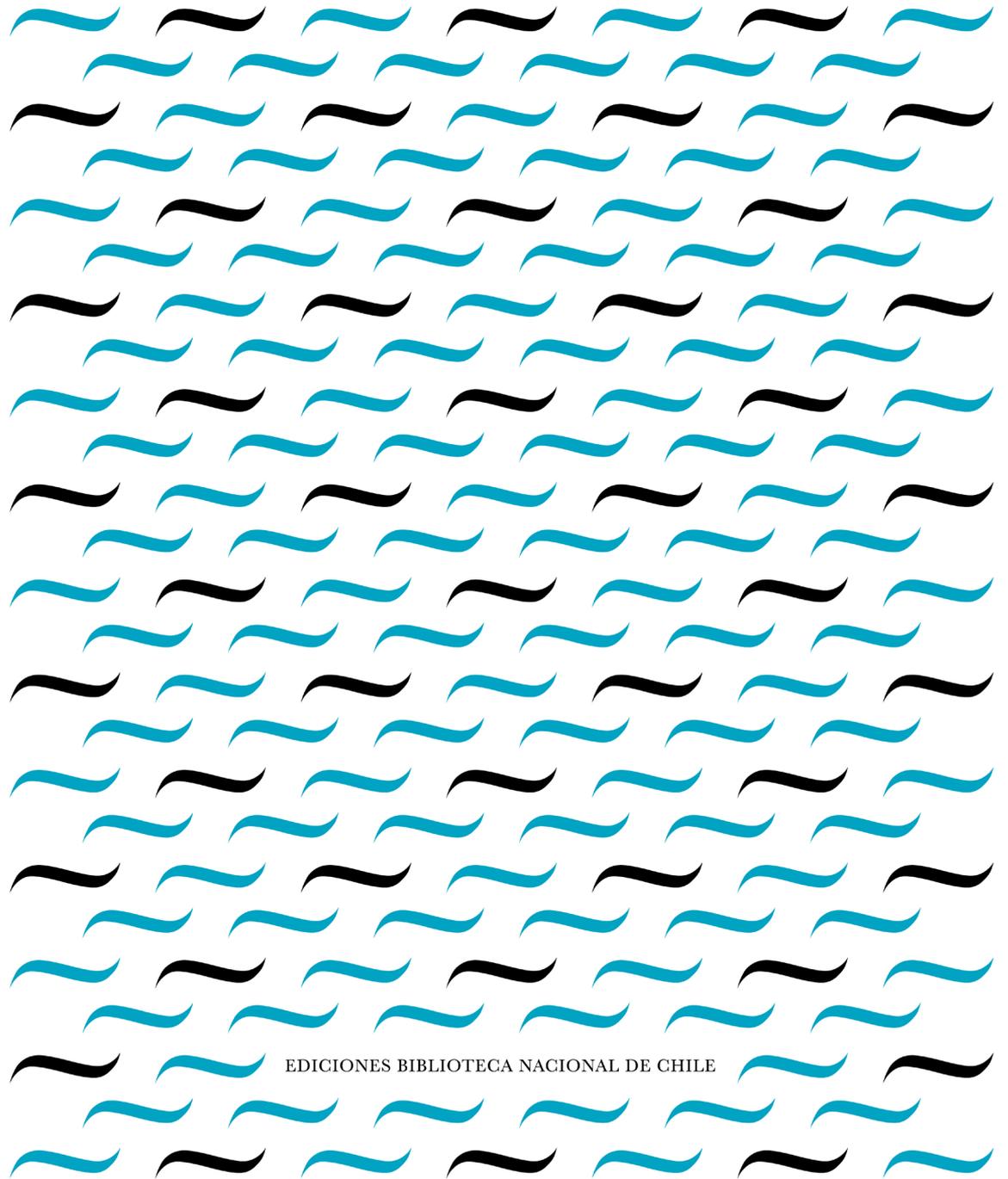


МАРОСНО

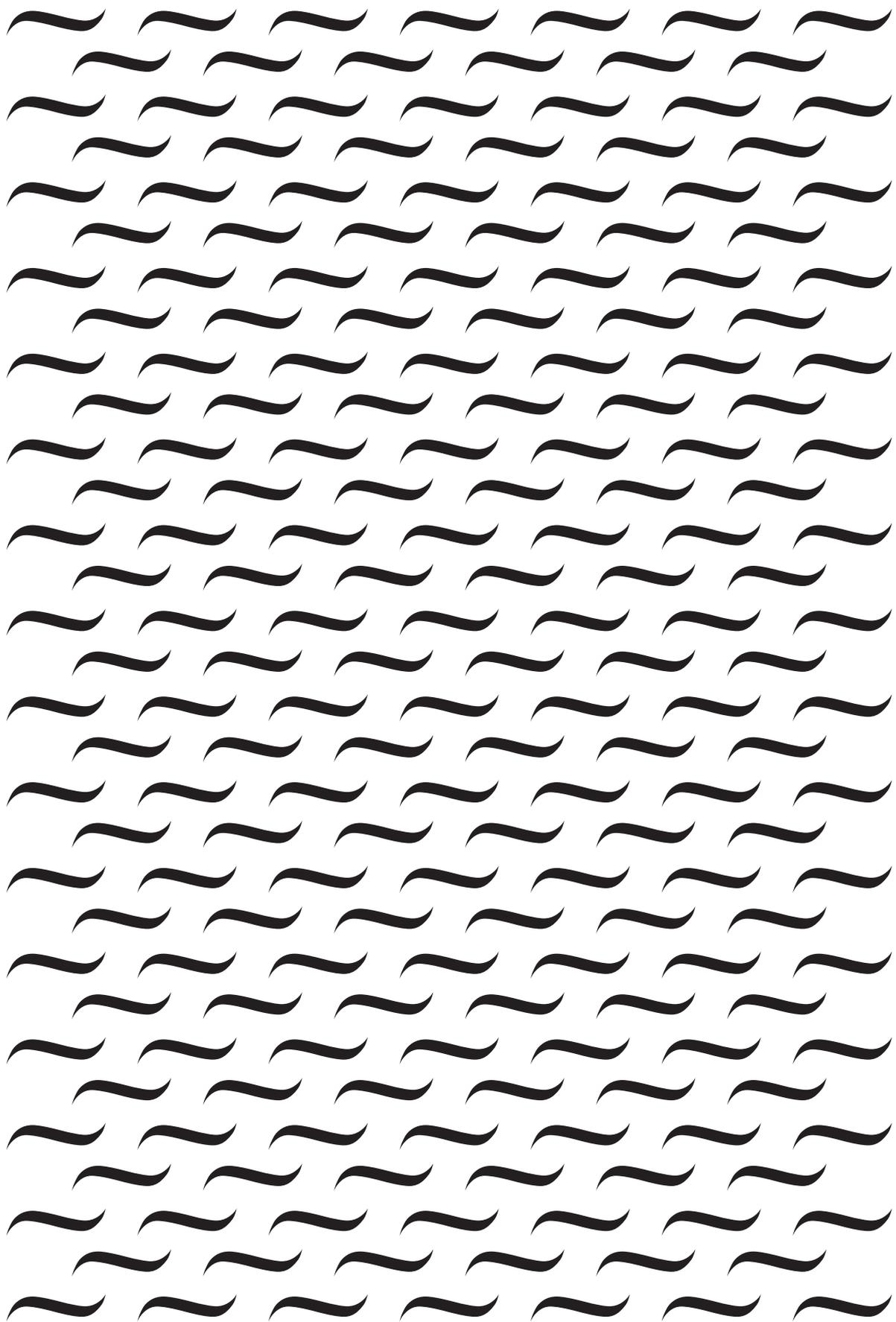
2024

REVISTA DE HUMANIDADES

Nº 94



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



MAPOCHO

R E V I S T A
D E
H U M A N I D A D E S

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2024
© Revista *Mapocho*, 2024

Nº 94 / Primer semestre de 2024
ISSN: 0716-2510

Biblioteca Nacional de Chile

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651
Santiago de Chile
+562 2360 5232
www.bibliotecanacional.cl

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes

Noela Salas Sharim

Subsecretaria del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Directora de la Biblioteca Nacional de Chile

Soledad Abarca de la Fuente

Derechos exclusivos reservados
para todos los países

Director Revista *Mapocho*

Carlos Ossandón Buljević

Consejo editorial

Santiago Aránguiz Pinto
Soledad Falabella Luco
Marcos García de la Huerta I.
Thomas Harris Espinosa
Pedro Lastra Salazar
Carlos Ossandón Buljević
Jaime Rosenblitt Berdičesky
Carlos Ruiz Schneider
Rafael Sagredo Baeza
Maximiliano Salinas Campos
Carolina Tapia Valenzuela
José Promis Ojeda
Macarena Urzúa Opazo
Pedro Pablo Zegers Blačič

Dirección editorial

Thomas Harris Espinosa

Diseño editorial

Felipe Leal Troncoso

Asistente editorial

Carla Salazar Núñez

Secretaria

Araceli González Cerei

Distribución

Nora Carreño Cepeda

Preparación de archivos

Ricardo Acuña Díaz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

MAPOCHO

PRIMER
SEMESTRE
de 2024

94

EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Í N D I C E

- 0 0 9 Presentación
Carlos Ossandón B.

D O S S I E R

El tema de la libertad en José Victorino Lastarria

- 0 1 2 El Lastarria liberal: clave aunque di-
mensionémoslo en su justa medida
Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

- 0 2 8 Interpretando el pensamiento
de Lastarria: la libertad como
problema filosófico
Benjamín Ugalde

H U M A N I D A D E S

- 0 4 6 La idea de democracia en Salvador
Allende y sus proyecciones
Carlos Ruiz Schneider
- 0 7 0 Juan Francisco Manzano, Esclavo.
Autobiografía (1835): reimpresiones
de lectura
Rodrigo Cánovas
- 0 9 0 Santurce, memoria de una tierra
prometida: a propósito de *Tres vidas
ejemplares del Santurce antiguo*, de
Rodríguez Juliá
Rubén González Orozco
- 1 1 2 Amores difíciles: *La Voz Sentimental*
Nicolás Cruz

T E S T I M O N I O S

- 1 4 4 María Zambrano en la Embajada de la
República española en Chile (Artículos
olvidados de la guerra civil publicados
en el diario *Crítica* de Buenos Aires)
Francisco Martín Cabrero

- 1 7 8 El año lírico de Nicomedes Guzmán
Luciano Leal Hernández

D E P U Ñ O Y L E T R A

- 1 8 6 Manuscritos de Nicomedes Guzmán
(en la conmemoración del
centenario de su nacimiento)

R E S E Ñ A S

- 1 9 6 *La casa de Platón (filosofía lúdica
de la historia)*. Excurso: Proyecto
Antroposófico por Militza Farga.
Cristóbal Holzapfel
Darío Montero
- 2 0 2 *Los siete naufragos*.
Edición definitiva por Carlos Almonte
y Juan Carlos Villavicencio.
Thomas Harris
Magda Sepúlveda Eriz
- 2 0 8 *Las razones y las fuerzas*.
Ensayos sobre filosofía en Chile.
Alejandro Fielbaum S
Cristóbal Friz
- 2 1 4 *Epistolario y otros textos de Santiago
Arcos y Arlegui*.
Santiago Arcos-Halyburton
Joaquín Trujillo Silva

Presentación

Por extraño que parezca, hay algo importante que une las dos exposiciones —bien diferentes— que dan cuerpo al presente Dossier referido al tema de la libertad en José Victorino Lastarria. No tiene que ver con la información que despliegan sino antes bien con un cierto “movimiento interno” que comparten discursivamente ambos autores. Si bien lo que interesa es principalmente Lastarria y no un periodo de nuestra historia intelectual y política, se podría decir que —de un modo parecido al modo como Ernst Cassirer se refiere a la Ilustración— tanto en Alfredo Jocelyn-Holt como en Benjamín Ugalde se aprecia el esfuerzo por captar el impulso esencial o el *pathos* que caracterizaría la obra y la actuación pública de José Victorino Lastarria, incluidos sus cambios. Es precisamente este plano común o compartido el suelo desde el cual los dos polemistas hacen ver o “lucen” (como habría podido decir el propio Lastarria) sus enriquecedoras diferencias. Debiera estar demás señalar que el modo como estamos disponiendo las cosas es ciertamente una interpretación y no emanación sin más de los textos que entran en liza.

Una lectura posible de estas diferencias, diría que el texto de Jocelyn-Holt subraya el “principismo” liberal de Lastarria sin dejar de fundir al personaje con su presente y con la percepción que tiene de su propia ubicación o reconocimiento en éste. El texto de Ugalde, en cambio, busca subrayar el *status* de “pensador” de Lastarria, que habría que entender bajo el modelo del “hombre de letras”, anterior por lo tanto a la profesionalización de los saberes. Todo esto sin desconocer —ambos— la problematicidad de los contextos, la psicología y la praxis del sujeto en cuestión así como la controversial “realización” en Chile del liberalismo como matriz intelectual y política.

En unos escenarios como los actuales que no siempre exhiben los tiempos necesarios para evaluar o discutir autores importantes, o que suelen, además, o por lo mismo, privarnos de tradiciones hermenéuticas o de formas de leer más o menos reconocidas o estables, el debate de Alfredo Jocelyn-Holt y Benjamín Ugalde es un valioso aporte que revista *Mapocho* no podía dejar pasar.

Carlos Ossandón B.
Director revista *Mapocho*

DOSSIER

**El tema de la libertad en
José Victorino Lastarria**

EL LASTARRIA LIBERAL: CLAVE AUNQUE DIMENSIONÉMOSLO EN SU JUSTA MEDIDA

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier*

* Historiador, D. Phil. Oxford University, Profesor de la Universidad de Chile, Facultades de Derecho y Filosofía y Humanidades. Autor de diversos libros sobre historia de Chile.



Monumento a José Victorino Lastarria, de Raúl Vargas.

Agradezco a la Fundación para el Progreso, y a Benjamín Ugalde, la invitación a presentar el libro *José Victorino Lastarria: Un pensador de la libertad*¹ en conjunto, además, con Jorge Gómez, a quien conozco desde hace años, justamente a causa de esta fascinación con el liberalismo que ahora nos convoca Benjamín y su obra.

El libro reafirma esta atracción política, y eso que su autor no ha dejado de sorprendernos antes por sus intereses muy diversos, además de filosóficos, filosófico clásicos (Aristóteles y Gorgias), y no menos concernientes a nuestra actualidad política (acerca del “octubre chileno”, incluso habiendo sido editor de

1 Benjamín Ugalde, *José Victorino Lastarria: Un pensador de la libertad* (Ediciones Democracia y Libertad), 2023.

un temprano libro sobre el fenómeno, al cual me convidó escribir un ensayo²). A lo que ahora nos lleva, sin embargo, es al siglo XIX. Época liberal, por excelencia, objeto de crítica no tan distinta a la que se libra sin piedad en su contra, otra vez, en nuestros días. Y vaya que no. Sería extrañísimo que no tuviera dicho efecto. El liberalismo es la ideología que más tiempo ha durado, habiendo podido sobrevivir las más fuertes andanadas. Aun así, ¿qué laya de liberalismo es el que sólo valora sus logros? De ahí que comencemos admitiendo que se le hace un flaco favor eximiéndolo de posibles enjuiciamientos. Lo digo para que no se malentienda si parezco llevarle un poco la contra al liberalismo en esta presentación.

Le encuentro tres grandes valores a este estudio y antología de escritos con que se pretende rescatar a José Victorino Lastarria, y por los cuales felicito a Benjamín: (1) El que se plantee a contracorriente del sentir predominante que se tiene sobre el personaje y, de paso, sobre el liberalismo. (2) El que insista en que lo que define a Lastarria es el *principismo*, su fuerte, aunque también su máxima debilidad. Esto último, no sé si Benjamín me lo va a aceptar (el término *principismo*, por de pronto, Benjamín no lo usa). Y, (3) el que deje en claro que no puede apreciarse el liberalismo chileno sin una figura tan indispensable como la de Lastarria, aun cuando —agregaría— eso es independiente de si uno simpatiza o no con su obra. Él sin duda, y con mucha convicción, la valora y promueve; yo, en cambio, tengo reservas.

Decíamos que el trabajo de Benjamín tiene el mérito de plantearse a contrapelo en su propósito por rescatar a Lastarria. Y, de hecho, uno se adentra en este estudio e impresiona la fuerte adhesión, no sólo para con este autor, también respecto a la necesidad de definirse sin complejos respecto al liberalismo. Valiente, en los días que corren, digno de aplauso, sostener que la defensa de la libertad en Chile no es sólo de ahora último, sino que tiene una historia larga que merece ser recordada y celebrada, a pesar del fuerte prejuicio predominante, anti-histórico, *presentista*, actual. Pero, lo de Benjamín es hasta más atrevido, porque recupera una figura que no goza actualmente de gran reputación incluso entre círculos propiamente liberal-progresistas. Lo cual, para ser franco, puede que se justifique —de hecho, mucho de ello lo comparto— aun cuando este libro ha sido escrito para contrarrestar esa conclusión. Con todo, no es mi intención pasar a llevar sentimientos, sino someter a discusión un legado abierto a interpretaciones varias.

2 Cfr. Benjamín Ugalde, Felipe Schwember y Valentina Verbal, editores, *El octubre chileno. Reflexiones sobre democracia y libertad* (2020).

Nuestro autor piensa que a Lastarria se le desprecia porque desde muy temprano viene suscitando reproches. Sea porque es un descreído, un anticlerical (lo sostiene Zorobabel Rodríguez, un liberal-conservador, también el ultramontanismo iliberal), o bien, se le ve como un moderado liberal, favorable a una postura filosófica individualista cuando otros se habrían estado moviendo hacia posicionamientos más frontales y estatistas, si no revolucionario socialistas (según el decir de Vicuña Mackenna, y Fuenzalida Grandón: “fuego amigo”, viniendo de ellos dos).

No habría de ayudar, para nada tampoco, que llegara a producirse la crisis del liberalismo en Europa y en Latinoamérica a principios del siglo xx. De ahí que volvieran las pullas, sea porque Lastarria resultaba materialista y extranjerizante, imitativo, justo cuando se comenzaba a apreciar la visión nacionalista (Pedro Nolasco Cruz, y Francisco Antonio Encina), o bien, se le tildaba demasiado defensor de la libertad de enseñanza (para el gusto de Valentín Letelier, antiguo discípulo suyo, aunque díscolo³), o bien, en exceso especulativo aunque acomodable, “compañero de ruta” en potencia del materialismo histórico, con un poco de forcejeo (el intento de apropiación que hace Luis Enrique Délano desde la izquierda comunista)⁴.

Con el correr del tiempo, se volverá a insistir en que Lastarria fue un liberal individualista a ultranza, doctrinal, e ideológico. Antes que un auténtico pensador profundo de la política se habría tratado de un político interesado en ideas; de ahí que, en opinión de Luis Oyarzún, le quedara grande el título de filósofo (de nuevo, “fuego amigo”)⁵. Lecturas que han continuado en más o menos los mismos términos hasta nuestros días. Al punto de que no sólo no se habría innovado en las interpretaciones, sino que se le habría dejado de leer, incluso por quienes lo estudian. De hecho, Ugalde es particularmente duro con Bernardo Subercaseaux y su libro sobre Lastarria (*Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria: ideología y literatura*, 1981), primer tomo de una obra más extensa (*Historia de las ideas y de la cultura en Chile*), que va en cuatro tomos.

En verdad, toda esta cadena de especialistas, figuras literarias e historiadores anteriores son perros suficientemente grandes como para ilustrar la disconformidad de Benjamín con el trato hacia Lastarria. La animadversión es evidente. El autor reclamaba de que no se le reconocía, por eso incluso sintió que tenía que escribir sus memorias —*Recuerdos Literarios* (1878)— lo que para algunos críticos resultaba aún más fastidioso. Alone, una vez, le preguntó a Délano si

3 Ugalde, p. 17, n. 19.

4 Luis Enrique Délano, *Balmaceda, político romántico* (1937).

5 Luis Oyarzún, *El pensamiento de Lastarria* (1953).

efectivamente tuvo paciencia para leer ese libro, a lo que le contestó que sí, que hasta escribió una biografía del sujeto, y ahí ya no hablaron más al respecto⁶. Con todo, varias de las objeciones y frialdades que despierta puede que tengan más validez que lo que en este nuevo trabajo se quiera conceder. Nadie que osara cambiarle el nombre a Chile por el de “Espelunco”, anagrama un tanto gótico siniestro del epíteto “pelucones”, podría haber pretendido caer bien. Difícilmente, tampoco, su egocentrismo insoportable. Dijo una vez en el Congreso, sin una pizca de vergüenza: “Tengo talento y lo luzco”.

De igual modo, no veo por qué sería objetable que a Lastarria y a su obra se les tenga por ideológicos. Se trata, después de todo, de un publicista que nunca dejó de manifestarse en términos polémicos. Tanto su notable discurso de incorporación a la Sociedad Literaria de 1842 como su tesis sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de dos años después —sus dos más tempranos escritos— pueden leerse como abiertas provocaciones, altamente heterodoxas, si es que no “manifiestos”. Así lo entendió y rebatió Bello, para empezar.

Ahora, es comprensible que se quiera enfatizar su carácter más de tratadista. Con todo, lo ideológico apunta a que lo suyo no se contenta con sólo pensar. Supone pretensiones no puramente especulativas o teóricas, sino encaminadas también a la praxis. Es más, este interés lo entronca con el principal aporte intelectual de la Revolución francesa: el retórico publicitario. No sintiéndose tanto en la necesidad de asombrar elucubrando nuevas ideas, sino insistiendo en la circulación de éstas a fin de volverlas políticamente eficaces. En el fondo, convertir un conjunto de pensamientos ilustrados relativamente conocidos (venían del XVIII) en ideas-fuerzas capaces de cambiar la realidad, más que de entenderla, contemplarla o asombrarse con ella. Con ello se socializa y crea una realidad inédita. Basarse únicamente en la definición de ideólogo acuñada por Napoleón, por tanto, no parece suficiente.⁷ Uno le quita este trasfondo doctrinal, y... ¿cómo hemos de explicar la variedad de críticas, para nada proveniente de una sola tendencia, que Lastarria despierta una y otra vez?

Mi director de tesis en Oxford, Malcolm Deas, solía decir que el Chile decimonónico era una suerte de *debating society*, por lo agotadoramente pugilista el odio aparente entre facciones. Lastarria, peso pesado, seguramente proveyó una de las pocas diversiones intelectuales en una sociedad más bien aburrida. Ahora, si uno lo piensa, esto no es un rasgo sólo suyo: ¿cuánto de “puro tongó” hubo en

6 Luis Enrique Délano, *Memorias. Aprendiz de escritor. Sobre Todo Madrid*, Editores RIL, 2004, p. 21.

7 Cfr: Ugalde, p. 49.

la discusión entre liberales y ultramontanos? Ese conflicto no llevó al país a un baño de sangre, como podría haberse temido. De hecho, Domingo Santa María, un autoritario —si ha habido alguno en nuestra historia—, zanjó la discusión afirmando que era mejor tener a la Iglesia dentro que fuera del Estado, porque así se la podía controlar mejor. No digamos que un “pensamiento” muy brillante y sesudo. Más bien, un posicionamiento práctico, en una de éstas sensato, “cable a tierra”. Habría que preguntarse, entonces, cuánto de eso hubo en un personaje como Lastarria, político de larga trayectoria tribunicia. En este estudio casi nada se dice de Lastarria como político. Sin embargo, uno se queda con la duda de, si en ese plano más pedestre, él no haya sido hasta más eficaz en adelantar sus propósitos, que dando cátedra. Como casi todo político que se respete, fue *perro que ladra/no muerde* pero sí negocia. También se cambió varias veces de bando. Le tocó participar en un período de múltiples coaliciones, siempre representando posturas liberales aun cuando junto a conservadores, u otras veces, volcándose contra ellos (de la Fusión a la Alianza).

De ahí que Lastarria no dejara de figurar, y se le tuviera que reconocer a la manera como solía admitirse a alguien que había que tenerlo en cuenta en el siglo XIX: en tanto miembro de un *establishment*, de una clerecía, que le permitió ir más allá de los meros vínculos familiares. No poca cosa, tratándose de una elite que se supone tan cerrada, aunque nunca lo fuera. Por de pronto, aceptó a Lastarria, un provinciano e hijo de un comerciante al que no le fue muy bien en sus negocios. Con todo, se destacó como estudiante, lo que le permitió llegar a altos cargos, e incluso no fue marginado —como sí le ocurrió a Francisco Bilbao. Por el contrario, fue senador y ocho veces diputado; ministro de Hacienda y del Interior (conste que no así de Educación, quizá por ser masón); fue decano (aunque no rector) de la Universidad de Chile; diplomático y a cargo de negociaciones en Perú, Argentina y Brasil; ministro de la Corte de Apelaciones y de la Suprema. Fundó y presidió instancias academicistas (la primera tesis de historia de la Universidad de Chile, el establecimiento de la Sociedad Literaria y de la Academia de la Lengua). Fundó innumerables revistas. E incluso se le dio su nombre, en 1913, al conocido liceo del sector oriente, hoy en Providencia. Una más que decente figuración, si uno suma y resta. Pero, quizás en un peldaño más abajo que algunos de sus contemporáneos, ciertamente bastante lejos de lo que su ambición lo instaba a lograr. Ya lo dijimos: era vanidoso.

Cuestión que se hace aún más visible si uno compara su ubicación en términos panteón-estatuarios. Su monumento tendrá que esperar hasta 1952, y aunque es una estatua magnífica: la de un señor con una capa —muy romántica—, vesti-

do como para irse de picos pardos, y obra de un excelente escultor, por lo demás (Raúl Vargas), claro está, no se ubica en la Alameda, sino a los pies del cerro Santa Lucía, donde pasa desapercibida. Y es de bronce, no en mármol, sin un gran pedestal. Vale, un estatus algo más disminuido, más modesto.

Asunto que puede que ofenda a los más convencidos admiradores, pero si uno lo piensa, guarda cierta proporción comparativa, no del todo mezquina. Lastarria no es Andrés Bello. No se le puede asociar a hitos tan perdurables como la Universidad de Chile o el *Código Civil*. No tiene la proyección continental del venezolano, aun cuando sus obras gozaron de divulgación fuera de Chile. De igual modo, sería una exageración compararlo en ese mismo sentido con Sarmiento. Lastarria nunca escribió nada semejante a *Facundo, civilización y barbarie* (1845), ni conceptual ni literariamente. No llegó a instituir logros educacionales; tampoco ascendió a la Presidencia de la República de su propio país. En cuanto a jurista, ninguna de sus obras alcanza el nivel de acierto teórico y práctico de las *Bases y puntos de partida* para la organización política de la República Argentina (1852), de Juan Bautista Alberdi. Ni siquiera se le puede equiparar a Francisco Bilbao en tanto efecto provocador e impacto heterodoxo, aunque comparten fraternidad en esas lides (apoyó a la Sociedad de la Igualdad, redactó junto a Federico Errázuriz las *Bases de la Reforma*, y también fue exiliado).

En materias educacionales, es comprensible que a los hermanos Amunátegui se les levantara esa formidable estatua al costado de la Casa Central de la Universidad de Chile. Como, también, que Vicuña Mackenna —bastante más lustroso que Lastarria en la disciplina histórica, además que un sobresaliente Intendente de Santiago— sea celebrado con otra soberbia efigie en su honor. Por último, sospecho que nadie se atrevería a afirmar que Lastarria merece un monumento equivalente al de Manuel Montt y Antonio Varas.

En suma, teniendo en cuenta la contribución efectiva alcanzada por Lastarria, yo no diría que él haya sido postergado, para nada. Al contrario, se le ha proporcionado en su justa medida. Suficientemente balanceado el juicio. Permi-tiéndole dos “coloradas”, no tres, conforme el antiguo estándar de la Escuela de Derecho; pero, vaya, dos “coloradas” era entonces más que decente, aunque no la distinción máxima. Los reparos críticos que a Benjamín le parecen un tanto injustos, se han tenido en cuenta. De no considerarlos, se habría corrido el riesgo de inflar a Lastarria más de la cuenta, cuando el liberalismo que él representaba era uno entre varias opciones.

Estoy consciente que —de nuevo en descargo— podría sostenerse que mal-entendemos a Lastarria, tratándose de un individualista que supuestamente no

transige. Por eso quizá, valga hacer hincapié en su *principismo*. Por lo del lenguaje normativo, atemporal, al que constantemente recurre, su perspectiva universalista, capaz como pocos de ascender y volar por sobre los Andes. En definitiva, ese otro rasgo suyo: nunca rebajarse a otro nivel que el abstracto-conceptual. Y, sí, ello le imprime a buena parte de su discurso ese tono como de manual de derecho público, sin necesidad de ilustrar o ejemplificar a partir de experiencias puntuales, porque en lo que importa detenerse es en algo así como axiomas. De ahí cierto dogmatismo absoluto. Uno lee a Lastarria y podría tratarse de cualquiera época y lugar. Lo mismo puede que se diga de Andrés Bello, con la salvedad que Bello —quizá porque es un legislador y no sólo un comentarista— tiene siempre muy presente la realidad en donde va a aplicarse la norma⁸. Obviamente, Bello tuvo una intención más política que principista, volviéndose pragmático, mandando al tacho las convicciones y principios⁹.

No veo ese aterrizaje en Lastarria, y en sus escritos. Al contrario, resalta un afán de autopromocionarse en tanto faro que alumbra, conforme propósitos “felicíticos”, *bienpensantes* siempre acompañados de grandilocuencia. Parecido en eso a Carlos Peña en nuestros días, como discurseando desde otra galaxia. O bien, haciendo las veces de “guardián de la bahía”, un poco salvavidas de sillón y gabinete, a fin de que otros —la infantería de marina con sus botes de asalto—, más que evitar que se estrellen con la realidad, brillen sólo por su osadía. El objeto de la escritura de este tipo es elegíaco. Busca lectores cómplices con quien compartir esperanzas, y mantener vivo el fuego de las creencias.

El *principismo* liberal por supuesto tiene inconvenientes. Por de pronto, no se hace cargo del lado más contradictorio del liberalismo, concretamente, que durante el siglo XIX, ni en Europa, ni en América, nunca haya sido ortodoxo. Rasgó, así y todo, que no dejó de servirle como útil paracaídas. Sea que le permitió evitar hacerse cargo de las necesidades del liberalismo volviéndose duro, aun cuando, discursivamente, logró mantener sus apariencias progresistas, admitiendo excepcionalidades. De ahí que a Lastarria se le confiara el Ministerio del Interior (esa gente puede justificar lo que sea). De ahí también que la historia política del

8 Pienso en el Bello del artículo 1.456 del Código Civil en que exceptúa el temor reverencial como causal de vicio del consentimiento en actos jurídicos porque, tratándose de sociedades jerárquicas y señoriales, se podrían anular la mayoría de las relaciones contractuales del siglo XIX, haciendo naufragar todo el propósito de su codificación. No es la única norma en la que Bello recurre a lógicas de razón de Estado, y se vuelve pragmático.

9 Cfr. Alfredo Jocelyn-Holt, “La idea de orden en Andrés Bello” [2009], reproducido en *El Peso de la Noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (2014), pp. 273 ss.

liberalismo enfocada en meros principios explique poco o nada, si bien puede que haga aparecer al liberalismo como constante, fiel a sí mismo.

Pero ¿lo fue? Es evidente que el liberalismo decimonónico latinoamericano fue más reacción que revolución; o si ustedes quieren, administración de lo que alguna vez puede que la radicalidad haya logrado instaurar. Desde las independencias latinoamericanas se mantuvieron el orden social y el económico de cuño Antiguo Régimen, de ahí la frustración y sensación de que, en el mejor de los casos, se habrían tratado de “revoluciones trucas”. El mismo Lastarria va a introducir esta tesis entre nosotros con sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i el sistema de los españoles en Chile* (1843). Es más, el liberalismo nunca dejó de ser pragmático, salvo inicialmente tras las independencias, mereciendo que se le tildara de voluntarista y etéreo (fundador de “repúblicas en el aire”), o simplemente tonto (de ahí el peyorativo término de “patria boba” referido al patológico afán federalista de la temprana Colombia)¹⁰. Nunca el liberalismo le hará asco, además, al caudillismo (Juan Manuel de Rosas y otros hombres a caballo fueron liberales), y, de hecho, hasta en Chile se terminará el siglo XIX presidido por gobiernos autoritarios, aunque orgullosamente liberales. Los gobiernos de Santa María (al que el mismo Lastarria calificó de déspota) y el de Balmaceda, este último, además, una dictadura que llevo al país, no a una revolución, sino a una guerra civil.

Sin embargo —vean ustedes— Lastarria insistirá, todavía tan tardíamente como 1874, en sus *Lecciones de política positiva*, sobre la continuidad de la “revolución” como principio fundante y proceso regenerativo, gozando de muy buena salud en América Latina... excepto en Chile. Pregona Lastarria:

Hablamos de las repúblicas en que la revolución, después de haber recibido un desarrollo casi completo, fue frenada por una organización que la hizo abortar y retroceder al pasado, como en Centroamérica, como en el Ecuador, y principalmente en Chile [...], en un sentido contrarrevolucionario [...] [después de Portales]

¡Sí, la revolución ha dejado de vivir en Chile, y sobre sus cenizas se ha organizado la contrarrevolución reaccionaria! [...]

10 Véase de Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana: ensayos de historia intelectual* (1991).

[...] La revolución debió llevarnos, en una palabra, a la posesión completa de la república democrática [...] que es el triunfo de los derechos de todos, y no la ruina de interés legítimo alguno.

Y sin embargo, ¿cuál de esos derechos no se halla negado, o por lo menos limitado y torturado en las leyes de Chile? [...] ¿De cuál de ellos estamos en posesión, si no es a medias y por gracia y beneplácito del poder? ¡Ah! Es porque esas leyes y esas prácticas son las que han venido a reconstituir el antiguo poder colonial que habíamos querido derribar: la colonia española se ha disfrazado a la moderna, y se ha rehabilitado, poniendo a su servicio el poder de la soberanía conquistado con la independencia.

Casi en todas las repúblicas americanas la revolución ha marchado. Casi en todas ha seguido su desarrollo natural, sin que la ley haya venido a atajarlo [...]

Pero en Chile, ¡no! [...] la revolución no solo ha sido aquí contenida, contrariada, sino que ha sido reducida a la impotencia; y la contrarrevolución se halla hoy vigorosamente organizada, en las instituciones, a los sesenta años de emancipación [...] ¹¹.

Me van a perdonar, pero todo esto puede que parezca una confusión delirante. El texto corresponde a un político que venía siendo parlamentario con escasas interrupciones desde 1819, y lo será hasta 1882 gozando del beneplácito del Gobierno, de lo contrario no habría salido “elegido”; además de Ministro de Hacienda en 1862-63, y llegando a ser Ministro de Interior entre 1876-1877. Es decir, alguien que participó y siguió participando enteramente de la supuesta “farsa” institucional que denuncia. Pero que, sin embargo, establece estándares de medición de lo que hay que lograr revolucionaria y democráticamente, estándares que ni siquiera las repúblicas más avanzadas de América del Norte y de Europa habrían podido alcanzar entonces. Como si esto fuera poco, contrasta la trayectoria de otras repúblicas en América Latina, sin especificar cuáles eran, donde habría seguido prosperando la “revolución”, a diferencia de Chile. Y eso que será Chile, no otro país, el que hacía rato venía sirviendo de modelo institucional exitoso a nivel continental.

Todo ello como para desquiciar a cualquiera, a no ser que aceptemos que Lastarria funcionara en dos planos opuestos, doblándose, sin por ello reconocer que estaba cayendo en contradicción. Una cosa eran los principios, y otra, el ac-

11 Citado en Ugalde, pp. 79-81.

cionar práctico. A nivel de pensamiento se veía a sí mismo —lo vemos en la cita que acabo de leer— auspiciando revoluciones (hayan sido o no tal y cuales), pero en la práctica política —también por lo visto— no habría tenido aprensión alguna en ser/aparecer siendo una persona confiable para el sistema aun cuando secretamente enmascarado en su contra. De ser alguien así de enredado, se trataría de un personaje conspiratorio, un infiltrado, aunque quizá sólo en el papel; a no ser que haya sido un esquizofrénico, o un pragmático zigzagueante, no menos liberal.

Ahora bien, sucede que comparto en gran parte la lógica que Lastarria intuye y expone, aunque objeto el que se quiera estar en ambos lados de la medalla, de modo de ganar siempre el cara o el sello. Las independencias latinoamericanas —definitivamente la chilena— no fueron revoluciones, sino, por el contrario, contrarrevoluciones desde un comienzo del proceso¹². Coincidieron sincrónicamente con el mismo fenómeno en Europa, ciertamente a partir de 1815, lo que las ayudó a consolidarse. Ello sin perjuicio de que pretendieron legitimarse mediante principios democrático-revolucionarios (recurriéndose a la idea de soberanía popular, y a lenguajes rousseauiano-jacobinos), pero para, justamente, impedir que la revolución se materializara, y no lo que Lastarria pretendía. Por el contrario, más bien cundiera un orden oligárquico-republicano lo más institucional posible, a fin de imponer orden. En otras palabras, el ordenamiento político camufló la permanencia de elites oligárquicas republicanas con un barniz a veces hasta soberano democrático-popular.

Eso fue el liberalismo en general, aunque para nada tan puramente virginal como en la variante liberal democrática alternativa que Lastarria promueve en su texto de 1874, pensándose a sí mismo como todavía un “carbonario”, un anti absolutista monárquico. Aun cuando en el entretanto había corrido mucha agua debajo del puente. Hacia la época que habla Lastarria, agua exorcizada y bendecida por la Santa Alianza. Y, no olvidemos tampoco, que llega a decir lo que dice después del fracaso, nada menos, que de la Comuna de París. Por tanto, no nos engañemos: Lastarria no fue un Lenin antes de Lenin. Ni tampoco un positivista antes que el mismo Comte, que es lo que él pretende hacernos creer.

¿No habíamos partido nosotros [hablando de sí mismo] en los precisos momentos en que Auguste Comte hacía su curso, cuando apenas comenzaba la prensa a publicar su

12 Argumento el punto en múltiples escritos, para comenzar en mi libro *La Independencia de Chile: Tradición, modernización y mito*, Madrid, 1992; también en *El Peso de la Noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Buenos Aires, 1997.

obra inmortal, que no ha llegado a Chile sino largos años después, no habíamos partido [es decir: yo, José Victorino] de idénticas concepciones para fundar en América la filosofía de la historia?¹³.

A Lastarria hay que creerle hasta por ahí no más. Sigue corrientes, ante todo es poroso, imitativo, más que nada un divulgador. No le pidamos una cristalización, ni gran sofisticación. Es lleno de contradicciones, algo tosco. De ahí que no convenza plantearlo como un pensador, y menos cuando deja ver, a lo sumo, ciertos visos de pensamiento riguroso, predominando, sin embargo, el propósito por sobre todo retórico y publicista. Es una figura fundamentalmente de choque: infantería pesada, si se quiere, pero para nada caballería vistosa y elegante.

De ahí que —como casi siempre con Lastarria— su relación con el positivismo tampoco vaya a ser del todo clara. Benjamín Ugalde es de la tesis que

no parece adecuado hablar de ‘liberalismo positivista’ para referirse al pensamiento de Lastarria, quien en términos científicos sigue un enfoque positivista, pero en términos políticos es siempre un liberal. A lo sumo, podría hablarse de un intento lastarriano por proponer un liberalismo científico o racionalista, pero no positivista en el sentido comteano¹⁴.

Sería para muy largo entrar a discutir el punto. Así y todo, la asociación se ha hecho, Lastarria ayudó a difundir el pensamiento de Comte. Conforme; no aceptó todo el paquete comteano. No renunció a la libertad anteponiendo el “orden y progreso”, repudió el fatalismo de las leyes históricas; tampoco abrazó el *estatocratismo* del francés, ni su “religión de la humanidad”. Aun cuando se supone que el positivismo sí lo hizo renunciar a su romanticismo temprano. Y vaya si eso no es una suerte de muerte, un más que giro traumático, una pérdida costosa o hasta autotraición. Aceptará el “método” positivo, se ha dicho, aun cuando eso debiera ser bastante. Parece ser un convencido que la historia transita en oleadas y fases, de acuerdo a leyes (obviamente, nunca dejó de ser newtoniano). Hace referencia a la ley de los tres estadios de la humanidad, insiste en el progreso, en la regeneración social, y en el rigor científico. Desde muy temprano, antes incluso de haber leído a Comte, da a entender que el orden español colonial es un sistema, involucra estructuras muy poderosas. ¿Por qué no aceptar, por tanto, que sea un posi-

13 José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios* [1878], (Zig-Zag, 1967, p. 229).

14 Ugalde, p. 33.

tivista *sui generis*, heterodoxo, a medias, y que tiene pretensiones científicas, aunque no sean doctrinarias? Su atracción hacia el positivismo —así lo califican contemporáneos— tendría además directa relación con su antipatía para con el catolicismo¹⁵. En fin, la conexión existe.

Es más, el positivismo desde la época de Lastarria a nuestros días ha perdurado de esta manera poco doctrinaria, atenuada. Me basta con pensar en tan sólo el radio académico en que me muevo. Conste que, en el Departamento de *Ciencias del Derecho*, en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, y como profesor de cursos, ahora último, del Departamento de *Ciencias Históricas* de mi otra facultad, también la de Benjamín, la Facultad de Filosofía y Humanidades. Se pueden imaginar cuánto científicismo he debido enfrentar como para andar diciendo lo de ahora. Más de alguien me ha espetado que no soy historiador porque no voy a archivos, escribo ensayos, no me siento parte del “gremio”, no voy a sus jornadas ni a sus asados¹⁶. Más aún, en el mundo del Derecho todavía hacemos la distinción entre la Universidad de Chile y la Universidad Católica, justamente en torno a esta división de aguas. Y en Historia, si hasta Gabriel Salazar, que gusta escuchar a Verdi, y a quien hace 31 años lo calificué de “populista testimonial neo-romántico”, considera que lo que él hace es “Ciencia del Pueblo”. Esto de la “ciencia” se presta para cualquier cosa, admito. Cada vez que se topa uno con una novedad; siendo el criterio científico, o técnico, o tecnocrático, o dirigista o constructivista ingenieril su pretendido aval. No hay avance en la modernidad sin ciencia. “Esa onda”.

Es justamente esto de prestarse para cualquier cosa lo que nos ocurre una y otra vez con Lastarria. Podría decirse lo mismo del liberalismo. Es, de hecho, lo que argumenta Eric Voegelin en un ensayo magistral: “El liberalismo y su historia”, de 1974, en que su autor cita a Henri Gouhier y su estudio “La revolución y la restauración” —de 1933— en que se pregunta “si Comte [el mismísimo, Auguste Comte] fue un liberal, un ejecutor de la revolución francesa o un fenómeno de la restauración”.¹⁷ Con mucha sutileza [Gouhier, concluye Voegelin], demuestra que la respuesta puede ser afirmativa en los tres casos: “el Comte liberal, el

15 Es lo que habría sostenido Zorobabel Rodríguez, *cf.* Ugalde p. 37.

16 Y eso que para escribir *La Escuela Tomada* (2015) me armé de un archivo de prensa, en cinco años, de más de seis mil páginas. Los puros correos electrónicos ascendiendo a un número astronómico, algo así como 1.400 mensajes.

17 Eric Voegelin, “Liberalism and Its History”, *The Review of Politics*, Vol. 36, N° 4 (Oct. 1974), pp. 504-520. Hay traducción al español, en *Punto y Coma*, IES (Santiago de Chile), N° 1 / Agosto 2019, pp. 51-63.

conservador y el revolucionario constituyen una sola personalidad”¹⁸. Me van a perdonar, pero si hasta en eso Lastarria se parece —o mejor dicho, se hace parecer— a Comte.

Encuentro deslumbrante a José Victorino Lastarria, aunque quizá por razones distintas a las de Benjamín. Es un personaje muy complejo. Tiendo a concordar con Bernardo Subercaseaux en este punto: su personalidad, quizás algo dañada, le juega en contra, pero no deja de revelarlo. Tanto él como el liberalismo no son ningún modelo de coherencia; sí, en cambio, modelos de contemporización, en el sentido de acomodado, adaptación, querer amoldarse, avenirse, transigir, temporizar, condescender, o consentir; infinitamente más útil políticamente si de lo que se trata es sobrevivir.

Es que, en el caso del liberalismo en el siglo XIX, también aquí en Chile, no dejaba de ser complicado. Las tenían difícil porque, paradójicamente, terminaron siendo hegemónicos. Una fatalidad esto de imponerse al resto. Si hasta nuestros conservadores devinieron liberales. Lo que hace que el punto de vista, la doctrina, el pensamiento, pierdan novedad, originalidad, se conviertan fácilmente en oficialistas, y eso los lleve a tener que volcarse a discutir consigo mismos, de ahí el porqué de tanto “fuego amigo”. Sus principios amenazan con perder vigencia, se tornan rápidamente en anacrónicos, pasan de moda, se ven superados, dejan de tener originalidad. Todo termina en meras cuestiones de táctica y estrategia. Visto así, el liberalismo perdió frescura y flexibilidad cuando dejó de ser romántico. Le pasó a Andrés Bello y a Lastarria. Puede que se hayan desnaturalizado. Se empobrecieran ambos, volcándose al positivismo, a fin de seguir vigentes, asumiendo una postura o pose cientificista, adicta al orden y progreso, al Estado, a las cifras, al burocratismo administrativo reglamentario, a los cargos y ejercicio del poder, aspirando convertirse en supuestos hombres serios; tecnócratas, decimos hoy. Si Andrés Bello fue el liberalismo que pudo haber sido pero no fue —por eso su bisnieto, Joaquín Edwards Bello, lo encuentra triste en el retrato que hiciera Nicanor Plaza—, Lastarria, el Lastarria temprano, de la década de 1840 —el del discurso a la Sociedad Literaria, y la tesis de historia en la Universidad—, en cambio, es el liberalismo que fue y “se chantó”, no siguió adelante como se esperaba de él. Tampoco como positivista. A quien le resulta natural y no impostado el positivismo, en cambio, es a su hijo Victorino Aurelio Lastarria, el destacado ingeniero responsable de los cálculos y diseño de esa extraordinaria obra que sigue estando en pie, el Viaducto del Malleco.

18 Voegelin (2019), p. 57.

Hay en José Victorino Lastarria, el padre, sin embargo, todas estas asimilaciones, concesiones, traiciones que sus estudiosos califican de “fases”, de variaciones y consiguientes vaivenes, siempre quejándose de que no lo estiman, de que es un proscrito (fuerte temática en sus novelas y cuentos), y que ya nadie se acuerda de él... El fenómeno resulta más patético, por supuesto, cuando le sucede a una sola persona que a toda una línea de pensamiento o ideología. Aunque no nos debiera sorprender, algo de eso le ha estado sucediendo últimamente a la izquierda, sumida —como ha mostrado Enzo Traverso— en una profunda melancolía después del colapso de los socialismos reales en 1989¹⁹. Y, en efecto, la imagen que proyecta el progresismo en nuestros días es patética. Al liberalismo le sucedió algo muy parecido. Llegó, por lo mismo, agotado al siglo xx, universalmente aceptado, todo lo que quieran, parte del amoblado de rigor, aunque nadie admirándolo mayormente. Por eso también al comunismo y al fascismo les resultará tan fácil intentar sacarlo del escenario. Estuvieron a punto. No tan distinto a como hoy el populismo intenta desbancar a las izquierdas y derechas, de nuevo.

En definitiva, a Lastarria hay que leerlo, pero con sus debidas advertencias y resguardos. Como con todo intelectual liberal hay que tener en cuenta de que se mueve y funciona dentro de una ideología, en la que entran a operar, grados más/ grados menos, de falsa conciencia, y en su caso particular, cálculos encaminados a quedar bien ante la historia y ante sí mismo. Con todo, convence algunas veces, puede ser bastante genial; e inicialmente, cuando recién hiciera su aparición, fue notable. Es también Lastarria muy sintomático de un liberalismo en distintas fases, que en la medida que se aparta de su inicial romanticismo y vuelve más positivo, o positivista de frentón, pierde la brújula. Sólo me parece llamativo el cómo logra mantenerse vigente, y sobrevive.

Su trance —el del liberalismo— entre los siglos xix y el xx ha sido más digno que en nuestra época reciente. En el xix pecó de auto-importante y hegemónico soberbio. Después de la Segunda Guerra Mundial, los liberales en alianza con comunistas pudieron liquidar al fascismo, reconstruyeron Europa desde las cenizas, y lograron generar lógicas políticas compartidas, gracias a que aceptaron equilibrios dictados por la necesidad de que la Guerra Fría no deviniera en Apocalipsis. Extraordinario. Después del '68, y más claramente después de 1989 y la aparición nefasta de la Nueva Izquierda, el liberalismo en su versión brutal, neoliberal, ha vuelto a sus soberbias y, me temo que ha retomado sus preten-

19 Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda* (2016).

siones revolucionarias, económico-fundamentalistas, libertaristas²⁰. En nuestro caso chileno, haciendo alianza, incluso, con el militarismo en su momento, y hoy día coqueteando con el populismo; al igual que la izquierda, también enfrascada otro tanto en recobrar su pasado revolucionario.

Por eso, he querido insistir en el transformismo liberal. Y, por lo mismo, a Lastarria, también a Bello, ambos transformistas, hay que manejarlos, tenerlos en cuenta, y discutirlos. El mérito de este libro de Benjamín Ugalde es hacernos volver a una figura clave del liberalismo chileno, con sus valores, idiosincrasia, y complejidad. ¿Ves, Benjamín, lo bueno que es tu libro? Si genera lecturas, no necesariamente de acuerdo entre ellas, es porque podemos seguir pensando, discutiendo y tratando de medir hasta qué punto el liberalismo hegemónico sirve o no de guía. Felicitaciones.

Muchas gracias y, en especial, por su paciencia.

20 Algo de esto argumento en mi artículo “Cuando el liberalismo se volvió revolucionario”, a propósito de Margaret Thatcher, en Revista Átomo de la Fundación para el Progreso, N° 8, Santiago, Octubre 2022.

INTERPRETANDO EL PENSAMIENTO DE LASTARRIA: LA LIBERTAD COMO PROBLEMA FILOSÓFICO

Benjamín Ugalde*

* Doctor en filosofía, Universidad de Chile.

Réplica a “El Lastarria liberal. Clave aunque dimensionémoslo en su justa medida”, de Alfredo Jocelyn-Holt.

I

A propósito del ensayo del profesor Alfredo Jocelyn-Holt —a quien desde ya extendiendo mis agradecimientos— “El Lastarria liberal: clave aunque dimensionémoslo en su justa medida”, escrito con motivo de la presentación de mi libro *José Victorino Lastarria: un pensador de la libertad*, me propongo delinear sucintamente aquí algunos de los problemas en torno a la interpretación del pensamiento y de la figura histórica del autor nacido en Rancagua. De su pensamiento y de su figura histórica digo. Y ese orden es importante, pues el libro publicado tiene la intención de rescatar a Lastarria en cuanto pensador político y filosófico, mientras que analiza sólo secundariamente la importancia de su figura histórica en el ámbito de la esfera pública del Chile del siglo XIX.

Cabe señalar que ha sido un asunto disputado entre sus intérpretes si acaso se debe considerar a Lastarria como un político, un intelectual o un filósofo. Y la verdad es que fue un poco de todo. No cabe duda de que, en lo esencial, era un hombre de letras, *un homme de lettres*, en el amplio sentido de este concepto. Escribió desde novelas y cuentos, hasta filosofía, historia, e incluso algo de astronomía, además de varios tomos de discursos parlamentarios y manuales de derecho público y constitucional. Sin embargo, el academicismo propio de la filosofía institucionalizada del siglo XX le ha quitado en algunas ocasiones la categoría de “filósofo”, e incluso la de simple “pensador”.

Quien ha desarrollado con mayor éxito esta impugnación ha sido Luis Oyarzún. Lo hizo primero en su artículo “Lastarria y los comienzos del pensamiento filosófico en Chile durante el siglo XIX” (1949), y luego en su breve pero importante obra *El pensamiento de Lastarria* (1953). Es cierto que estos textos de Oyarzún dejan entreabierto la posibilidad de un “pensamiento” propio de Lastarria, pero le regatean la cualidad de pensamiento “filosófico” como tal, y lo consideran más bien “ideológico”, dada la preponderante preocupación política del rancagüino. Oyarzún ha sido, en este sentido, el principal autor sobre el cual se fundan los historiadores chilenos de la segunda mitad del siglo XX —y hasta hoy— para considerar a Lastarria como un “ideólogo” más que como un filósofo o pensador. Esto es lo que sucede, especialmente, con Bernardo Subercaseaux en *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria: ideología y literatura* (1981),

y también, consecuentemente, como se puede colegir de su ensayo, con Alfredo Jocelyn-Holt.

¿Cómo puede explicarse estas lecturas críticas del pensamiento de Lastarria, especialmente después de la segunda mitad del siglo xx? Para responder esta pregunta es necesario comenzar por lo más elemental. Para acercarse al pensamiento de cualquier autor es preciso, naturalmente, leer directamente sus textos. Esto parece una obviedad, pero ello cobra especial importancia en el caso de Lastarria, dado que, a pesar de que en nuestro país se ha escrito bastante sobre él, es también notorio que no se lo ha leído lo suficiente; lo que no sería nada extraño, basta recordar la conocida sentencia de Bello. Esto ha significado que a Lastarria se le ha comprendido, en general, desde fuentes indirectas que lo leen a partir de esquemas interpretativos poco benévolos con sus ideas. Cualquiera que contemple con un espíritu desinteresado directamente sus textos y los compare con el resto de la literatura chilena del siglo xix, comprenderá que el rancagüino fue probablemente lo más cercano que produjo Chile a un pensador moderno e ilustrado, un hombre de letras que privilegió por sobre todo el uso de la razón para iluminar toda la vida social.

Sin embargo, debido probablemente a su activa participación en política y a los marcados rasgos de su propio carácter, Lastarria ya en vida se granjeó un número no menor de detractores: desde conservadores católicos y ultramontanos que lo consideraban como un “introducido de ideas protestantes”, cuando no derechamente como un “materialista” y un “ateo”; pasando por nacionalistas autoritarios que consideraban sus planes de democracia y libertad para Chile como simples disparates de una mente ilusa; hasta socialistas utópicos y revolucionarios que lo veían a su vez como un engañoso defensor del liberalismo económico y de la propiedad como un derecho individual. Así, Lastarria quedó expuesto a las críticas de los historiadores del siglo xx allegados a las vertientes afines a estas sensibilidades políticas: nacionalistas de matriz profascista, como Francisco Antonio Encina, o conservadores católicos, como Pedro N. Cruz, o socialistas y otros críticos del liberalismo económico, como Bernardo Subercaseaux; todos quienes han marcado fuertemente la comprensión que existe del pensamiento y de la figura de Lastarria, especialmente entre historiadores y otros intelectuales del país.

Es de notar que, alrededor de este diagnóstico crítico acerca del pensamiento de Lastarria, se congregan y amalgaman elementos tan disímiles como el nacionalista, el católico y el hispanófilo, en conjunto con algunos defensores de la igualdad forzada de las condiciones materiales de la existencia: socialistas, co-

munistas y otros. Y se reúnen todos en torno a la idea central de un poder político vigoroso, casi omnímodo, representado, ya en un Estado grande y poderoso, para estos últimos, ya en una autoridad firme y casi dictatorial, para los primeros. Es decir, se produce la confluencia de los defensores de lo que, ya en vida, Lastarria había denunciado como el primer enemigo del pensamiento libre: el poder político, especialmente cuando este no está clara y estrictamente *limitado*.

De acuerdo con Lastarria, el modelo político chileno tenía mucho aún de la concepción colonial del poder absoluto del monarca. El autoritarismo personalista al modo portaliano —defendido por conservadores, nacionales y algunos liberales— y la concepción de un Estado grande y todopoderoso —propia de la naciente concepción socialista y revolucionaria— eran para Lastarria la evidencia de que en el país existía una confusa conciencia de la libertad, especialmente en su forma de derechos individuales, y que fácilmente los actores políticos de todos los sectores caían en la negación de estas libertades.

No resulta extraño que Lastarria fuera, pues, un enemigo transversal en lo que se refiere a los intereses de partido. De cuando en cuando sólo algunos liberales y radicales lo ensalzaron por haber sido masón, o por haber criticado el poder de la Iglesia, aunque no recuerdan que Lastarria luego abandonó la masonería y escribió en contra de su existencia en regímenes democráticos, o que defendió la libertad de enseñanza incluso para la educación confesional. En todo esto, seguramente, también tiene algo de responsabilidad el propio carácter de Lastarria, pues no era hombre que expresara su pensamiento a través de medias tintas o que llevara adelante su acción mediante políticas transaccionales. Era terco, y seguramente estaba consciente de su superioridad intelectual. No ponía gran atención en las formas, sino más bien en la estrictez y consecuencia en el trasfondo de sus ideas. Lastarria poseía la mente más bien del intelectual que busca definir y explicar la realidad, y no el espíritu del político que persigue el poder mediante la indefinición, la indeterminación y la transacción. Su trato personal no debe haber sido fácil.

Alberto Blest Gana, quien, a diferencia de Lastarria, era un liberal “bien portado”, se queja de estos rasgos de su carácter en una carta escrita desde Washington a Álvaro Covarrubias, fechada el 9 de julio de 1867:

Para mí hay mucho del estómago en las genialidades de don Victorino. Usted sabe cuánto transforman y hacen irritable el carácter las enfermedades como las que él ha sufrido. Yo, que lo aprecio como amigo, no he dejado de estudiarlo con imparcialidad como político, Lastarria, que indudablemente es hombre de talento, carece de tino

práctico en la vida y deja demasiado la dirección de sus acciones y palabras, a una brújula caprichosa: la bilis. Ya verá Ud. que algún día saldrá de nuevo campeando por sus respetos, cansado de todos¹.

Este testimonio reafirma la idea de que, incluso con sus cercanos, Lastarria tenía un trato complicado y confrontacional. Posteriormente, se puede decir con cierta seguridad que el pensamiento del rancagüino no logró nunca desprenderse completamente —careciendo de lectores competentes y desinteresados— de aquellas impresiones acerca de su carácter y, especialmente, de las animadversiones que desde temprano levantaron en distintos sectores sus ideas filosóficas y políticas.

Es más, podría plantearse que durante el siglo xx se profundizó esta distancia entre Lastarria y sus lectores, tal vez como consecuencia de las descarnadas luchas políticas propias del siglo pasado. Los casos más notables son los ya mencionados Luis Oyarzún y Bernardo Subercaseaux. Ambos no sólo critican, sino que incluso a ratos descalifican la labor intelectual del rancagüino. Lo que estos dos lectores de Lastarria comparten, y puede leerse entre líneas en sus obras, es un cierto afán de refutación, especialmente de la dimensión política de su pensamiento. Oyarzún lo hace con medias tintas y con cierta elegancia, mientras que Subercaseaux, a lo largo de toda su obra, no escatima invectivas en contra de los planteamientos políticos de Lastarria. Oyarzún —lo señalé más arriba— no logró desprenderse de un cierto profesionalismo filosófico al no contextualizar adecuadamente el pensamiento de Lastarria en el siglo xix. En cambio, decidió mirarlo desde la altura de la academia del siglo xx, dejándolo relegado, así, al plano de la mera “ideología”. Subercaseaux, por su parte, radicalizó la crítica que ya había hecho el “proteccionismo filosófico” de los nacionalistas de comienzos del siglo xx —Encina, Cruz y otros, que vieron en Lastarria un “introducido de ideas extranjeras” en Chile— y afirmó que era “un *pensador de acarreo*... un consumidor (y divulgador) no europeo del pensamiento europeo”².

Ahora bien, el profesor Jocelyn-Holt ha intentado, por su parte, desarrollar un juicio a partir de la *figura*, o *perfil histórico*, de Lastarria, y lo ha hecho con cierta ecuanimidad, el mismo título de su ensayo así lo indica. Sin embargo, producto de este particular enfoque, me parece que ha encarado la tarea sin entrar en un análisis o evaluación del propio pensamiento del rancagüino. De esta manera,

1 Blest Gana (2011:295, vol. 1).

2 Subercaseaux (2011: 219, vol. 1). Énfasis añadido.

creo, le resulta muy difícil escapar de los análisis críticos de Oyarzún y Subercaseaux. Esto se torna evidente por las referencias que él mismo realiza de las obras de estos autores en su ensayo. En efecto, cuando Jocelyn-Holt se refiere a Lastarria como un “principista”, es en realidad otra forma de resaltar el carácter ideológico de su pensamiento. Además de lo anterior, cabe añadir que Jocelyn-Holt sostiene una especial interpretación del liberalismo chileno del siglo XIX, una en la que éste posee una clara hegemonía sobre el resto de las doctrinas políticas y en la que Lastarria ostentaría una preponderancia doctrinaria clara, tal como se debería deducir a partir del específico rol ideológico que le atribuyen sus críticos. Esto lleva a Jocelyn-Holt a afirmar que una reinterpretación del pensamiento de Lastarria sería básicamente poco necesaria: la historia ya lo habría valorado en su justa medida. O incluso, nos llevaría a pensar que no se requiere una revaloración del liberalismo del siglo XIX, pues este “se defiende solo”, ya que “fue hegemónico”. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro parece ser del todo así. Quiero decir, me parece que no es del todo claro que Lastarria llevara la batuta ideológica del liberalismo político, no al menos en lo que fue su expresión histórica concreta, ni tampoco que el liberalismo chileno del siglo XIX haya sido hegemónico frente a otras concepciones políticas.

Comencemos por esto último. En general, existe un relativo acuerdo entre los historiadores y filósofos políticos acerca de la matriz “liberal” y “republicana” que tendría el Estado moderno, con su separación de poderes, el rol de sus constituciones y el reconocimiento de derechos individuales. Esta matriz estaría anclada en pensadores como Hobbes, Locke, Montesquieu, etc. Sin embargo, el mero hecho de que el modelo político chileno, y en general el hispanoamericano, fuera el republicano, no indica *per se* que el liberalismo, en cuanto filosofía política, fuera necesariamente hegemónico en estas latitudes. De hecho, especialmente en Chile, podría decirse que el modelo liberal termina por imponerse a contrapelo de la cultura política monárquica colonial, a la que la sociedad estaba por lo demás acostumbrada y de la que el autoritarismo portaliano podría ser comprendido como su continuación natural, aunque con vestidos republicanos. Esto implica, además, que la disputa entre liberales y conservadores durante el siglo XIX no fue solo una “discusión de salón”, ni sus diferencias con ultramontanos y socialistas, una mera pantomima. Seguramente, además, dada nuestra profunda tradición católica hispánica, el liberalismo político, a pesar de tener una importante influencia en Chile, nunca fue completamente hegemónico, a diferencia de lo que sucedió, por ejemplo, y como el propio Lastarria afirma, en los Estados Unidos de América.

La matriz cultural con que Chile llegó a la vida política independiente es amplia y compleja e incorpora muy distintos acervos, pero difícilmente podría pensarse que fuera hegemónicamente “liberal”. Se trataba de una sociedad que tenía en general una escasa experiencia y un pobre concepto de las libertades individuales y sociales, acostumbrada a un Estado poderoso y dirigente. Una prueba de ello es que, durante el siglo XIX, no solo pelucones y conservadores llegaron a ser autoritarios, y en algunos casos hasta supresores de las libertades individuales, también se ejerció el autoritarismo desde los propios liberales, como Santa María; e incluso Balmaceda llegó a propiciar una guerra civil por su concepto de un poder concentrado y director.

Podría argumentarse que la lectura crítica que han hecho en general los historiadores del siglo XX acerca del pensamiento de Lastarria tendría que ver con una hegemonía liberal durante ese siglo, más que en el XIX. Pero evidentemente tampoco esto resulta del todo así. De hecho, durante gran parte de ese período el socialismo y el comunismo apoyaron la lucha armada, y no precisamente para repartir “libertades” desde el Estado. La derecha, por su parte, apoyó mayoritariamente la Dictadura y no trepidó en responder a la violencia de la Unidad Popular con más violencia y más autoritarismo. Y sin ir más lejos, no hace mucho, una parte de la izquierda ha vuelto a coquetear con la violencia como forma de acción política legítima. De modo que, más que ser la norma, perfectamente podría argumentarse que el liberalismo ha sido, en realidad, la excepción en las prácticas políticas chilenas. Es cierto que la estructura del Estado, la separación de poderes y otras formalidades de este tipo han sido adoptadas y en general mantenidas. Pero la cultura política chilena, el telón de fondo, en general ha sido más bien el de un Estado personalista y poderoso, y unas libertades restringidas, disminuidas y estatalmente limitadas. Lastarria reconocía en estas costumbres la herencia hispánica, la concepción monárquica del gobierno, el catolicismo representado en el Estado confesional “católico, apostólico y romano”, y las formas autoritarias del modelo portaliano. Por consiguiente, se podría argumentar que en Chile el liberalismo político nunca fue ni ha sido realmente hegemónico sino a contrapelo, producto principalmente de la configuración republicana de su Estado.

En segundo lugar, Lastarria no tuvo una influencia —ni doctrinal ni concreta— tan amplia como se le atribuye en el desarrollo histórico del liberalismo chileno. Como el propio Jocelyn-Holt reconoce, él “representaba uno entre varias opciones”. Si bien fue uno de los fundadores del Partido Liberal en 1849, poco a poco pasó a ser, más bien, lo que algunos politólogos hoy seguramente llamarían un “díscolo”. Los elementos ya mencionados de la cultura política nacional hicie-

ron que Lastarria percibiera prontamente que sus concepciones individualistas y libertarias, muy próximas al ideal cultural de la revolución norteamericana, no tendrían fácil eco entre los liberales chilenos. En este sentido, Lastarria fue toda su vida el promotor de un liberalismo político que nunca se concretó empíricamente, *que no llegó a ser*, y que, a pesar de su participación activa en política, fue calificado por moros y cristianos, conservadores y liberales, como “iluso” y “voluntarista”. Claro, para la mayor parte de los actores políticos nacionales del siglo XIX el Estado debía ser grande, dirigente, y debía moralizar a la sociedad: los radicales buscaban transformar la Universidad de Chile en el faro moral de la Nación; los socialistas pretendían que lo fuera el Estado como tal; los ultramontanos, la religión católica; los nacionales, el líder portaliano; y los propios liberales... bueno ¿qué son Santa María y Balmaceda sino la expresión más clara de una comprensión autoritaria del poder político?

Nada más lejos de todo esto que el pensamiento político de Lastarria: son el individuo y las distintas asociaciones quienes deben dirigir sus destinos, la autoridad del Gobierno debe estar estrictamente limitada por las libertades y los derechos individuales, y jamás se puede justificar su transgresión sin dañar el propio modelo de la república democrática moderna. La igualdad ante la ley es el mecanismo que impide los atropellos del Gobierno que se extralimita. Pero, ante estas observaciones un tanto etéreas, algunos podrían argüir: “no son estas sino elucubraciones de un intelectual poco avezado en cuestiones políticas”. Lo cierto es que ideas como estas sí tuvieron bastante más éxito al otro lado de la Cordillera de los Andes, en Argentina, específicamente con Juan Bautista Alberdi, quien, mientras estaba exiliado en Chile, escribió las famosas *Bases* de lo que llegaría a ser la Constitución de la Nación Argentina de 1853, vigente hasta hoy. Y aunque compartieron planteamientos y dialogaron en más de una ocasión, Lastarria corrió una suerte muy distinta a la de Alberdi. Se dirá que Lastarria no tuvo, tal vez, la suficiente habilidad política y un contexto histórico favorable como para realizar una labor similar en Chile. Las razones de ello lamentablemente no podemos tocarlas en este breve ensayo.

Ahora bien, también es cierto que la influencia de Lastarria sobre el liberalismo político chileno puede evaluarse más ampliamente de otra manera, a saber: mediante el influjo y la difusión de las ideas liberales que el rancagüino propició en el ámbito de las letras y de la cultura. Aquí, efectivamente, se puede detectar un rol esencial llevado a cabo por Lastarria durante el siglo XIX. Este alcance es, quizás, incluso más profundo y rico, aunque no menos polémico. Además de su célebre organización de la *Sociedad literaria* de 1842, Lastarria desarrolló nume-

rosísimas actividades en este ámbito de la cultura. Estas acciones estaban permeadas por sus ideas políticas, y su influjo se ha extendido hasta hoy. Además, la influencia cultural de Lastarria sobre algunos sectores asociados a la masonería, al radicalismo, y en especial a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, no puede ser minusvalorada. Sin embargo, esta influencia es menos relevante a nivel académico que la producida por historiadores y otros críticos de su obra, y se mantiene, podríamos decir, en un ámbito más limitado. E incluso, es bastante probable que aquella intelectualidad que recibió su influjo en términos literarios, nunca haya sido completamente afín a su ideario filosófico.

II

Pero volviendo sobre las interpretaciones del pensamiento de Lastarria, ya hemos señalado que, durante el siglo XX, la irrupción del socialismo y del nacionalismo dificultó una lectura desinteresada de los planteamientos del rancagüino. Efectivamente, para un intelectual de esta época, leer constantes referencias a las libertades individuales, al rol limitado del Estado o a los beneficios del libre comercio, debe haber parecido un asunto un poco añejo, cuando no derechamente, obsoleto. Para estos lectores, Lastarria llegó a ser el adalid de una doctrina política extemporánea; cuestiones que realzarían la idea de que su pensamiento no llegó a ser más que ideológico, esquemático o *principista*, y de que no habría sido sino un simple repetidor de nociones extranjerizantes que poco tenían que ver con la matriz hispánica, católica y estatista que dio origen a Chile. Visto el asunto de esta forma, el concepto fundamental en torno al que se desplegó el pensamiento de Lastarria, a saber, el de la *libertad*, no representaría un verdadero problema filosófico, sino uno puramente ideológico.

Una de las pocas excepciones frente a estas interpretaciones ha sido la sostenida por Renato Cristi. En efecto, en su ensayo “El gesto filosófico de Lastarria” (1975), Cristi analiza el pensamiento político del rancagüino a partir de los elementos que destacan en su formación intelectual. Afirma, asimismo, que es un error explicar la obra de Lastarria sin atender al contexto histórico y a la raíz filosófica a partir de la que ella surge, a saber, el amplio movimiento intelectual de la Ilustración. Puesta en este contexto, la libertad, entendida como ideal de vida individual y social, no es en Lastarria un problema meramente ideológico, o político en un sentido acotado y partidista, como suelen achacarle sus críticos. Por el contrario, la libertad es para Lastarria la condición de posibilidad misma

del propio pensar filosófico, o, dicho de otra forma, sin libertad difícilmente sería posible la filosofía. Y aunque la filosofía como disciplina se encuentra en cierto modo ausente en las ocupaciones intelectuales de Lastarria (aunque no del todo), se trataría de una ausencia plena de sentido con vistas a abocarse y desarrollar la tarea preparatoria para su florecimiento: la libertad individual y social. De esta forma, la permanente preocupación política presente en Lastarria a favor de la libertad sería, en realidad, una preocupación filosófica. En esto consiste, para Cristi, el verdadero gesto filosófico de Lastarria.

Para llevar adelante esta interpretación de la obra del rancagüino, Cristi invierte el planteamiento que había realizado Oyarzún: el pensamiento de Lastarria es filosófico precisamente *porque* es político. Es decir, la preocupación de Lastarria por las libertades individuales es una preocupación por la posibilidad del pensar libre y, consiguientemente, por la filosofía. Por lo tanto, no puede comprenderse adecuadamente a Lastarria si entendemos su pensamiento como meramente ideológico. Esta lectura de Cristi es clave para dejar atrás las críticas de Oyarzún y Subercaseaux y abordar con mejor perspectiva el problema de la libertad en Lastarria.

En efecto, a lo largo de toda la obra del rancagüino hay un impulso que la guía en favor de la razón y del conocimiento. Se trata de la búsqueda de la verdad en todos los ámbitos del quehacer humano, pero especialmente en el de la comprensión de la sociedad moderna. Este gesto ilustrado es la herencia que Lastarria recibe, primero, de José Joaquín de Mora, y luego, de Andrés Bello, para posteriormente enriquecerse y complejizarse con su estudio de las distintas teorías y vertientes intelectuales del momento, desde el utilitarismo de Bentham y Mill, pasando por el romanticismo de Michelet y Lamartine junto con el liberalismo de Tocqueville, hasta el positivismo de Auguste Comte. La filosofía política de Lastarria congrega, así, una serie de elementos diversos entre sí, especialmente franceses y anglosajones, pero puestos todos al servicio de pensar la realidad social y política presente. En este sentido, si entendiéramos la libertad en Lastarria como un concepto meramente ideológico, nos quedaríamos con una muy pobre comprensión de lo que él concibe por esta idea. La libertad para Lastarria no puede sino trascender las ideologías políticas, pues apunta, ante todo, al pensar libre, al conocimiento sin cadenas, en el mismo sentido en que los ilustrados entendían la *liberté de l'esprit*. Para Lastarria, la filosofía no consiste en el estudio de la realidad en el claustro académico, al modo escolástico, sino que en el ejercicio libre y crítico del pensamiento. Lastarria es, en esto y en otras cosas, un volteriano.

Lastarria piensa, por lo tanto, a partir de una cierta concepción filosófica ilustrada. Esto significa, principalmente, que comprende al ser humano a partir de su razón y de la capacidad de conocimiento que se deriva de ella, o dicho de otra forma, busca comprender al hombre más allá de los esquemas y restricciones que imponen la fe y las tradiciones. El proyecto moderno e ilustrado cree que el ser humano puede ser comprendido universalmente, más allá de sus diferencias, aplicando la racionalidad, echando mano de la observación empírica y de todas las herramientas intelectuales con que la naturaleza ha dotado al hombre. Desde Newton y su comprensión del universo físico, hasta Kant y su comprensión del universo moral, es la razón humana la que debe guiar nuestra investigación.

Al alero de este proyecto nace la tradición liberal, y desde sus inicios —con John Locke, como el propio Lastarria afirma— llegó a concebir la libertad como una deducción racional y lógica que se desprendía de la condición individual del ser humano. En este sentido, el liberalismo político tiene para Lastarria una base racional, en el sentido de que busca prescindir de la asunción de dogmas metafísicos o religiosos. Esto ha llevado a algunos historiadores chilenos a confundir el pensamiento de Lastarria con un anticatolicismo afrancesado, por lo que se le ha llamado incluso “jacobino”³. Pero muy lejos de esto, Lastarria es contrario a los planteamientos de Rousseau y de la vertiente revolucionaria y romántica del liberalismo francés, y, en cambio, celebra los principios del cristianismo, especialmente por la preponderancia que este da a la conciencia individual. Lo cierto es que en la formación del pensamiento de Lastarria tiene mucho mayor relevancia la tradición escocesa, recibida a través de Mora⁴, y sus lecturas de franceses anglófilos como el propio Voltaire, Tocqueville, Courcelle-Seneuil o Laboulaye.

En esta misma línea, el positivismo de Comte es, para Lastarria, la continuación de esta concepción ilustrada de la ciencia y del conocimiento; la crítica comteana de la teología y de la metafísica es la consecuencia lógica del racionalismo dieciochesco. Lastarria comparte con Comte la necesidad de una observación racionalista y científica de los fenómenos sociales, pero a la vez rechaza su concepción política, pues la interpreta como un “sistema de la fuerza” que surge, principalmente, de la incomprensión de la libertad en la que concuerdan conservadores de matriz católica, hispánica y francesa, con socialistas assembleístas y revolucionarios, y que pretenden que el Estado no debe considerar las libertades individuales como limitación de su autoridad. Lastarria se revela tajantemente en

3 Subercaseaux (2011: 250, vol. 1).

4 Véase Hanisch (1968).

contra de esta concepción de una libertad que no proviene de la condición individual del ser humano, sino que emana desde el Estado, de la gracia del gobernante o de la sociedad colectivizada como “voluntad general”.

Esta profunda preocupación política no significa, a mi juicio, que el trasfondo del pensamiento de Lastarria esté en querer “cambiar la realidad, más que entenderla o asombrarse con ella”, como plantea Jocelyn-Holt para resaltar sus rasgos ideológicos. Es cierto, Lastarria es un inconformista y un crítico social, esto queda muy en evidencia, por ejemplo, en la que algunos estiman es la primera novela chilena, *Don Guillermo* (1860). Pero nuevamente, Lastarria está pensando aquí desde la ilustración volteriana y no desde la revolución rousseauiana.

Además, me parece que la dicotomía entre “comprender” o “cambiar” el mundo, como forma de distinguir entre filosofía e ideología, tiene serias limitaciones. No se trata de que, parafraseando la célebre afirmación de Marx, los filósofos hayan solo comprendido, pero no “transformado” el mundo, en el sentido de no buscar producir una mejoría en la sociedad —para ponerlo en términos simples—. De hecho, es muy sencillo demostrar que esta afirmación es inexacta, pues desde sus primeros días los filósofos han buscado, de una forma u otra, algún cambio social: Heráclito, siendo hijo del rey, fustigó a los efesios por su precaria concepción de la justicia, Platón quiso establecer su *politeia* en Sicilia, y Aristóteles fue tutor e influyó profundamente sobre Alejandro Magno. Por lo tanto, lo relevante para distinguir al verdadero pensador del ideólogo no sería, a mi juicio, que aquel se dedique únicamente a la contemplación y se abstenga de producir cambios sociales; sino que, si orienta su reflexión hacia la acción, lo haga como consecuencia de una observación detenida y sosegada de la realidad, y con una verdadera apertura de espíritu frente a otras formas de comprensión de esta, alejándose del dogmatismo y de los prejuicios.

Ciertamente, el modelo filosófico puramente contemplativo, escolástico y monacal que primó en Chile hasta el siglo XVIII⁵ no es el de Lastarria, pero eso no significa de ningún modo que su pensamiento no sea filosófico. Como ya se ha señalado, en Lastarria la filosofía es comprendida más bien como *libertad del espíritu*, como librepensamiento. Su vida fue un claro ejemplo de esto: siempre se mantuvo en búsqueda de nuevas ideas y de teorías que le permitieran comprender más acabadamente la realidad. De allí que sea también inevitable dividir su pensamiento en ciertas etapas o fases —como las ha tenido, por lo demás, cualquier intelectual que haya evolucionado en su concepción del mundo—. Es por

5 Véase Hanisch (1963).

ello que he distinguido en mi libro entre un primer Lastarria *romántico libertario* y juvenil que se caracteriza por su ímpetu crítico, histórico y literario; luego, un segundo, *constructivista liberal*, que se aboca al proyecto político y constitucional; y finalmente un tercero, en el que su pensamiento alcanza toda su madurez y complejidad, y que he denominado *liberal-racionalista*.

Otro importante aspecto —no mencionado aún hasta aquí— de rasgos marcadamente filosóficos en el pensamiento de Lastarria se encuentra en su concepción de la historia, más específicamente, en la metodología de la investigación histórica. Esta es otra dimensión de su obra que puede explicarse a partir de la concepción ilustrada que mueve al rancagüino. En efecto, el conocido debate en torno al método historiográfico entre Lastarria y Bello lo suscitó el propio Lastarria al desarrollar su aproximación filosófica a la historia, primero con la publicación de sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), y luego con su *Bosquejo histórico de la constitución del Gobierno de Chile* (1847). En estas obras Lastarria abogaba por una comprensión general de los fenómenos históricos a partir de un análisis filosófico de los elementos que habían producido estos acontecimientos. Con ello, Lastarria rechazaba el antiguo uso de la narración *in extenso* de sucesos notables, o la crónica de los simples hechos, como mecanismo de comprensión de la historia. Apostaba, en cambio, por un método especulativo y filosófico que girara en torno a las ideas y conceptos que permitían articular la explicación histórica, más que en torno a la narración de los propios acontecimientos. En esto Lastarria seguía —por intuición, seguramente, más que por doctrina— la aproximación filosófica de autores como Johann Gottfried Herder y Edgar Quinet. Posteriormente, Bello intentó corregirle para desincentivar esta forma de abordar la historia, y se enfrascó en un debate con el amigo y discípulo de Lastarria, Jacinto Chacón⁶.

De esta forma, Lastarria abogó —por intermedio de Chacón— por la adopción de un método filosófico para la historia, o, dicho de otra manera, por una “historia filosófica”, y no por la mera narración de acontecimientos. Sin embargo, hay que tener precaución en no confundir esta historia filosófica de Lastarria con una “filosofía de la historia”, la que en muchos aspectos puede ser concebida más bien como una forma de historicismo filosófico. El positivismo de Comte postuló la teoría de los tres estadios en este último sentido, y la misma *lucha de clases* de Marx es también un ejemplo de este historicismo. Por el contrario, Lastarria se opuso siempre a una comprensión histórica determinista o fatalista. Su profundo

6 Véase Jaksić (2021).

concepto de la libertad le impedía concebir la historia del hombre como el producto de un titiritero o como el resultado de unos procesos en los que el ser humano fuera un mero espectador. Para Lastarria sin libertad no hay historia. Esta es la razón por la que el rancagüino nunca fue completamente un romántico. Su visión ilustrada y libertaria del ser humano no pudo nunca congraciarse completamente con concepciones que poseían atisbos de irracionalidad: no cayó nunca Lastarria en la ingenuidad positivista o en el constructivismo social, ni menos en el romanticismo historicista o en el nacionalismo anticientífico que comenzaba a señalar el esplendor que tendría durante el siglo XX. Como todo pensador racionalista, Lastarria creía en la ciencia, pero lo hacía de un modo crítico. Es, en este sentido, nuevamente, un pensador moderno.

Así pues, para Lastarria filosofía y libertad van intrínsecamente de la mano. Es la libertad la que posibilita el nacimiento de la filosofía, y luego es la filosofía la que completa la libertad, pues ella libera por completo el pensamiento. En su *Historia constitucional del medio siglo* (1853), Lastarria desarrolla esta idea refiriéndose especialmente a los movimientos filosóficos y políticos de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX:

La filosofía somete a su libre examen todas las instituciones [del régimen monárquico], y revela su falsedad; analiza la naturaleza humana y descubre los derechos del hombre y su fin; aplica su escalpelo al cuerpo social, y lo halla corrompido y desorganizado; eleva sus miradas a la autoridad, se encara con ella, y la sorprende infraganti en sus usurpaciones. La autoridad vive de los despojos de la sociedad: el Estado nada en la opulencia, mientras que la sociedad perece en la miseria: el Estado es fuerte, vigoroso, activo, cínico, sibarita, dominador...⁷.

En este sentido, es Lastarria tal vez uno de los pocos pensadores chilenos verdaderamente “ilustrados”. La libertad de culto, la tolerancia religiosa y el libre pensamiento son en realidad, en Lastarria, proposiciones filosóficas, no solo por la forma de su reflexión, sino porque estos elementos son comprendidos como inherentemente concatenados con el desarrollo de la filosofía. Lamentablemente, los historiadores se han detenido escasamente en este fundamental aspecto del pensamiento de Lastarria, y más bien lo han considerado en general solo como un “anticatólico”, un “masón” o un “ateo”. Movidos, tal vez, por una “mala conciencia”, otros historiadores, como Mario Góngora, han preferido resaltar la im-

7 Lastarria (1866: 2).

portancia de lo que habría sido el “catolicismo ilustrado” de la época, como, por ejemplo, el de Juan Egaña, el más fiel representante de esta corriente de pensamiento⁸. Pero, contrario a lo que Góngora plantea, Egaña —bien lo sabía ya Lastarria— era un autor que estaba lejos de representar los ideales filosóficos de la Ilustración. Efectivamente, Egaña había escrito —entre otras cosas de dudosa factura ilustrada— una memoria en favor de la intolerancia religiosa⁹, en la que se expresaba abiertamente en contra de la libertad de culto para asegurar, de ese modo, la homogeneidad del Estado¹⁰. Atacaba Egaña así el corazón de las ideas morales y religiosas de la Ilustración europea. Es poco probable que Locke o Voltaire —ambos escritores de dos sendos ensayos sobre la tolerancia— hubiesen aceptado la particular defensa de Egaña de la intolerancia religiosa. Con mayor probabilidad el *philosophe* de Ferney habría detectado en él más bien rasgos de “fanatismo”. Planteo esto para que se comprenda el gesto de desplazamiento de Góngora y otros historiadores del siglo XX: si Egaña fue un “católico ilustrado”, Lastarria no pudo haber sido más que un “ideólogo anticatólico”.

Así pues —y para finalizar este breve ensayo—, es preciso afirmar que este mote de “ideólogo” con el que se busca regatear a Lastarria su participación en la historia del ya de por sí escaso pensamiento filosófico chileno del siglo XIX es, cuando menos, mezquino. Y esta caracterización de su pensamiento se produce, a mi juicio, a partir de un error de comprensión general de su obra, error que espero haber expuesto en estas breves líneas. La producción de Lastarria es, en términos filosóficos y estéticos, demasiado densa y diversa como para seguir afirmando esto hoy. Qué duda cabe, la obra de Lastarria está atravesada por una profunda preocupación política, pero esto no es de ningún modo sinónimo de estrechez intelectual, de ideología o de falta de preocupación filosófica. Por el contrario, el pensamiento de Lastarria representa el más sincero y permanente desvelo tanto por el saber como por la libertad del ser humano.

8 Véase Góngora (1969).

9 Véase Egaña (1825).

10 Véase Verbal (2023).

Bibliografía

- BLEST GANA, ALBERTO (2011). *Epistolario*. 2 vols. Santiago de Chile: DIBAM.
- CRISTI, RENATO (1975). "El gesto filosófico de Lastarria", *Teoría*, n.ºs. 5-6, 3-14.
- EGAÑA, JUAN (1825). *Memoria política sobre si conviene en Chile la libertad de cultos*. Santiago de Chile: Imprenta de la Independencia.
- GÓNGORA, MARIO (1969). "Aspectos de la Ilustración Católica en el pensamiento y la vida eclesiástica chilena (1770-1814)". *Historia*, n.º 8, vol. 1, 43-73.
- HANISCH, WALTER (1963). *En torno a la filosofía en Chile (1594 - 1810)*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- _____ (1968). *Rousseau, la ideología y la escuela escocesa en la filosofía chilena, 1828 - 1830*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- JAKSIĆ, I. (2021). *El debate fundacional: los orígenes de la historiografía chilena*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- LASTARRIA, JOSÉ VICTORINO (1866). *Historia constitucional del medio siglo*. Gante: Imprenta de Eug. Vanderhaeghen.
- _____ (1906-1934). *Obras completas de Don J. V. Lastarria*. Ed. Alejandro Fuenzalida Grandón. 14 volúmenes. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.
- OYARZÚN, LUIS (1949). "Lastarria y los comienzos del pensamiento filosófico en Chile durante el siglo XIX". *Revista de Filosofía*, n.º 1, 27-56.
- _____ (1953). *El pensamiento de Lastarria*. Valparaíso: Editorial Jurídica de Chile.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO (2011). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. 3 vols. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- VERBAL, VALENTINA (2023). "Un debate controversial: el problema de la tolerancia religiosa en la temprana república chilena (1823-1833)". *Revista De Historia De América*, (166), 31-51.

HUMANIDADES

LA IDEA DE DEMOCRACIA EN SALVADOR ALLENDE Y SUS PROYECCIONES❖

Carlos Ruiz Schneider❖❖

* Coloquio Internacional: “La filosofía ante las memorias del olvido en las sociedades latinoamericanas”. Lectura realizada el 27 de septiembre del 2023 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

** Profesor titular de la Universidad de Chile.

La presentación que sigue busca describir momentos de una experiencia personal de la vida política en el Gobierno de la Unidad Popular y analizar textos de Salvador Allende que me parecen expresar bien su proyecto político y sus concepciones de la democracia y el socialismo.

Quiero destacar al comenzar el momento de enunciación de esta presentación: un momento en que, por el significado del 50 aniversario del Golpe de Estado y por una iniciativa del Gobierno del Presidente Boric, se ha desarrollado un “clima” político que ha rescatado la memoria y, con la memoria, la actualidad del quiebre democrático del pasado. Esta iniciativa política muestra a esta ruptura como operante en nuestra definición del presente y en nuestra perspectiva de futuro. Es un momento que, como nunca antes, da resonancia pública a actividades e investigaciones que definen nuestra memoria como pueblo.

Esta ocasión es, así, un acto público. Un acto que, como diría Walter Benjamin, es un salto hacia el pasado, que vuelve nuevamente viva y presente la tradición de los grupos subalternos.

Quiero hablar entonces, brevemente en este contexto, de mi experiencia del Gobierno de Salvador Allende y analizar algunos de sus discursos políticos más importantes, con un centro en su visión de la democracia, y de nuevas perspectivas de análisis que derivo del debate sobre la teoría de la democracia en estos últimos años; años en que la democracia se nos ha vuelto un bien político asediado por todos lados, no sólo en Chile.

Y me gustaría partir por lo vivido como profesor recién ingresado, el año 1971, a la Universidad de Chile, después de mis estudios en Francia, junto a mi mujer, desde el año '68 al '71.

En la sociedad de aquel año ya se ha asentado, especialmente en las clases medias, incluso a nivel micro-social, un clima de conflicto y una discusión política fuerte y permanente, que se muestra también en las primeras manifestaciones masivas contra el Gobierno, como la marcha de “las ollas vacías” de mujeres y jóvenes de los barrios altos y las clases medias. También en la Universidad se vive una experiencia adversarial, una experiencia de conflicto por la Reforma Universitaria, pero en un contexto de gran libertad creativa, política y académica. Una Universidad que regula, sin embargo, estas diferencias con un acuerdo, que se expresa en un Estatuto notable, el del año 1971. Este estatuto —firmado en La Moneda por el Rector subrogante, Enrique d’Etigny, el Ministro Mario Astorga y el Presidente Allende— define, entre otros temas, a la Universidad, en su artículo 1º, como

una comunidad democrática, fundamentalmente creadora y crítica... [que] ... asume su responsabilidad específica en la formación de una conciencia objetiva y crítica de la sociedad chilena, y, a través de su aporte humanístico, contribuye a conformar la voluntad de cambios necesaria para conquistar un orden de convivencia que garantice la participación de todos los miembros de la comunidad nacional.

En su artículo 2° define a la Universidad de Chile como una Universidad nacional, que orienta preferentemente su acción a los problemas del país, y en el artículo 3° precisa el carácter democrático, diciendo que “La Universidad de Chile es democrática” y que “Participan en su gobierno todos los miembros de la comunidad universitaria, tal como se establece en el presente Estatuto”. En su discurso no previsto, el Presidente Allende destaca la autonomía de la Universidad, su compromiso con el país, el logro de la participación de la comunidad, su carácter crítico y las tareas pendientes en el acceso de la juventud a las aulas y, en general, en el mayor compromiso de la Universidad con el país.

El estatuto nos permite imaginar las posibilidades de acción y de trabajo que se abrían a los universitarios entonces. Y en muchas universidades. Por ejemplo, en la Universidad Católica, la creación del CEREN durante 1971, dirigido por Manuel Antonio Garretón, con Norbert Lechner, Franz Hinkelammert y Tomás Moulián, entre otros investigadores. Es en este marco, también, que un grupo de profesores de filosofía, con Humberto Giannini, logramos que se fundara el Departamento de Filosofía de la Sede Santiago Norte. Un Departamento que busca ampliar los límites de la filosofía, incluyendo la filosofía de la vida cotidiana, la filosofía en Chile, y la filosofía política, con una relación especial con la Facultad de Medicina y la Clínica Psiquiátrica Universitaria que dirige el Doctor Rafael Parada, y con la Facultad de Derecho.

* * *

Para iniciar el desarrollo de nuestro tema central, querría recordar que el contexto de la concepción de la democracia de Allende está marcado por una izquierda que tiene como ejes políticos fundamentales en el período la *revolución* y el *socialismo*, como lo muestra muy bien Norbert Lechner en un ensayo de 1985 sobre el cambio de paradigmas desde la revolución a la democracia¹. Y por una derecha que, como hemos mostrado con Renato Cristi, iba siendo crecientemente hege-

1 Lechner, Norbert, “De la Revolución a la Democracia. El debate intelectual en América del Sur”, en *Opciones* N° 6, 1985.

monizada por proyectos nacionalistas y corporativistas, en alianza con un grupo emergente de economistas neo-liberales².

Según Lechner la experiencia del Golpe Militar y la Dictadura implican un cambio importante en las concepciones de la izquierda chilena, por lo menos en la mayoría de esta. Decía Lechner en 1985:

Hoy la compleja diferenciación social en América del Sur ya no permite concebir la lucha por la libertad y la igualdad en términos esencialistas... quizás sea más correcto hablar de postmarxismo, al menos en el debate intelectual. Las críticas de Laclau y Nun contra el reduccionismo (y los trabajos de otros autores como Aricó, Portantiero o Moulián) son una especie de ajuste de cuentas con los “marxismos” y simultáneamente intentos de actualizar esa tradición como punto de partida para pensar las transformaciones democráticas de la sociedad³.

En la visión de Norbert Lechner, es durante la Dictadura que la izquierda se compromete con el nuevo paradigma de la democracia para pensar la política. Creo que el pensamiento de Allende y algunos sectores de la Unidad Popular son un antecedente de esta nueva visión para la izquierda. Aunque más tradicional en su visión de la economía y la sociedad, la concepción de Allende es fundamental en este cambio, por la importancia central que otorga a la legalidad, las instituciones, al sufragio universal y las elecciones, junto a la democracia económica, en la “vía chilena al socialismo”, su proyecto político. Creo que es esto lo que lo hace de gran actualidad en su momento y para hoy, y lo que constituyó su peligro para el *statu quo* nacional y global de los ‘70.

Como lo acabo de decir, creo que Norbert Lechner expresa bien el paradigma dominante de los ‘70 y Allende comparte parcialmente ese paradigma. Pero en donde el Presidente Allende innova, y tiene una clara conciencia de innovar, es en la centralidad de la democracia para un proyecto socialista para Chile, mucho antes de los años de la Dictadura.

En una Clase Magistral en la Universidad de Concepción, en el curso de un debate con el dirigente de los estudiantes de la Universidad, el Presidente, después de citar un texto de Lenin que dice “El triunfo es seguro y tenemos nueve posibilidades sobre diez de obtenerlo, sin derramamiento de sangre. Y agrega que

2 Cristi, Renato, Ruiz Carlos (2015), *El pensamiento conservador en Chile*, 2ª. edición, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

3 Lechner, *op. cit.*, p. 62.

dependerá de la reacción de los sectores heridos en sus intereses, para que se desate la violencia” (p. 182), continúa su discurso con estas palabras:

Y nadie pensaba que pudiera el camino descrito por los teóricos del marxismo de alcanzar el Gobierno por el poder de las urnas, que esto pudiera realizarse en un país como Chile... Sin embargo, la realidad histórica nos demuestra que aquí y en nuestro país, hemos utilizado un camino que nuestra realidad ha permitido que se emplee y este camino ha sido la lucha dentro del sufragio. Muchas veces, y lo puedo decir, estuve solo defendiendo esta posibilidad en mi propio partido. Los hechos han demostrado que tenía razón, la conquista del Gobierno por las fuerzas populares es un hecho, compañeros jóvenes de la Universidad de Concepción, que ha sacudido y muy fuertemente a este país, que ha sacudido y muy fuertemente la conciencia de muchos pueblos de este y otros continentes⁴.

El discurso continúa con un pasaje que exhibe claramente la clara conciencia que Allende tiene de las amenazas que se ciernen sobre el Gobierno Popular, y también de su originalidad. Son acciones contra el Gobierno que hoy podemos percibir con mucha mayor evidencia, después de la reciente desclasificación, por el Gobierno de USA, de los documentos pertinentes. Dice Allende:

Hay una minoría que implacable, internacional y nacionalmente buscará todos los cauces legales o ilegales, que le permitan obstaculizar la victoria popular. Pero hay también millones de seres humanos, que miran la experiencia chilena con apasionado interés. Lo miran, fundamentalmente después de los hechos ocurridos en este continente, en donde muchos pensaron que la única posibilidad era el “foquismo”, el brazo armado, la insurgencia y el ejército popular⁵.

Otro texto clave, por su significado político, para aquilatar la importancia de este compromiso con la democracia en Allende, es su Discurso en el Estadio Nacional, del 4 de diciembre de 1971, para despedir a Fidel Castro, de visita en Chile por cerca de 1 mes, en que recorrió todo el país.

4 Otro texto que muestra a Allende defendiendo esta posición contra otras visiones es el del Informe al Pleno Nacional del P.S. del 18 de marzo de 1972, recogido con el título “La vía chilena al socialismo y el estado actual” en: Salvador Allende, *Obras escogidas. Crítica. Las ideas*. Editorial Grijalbo, Crítica (1989), Patricio Quiroga (Compilador).

5 “El privilegio de estudiar”: Clase Magistral en la Universidad de Concepción, 29 de mayo 1971 (p. 183), en Meza Sánchez, Alexis (2010), *Discursos. Salvador Allende. Compilación y estudio preliminar*. Escaparate Ediciones, Concepción.

Asistí a esta concentración, con el Estadio Nacional lleno. Era un momento político crucial. Frente al camarada revolucionario y amigo admirado, toca manifestar claramente la diferencia entre el proceso chileno y el cubano.

Es lo que hace Allende, diciéndole a Fidel:

Chile, de acuerdo a su historia y a su propia realidad, ha buscado su camino y ha empleado este camino para hacer posible, dentro de los marcos del sufragio, un Gobierno Popular nacional, auténticamente revolucionario y democrático, para abrir también las anchas avenidas que nos conduzcan al socialismo⁶.

Recuerdo también de ese discurso —pero estos pasajes no están recogidos en la versión consultada del texto— una larga referencia a textos de Engels. Me parece que aludió en esa ocasión probablemente a su “Introducción” al libro de Marx sobre *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, escrita en 1895.

Es un texto muy interesante, que tiene que ver con la argumentación de Allende, en base a los clásicos del marxismo y en favor de la vía democrática al socialismo. Elijo de este texto un breve pasaje. Dice Engels allí,

La ironía de la historia mundial pone todo cabeza abajo. Nosotros, los “revolucionarios”, los “revoltosos”, prosperamos mucho mejor por los medios legales que por los medios ilegales y la revuelta. Los partidos del orden, como se llaman a sí mismos perecen a causa del estado legal que ellos mismos han creado... Y si nosotros no somos lo suficientemente insensatos como para dejarnos conducir al combate callejero para causarles placer, no les quedará otra finalmente que quebrar ellos mismos esta legalidad que se les ha transformado en fatal...

Y Engels reitera esto, diciendo más adelante:

Sobre la revolución social-demócrata que opera correctamente, porque se conforma a las leyes, no podrán ponerla bajo control sino con la revuelta del partido del orden, que no puede vivir sino quebrando las leyes... Ruptura de la Constitución, dictadura, vuelta al absolutismo...⁷.

6 Sánchez Mesa, Alexis, *ibid.*, p. 112.

7 Engels, Friedrich “Introducción” a Marx, Karl (1895), *Les luttes de classe en France. 1848-1850*, París, Editions Sociales (1967), pp. 34 y 35.

Me parece que este discurso del Presidente Allende es, además, uno de sus textos más emocionantes y perceptivos.

Detalla en parte los impresionantes y radicales avances del Gobierno desde noviembre de 1970 en estos términos:

Hemos intensificado la reforma agraria y herido profundamente al latifundio, hemos estatizado la banca y hemos estatizado también diversos monopolios para fortalecer el área de la economía social [a ello se agrega] la política de redistribución del ingreso para impedir que siguieran consagrándose en nuestra patria las diferencias brutales que marca el régimen capitalista⁸.

Es aquí, también, en donde pronunció estas palabras impresionantes y casi diríamos premonitorias:

Y yo les digo a ustedes compañeros... de tantos años, se lo digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol, ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera... defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno Popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado... Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el Programa del pueblo⁹.

En su Primer Mensaje ante el Congreso Pleno del 21 de mayo de 1971, Allende había sostenido muchas de las ideas que reiterará en sus discursos posteriores. Dice:

... Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una nueva manera de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

8 Salvador Allende, "Despedida a Fidel Castro" en Mesa Sánchez, Alexis, *op. cit.*, p. 116. Precisamente la radicalidad de estas reformas y los resquicios legales para hacerlas posibles fueron uno de los temas importantes en la autocritica de la izquierda después del Golpe.

9 *Ibid.*, p. 121.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado... Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista...

Por mi parte, estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario¹⁰.

Y Allende continúa:

La legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesta tras una lucha de muchas generaciones... Es una conquista irreversible...

No es el principio de legalidad lo que denuncian los movimientos populares. Protestamos contra una ordenación legal cuyos postulados reflejan un régimen social opresor... Pero legalidad habrá¹¹.

Del mismo modo, es importante recordar que para nosotros, representantes de las fuerzas populares, las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el periodo histórico que dejamos atrás. Y por lo tanto deben permanecer. De ahí también nuestro respeto por la libertad de conciencia y de todos los credos. Por eso destacamos con satisfacción las palabras del cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez a los trabajadores¹².

Nuestro camino es instaurar las libertades sociales mediante el ejercicio de las libertades políticas, lo que requiere como base establecer la igualdad económica¹³.

En el Mensaje del 21 de mayo de 1973, Allende parte por decir, refiriéndose al gran resultado alcanzado en las elecciones de marzo, que...

En este país, donde cada día hay decenas de elecciones —sindicales, municipales, profesionales, estudiantiles, vecinales—, está desarrollándose un fenómeno de trascendencia cualitativa que distinguirá en la historia patria el esfuerzo realizado en los años que estamos viviendo. Por primera vez, amplios sectores populares... pueden ejercer las libertades políticas al tener medios concretos que les permiten el ejercicio

10 Salvador Allende, "1er Mensaje ante el Congreso Pleno", en *Discursos Salvador Allende*, Compilación y Estudio preliminar, Alexis Mesa Sánchez, Escaparate, Concepción, 2010, p. 61.

Ibid., p. 67.

11 *Ibid.*, p. 67.

12 *Ibid.*, p. 69.

13 *Ibid.*, p. 72.

del derecho de expresión y de asociación. Por primera vez, la democracia económica empieza a ser una realidad. Sólo ahora las decisiones que más afectan a cada persona, las que inciden en su dimensión creadora, en su trabajo y en su bienestar han dejado de ser exclusividad de minorías poderosas para ser asumidas por la gran masa organizada en sus centros de trabajo o de residencia. Una nueva etapa recién iniciada para la democracia chilena¹⁴.

Unas páginas más abajo, reitera este anuncio de nueva Constitución en los términos siguientes:

Todo un sistema normativo debe ser modificado y un conjunto de medidas administrativas ser puesto en práctica para ordenar las nuevas necesidades. El sistema bancario, el financiero, el régimen laboral, el de la seguridad social, la administración regional, municipal y comercial, los sistemas de salud y educacionales, la estructura administrativa del Estado, la propia Constitución Política, no corresponden ya a las exigencias que los cambios instaurados están planteando.

En este sentido, dice el Presidente:

el Gobierno ha elaborado un anteproyecto de Carta Fundamental. Será sometido a una amplísima discusión nacional, a todos los niveles para recoger las críticas y sugerencias antes del envío al Congreso¹⁵.

Esto contempla —continúa Allende— la democratización del Poder Judicial y previsiones contra el burocratismo, la ampliación de las atribuciones de Tribunal Constitucional... la democratización de la administración territorial, la democratización de la seguridad social y el desarrollo tecnológico¹⁶.

14 Salvador Allende, "Mensaje ante el Congreso Nacional, 21 de mayo de 1973", *Obras escogidas, Crítica. Las ideas* (1989), Patricio Quiroga (Compilador), p. 205.

15 *Ibid.*, p. 207.

16 *Ibid.*, p. 211.

II

En esta segunda parte mi intención es discutir nuevas propuestas e interpretaciones en el campo de la teoría democrática que puedan servirnos para proyectar el significado profundo del compromiso con la democracia en Allende, que hemos mostrado en la sección anterior.

Destacan aquí, sobre todo, a mi juicio, los trabajos de Claude Lefort, Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, y en ellos quiero basarme para interpretar lo que, a mi juicio, estaba filosóficamente en juego en el compromiso democrático de Allende y que debemos considerar hoy para recuperar más profundamente la opción por la democracia¹⁷.

En los trabajos esenciales de Claude Lefort, la idea de Revolución Democrática interpretada desde la obra señera de Tocqueville, adquiere una importancia central para pensar lo que se entiende por *lo político*, que muchos pensadores hoy diferencian de *la política* en su acepción común.

La idea central de Lefort es que la esencia de lo político tiene que ver con la constitución de la *forma* de lo social, esto es, su principio generativo, en el que “se combinan la idea de un tipo de constitución y la de un estilo de existencia o modo de vida”. Esto nos recuerda ciertamente la visión de Leo Strauss en lo que denomina “régimen político” o “régimen”, y que Aristóteles concibe como “politeia”¹⁸.

Esta idea de forma de lo social incluye lo que Lefort identifica con la *puesta en forma*, la *puesta en escena* y la *puesta en sentido* de la sociedad.

Esta concepción de la relación entre lo político y lo social es muy importante para lo que sigue, porque hay dos formas de concebir este vínculo que no parecen defendibles. La primera es la división de la sociedad en esferas autónomas o independientes, como ocurre en las ciencias sociales y las ciencias humanas con la economía, la política y la sociedad, y que les permite pensar sus relaciones como externas.

17 Tengo que mencionar aquí, también, los trabajos de Jacques Rancière, Jean-Luc Nancy, Slavoj Žižek y Oliver Marchart, que han sido para mí de enorme utilidad. Por último, en Chile son de gran importancia los trabajos de José Fernando García que me parecen muy cercanos y que he analizado recientemente en un Homenaje a su obra en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

18 “Al hablar de *politeia*, los clásicos pensaban en el modo de vida de una comunidad, en cuanto esencialmente determinada por su “forma de gobierno”. Traduciremos *politeia* por “régimen” tomando régimen en el amplio sentido en el que a veces lo tomamos cuando hablamos, por ejemplo, del Antiguo Régimen en Francia”. Leo Strauss, *Natural right and history*, The University of Chicago Press, 1950 (1971), pp. 136-137.

La segunda concepción excluida es la visión tradicional marxista, que concibe esta relación como una entre estructura social y superestructura, siendo la estructura la condición determinante o la causa de la superestructura, en donde se encuentran las relaciones políticas y las ideas.

Ambas concepciones presuponen, según el pensamiento de Lefort, la Revolución Democrática, es decir, una constitución política de la sociedad, que se muestra históricamente en el acontecimiento de la Revolución Francesa, y que opera la desincrustación del todo social de esferas como la económica, la social, la esfera cultural y la religión. Ellas no existen, pues, antes de la Revolución Democrática, como esferas separadas. Las concepciones científico-sociales y marxistas suponen estos campos o esferas como dadas y autoconstituídas y con influencias causales sobre lo político.

Para Lefort, en lugar de explicarse por la historia empírica de estos campos separados, hay que entender a estos a partir de lo político, como forma de la sociedad, en la que aparece la democracia, la que “señala una mutación de orden simbólico de lo que el mejor testimonio es la nueva posición del poder”¹⁹. Sostiene Lefort:

En la monarquía el poder está incorporado en la persona del príncipe... (este) régimen no era despótico... El príncipe es un mediador entre los hombres y los dioses... sometido a la ley y por encima de la ley, condensaba en su cuerpo, a la vez mortal e inmortal, el principio de la generación y del orden del reino²⁰.

En relación a este modelo, continúa Lefort,

es que se dibuja el rasgo revolucionario y sin precedentes de la democracia. El lugar del poder deviene un lugar *vacío*... Lo esencial [de éste] es que prohíbe a los gobernantes apropiarse, incorporarse el poder. Su ejercicio está sometido al procedimiento de una puesta en juego periódica. Esto se hace al término de una competencia regulada cuyas condiciones son preservadas de una manera permanente²¹.

Lefort destaca aquí..

19 Claude Lefort, “La question de la démocratie”, en *Essais sur le politique, XIX et XX siècles*, Points, Seuil, 1986, p. 27.

20 *Ibid.*, 27.

21 *Ibid.*, p. 28.

la relación que se establece entre la concurrencia dinamizada por el ejercicio del poder y el conflicto en la sociedad. El acondicionamiento de una escena política, donde se produce esta concurrencia hace aparecer de manera general a la división como constitutiva de la unidad misma de la sociedad. En otras palabras, la legitimación del conflicto político contiene el principio de una legitimidad del conflicto social en todas sus formas²².

La democracia, según nuestro autor, es el único régimen que establece la diferencia entre lo simbólico y lo real a partir de la noción de un poder del que nadie, ya sea un príncipe o una facción, puede apoderarse.

En base a todas estas notas previas, nos interesa, sobre todo, dado nuestro propósito de indagar sobre el significado y las proyecciones de la democracia como la entiende Salvador Allende, destacar lo que Lefort señala algo más adelante:

... nada hace más sensible la paradoja de la democracia que el sufragio universal. Es así que precisamente en el momento en que la soberanía popular se manifiesta y el pueblo se actualiza expresando su voluntad, las solidaridades sociales son deshechas, el ciudadano se ve extraído de todas las redes en que se desarrolla la vida social para ser convertido en unidad contable. El número sustituye a la sustancia... Es significativo que esta institución haya enfrentado en el siglo XIX una resistencia, no solamente de los conservadores, sino de los burgueses liberales y de los socialistas, resistencia que no se pueden atribuir tan sólo a la defensa de los intereses de clase, sino que a la idea de una sociedad consagrada a acoger de ahora en adelante lo irrepresentable...²³.

Este texto de Lefort me parece fundamental porque precisamente son el sufragio universal y las elecciones lo que Allende destaca como momentos esenciales de la democracia, lo que lo obliga a confrontar una aguda oposición en su coalición.

En un comentario muy atinente, Oliver Marchart en su libro sobre el pensamiento político posfundacional, destaca, en su análisis de la obra de Lefort, que para que la democracia exista es necesario extender los derechos humanos a cada vez más grupos.

22 *Ibid.*, p. 29.

23 *Ibid.*, Claude Lefort, p. 30.

El constante pedido de inclusión de nuevos sectores (hoy por ejemplo, los homosexuales, los desempleados o los inmigrantes) dentro de quienes están habilitados a tener derechos es lo que engendra la democracia una y otra vez.

Este principio generativo de lucha por mayor inclusión en el espacio incesantemente ampliado y abierto ahora por la declaración de los derechos humanos es evidentemente de naturaleza conflictiva, y por lo tanto está acompañado de la institucionalización del conflicto en la democracia... El sufragio universal constituye, pues, uno de los elementos más importantes del dispositivo democrático.

Así, recalca Marchart, el significado real del sufragio universal es reglamentar la competencia política, para que se garantice periódicamente el lugar vacío del poder y desplazar los conflictos de interés y de clase al escenario simbólico de la política.

La voluntad del pueblo, sostiene Marchart, “no es unitaria, pues el hecho que sea preciso contarla demuestra su fragmentación”. “Por eso – señala – es posible refutar la crítica a la democracia como “meramente formal”. Dicha crítica insiste en que las elecciones democráticas “enmascaran y mistifican las relaciones económicas de poder “reales”... Lo que no toma en cuenta es que el objetivo de las elecciones no es distribuir el poder “real”, dado que su función consiste en escenificar y simbolizar el conflicto y el poder en cuanto reales, su papel paradójico es servir de marcadores de incertidumbre institucionales²⁴.

Me parece que una buena expresión de la mutación que opera la democracia, y el carácter profundamente significativo de un momento electoral, que va incluso más allá de la sola fragmentación de la comunidad política, son las elecciones libres en Chile durante el año 1988, que terminan con la ocupación del poder por la Dictadura y el dictador, abriendo paso a la democracia de la transición.

Antes de concluir esta sección, querría analizar brevemente, desde otra perspectiva, lo que está en juego en el sufragio, las elecciones y los votos, a partir de un texto de Chantal Mouffe —*En torno a lo político*— que cita una reflexión de Elías Canetti, en su libro *Masa y Poder*. Dice Chantal Mouffe que...

En unas pocas páginas brillantes del capítulo “Masa e historia” de *Masa y Poder*, dedicadas a analizar la naturaleza del sistema parlamentario, Canetti señala que tal sistema utiliza la estructura psicológica de ejércitos adversarios, y representa una forma de guerra en la que se ha renunciado a matar²⁵.

24 Oliver Marchart, *El pensamiento político postfundacional*, Paidós, 2009, pp. 143-144.

25 Mouffe, Chantal (2007), *En torno a lo político*, EFE, p. 28.

Continúa con textos como el siguiente:

En una votación parlamentaria todo cuanto hay que hacer es verificar la fuerza de ambos grupos en un lugar y momento determinados. No basta con conocerla de antemano. Un partido puede tener trescientos sesenta delegados y el otro sólo doscientos cuarenta: la *votación* sigue siendo decisiva en tanto instante en que se miden realmente las fuerzas. Es el vestigio del choque cruento, que cristaliza de diversas maneras, incluidas amenazas, injurias y una excitación física que puede llegar a las manos, incluso al lanzamiento de proyectiles. Pero el recuento de votos pone fin a la batalla... (Canetti, 2018, 269)²⁶.

La solemnidad de todas estas operaciones proviene de la renuncia a la muerte como instrumento de decisión. Con cada una de las papeletas, la muerte es, por decirlo así, descartada. Pero lo que ella habría logrado, la liquidación de la fuerza del adversario, es escrupulosamente registrado en un número. Quien juega con estos números, quien los borra o falsifica, vuelve a dar lugar a la muerte sin darse cuenta (*Ibid.*, 272).

Esto es lo que sucede, según el autor, también “con quienes se burlan de las papeletas de voto... (Estas) como los tratados, son para ellos meros jirones de papel. El que no estén empapados en sangre les parece despreciable” (*Ibid.*, 272).

Para Chantal Mouffe, la reflexión de Canetti “es un ejemplo excelente de cómo los enemigos pueden ser transformados en adversarios, y aquí vemos claramente cómo los conflictos pueden establecerse de un modo que no es antagónico sino agonista” (Mouffe, 29).

Según Mouffe, Canetti nos permite comprender también la importancia de los sistemas representativos en la “construcción de un nosotros/ellos compatible con el pluralismo democrático” (p. 30)²⁷. Cuando éstas son debilitadas o destruidas, la confrontación puede transformarse en antagónica.

III

En este tercer momento de la presentación querría esbozar un modo posible de compatibilizar algo que para Allende forma parte esencial de su proyecto político, esto es, el socialismo, con la democracia, sin pensar a esta de una manera

26 Canetti, Elías (1960; 2018), *Masa y poder*. Alianza Editorial, pp. 269 y 272.

27 *Ibid.*, pp. 29 y 30.

reduccionista, o epifenoménica. Y sin pensar el socialismo en base solamente a la estructura económica, pensada como determinante en última instancia de lo político.

En su Mensaje del 21 de mayo de 1971, Allende había insistido en este punto de manera explícita:

Pero no seríamos revolucionarios —había dicho— si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. El Gobierno de la Unidad Popular fortalecerá las libertades políticas. No basta con proclamarlas verbalmente porque son entonces frustración o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida en que conquistemos la libertad económica.

En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales con intereses antagónicos y excluyentes, y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector.

Ante esta diversidad, nuestro Gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: de obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales y empleados. Bloque social cada vez más amplio como consecuencia del desarrollo capitalista, cada vez más unido en su condición social de asalariados... La coalición multipartidaria del Gobierno Popular responde a esta realidad. Y en el enfrentamiento diario de sus intereses con los de la clase dominante se sirve de los mecanismos de confrontación y resolución que el sistema jurídico constitucional establece. Reconociendo a la oposición las libertades políticas y ajustando su actuación dentro de los límites institucionales. Las libertades políticas son una conquista de toda la sociedad chilena en cuanto Estado²⁸.

Pocos días después, Allende dirá —en su Discurso en la Universidad de Concepción que citábamos más arriba— que:

En el momento oportuno, mi Gobierno entregará al Congreso Nacional un proyecto destinado a modificar la Constitución liberal actual, por una Constitución de orientación socialista y presentaremos un proyecto destinado a suprimir las dos Cámaras por la Cámara única que está en el Programa de la Unidad Popular²⁹.

28 *Ibid.*, pp. 69-70.

29 Salvador Allende, "El privilegio de estudiar": Clase Magístral en la Universidad de Concepción, 29 de mayo de 1971, en *Discursos... Ibid.*, p. 179.

Me parece que una vía para salir del problema planteado puede buscarse en los orígenes mismos del socialismo moderno en el siglo XIX. Aunque el creador del concepto de socialismo es el pensador y político francés Pierre Leroux en la década de 1830, me parece que es muy útil para lo que nos interesa, hurgar, por ejemplo, en algunos debates de la Asamblea Constituyente durante 1848 en Francia, que, después de una insurrección popular victoriosa contra la monarquía restaurada, busca establecer las bases de lo que será la Constitución de 1848, una que refleja muchas de las demandas populares en la época. En realidad, la revolución de 1848 es un acontecimiento constitutivo de la vida política moderna, sobre todo por la participación de un nuevo sujeto político articulado, que marcará el siglo XIX y el siglo XX: el proletariado.

Según el análisis de Jacques Godechot en su libro *Les Constitutions de la France depuis 1789*, uno de los temas centrales de la discusión de la Asamblea del '48 es el del *derecho al trabajo*, que en realidad recoge muy bien, junto a la idea de república, el contenido de las demandas de los trabajadores. Formará parte, a partir de aquí en adelante, de las reivindicaciones esenciales del socialismo.

Intervienen en este debate Pierre Joseph Proudhon, Mathieu y Ledru-Rollin en defensa de la inscripción constitucional del derecho al trabajo; y Tocqueville y Thiers por la negativa. Proudhon define el derecho al trabajo con estas palabras:

El derecho al trabajo es el derecho que tiene cada ciudadano, de cualquier oficio o profesión, a estar siempre ocupado en su industria, con un salario fijado, no arbitrariamente, ni al azar sino según el curso normal y actual de los salarios³⁰.

En el debate en la Asamblea, Mathieu declara que “el derecho al trabajo es el derecho del hambre y que debe pasar ante todos los demás”.

A esta propuesta, replica Tocqueville que “el derecho al trabajo” se transformará tarde o temprano en “el Estado propietario de todas las cosas, es decir el comunismo, nueva forma de la servidumbre”. Ledru-Rollin responde a Tocqueville que el “derecho al trabajo ha sido ya proclamado en la Constitución de 1793. Es la República aplicada”³¹ (*Constitutions de la France*, p. 259).

Efectivamente, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, de 1793, había establecido en su artículo 21 que...

30 P. Joseph Proudhon en: Frédéric Worms (compilador), *Droits de l'homme et philosophie. Une anthologie*, Presses Pocket, 1993, p. 320.

31 Godechot, Jacques, *Les Constitutions de la France depuis 1789*, Garnier-Flammarion 1970, p. 259.

Los socorros públicos (“les secours publics”) son una deuda sagrada. La sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos en desgracia, sea procurándoles trabajo, ya sea asegurando los medios de existir a quienes no tiene la capacidad de trabajar³².

Pero finalmente, entendido de esta manera, el derecho al trabajo no fue recogido en la Constitución del ‘48.

En el contexto de 1848, se ha conocido sí, una institucionalización del derecho al trabajo en los “talleres nacionales” (“ateliers nationaux”), cuya inspiración se atribuye a Louis Blanc y que Marx caracteriza, en *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* como dando “un cuerpo a la protesta del proletariado contra la industria burguesa, contra el crédito y la república burgueses”³³, pero que al mismo tiempo critica, por falta de conexión con la estructura social global, por su abstracción y por su idealismo.

El derecho al trabajo, junto al derecho a la salud y el derecho a la educación, va a estar nuevamente presente en la Comuna de París en 1871, según el relato de Lissagaray; en el texto de Marx sobre la Comuna; en el ensayo fundamental de T. H. Marshall, “Citizenship and social class” de 1944; en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (& 22), y elaborados en el Convenio de las Naciones Unidas sobre derechos Económicos, Sociales y Culturales de 1966³⁴.

Para reconectarnos con nuestro tema original —la relación entre socialismo y democracia en Allende—, en vistas a proyectar hacia la actualidad la propuesta de este último, creo útil también considerar la investigación de C. B. Macpherson, quien relaciona los derechos económicos (y el derecho al trabajo) con el poder y con la democracia.

Según Macpherson, los elementos principales que justifican nuestras democracias liberales occidentales pueden expresarse en dos pretensiones de maximización, la de maximizar *utilidades* individuales y la de maximizar *poderes* individuales. El argumento que defiende este régimen político es que, en los dos casos,

32 *Ibid.*, Art. 21, p. 82.

33 K. Marx, *Les luttes de classes en France 1848-1850*, Edition Sociales, París, 1967, p. 60.

34 Es interesante confrontar estas ideas, en su versión proudhoniana, con las concepciones libertarias actuales. Según Proudhon hay una contraposición que podríamos entender como dialéctica entre el derecho al trabajo y la propiedad. Cuando un filósofo libertario contemporáneo como Nozick analiza la propiedad, la conecta también con los derechos humanos, en particular con el derecho a la vida, - y podríamos pensar, los derechos económicos- pero es para subordinar crudamente el “supuesto” derecho a la vida al derecho de propiedad. Véase R. Nozick (1974), *Anarchy, state and utopia*, Basic Books, p. 179.

una sociedad liberal provee una mayor medida de realización de la personalidad humana que sus alternativas.

La primera pretensión es que la sociedad democrático-liberal, al instituir una mayor libertad de elección individual que cualquier otra sociedad no-liberal, maximiza la satisfacción individual de *utilidades*. Nos dice Macpherson:

Esto supone una concepción particular del ser humano. Tratar la maximización de utilidades como la justificación última de una sociedad es considerar al ser humano esencialmente como un consumidor de utilidades. Sólo cuando se concibe al ser humano como un manajo de apetitos que exigen satisfacción, la sociedad que maximiza las satisfacciones se considera como la buena sociedad³⁵.

La segunda pretensión es que la sociedad liberal-democrática maximiza los *poderes* del ser humano, esto es su potencial para usar y desarrollar sus capacidades únicamente humanas. El supuesto aquí es que el ser humano es esencialmente un ser que actúa, un creador y un gozador de sus atributos humanos. Estos atributos pueden incluir la capacidad para el entendimiento racional, para el juicio y la acción moral, para la contemplación y la creación estética, para las actividades emocionales de la amistad y el amor y, a veces, la experiencia religiosa³⁶.

(Como puede verse, según Macpherson, en concepciones como las de Carlyle, Nietzsche, John Stuart Mill, John Ruskin y Marx).

El concepto de poder es, en primer lugar, un concepto ético, el potencial de realizar los atributos humanos esenciales. Incluye no sólo sus capacidades naturales, sino también su habilidad para ejercerlas y por lo tanto también acceso a las cosas que fuera de él se requieren para su satisfacción. Podemos llamarlo *poder de autodesarrollo*.

Pero puede ser, por otra parte, un concepto *descriptivo* que incluye, además de sus capacidades, su poder para usar las capacidades de otros. Una manera de transferir los poderes de otros hombres a sí mismo es negarles el acceso libre a lo que necesitan para usar sus capacidades. Podemos llamar a este segundo concepto *poder extractivo*.

Este es el punto en que, según la visión de Macpherson, nos cruzamos con la temática del trabajo y el derecho al trabajo que tratamos más arriba.

35 C. B. Macpherson (1973), "The maximization of democracy", en *Democratic Theory*, Oxford, p. 4.

36 *Ibid.*, pp. 4 y 5.

El teórico canadiense considera que un sistema de gobierno es siempre un sistema de poder, tanto porque en él se elaboran normas y reglas que los individuos deben acatar, como porque es un sistema que busca establecer y preservar un conjunto de relaciones entre individuos y grupos en la sociedad. En este sentido, Macpherson subraya que

Los poderes naturales de un hombre consisten en sus capacidades, sus fuerzas y habilidad. Pero éstas no pueden ser ejercidas realmente sin algo sobre lo cual ellas se ejerzan... Y un ser humano, para ser tal, debe ser capaz de usar su fuerza y habilidades para lograr propósitos que ha elaborado conscientemente. Así los poderes de un hombre deben incluir su capacidad para poner sus fuerzas y habilidades a trabajar. Sus poderes deben incluir, por lo tanto, el acceso a algo en que ponga en obra su trabajo, acceso a la tierra o a los materiales u otros capitales, sin los cuales su capacidad de trabajar no puede transformarse en trabajo activo y así no puede producir ni hacer nada para lograr su propósito. Los poderes de un hombre deben pues incluir lo que he llamado medios de trabajo... [si esto es así] entonces [ellos] se ven disminuidos cuando tienen menos que un libre acceso a los medios de trabajo. Si carece de este acceso, sus poderes se reducen a cero y deja de vivir, a menos que se le rescate de alguna manera desde fuera del mercado competitivo. Si tiene algún acceso, pero no puede conseguirlo a menos que dé algo por este acceso, entonces sus poderes se ven reducidos... Esta es la situación exacta en la que muchas personas se encuentran, de una manera necesaria, en una sociedad capitalista de mercado. Deben permitir una *transferencia neta de parte de sus poderes a quienes tienen la propiedad de los medios de trabajo*³⁷.

Como vemos, a través de esta descripción lo que hace Macpherson es expresar en este lenguaje político de los poderes, la necesidad que detectaban Proudhon, Louis Blanc, en cierto sentido también Marx y la Comuna, Marshall y la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas en 1966, en un lenguaje de derechos y del derecho al trabajo.

Si la democracia tiene que incluir un poder de autodesarrollo, es decir, el desarrollo pleno de nuestras capacidades más propiamente humanas, entonces ella tiene que descartar todas las formas de poder extractivo, es decir, lo que aquí hemos llamado la “transferencia neta de poderes”, lo que supone una sociedad constituida en torno al derecho al trabajo y a la plena capacidad para ejercitar todas nuestras habilidades, es decir, un pleno acceso a los medios de trabajo.

37 C. B. Macpherson (1965), *The real world of democracy*, ANANSI, pp. 59-64.

Es interesante recalcar en este punto, que en otro de sus ensayos —“Problemas de los derechos humanos en el siglo xx tardío”, de 1985— Macpherson subraya el conflicto entre los derechos humanos civiles y políticos, y los derechos humanos económicos, como una de las confrontaciones ideológicas y políticas centrales del siglo xx. Ha sido tradicional que los países liberal-democráticos occidentales privilegien los logros en los derechos civiles por sobre los económicos, aunque desde la Comisión Trilateral se constata una clara tendencia a reducir los derechos políticos efectivos. Por otra parte, en los países del Tercer Mundo y los países comunistas, es fuerte una tendencia a realzar los logros en los derechos económicos, precisamente porque los estándares en los derechos políticos son bajos. Destaco esta confrontación, precisamente, porque resulta muy probable que el gran objetivo político de Allende era intentar hacer compatibles ambos tipos de derechos³⁸.

En su texto sobre *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), Chantal Mouffe y Ernesto Laclau derivan de otra manera, a partir de lo que llaman la generalización de una cadena de equivalencias igualitarias, la conexión entre democracia y socialismo. Vamos a analizar esta otra vía de una manera muy breve para ir concluyendo este trabajo.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe parten también de los trabajos de Claude Lefort sobre la democracia y la Revolución Democrática.

Según ellos, la ruptura con el antiguo régimen que significa la Revolución Francesa (como revolución democrática), simbolizada por los Derechos del Hombre, construye...

las condiciones discursivas que permiten plantear a las diferentes formas de desigualdad como ilegítimas... y hacerlas equivalentes en tanto formas de opresión...

De la crítica de la desigualdad política —continúan los autores— se operará, a través de los distintos discursos socialistas un desplazamiento hacia la crítica de la desigualdad económica, la que conducirá a la puesta en cuestión de otras formas de subordinación y a la reivindicación de nuevos derechos. Las reivindicaciones socialistas deben, por tanto, ser vistas como un momento interior a la revolución democrática, y sólo son inteligibles a partir de la lógica equivalencial que esta última instaura³⁹.

38 C. B. Macpherson (1985), “Problems of Human Rights in the Late Twentieth Century”, en *The Rise and Fall of Economic Justice and other essays*, Oxford University Press.

39 Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, (1985), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una democracia radical*, Siglo XXI, pp. 174-175.

Jacques Rancière sugería también, en su primera intervención en Chile, durante 1986, en un Seminario organizado por el CERC, de la Academia de Humanismo Cristiano, que una lectura similar de la relación entre las luchas sociales y los textos constitucionales que reconocen derechos humanos formales, caracteriza la perspectiva de los trabajadores socialistas franceses, ya en 1830, antes del '48, y entiende esta perspectiva como un "silogismo de la emancipación", completamente opuesto a la "filosofía de la sospecha" de algunos filósofos del siglo xx. La premisa mayor de este silogismo es, por ejemplo, una expresión tomada del preámbulo de la Carta Constitucional de 1830 y que declara que todos los franceses son iguales ante la ley. La premisa menor se toma de la experiencia y dice, por ejemplo, que el Señor Schwartz, empresario de la industria del vestido, se niega a escuchar y a verificar las razones que elaboraron sus trabajadores mostrando la necesidad de un alza de salarios; este empresario no trata por lo tanto a los trabajadores como iguales.

Ahora bien, dice Rancière hay dos maneras de interpretar este conflicto. La primera invoca la idea de falsa conciencia: las frases jurídico-políticas sobre la igualdad no son sino una ilusión y una falsedad. Este es el buen sentido de la desmitificación.

La segunda interpretación es la que siguen los dirigentes obreros de 1830. Según Rancière, sostienen lo siguiente: en estos casos hay que eliminar o bien la premisa mayor o bien la menor. En el primer caso habría que decir en el preámbulo de la Carta "los franceses no son iguales ante la ley". Si por el contrario ésta se mantiene, entonces es necesario que los empresarios actúen de manera diferente.

El interés de este modo de razonar, sostiene Rancière,

reside en que ya no opone la frase al hecho o la forma a la realidad. Opone frase con frase y hecho con hecho. A partir de lo que de ordinario se concibe como una separación o un no-lugar, este modo de razonar crea precisamente un *lugar* en el doble sentido del término: un sistema de razones y un espacio polémico. La frase igualitaria no es una *mera nada*. Una frase tiene el poder que se le da. Este poder es, en primer lugar, el poder de crear un lugar en el cual la igualdad puede hacerse valer: en alguna parte hay igualdad; está dicho, está escrito. Por lo tanto, esto debe poder verificarse: Así puede fundarse una práctica que se proponga verificar esa igualdad⁴⁰.

40 Jacques Rancière, "Los sentidos de la democracia. (El hombre democrático y su sociedad)", en R. Alvayay y C. Ruiz S. (Ed.), *Democracia y Participación*. Santiago de Chile, CERC-Melquíades, 1988, p. 54.

Con estas indicaciones he querido mostrar que se puede reinterpretar de una nueva manera la concepción del socialismo en Allende, lo que hace posible entender también de otra manera el significado profundo de su pensamiento político, que considera inescindibles la democracia política con sus instituciones de libertad, como los partidos políticos y el sufragio, y el socialismo con su perspectiva igualitaria de derechos sociales, como el derecho al trabajo, el derecho a la salud, a la previsión y la educación, en general, de pleno acceso a las condiciones de una vida autónoma.

Referencias

- Salvador Allende (1989), *Obras escogidas. Crítica. Las ideas*, Patricio Quiroga (Compilador) Editorial Grijalbo, Crítica.
- Salvador Allende (2010), *Discursos Salvador Allende. Compilación y Estudio preliminar*, Alexis Meza Sánchez, Escaparate Ediciones, Universidad de Concepción.
- Canetti, Elías (2018), *Masa y poder*, Alianza Editorial.
- Cristi, Renato, Carlos Ruiz (2015), *El pensamiento conservador en Chile*, 2a Edición, Editorial Universitaria.
- Duhamel, Olivier (1974), *Chili ou la tentative. Révolution/ légalité*, Gallimard.
- Engels, Friedrich “Introduction” a Marx, Karl, *Les luttes de classe en France. 1848-1850*, París, Editions Sociales, 1967.
- Garcés, Joan (1991), *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, 3a edición, Ediciones BAT.
- Godechot, Jacques (1970), *Les Constitutions de la France depuis 1789*. Garnier-Flammarion.
- Laclau, Ernesto, Chantal Mouffe, (1985), *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una democracia radical*, Siglo XXI.
- Lechner, Norbert, (1985), “De la Revolución a la Democracia. El debate intelectual en América del Sur” en *Opciones*, N° 6.
- Lefort, Claude, (1986), *Essais sur le politique, XIX et XX siècles. Points, Seuil*.
- Macpherson, C.B. (1965), *The real world of democracy*, ANANSI.
- Macpherson, C.B. 1973), *Democratic Theory. Essays in retrieval*, Oxford.
- Macpherson, C.B. (1985), *The rise and fall of economic justice*, Oxford.
- Mansuy, Daniel (2023), *Salvador Allende, La izquierda chilena y la Unidad popular*, Taurus.
- Marchart, Oliver (2009), *El pensamiento político posfundacional*, Paidós.
- Marx, Karl (1967), *Les luttes de classe en France. 1848-1850*, Editions Sociales.
- Miliband, Ralph, “The coup in Chile. (October 1973)”, *The Socialist Register*, 1973.
- Mouffe, Chantal (2007), *En torno a lo político*, EFE.
- Nozick, Robert (1974), *Anarchy, state and utopia*, Basic Books.
- Orellana, Miguel (2002), *Allende, alma en pena*, Cuatro Vientos.
- Rancière, Jacques (1988), “Los sentidos de la democracia”, en Alvaay, Rodrigo y Carlos Ruiz (Eds.) *Democracia y participación*, CERC-Melquíades, Santiago de Chile.
- Strauss, Leo (1953), *Natural Right and History*, The University of Chicago Press.
- Worms Frédéric, (Compilador) (1993), *Droits de l’homme et philosophie. Une anthropologie*, Presses Pocket.

JUAN FRANCISCO MANZANO, ESCLAVO. AUTOBIOGRAFÍA (1835): REIMPRESIONES DE LECTURAS

Rodrigo Cánovas*

* Ph. D. Spanish (The University of Texas at Austin). Profesor titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Hacia 1835, el esclavo negro Juan Francisco Manzano entrega su manuscrito a Domingo del Monte, letrado cubano que le ha pedido dé su testimonio sobre los constantes abusos que sufrían los esclavos en los ingenios. Del Monte, fundador en la Isla del primer círculo de escritores y patrocinador de la literatura que denunciaba las prácticas esclavistas, usará este material con fines políticos. Anotemos de paso que ese mismo año Manzano es invitado a la tertulia delmontina a leer uno de sus poemas de denuncia —titulado “Treinta años”— y los miembros de esta tertulia compran su libertad (la denominada “manutención”). Como ya especificaremos, el manuscrito sufre correcciones y sale a la luz prontamente en una traducción inglesa, siendo editado recién en español durante 1937, gracias al hallazgo del manuscrito en la Biblioteca Nacional José Martí. Así, un esclavo negro que ha accedido a la escritura redacta por encargo un testimonio para los blancos y, particularmente, para quienes pretenden hacer reformas en el ámbito de un espíritu nacional, en contra de la corona española.

En la actualidad, ya existe una bibliografía crítica consagrada, que incluye la discusión sobre sus diversas versiones y los contextos culturales en que surge, además de varias disertaciones doctorales escritas en este siglo XXI —de lo cual daremos cuenta someramente más adelante. Junto a la preocupación de cómo los sujetos culturales se constituyen desde censuras insoslayables, lo cual no les impide enunciar una verdad trascendente y no unívoca; ahora, como ciudadano chileno, este escrito me interpela como alguien que se reconoce miembro de una sociedad diversa en sus huellas étnicas, incluidas las de afrodescendencia (supuestamente ajena al paisaje republicano chileno). La llegada reciente de grupos numerosos de inmigrantes peruanos, colombianos, venezolanos y haitianos ha permitido visibilizar el sujeto africano en nuestro cuerpo colonial del Reino de Chile —el regreso de lo reprimido— y registrarlo oficialmente mediante el reconocimiento legal para el pueblo tribal afrodescendiente chileno (según Ley 21.151, promulgada el 16 de abril de 2019). Así, lo que en un inicio aparecía como una interrogación genérica sobre un esclavo negro cubano, se vuelve ahora una inquisición sobre la cotidianidad chilena, marcada por el prejuicio, y que involucra sexo, economía y tradición cultural.

En las próximas páginas informaremos sobre las vicisitudes del manuscrito de Manzano (sus diversas versiones y ediciones) y los contextos socioculturales que explican su aparición en la Isla hacia 1835, para luego pasar revista a su recepción crítica y conjuntamente realizar algunos comentarios sobre su figuración literaria y cultural.

Del manuscrito y sus diversas versiones. del autor y su tiempo

Vale la pena consignar una breve cronología del recorrido de este manuscrito autógrafa, lo que otorga una clara señal sobre una especificidad que lo liga tanto al ámbito de la subordinación como de la trascendencia: una escritura por encargo, intervenida por otros, trasplantada de lugar y de lengua (publicada primero en inglés), citada fragmentariamente para finalmente ser reubicada y descubierta en la Biblioteca Nacional José Martí un siglo después —y desde aquí, recomenzar un viaje de nuevas ediciones recompuestas¹.

Hacia 1797 nace el pardo Juan Francisco Manzano, hijo de Toribio y María del Pilar, y esclavo de doña Beatriz de Jústiz y de don Manuel Manzano —marquesa y marqués de Jústiz de Santa Ana respectivamente. Hacia 1835 escribe su autobiografía (52 páginas manuscritas), a pedido de don Domingo del Monte, quien se la remite a Anselmo Suárez y Romero para su corrección. En carta del 20 de agosto de 1839, éste le indica a Del Monte que ha hecho enmiendas en la ortografía y prosodia; pero apenas ha variado el estilo, marcado por la melancolía, sencillez y desaliño, lo que asegura la verdad de lo contado; cuestión de relevancia, pues este escrito será usado para denunciar las inhumanas prácticas esclavistas. Suárez y Romero concluye:

La vida de Manzano fue una cadena de infortunios; y preciso era que al escribirlos lo hiciese tristemente quien ya atesoraba el inestimable don de la poesía, que por lo regular nace en medio de las miserias (carta citada en William Luis, *op. cit.* p. 50).

Siendo esta autobiografía construida como “una cadena de infortunios”, constando de una serie de episodios de humillación y abuso corporal construida en una línea laxa y desordenada de tiempo (diseño influido por el mandato de escritura: contar los terribles castigos sufridos); la intervención de Suárez y Romero consiste en reagrupar la serie de escenas de castigo, disponiendo primero las más atroces unas al lado de las otras, para luego ubicar las de menos impacto; logrando supuestamente así un efecto más dramático en los lectores (William Luis, *op. cit.*, pp. 52-55). No extraña entonces que en su carta Suárez y Romero

1 En esta sección de nuestro artículo nos guiamos por las notas introductorias de William Luis a su magnífica edición anotada (y la más reciente) de esta autobiografía. Véase William Luis (ed.), *Juan Francisco Manzano. Autobiografía del esclavo negro poeta y otros escritos*, Madrid, Iberoamericana, 2007. Citaremos el manuscrito autógrafa siguiendo esta edición crítica.

esté consciente de la construcción de esta autobiografía (hechos que conforman una serie) y decida intervenir esta “cadena de infortunios”, modificando su flujo, desplazando episodios menores hacia los márgenes, intensificando así el proceso de degradación sufrido en esta trama de vida.

Hacia 1840, el irlandés Richard Madden, al servicio de Inglaterra, traduce al inglés el manuscrito de Juan Francisco Manzano. William Luis considera que es la traducción de la versión de Suárez y Romero. Madden es un católico irlandés que recorre la Isla entre los años 1836 y 1840 en calidad de Juez Árbitro del Tribunal Mixto, velando que se cumplieran las leyes firmadas por Inglaterra y España sobre la trata de esclavos. En esta visita conoce al esclavo poeta y Del Monte le entrega el texto (suponemos, el corregido)².

Hacia 1852, Nicolás Azcárate, continuador de las ideas reformistas de Domingo Del Monte y gran promotor de la llamada, en ese tiempo, “cultura de la mujer”, nos otorga también una copia del manuscrito de Manzano³. Se supone que en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX el manuscrito fue leído en voz alta en diversos círculos culturales (como el de las “Noches Literarias”, espacio organizado por Azcárate), pero no hubo publicaciones, salvo la de Francisco Calcagno, que incluyó en un correcto castellano unos pasajes de esta autobiografía en su libro *Poetas de color*.

El manuscrito de puño y letra de Juan Francisco Manzano, escrito en 1835, recién sale a la luz pública un siglo después, a través de la edición de Luciano Franco, de 1937, siguiendo el manuscrito autógrafo que está en la Biblioteca Nacional José Martí⁴. Ha sido esta edición la más consultada y citada por los críticos. Sin embargo, y esto es relevante, hay dos ediciones realizadas en los inicios del siglo

2 En un fascinante trabajo doctoral, Gera Burton ejemplifica la ambivalencia colonial con los contradiscursos de Richard Robert Madden y Juan Francisco Manzano, proponiendo la siguiente homología: *Irish is to English as Black is to White*. Esta relación es problemática; sin embargo, es también muy sugerente, pues permite elucubrar sobre la noción de identidad más como negociación que como entidad única. Véase Gera Burton, “Ambivalence in the Colonized Subject. The Counter-discourse of Richard Robert Madden and Juan Francisco Manzano” (Dissertation), Columbia, University of Missouri, 2002.

3 En su edición comentada de la obra de Manzano, el crítico William Luis (*op. cit.*) transcribe esta versión, que se halla en la Sterling Library de la Universidad de Yale, proponiendo que es una copia de la Suárez y Romero. También, en un anexo, W. Luis transcribe el manuscrito autógrafo del esclavo (que hemos utilizado en nuestras citas), lo que permite comparar ambos textos.

4 Luciano Franco (ed.), *Autobiografía, cartas y versos de Juan Francisco Manzano*, La Habana, Municipio de La Habana, 1937.

xxi, la de Abdeslam Azoughar del año 2000⁵ y la de William Luis, del 2007, que enmiendan errores de la transcripción que realiza Franco, permitiendo precisar con gran finura la escritura de este mulato esclavo —por ejemplo, en el caso de la edición de William Luis, por la cual nos guiamos, la atención a las tachaduras, añadidos y subrayados del manuscrito⁶.

Por último, mencionemos la edición moderna de Juan Schulman, de 1975, que sigue la versión de Franco, corrigiendo la ortografía y la sintaxis, a la busca de un auditorio supuestamente más amplio, interesado en temas de la esclavitud y la dependencia cultural⁷. Más allá de la intención de lograr una mayor difusión de este texto —cosa que ha ocurrido—, es obvio que hay una intervención cultural que bloquea el esfuerzo, voluntad y sensibilidad del esclavo Juan Francisco Manzano, a quien se le corrige su escritura (su cuerpo), su oralidad, su creatividad —como ya se explicitará, Manzano es un artesano: aprende a escribir mediante una imitación, original por cierto, de otra caligrafía⁸.

Antes de cerrar este acápite sobre las diversas versiones de este texto, es necesario situar la figura de Domingo del Monte en el ámbito sociocultural y político cubano de la primera mitad del siglo XIX. Hombre de letras y gran viajero, conocedor del latín y varias lenguas romances, es considerado el bibliógrafo más relevante del Caribe de su tiempo, habiendo contribuido de modo esencial a la publicación

5 Abdeslam Azougharh (ed.), *Juan Francisco Manzano. Esclavo poeta de Cuba*, Valencia, Episteme, 2000.

6 Copiamos aquí el párrafo con las indicaciones de William Luis para emprender la lectura de este escrito: “En este apéndice me interesa dar a conocer el manuscrito autógrafo de Manzano en toda su complejidad, para que el lector pueda entender el proceso de pensar y escribir, primero el del esclavo poeta y después el del corrector. Reproduzco entre corchetes [] algún cambio en el renglón, con lo tachado en letra normal y lo añadido en negritas. Asimismo coloco entre llaves { } algún cambio sobre el renglón, lo suprimido en letra normal y lo enmendado en negritas. Utilizo los corchetes [] sin contenido para indicar alguna palabra ilegible. Por último, el manuscrito autógrafo de Manzano contiene algunas palabras o letras que han sido subrayadas: las hemos reproducido tal como aparecen en el manuscrito, aunque algunas suelen estar subrayadas con más intensidad que otras” (William Luis, *op. cit.*, 296).

7 Juan Schulman, *Autobiografía de un esclavo*, Madrid, Guadarrama, 1975.

8 William Luis indica: “tanto este corrector como los otros intentan entender la vida del esclavo desde una perspectiva occidental y organizarla según los correspondientes criterios culturales” (William Luis, *op. cit.*, pp. 36-37). Por su parte, Sylvia Molloy observa que Schulman titula el texto *Autobiografía de un esclavo*, privilegiando lo general por sobre lo particular (se omite el nombre propio). De seguro, esta edición permitió que se incluyera de modo más activo la lectura de Manzano en los cursos universitarios de EE.UU., permitiendo que estudiantes cuya lengua materna no es el español lo leyeran sin gran dificultad. Véase Sylvia Molloy, “De la sujeción al sujeto: la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano”, en su *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo Cultura Económica y Colegio de México, 1996, pp. 52-77.

y discusión de la literatura cubana. Ahora bien, en el amplio registro del discurso antiesclavista, ¿cuál era su posición? Azougarh plantea que éste propone una imagen muy diferente del negro en la naciente cultura nacional cubana, respecto a la imagen del negro rebelde de la sangrienta revolución haitiana —sentida como el ‘peligro negro’—; para lo cual la *Autobiografía* de Manzano era buen ejemplo de un esclavo más bien sumiso y que quiere pertenecer a los ‘libres de color’. En breve:

Integrar al silencioso esclavo al espacio nacional fue el deseo de los intelectuales que formaban parte del círculo delmontino. La mayoría de los integrantes del círculo estaba ligada, directa e indirectamente —incluido el propio Domingo del Monte— con los intereses económicos de los terratenientes esclavistas y no estaba a favor de soluciones drásticas ni en cuanto a la independencia de su país ni en cuanto a la abolición inmediata de la esclavitud (Abdeslam Azougarh, *op. cit.*, p. 21).

Más allá que su discurso subordine la negritud cubana a una hegemonía cultural blanca, Del Monte ejerció una labor fundamental en la promulgación de la literatura antiesclavista, no sólo en la Isla sino también en otros territorios —recuérdese que es un contacto clave del Juez Árbitro Richard Madden⁹.

Composición de lugar

Una vez presentadas las circunstancias de aparición y publicación de esta *Autobiografía* y de esbozar ciertos contextos de relevancia, daremos algunas señas sobre la composición y trama de este texto de un esclavo negro, en que —como bien expresa William Luis— “la persona que fue Manzano ha desaparecido para convertirse en un personaje en los variados escritos de su autobiografía” (57)¹⁰.

9 Insistiendo en la preocupación de muchos antiesclavistas cubanos sobre la creciente población negra en Cuba, que pudiera desembocar en una revolución al modo haitiano (ocurrida a desde fines del siglo XVIII), el crítico Jerome Branche comenta: “Del Monte was as alarmed as his colleague [Antonio Saco] was on the matter of Cuba’s racial imbalance, and supported the idea of importing European labourers to redress the issue”. Véase Jerome Branche, “Mulatos entre negros (y blancos). Writing, Race, the antislavery Question, and Francisco Manzano’s *Autobiografía*”, *Bulletin of Latin American Research*, 2001, pp. 63-87.

10 Tal como se indicó en la nota 3, todas las citas de la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano provienen del manuscrito autógrafa incluido en la edición de William Luis, por lo cual en el cuerpo de nuestro trabajo sólo anotaremos la página.

El manuscrito autógrafo —que en el libro de William Luis va de la página 291 a la página 340— se abre con la adscripción de Juan Francisco Manzano a la casa de los marqueses Jústiz de Santa Ana, donde la preeminencia la tiene la señora Beatriz Jústiz (Marquesa Jústiz de Santa Ana), siendo el señor don Juan Manzano (Marqués Jústiz de Santa Ana) apenas nombrado en el testimonio —su función es señalar el apellido de nuestro esclavo. Se señala que doña Beatriz, en una de sus visitas a su hacienda El Molino, escoge a la niña María Pilar para traérsela a su casa, siendo allí muy querida —“era una de las criadas de *distinsion* o de *estimasion* o de *razón*” (299)—, casándose allí con el mulato Toribio de Castro, primer criado de la casa. La Marquesa Justiz lo malcria, considerándolo “el niño de su vejez” y como uno más de la familia: “seria osioso pintar cual andaría yo entre la tropa de nieto de mi señora travesando” (299). El niño la llama “mama mía”.

Juan Francisco se presenta como un hijo prodigio: a los diez años, además de aprender a coser y tomar lecciones de sastre (actividades propias de un criado), recita de memoria loas y entremeses y remeda piezas de ópera francesa. Desde el presente, nombra a actuales condes y marqueses con quienes compartió su niñez, proponiendo por metonimia (por estar al lado de ellos), una semejanza. Sin embargo, como ya hemos indicado, esta autobiografía está centrada en los terribles castigos sufridos en su calidad de esclavo, *via crucis* que se inicia cuando pasa al servicio de la marquesa de Prado Ameno, a la muerte de la marquesa de Justiz (mujer sensible aficionada a la poesía). Por el contrario, la nueva ama ejerce sobre él un dominio sádico, que incluye una constante vigilancia, cuyo efecto común es darle golpes que le dejan sangrando la nariz y ordenar castigos ejemplares, como encierros en lugares inmundos poblados por ratas, o las crueldades del cepo, más los constantes azotes (dados por negros dispuestos para esa función) y todo ello debido a circunstancias nimias o erróneas suposiciones. Un pasaje muy citado de este testimonio ocurre en una antigua enfermería y actual depósito de cadáveres, donde este esclavo, casi niño, es encerrado y luego puesto en el cepo allí guardado:

beo al pie de la tabla el arministrador embuelto en su capote dise debajo del pañuelo qe. le tapaba la boca con una voz ronca amarra mis manos se atan como las de Jesucristo se me carga y meto los pies en las dos aberturas qe. tiene también mis pies se atan ¡oh Dios! corramos un belo pr. el resto de esta exena mi sangre se ha derramado yo perdí el sentido y cuando bolví en mí me alle en la puerta del oratorio en los brazos de mi madre anegada en lágrimas (321).

Además de la clara reminiscencia cristiana; este pasaje muestra cómo Manzano conmociona al lector, interrumpiendo la descripción de la tortura sufrida, generando un espacio de incertidumbre, marcado por el terror a lo desconocido¹¹.

Distinguiendo un orden temporal muy desvaído, esta autobiografía tiene una composición episódica, marcada por cambios de fortuna: bruscamente, se pasa de la felicidad en casa de la Jústiz al infortunio y fatalidad en casa de la Prado Ameno. A la breve situación inicial le sigue una larga serie de infortunios, que marca el comienzo de su vida de esclavo abusado, matriz del relato:

Si tratase de aser un esacto resumen de la istoria de mi vida seria una repetision de susesos todos semejantes entre[s] sí pues desde mi edad de trece a catorce años mi vida a sido una consecución de penitencia de ensierro azotes y aflisiones asi determi- no descrivir los sucesos mas notables que me han acarreado una opinión tan terrible como nosiva (319-320).

Lo que leemos es una muestra de sus innumerables vicisitudes. Esta cadena de infortunios es interrumpida cuando pasa al servicio del marqués don Nicolás de Cárdenas, no mucho mayor que él y nombrado en el inicio del relato cuando se esboza la genealogía familiar de los amos. En esta residencia recupera su prestigio, al sentirse distinguido entre la servidumbre y tratado de modo preferente:

estaba bien tratado mejor bestido y querido tenia casacas qe. me mandaba aser mi nuevo amo tenia muchos reale[s] y era mi oficio recoser toda su ropa limpiar sus zapatos asearle su cuarto y darle de bestir solo me privava la calle y la cosina y el rose con personas de malas costumbre (325-326).

Durante estos tres años de felicidad, se las ingenia para aprender a escribir en la biblioteca de su señor, calcando su letra —escena cultural que nos transporta

11 Como bien expresa Armando Chávez-Rivera: “Manzano construye una biografía con claras reminiscencias cristianas, en que su propio cuerpo y su sangre son simbólicamente encargados de expiar las culpas del sistema victimario”. Véase Armando Chávez-Rivera, “Cuerpos en disputa, mujer e imaginarios de nación en Hispanoamérica: Juan Francisco Manzano, Eva Perón y Reinaldo Arenas” (Dissertation), The University of Arizona, 2011, p. 139. En cuanto a los hechos que el texto silencia, Abraham Romney —preocupado de la retórica de este texto— comenta: “Silences in the narrative allow Manzano to reveal by concealing in descriptions of torture that, thereby, inspire a terror of the unknown”. Véase Abraham Romney, “Rhetoric From the margins: Juan Francisco Manzano’s *Autobiography*”, *Rhetoric Society Quarterly* 43, 2015, pp. 237-249.

a un espacio de alteridad inédito en la Hispanoamérica esclava—, saltándose las prohibiciones de su buen amo, quien consideraba que el acto de escribir no correspondía a un entretenimiento de su clase, conminándole a que se mantuviese ocupado en la costura¹². Al despedirse, siente haberse separado de un todo: “de toda la familia me despedía y todos llorabamos pues viviamos en la más perfecta union” (328).

De vuelta al servicio de la marquesa María de la Concepción del Prado (señora aficionada a los juegos de naipes, como el tresillo), cae nuevamente en desgracia, soportando continuamente grandes sufrimientos —se retoma la cadena de infortunios. Y aun así, desde el presente de su relato, enuncia que “la amaba apesar de la dureza con qe. me trataba” (335). La muerte de su madre María del Pilar y el no reconocimiento (y despojo) de la herencia que le inflige su ama, hacen que decida fugarse. Existe también otro aspecto que lo lleva a abandonar su lugar de origen: ser un mulato entre negros; es decir, no sentirse a gusto entre los esclavos negros del ingenio:

A los veinte años de edad, en una noche lluviosa, el esclavo Juan Francisco Manzano, abandona la localidad; el relato culmina así: “me puse el sombrero y monté cuando iva a andar pa. retirarme de la casa oí una bos qe. me dijo Dios te lleve con bien arrea duro yo creia qe. nadien me beia y todos me ogserbaban pero ninguno se me opuso como lo supe después mas lo qe. me ha susedido luego lo veremos en la segunda parte qe. sígue a esta historia (340).

Como se sabe, no hay rastros de esta segunda parte. Cual Ícaro, en un caballo que no es el suyo, desaparece de nuestra vista¹³.

12 Conste que don Nicolás de Cárdenas llegó a ser Director de la Academia Cubana de Literatura (*cf.* Azougarh, *op. cit.*, p. 23). Queda claro que en su esquema un esclavo apenas puede aspirar a ser un *liberto* e incluirse en la sociedad como alguien que vale por sus habilidades manuales.

13 Chávez-Rivera, comentando este final, afirma: “Que Manzano robe un caballo para lanzarse a galope desde Matanzas hasta La Habana parece una escena de alguna de las novelas históricas de las que gustaba Del Monte. Manzano logra montarse en el caballo que, hasta el momento, era el símbolo de poder, ya que sólo le era permitido cabalgar al mayoral o al amo” (Chávez Rivera, *op. cit.*, p. 158). Y culmina proponiendo esta imagen alada: “el esclavo mulato va transfigurado en Cristo e Ícaro a un mismo tiempo” (158). En cuanto a la segunda parte de esta autobiografía, hay varias suposiciones: una es que don Ramón de Palma la recibió de manos de Domingo del Monte y la extravió; también se especula que cayó en manos de su anterior amo (*cf.* Abdeslam Azougarh, *op. cit.*, pp. 30-32).

Recepciones críticas: concepciones de identidad

Ensayando ahora un comentario de carácter más estructural y semántico de esta autobiografía, procederemos a pasar revista a la recepción crítica que nos parece más relevante, para luego continuar nuestra lectura desde la senda abierta por ese legado.

El escrito de Sylvia Molloy sigue siendo uno de los más lúcidos, por cuanto sitúa la producción de este texto autobiográfico en el ámbito de la autocensura:

En situaciones opresivas la autocensura se convierte en segunda naturaleza. Entre las imágenes que ofrecía el sistema, la imagen favorecida por Del Monte tal vez fuera también la más deseable para Manzano y bien puede haber coincidido, sin gran conflicto, con la imagen que tenía de sí (Molloy, *op. cit.*, p. 59).

La naturaleza del sujeto es definida desde el cuerpo (del sentido de propiedad y de su localización), siendo simplemente un instrumento del ama, su umbral:

Si se busca el *lugar* que se asigna a ese cuerpo en la casa del ama, se verá que no existe. Su sitio está siempre a un lado o a los pies de la señora, nunca fuera del alcance de su vista o donde ella no pueda controlarlo (Molloy, *op. cit.* p. 68).

Se suma a esto, claramente a nuestro entender, la autoimagen de un cuerpo 'devorado': "los graves golpes con que la fortuna me obligó a dejar la casa paterna o nativa para probar las diversas cavidades con que el mundo me esperaba para devorar mi inesperta y devil juventud" (320). Y conjuntamente, las sostenidas laceraciones que sufre Manzano lo marcan como un cuerpo 'violado'¹⁴.

Molloy pone atención a la constitución de este sujeto desde los residuos; así, aprende a escribir calcando las letras de los papeles que bota su señor don Nicolás, y hace retratos en las clases de dibujo de los niños señoritos con los papeles

14 En varios pasajes de las torturas sufridas, Manzano suspende la narración, dejando un blanco que permite especular sobre los posibles desenlaces de los castigos. En un trabajo textual muy exhaustivo, donde entretiene escenas y personajes, Robert Ellis rellena estos blancos insertando la violación (la violencia homoerótica). Otorgando un contexto, nos indica que en la narrativa de esclavos norteamericana rara vez se mencionan abusos sexuales hacia hombres y que, en el caso de esta autobiografía cubana, se subrayan ataques físicos tanto hacia mujeres como hacia hombres. Véase Robert Ellis, "Reading through the veil of Juan Francisco Manzano: From Homoerotic Violence to the Dream of a Homoracial Blond", *PMLA*, 113 (3), 1998, pp. 422-435.

que le tiran en el rincón donde se aloja, para no ser visto ni molestar. Ávido lector, es un recolector de basuritas: “y cuando iba pr. la calle siempre andaba recojiendo pedasitos de papel impreso y si estaba en verso hasta no aprenderlo todo de memoria” (335). Y en cuanto a comidas, a nivel literal, recordemos que no come sino que traga, convirtiéndose en un organismo convulso: “no teniendo ora segura comía a dos carrillos tragandome la comida medio entera de lo qe. me resultaba frecuentes indigestiones” (305).

Armando Chávez-Rivera, en su disertación doctoral, referida a las imágenes de la nación en Hispanoamérica, presenta a Juan Francisco Manzano como un huérfano de la nación. Su maternidad bifurcada (dos madres: una biológica, negra, y una espiritual, blanca, una siendo sirvienta de la otra) se vuelve a dividir en el ámbito de las adopciones, cuando se yuxtapone la “mama mía” blanca (doña Beatriz, poeta) con aquella otra, también blanca (doña María de la Concepción, aficionada a los juegos de azar) y que lo golpea constantemente, causándole “rompeduras de narices” y dictamina “vigorosos asotes” a manos de negros esclavos. Chávez-Rivera concluye que nuestro esclavo no tiene cabida en la nación cubana en ciernes:

En un extremo coloca la nación como protectora madre [Marquesa Jústiz de Santa Ana] y, en el otro, la nación como abusiva madrastra [Marquesa de Prado Ameno]. Excluido del proyecto nacional, Manzano deviene representación simbólica de un huérfano de la Nación en la medida en que ésta segrega y omite (Chávez-Rivera, *op. cit.*, p. 94).

La posición valórica de este investigador es que esta autobiografía no constituye un modelo para la proyección de un discurso nacional, que tome en cuenta de modo activo al esclavo:

Manzano se autorrepresenta como un individuo anulado por el poder, autocensura aquello que pudiese constituir un discurso nuevo de mulato y de criollo. Denuncia la crueldad del esclavismo cubano, pero no articula un modelo de liberación para sus semejantes. Su discurso contrasta hábilmente con el discurso autoritario pero mantiene al mulato en una posición sumisa de subalterno (Chávez Rivera, *op. cit.*, p. 159).

Esta postura nos sirve para discutir a nivel conceptual y contingente la noción de identidad. Primero, se exige aquí la presencia de un sujeto pleno (en un sistema bipolar de representaciones) y Manzano es el contraejemplo de ese tipo

de sujeto. Sin embargo, como propone Molloy, hay una letra esclava que sobrepasa los límites de la subordinación: “la *resistencia* al otro (o sea, la diferenciación con respecto al otro) reemplaza la capitulación ante el otro” (62).

Ya el hecho de que alguien de su condición fuera el primer escribiente esclavo significa ocupar el espacio del otro (la lengua escrita española) y deformarlo, en la medida que el cuerpo de ese conjunto de letras se despliega como una otredad tanto por su grafía, su sintaxis, su ritmo oral y la misma subjetividad de una voz testimonial. Y más aún, en la disputa conceptual, si aceptamos la noción de subalternidad como un discurso condicionado, delimitado y conjugado por otro, las identidades subalternas están atravesadas por diversos códigos que generan interrupciones en los discursos subordinantes, incluyendo la posibilidad de establecer de modo discontinuo diversas salidas y entradas de los esquemas binominales, fugas que abren terceros espacios o que enuncian transacciones que desplazan un supuesto origen. E incluso, la noción de subalternidad bien se puede hacer extensiva a la misma noción de sujeto cultural, en cuanto todo discurso se define desde las voces contrahechas que la componen, no concibiéndose sino bajo censura¹⁵. Volveremos sobre esto en los comentarios a pasajes específicos de esta autobiografía.

¿Por qué, entonces, le damos relevancia a la argumentación de Chávez-Rivera? Porque constituye una recepción en busca de modelos de reivindicación, lo cual es legítimo. Siendo una tesis doctoral escrita en EE.UU., por alguien con nombres hispanos, las asociaciones que el lector de esa tesis realiza lo sitúan de inmediato en una actualidad global y nacional donde grupos subordinados reclaman un lugar pleno en las sociedades donde están insertos. Consideramos que es posible que para muchas comunidades de lectores, esta lectura les resulte más atrayente.

Una lectura divergente de la expuesta por Chávez-Rivera es presentada por Garrett Alan Oleen (2010) en una disertación doctoral sobre los contradiscursos culturales en relación al orden esclavista de las plantaciones¹⁶. Situada la posición de Manzano entre el espíritu letrado blanco (el círculo demontino) y la población

15 En esta elucubración son transparentes —entre otras— las claras alusiones al principio dialógico (Bakhtin), al sujeto intersticial (Bhabha) y a la noción de sujeto constituido, por definición, desde la censura, siendo la autocensura sólo el elemento visible de su condicionamiento (Lacan). Obviamente, las posiciones de estos autores no calzan necesariamente unas con otras, pues parten de supuestos epistemológicos distintos. Sí generan un lugar geométrico para situar nuestra lectura del texto de Juan Francisco Manzano. Las obras que se tienen en mente sobre estos teóricos se citan al final del trabajo.

16 Garrett Alan Oleen, *19th Century Plantation Counter-Discourse in Juan Francisco Manzano, Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) and Eleuterio Derkes* (Dissertation), The University of Texas at Austin, 2010.

esclava que no maneja el signo escrito, se constituye como un nuevo sujeto de escritura; en términos de Homi Bhaba, pertenecería a los sujetos intersticiales, de carácter ambivalente:

They are 'almost but not white' individuals, that are forced into what he calls the 'Third Space', a space represented by the overlapping of two homogenous cultures operating within one society that act to define that society as a whole (Oleen, *op. cit.*, p. 39).

Incluyéndose en una crítica ya consagrada sobre los desplazamientos de un sujeto cultural que copia los dictados del amo (aquí, la letra de don Nicolás) y cumple los deseos de su benefactor, por considerarlos suyos (el mandato de don Domingo del Monte), Oleen valida esta supuesta mímica como un acto de escritura que marca un punto de partida singular en el discurso antiesclavista:

Though it appears to be the same discourse as the white, reformist delmontino discourse, because of the nature of his racial heritage, it will always be ambivalente; a 'white' text written by a black slave (Oleen, *op. cit.*, pp. 78-79).

El escrito de Juan Francisco Manzano se nos revela hoy como un ejemplo de una escritura americana que se genera como una copia original; como un texto desgarrado que en el proceso de la mimesis se desvía naturalmente, gracias a la condición de esclavo del escribiente, que él mismo la define como la de "un ser muerto ante su señor"¹⁷. Considero, además, que el modo artesanal con que se apropia de la escritura —haciéndolo por su cuenta, utilizando lo aprendido en otros oficios—, y la oralidad que interviene en la cultura escrita —como veremos, la puesta en escena de los sentidos—, permiten que su escrito 'atravesase' el círculo delmontino y logre proyectar las sombras de otra escena nacional y también global que se extiende hasta nuestros días.

Antes de ejemplificar las figuraciones de esta autobiografía, relativas al arte de conmover afectando los sentidos, queremos volver al episodio donde Manzano nos cuenta cómo aprendió a escribir: una posible escena de la letra americana. Citemos:

17 En carta a Del Monte, fechada el 25 de junio de 1835: "pero acuérdesse smd. cuando lea que yo soy esclavo y que el esclavo es un ser muerto ante su señor". Carta incluida en Luciano Franco (ed.), *Autobiografía, cartas y versos de Juan Francisco Manzano*, La Habana, Municipio de la Habana, 1937, p. 83).

entonces determiné darme otro mas útil qe. fue el de aprender a escribir este fue otro apuro no sabia como empezar no sabia cortar pluma y me guardaría de tomar ninguna de las mi señor sin embargo compre mi taja pluma y plumas compre papel muy fino y con algún pedaso de los qe. mi señor botaba de papel escrito de su letra [] lo metia entre llana y llana con el fin de acostumbrar el pulso a formar letras iba siguiendo la forma qe.de la qe tenia debajo con esta imbension antes de un mes ya asia renglones logrando la forma de letra de mi señor causa pr. qe. hay sierta identidad entre su letra y la mia contentisimo con mi logrado intento me pasaba desde las sinco hasta las dies ejersitando la mano en letras menudas y aun de dia cuando tenia lugar lo asia también poniendome al pie de algún cuadro cuyos rotulos fue de letras mallusculas con muchos ras logré imitar las letras mas ermosas y llegué a tenerla entonces qe. mas paresian gravadas qe. de pluma (326).

Resaltemos, primero, el ingenio de nuestro esclavo para resolver el “apuro”: delinear las letras de su amo con la ayuda de un papel que oficia de calco. Asocio su habilidad con sus dotes para dibujar retratos, pintar decoraciones en papel, hacer bastidores y figuras de naipes y de cartón y, por supuesto, coser y bordar, tareas cotidianas emprendidas en casa de los amos. Los trazos que él diseña coinciden con la letra caligráfica del original, siguiendo los dictados de sus labores artesanales; así, pone las mayúsculas como si estuviera adornado carteles o letreros. Y si bien se esmera en manejar el mayor número de oficios preparándose para el momento de que sea un ‘liberto’ (y tener así más posibilidades de trabajo); sabe desde temprana edad que la escritura es la llave que le permite acceder a un lugar trascendente y prohibido (recordemos que el amo le indica que no es un entretenimiento para él). Así, este esclavo es consumido primero por su necesidad de escribir, antes de convertirse en un cimarrón.

Sin tener acceso a una biblioteca, es un recolector de restos de papeles escritos, alimentándose de ellos (así como también se alimenta de restos de comida de la mesa de los amos), usando la memoria como un gran repositorio de versos, rezos, fragmentos de retórica y, de seguro, de rimada conversación de sobremesa. Y, obra del ingenio, ya sabiendo escribir, acude a un modo artesanal de fijación de la información, ocupando las cáscaras de huevo como papel:

al concluirse la comida me dejaban bastantes versos pues tenia mi cascara de huevos y pluma y apenas acababan inter otros aplaudían otros rebosaban la copa yo detrás de alguna puerta copiaba los trosos qe. me quedaban en la memoria (336).

Gestos de la escritura: la escenificación de los sentidos

Artista dotado del arte de la palabra hablada (por la viveza de su genio lo llaman “pico de oro”) y gran fabulador oral (entretiene a los niños y a la servidumbre con sus cuentos de encantamientos), Juan Francisco exhibe también en su ejercicio autobiográfico una gran capacidad para persuadir y conmover a sus lectores. Es posible que sus ansiosas y entrecortadas lecturas de algún manual de retórica (de la biblioteca de don Nicolás) le hayan ayudado en algo; pero es su manejo del discurso oral —el arte para habitarlo— transpuesto a la escena de la escritura lo que le permite lograr un efecto singular en su relato¹⁸.

A continuación, daremos ejemplos del cuidadoso arreglo de los episodios que realiza Manzano —que él denomina “pasajes” y nosotros ‘escenas’—, para enfatizar su carácter teatral: el cuidado de la escenografía, la entrada y salida de los personajes y su interacción, pareciendo entonces que estamos viendo una representación teatral.

Copiemos esta escena, que es la antesala para prohibirle entretener a una audiencia con sus cuentos:

mi ama qe. no me perdía de vista ni aun dormiendo pr. qe. hasta soñaba conmigo ubo de penetrar algo me isieron repetir un cuento una noche de imbierno rodeado de muchos niños y [] criadas, y ella se mantenía oculta en otro cuarto detras una persianas o romanas; al día siguien pr. quitarme allá esta paja como suele desirse en seguida a mi bueno monda me pusieron una grande mordaza y parado en un taburete en medio de la sala con unos motes de tras y delante de los cuales no me acuerdo y recta provision pa. qe. nadien entrase en combersacion con migo pues cuando yo tratara de de tenerla con alguno de mis mayores devian darme un garnaton (308).

Anotemos, primero, la obsesión del ama, quien actúa ante nuestros ojos como un personaje entre bambalinas espiando ella, a su vez, otra representación. Agré-

18 Abraham Romney aborda la relación entre el testimonio escrito y el oral en la autobiografía de Manzano, pasando de paso revista a los posibles manuales de retórica visitados por el esclavo. Al establecer una relación entre estos manuales (aparatos reguladores del gusto) y su escritura, nos indica: “it is not that the rhetorical manuals provide the lens by which Manzano should be read; rather, these notions of taste are the lens by which he reads himself and which he attempts to move beyond by critiquing the culture that denies him access to believability, even when he writes truthfully” (Abraham Romney, *op. cit.*, pp. 245-246). Y concluye: “Writing is only the physical ability to do what he had already done mentally, keeping ‘a notebook of verses in my memory’ [Manzano]” (246).

guese la atmósfera (“una noche de invierno”) y luego la mofa, dispuesta a modo de reprimenda escolar. En la expresión, se usa un coloquialismo (“quitarme allá esta paja como suele desirse”), que nosotros le asignamos un valor ambiguo: una marca de oralidad, pero también un reconocimiento de un decir popular (“como suele desirse”), insertado en la tradición culta, como si la autoría nos hiciera saber que distingue las diferencias entre el habla y la escritura —y entonces, ¿un gesto estilístico o hipercorrección del escribiente?

Queremos comentar dos escenas que comparten un mismo motivo: la falsa acusación de robo de dinero (una moneda), de la cual el esclavo no puede defenderse. Quizás porque el castigo no es tan terrible como otros, estas dos escenas —que están muy cerca una de la otra— fueron cambiadas de lugar en la versión de Anselmo Suárez, disponiéndose primero otras más crudas y brutales. Las citamos aquí para exhibir el cuidadoso arreglo de la escena, que incluye un énfasis en los sentidos del sonido y del tacto.

Presentemos el ejemplo de la peseta de nuevo cuño de “cuando empezaron a rodar las Monedas de Nuestro catolico Monarca el Sor. Dn. F.7^o” (312). La marquesa de Prado Ameno le pasa una moneda de nuevo cuño a su esclavo para que se la dé a un mendigo y éste así lo hace, pero cambia esa moneda por una más gastada, quedándose con la “qe. paresía acabada de fabricar” (312). Lo que viene es lo siguiente:

y estaba como el mono dandole vueltas y mas vueltas lellido y bolbiendo a leer sus inscripciones cuando encapandoseme de la mano la pesetas calló en el suelo qe como era de ormigon y estaba entre junta la puerta y bentana al caer sonó dando su correspondiente bote no ubo bien caído cuando saliendo mi señora me pidio la peseta se la dí la miró y se puso como una grana isome pasar pr. su cuarto a la sala sentome en un rincon imponiendome no me mobiese de allí (313).

Siempre atenta a cualquier movimiento en falso de su esclavo, la marquesa es alertada por el ruido que produce la caída de la moneda y pasa de un cuarto a otro: puerta y ventana nunca se mantienen cerradas, como si se pudiera vigilar a través de los sentidos: entrever, escuchar. Destacamos también la curiosidad infantil por jugar y sentir el tacto de los sobrerrelieves de esta moneda y, nuevamente, en el cuarto del ama, la postura estática del cuerpo de Juan Francisco, cual mueble escolar en una sala de clases. Los detalles que otorgan verosimilitud a la escena son notables: el tipo de madera del suelo, amén de la misma reluciente moneda de nuevo cuño, causa de gozo para quien la posee. Y enfocándonos en el

trueque, ¿quién nos asegura que el ama se apresta a castigar a su esclavo por el supuesto robo?; ¿acaso no podría ser esencialmente porque su esclavo le cambió simplemente la moneda, es decir, no le obedeció literalmente, poniendo en juego su autoridad?

El segundo ejemplo, también de moneda, es como una variante de la anterior, en cuanto a los elementos que intervienen: una peseta, su singular sonido y la escucha del ama. Veamos:

como yo tenia pr. oficio cada media ora tomar el paño y sacudir todos los muebles de la casa estubieren o nó con polvo fuy a aserlo y tomando una de la media oja qe. serraba y abria parese qe. en la abertura de en medio se entró una peseta la qe. al dar con el paño salto en el suelo y sono y mi ama qe. estaba en el cuarto siguiente al ruido salió y preguntandome pr. aquella moneda le dije lo qe. abia ocurrido, contó entonses su dinero y la alló de menos[s], la tomo sin desirme palabra (317).

Siempre hay rendijas, puertas entreabiertas, persianas movibles, que hacen posible agudizar los sentidos. Sorprende también la minuciosidad de este ejercicio descriptivo, que permite insistir en la obsesión pecuniaria de la Prado de Ameno; quien, por lo demás, es el único personaje que roba en esta autobiografía (pues no reconoce la deuda contraída con la madre de Francisco, lo que causa su fuga). De modo didáctico (e incluso con una pizca de humor), nuestro autor razona ante nosotros: “entonces supe qe. sospechando qe. [la ni] yo ubiese introducido en la reendija qe. formaban[n] la desunion de las dos ojas de la mesita queria quedarme con ella” (317).

Por último, citemos el pasaje de los geranios, un paseo de nuestra marquesa con su esclavo por el jardín (éste ayudando a su señora a coger flores). A esta puesta en escena le sucede uno de los castigos más brutales sufridos por Francisco.

al retirarnos sin saber materialmente lo qe. asía cojí una ojita, una ojita, no mas de geranio donato esta malva sumamente olorosa iva en mi mano mas ni yo sabia lo qe. llebaba distraido con mis versos de memoria seguía a mi señora a distansia de dos o tres pasos iva tan ageno de mí qe. iva asiendo añiscos la oja de lo qe. resultaba mallor fragansia al entrar en una ante sala nosé con qe. motivo retrose dió, ise paso pero al enfrentar conmigo llamole la atension el olor colerica de proto con una voz vivima y alterada me preguntó qe. traes en las manos; yo me quedé muerto mi cuerpo se eló de improviso y sin poder apenas tenerme del temblor qe. me dió en ambas piernas, dejé caer la porsion de pedasitos en el suelo tomóseme las manos se me olio y tomandose

los pedasitos fue un montón una mata y un atrevimiento de marca mis narices se rompieron (320).

Resulta singular la relación propuesta entre el juego de hacer versos y de hacer añicos las hojas de geranio, quedando sus manos impregnadas del olor de la flor. En calidad de lectores, construimos aquí una imagen sinestésica: versos perfumados. Ahora bien, lo más notable es el movimiento de los personajes, como si se siguiera una coreografía, según los códigos que rigen las relaciones de ama y esclavo: Francisco la sigue “a distancia de dos a tres pasos”; pero luego, de modo intempestivo, al cambiar de espacio, el ama cambia de dirección en 180°, aguja la vista y el olfato, se ayuda del tacto y a renglón seguido, lo golpea (suponemos que sangra de narices). Así, la marquesa le hace añicos la nariz, pagándole el hecho que su esclavo le hiciera añicos sus geranios.

En resumen, el poeta Juan Francisco Manzano construye acciones teatrales donde los personajes interactúan desde la puesta en escena de sus sentidos (en nuestros ejemplos, vista, oído, olfato y tacto), que exhiben un cuerpo sólo sostenido por su expresión poética.

Colofón

Juan Francisco Manzano escribe el primer testimonio de un esclavo negro hispanoamericano, invistiendo a su cuerpo y su habla del instrumento del lenguaje escrito, lo que le permite situar su verdad ‘en la vereda del frente’, al enunciarse en letra caligráfica, propia de los amos. Es verdad que es una escritura autocensurada; pero señala su trascendencia desde los modos de su enunciación: alguien que nos cuenta su vida, voz oral transpuesta al código letrado, cargada de teatralidad. Singular paradoja: un sujeto esclavo siguiendo los mandatos de un benefactor (Domingo del Monte) e identificándose con él; justo para generar un enunciado que, por muchas correcciones y usos que se hagan de él, se mantendrá intraducible como experiencia vital. Y extendiendo este razonamiento al amplio ámbito de nuestra identidad americana, ¿cuántos intentos se han hecho en nuestra historia republicana de copiar fielmente la voz esclava en la cultura letrada?, ¿cuánta literatura se ha escrito donde se da voz a los sin voz? La grafía de Manzano contamina de otredad el quehacer intelectual letrado.

Bibliografía

- Azougarh, Abdeslam (ed.), *Juan Francisco Manzano. Esclavo poeta en la isla de Cuba*, Valencia, Episteme, 2000.
- Bakhtin, Mikhail, *The Dialogical Imagination*, Austin, The University of Texas at Austin, 1981.
- Bhabha, Homi, *The Location of Cultur*, London and New York, Routledge, 1994.
- Branche, Jerome, "Mulato entre negros (y blancos). Writing, Race, the Antislavery Question, and Francisco Manzano's *Autobiografía*", *Bulletin of Latin American Research*, 20 (1), 2001, 63-87.
- Burton, Gera, *Ambivalence in the Colonized Subject. The Counter-discourse of Richard Robert Madden and Juan Francisco Manzano* (Dissertation), University of Missouri, 2002.
- Chávez-Rivera, Armando, *Cuerpos en disputa, mujer e imaginarios de nación en Hispanoamérica: Juan Francisco Manzano, Eva Perón y Reinaldo Arenas* (Dissertation), The University of Arizona, 2011.
- Ellis, Robert, "Reading through the veil of Juan Francisco Manzano: From Homoerotic Violence to the Dream of a Homoracial Blond", *PMLA*, 113 (3), 1998, 422-435.
- Franco, Luciano (ed.), *Autobiografía, cartas y versos de Juan Francisco Manzano*, La Habana, Municipio de La Habana, 1937.
- Lacan, Jacques, *Écrits*, Paris, Du Seuil, 1966.
- Luis, William (ed.), *Juan Francisco Manzano. Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos*, Madrid, Iberoamericana, 2007.
- Molloy, Sylvia, "De la sujeción al sujeto: la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano", en su *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, Fondo Cultura Económica y Colegio de México, 1996, 52-77.
- Oleen, Alan, *19th Century Plantation Counter-Discourse in Juan Francisco Manzano, Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), and Eleuterio Derkes* (Dissertation), The University of Texas at Austin, 2010.
- Romney, Abraham, "Rhetoric From the Margins: Juan Francisco Manzano's *Autobiografía de un esclavo*", *Rhetoric Society Quarterly*. 43 (3), 2015, 237-249.
- Schulman, Juan (ed.), *Autobiografía de un esclavo*, Madrid, Guadarrama, 1975.

**SANTURCE,
MEMORIA DE UNA TIERRA PROMETIDA:
A PROPÓSITO DE *TRES VIDAS*
EJEMPLARES DEL SANTURCE ANTIGUO,
DE RODRÍGUEZ JULIÁ**

Rubén González Orozco*

* Puertorriqueño. Profesor de literatura.

La ciudad anhelada

Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo, la más reciente “novela “de Edgardo Rodríguez Juliá¹, es un recordatorio elegíaco del pasado puertorriqueño que recorre las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, y nos refleja en toda nuestra complementaria humanidad. La novela, mitad crónica, mitad ficción — donde también se inscribe la nota periodística, así como la novela de personajes excéntricos— podría considerarse el texto de la escritura total. Así como en los años ochenta se comentaba la posibilidad de “la novela total” (Cortázar; García Márquez; Fuentes; Vargas Llosa; Donoso; etc.), Rodríguez Juliá quiere conectarlo todo: es el historiador de arte que analiza una obra, el crítico que revela los motivos ocultos de un texto, o el médico forense que examina un cadáver. En un acercamiento crítico al libro, dice el escritor Cezanne Cardona Morales:

La más reciente entrega de Edgardo Rodríguez Juliá descansa en el jaloneo, el afecto antagónico, o la pugna —nunca resuelta— entre lo citadino y lo provinciano; la crónica y la biografía; el privilegio antillano y la pobreza; la excentricidad y la locura; la nostalgia y la evocación; el retrato y la fotografía; la oralidad y la retórica; el cotilleo y lo detectivesco; la renuncia heroica y la resignación rastrera; el artista y la sociedad; ...².

En esta “novela” la escritura de Rodríguez Juliá, como queda subrayado en la mayoría de sus obras, se convierte en un documento inclusivo y profundo de informadísimas notas y noticias de personajes reales o ficticios, siempre apostillados por alictivos recuerdos familiares y alguna fotografía interpretativa de la sociedad que se organiza. Documentos, crónicas, obviamente de interés para nosotros, pues la escritura es una vasta exploración que ausculta la historia en sus confines lejanos y cercanos: esa historia puertorriqueña exuberantemente inacabada, y no obstante escrutada hasta su dimensión trágica. En esa paradoja también reside el interés de la escritura: si la historia que se nos revela desdeña incuestionables apoyos interpretativos es porque no hay privación de tiempo ni de espacio. Rodríguez Juliá es como un cartógrafo que vuelve a recrear el mapa de su historia. De ahí también que reconozcamos su melancólico utopismo, don-

1 Edgardo Rodríguez Juliá, *Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo*, Valencia: Pre-Textos, 2018. Citaré por esta edición.

2 Cezanne Cardona Morales, “El pañuelo en el gabán: un acercamiento al reciente libro de Edgardo Rodríguez Juliá”, *80 grados*, diciembre 28, 2018, p. 6.

de a veces la realidad se sugiere a través del dato estético o el lirismo, pero donde siempre se atisba el abismo de crueldades desprendidas de la historia de las ideologías políticas. La escritura de Rodríguez Juliá es como un palimpsesto de la historia puertorriqueña rasgado una y otra vez, donde se nos muestran extravagancias no imaginables, una paradoja privilegiada de la que somos testigos, pues la historia es un caleidoscopio de provocativos encuentros y desencuentros, de lo real, del deseo y sus inversiones. Casi toda la narrativa de Rodríguez Juliá expresa insatisfacción por esta vida, por el lugar que le tocó vivir, y una aspiración hacia otra cosa deseable, imaginable; su visión utópica es un pensamiento recurrente, y en el caso de *Tres vidas ejemplares* tiene mucho que ver con la imagen de la ciudad que no hemos tenido, la ciudad histórica puertorriqueña: un lugar mejor que éste para vivir con sentido y orientación.

Como lo sugerí anteriormente, la escritura manierista de Rodríguez Juliá incorpora diferentes textos o discursos; *Tres vidas ejemplares*, en particular, es el producto de una escritura insistentemente incorporatriz, que intercambia luces con libros anteriores como *San Juan, ciudad soñada* (2005)³, o ensayos como “Ciudad letrada, ciudad caribeña (Apostillas al libro *San Juan, ciudad soñada*” (2005)⁴, “Novela, crónica, ciudad” (2012)⁵, o su otro ensayo que lleva el mismo título del libro “San Juan, ciudad soñada” (1990)⁶, donde discute el libro de Aníbal Sepúlveda sobre la planificación urbana: *San Juan, historia ilustrada de su desarrollo urbano, 1505-1898*. En ese ensayo Rodríguez Juliá señala

... el perfil de la ciudad que fue sobre los planos, pero que no fue del todo en la realidad, ese ámbito que existe tan irresolutamente en los mapas, y cuyo signo definitorio es el silencio.

La cita refleja un pensamiento que Rodríguez Juliá desarrolla en múltiples ensayos sobre la ciudad (San Juan o Santurce) y que se extiende a su ficción como deseo de porvenir o utopía ensoñada. Ya varios críticos han visto como sus variados discursos se relacionan en la complejidad de su obra. Un ferviente lector —y gran escritor chileno—, Antonio Skármeta, opina:

3 Edgardo Rodríguez Juliá, *San Juan, ciudad soñada*. Prólogo de Antonio Skármeta. San Juan: Tal Cual, 2005.

4 Rodríguez, Juliá, “Ciudad letrada, ciudad caribeña (Apostillas al libro San Juan, ciudad letrada)”, *Caribe: Revista de cultura y literatura*, Vol. 7, n.º. 2, 2005, pp. 21-30, 141. Este ensayo también fue recogido en Rodríguez Juliá, *Mapa desfigurado de la Literatura Antillana*, San Juan: Callejón, 2012.

5 Rodríguez Juliá. Este ensayo también ha sido recogido en *Mapa desfigurado*.

6 Rodríguez Juliá. Este ensayo fue recogido en *Musarañas de domingo*, Río Piedras: EDUPR, 2004.

Porque en *La noche oscura del Niño Avilés* y en *La renuncia del héroe Baltasar* se había hundido [Rodríguez Juliá] en el siglo XVIII puertorriqueño en busca de las raíces de la identidad de su pueblo sin ninguna ambición de pedantería historicista, es que ahora su visión del San Juan de este siglo [XX], está pletórica de una historia que tanto la ciudad como la imaginación del autor compartieron⁷.

Esa reflexión sobre la identidad del puertorriqueño que tan elocuentemente convive en la obra de Rodríguez Juliá durante el siglo XX, alcanza otros espacios en el siglo XXI, pues el lugar histórico, a veces definido como una memoria rota o fugitiva, esa historia de raíces conflictivas, dosificadas por hegemonías coloniales, aún anda entreverada con el ansia de la ciudad nuestra, la ciudad pasible de ingeniería manifiesta, de patrimonio autóctono donde el deseo del porvenir sea un derecho alcanzable y no un pasado sueño melancólico. La obra literaria de Rodríguez Juliá reflexiona, tanea y retanea un inventario de realidades continuadas y —como veremos— recorre una variedad de escenarios que recrean tiempos idos o tiempos esperanzados que aún no llegan, porque la ciudad no ha encontrado una identidad propia y la irresolución ha sido nuestro más firme camino. Pero Rodríguez Juliá cuestiona: quizá la ciudad deseada siempre ha estado ahí, aupándose sobre las miasmas de la política colonial, medio oculta por el complejo andamiaje de nuestra singular historia, y la literatura propone la emergencia de su mejor definición. ¿Qué opción nos presenta, entonces, *Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo* para definir o redefinir la ciudad histórica?

Resumir *Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo* no es tarea fácil pues es novela de estructura compleja. El libro se presenta como obra de ficción donde, entre otras cosas, se le da cabida a personajes estrambóticos y sucesos inesperados; la ficción también envuelve la búsqueda de la ciudad histórica; esa otra comarca de lo narrativo, la crónica social, tanto como la nota periodística, exponen comentarios audaces para darle entrada al detalle innombrable, quizá a lo concebible como inmoral; muertes o crímenes insospechados se silencian y se aíslan; y la sátira que comprende, además de lo político, lo literario y lo artístico es arrasadora; o sea, que en este texto se hace una gran lectura de ámbitos de clase, raza y política de la vida puertorriqueña durante tres importantes décadas del siglo XX.

Rodríguez Juliá divide su exploración en tres secciones: “La Tertulia”; “El Mulato”; “La Cantante”. Algunos de los personajes principales, como, por ejemplo, el tenor Antonio Paoli y el “investigador” don Quirico Vilá, se mueven a un mismo

7 Antonio Skármeta, “Un sueño realizado”. Prólogo al libro *San Juan, ciudad soñada*, p. III.

tiempo en ese Santurce de los años cuarenta. Su bagaje es distinto, pero los une el hecho de que en sus particulares vidas la desventura ha sido su aliada y, además, sus conductas son matizadas por mujeres que los influyen (en el caso de Paoli, su hermana y su esposa; en el caso de don Quirico por Frances, una bibliotecaria de la Biblioteca Carnegie que lo ayuda en su pesquisa sobre Beethoven y Bridgetower). Las dos primeras secciones de *Tres vidas...* se centran alrededor de estos personajes, Antonio Paoli y don Quirico, quienes, a pesar de que los caracteriza una pedante personalidad trabajosamente adquirida, son ciertamente orgullosos caballeros venidos a menos que posan como figuras emblemáticas de una ciudad irresuelta que decae o se aúpa en el tiempo. La tercera sección gira en torno a un personaje singular del mundo social y político de la década del sesenta: Félix Benítez Rexach, el ingeniero puertorriqueño que construyó, en honor a su esposa, la actriz y cantante parisina, Lucienne “Moineau” Dhotelle, el Hotel Normandie. Como en los dos casos anteriores, donde la influencia de la mujer juega un papel importante, en este tercer acto la actuación de la mujer será determinante. Lo veremos con detenimiento más adelante. A través del texto interviene una voz narrativa que a veces se autodenomina como un periodista del periódico *El Mundo*, testigo de los acontecimientos del momento, a veces como un cronista de la ciudad que describe presentes obras públicas o cronista deportivo que evoca estampas de los gloriosos días del béisbol profesional puertorriqueño. Esa voz cronística —especie de coro griego— se emplea como estrategia para referir el aspecto histórico, pero es también un elemento confabulador del cual hay que desconfiar por sus comentarios prejuiciados, particularmente referentes al homosexualismo, por su trasfondo bohemio y resentido de hombre poco guapo, y su frustración como escritor, elementos que posiblemente lo hayan convertido en un sicópata asesino; insinuación ésta en la que no se ahonda pero que subsiste en la trama de diversos crímenes no resueltos.

Esta es una de las novelas de Rodríguez Juliá donde más ensamblaje de historicidad y fábula se puede hallar. Figuras históricas y literarias se mezclan con elementos ficticios. En la primera sección de *Tres vidas...*, por ejemplo, una de las escenas más sugestivas son las tertulias del Restaurante El Chévere, donde convergen —muchas veces para disentir— los escritores más importantes no sólo del momento, sino también de aquellos que siguen influyendo hasta hoy día, como lo son Luis Lloréns Torres, Luis Palés Matos, José de Diego Padró, y artistas como Antonio Paoli, que se convierten en sujetos de un doble juego de crítica literaria donde se sopesa el prestigio del artista junto a su condición de gente extraña y *outsider* irrepreensible. Así vemos a estos prohombres convertidos en bohemios excéntricos, trastrocando su ejemplaridad de figuras ilustres por la idiosincrasia del

rebelde que de alguna manera desdeña la vida burguesa. Recordemos que estos escritores descienden del movimiento literario modernista y que para este entonces Latinoamérica estaba muy adentrada en los movimientos de vanguardia cuyos afanes buscaban asemejarse a las contravenciones de los *outsiders* de las metrópolis europeas. La “bohemización” de nuestros escritores nacionales, cuyas conversaciones matizadas en el bar El Chévere recalcan en lo estrafalario, tiene su ascendencia en aquellas otras tertulias francesas que encabezan Verlaine y Rimbaud, cuyas discusiones alucinadas eran filtradas por el *Hada Verde*. Recordemos, también, que Rodríguez Juliá es un escritor de temple maldito, y que no por nada uno de sus más admirados escritores es el francés autor de *Las flores del mal*, Charles Baudelaire. En el capítulo IV, “En busca de la ciudad letrada”, de su libro *San Juan, ciudad soñada*, Rodríguez Juliá rememora su descubrimiento, a los dieciséis o diecisiete años, de *Las flores del mal*, y, en particular, del poema “Invitación al viaje”. Dice:

... era mi poema favorito, aquella añoranza adolescente por paisajes lejanos, los paraísos artificiales del tabaco y el sexo, porque entonces concebía esa casa [una casa del paisaje urbano de su adolescencia que se había convertido en espacio de sus ensoñaciones literarias] con las puertas cerradas, algún cachimbo puesto al lado del diván y la figura voluptuosa de la *negresse* entre las sombras, *luxe, calme et volupté*, parientes todos de Baudelaire que mi familia jamás invitaría al pavo de Thanksgiving.

Aquella fantasía era la fantasía doble de negar el progreso de la 65 de Infantería y anhelar las calles, las ‘multitudes’ baudelerianas, la mirada del *flâneur* como método de conocimiento. El resultado era que mi vida interior toda andaba y habitaba en otra parte. Era un adolescente neurótico que iba por las calles olvidadas, con la mirada baja...⁸

La aspiración de Baudelaire en el poema “Invitación al viaje”⁹ es escapar del

8 Rodríguez Juliá, *San Juan, ciudad soñada*, p. 44.

9 Poema “Invitación al viaje”: *Mi niña, mi hermana, / ¡Piensa en la dulzura / de vivir allá juntos! / Amar libremente, / Amar y morir / En el país que a ti se parece! / Los soles llorosos / De esos cielos encapotados / Para mi espíritu tienen la seducción / Tan misteriosa / De tus traidores ojos, / Brillando a través de sus lágrimas. / Allá todo es orden y belleza, / Lujo, calma y voluptuosidad. / Muebles relucientes, / Pulidos por los años, / Decorarían nuestra alcoba; / Las más raras flores / Mezclando sus olores / Al vago aroma del ámbar / Los ricos artesonados, / Los espejos profundos, / El esplendor oriental, / Todo allí hablaría / Al alma en secreto / Su dulce lengual natal. / Allá, todo es orden y belleza, / Lujo, calma y voluptuosidad. / Mira en esos canales / Dormir los barcos / Cuyo humor es vagabundo; / Es para saciar / Tu menor deseo / Que vienen desde el cabo del mundo. / -- Los soles en el ocaso / Recubren los campos, / Los canales, la ciudad entera, / De jacinto y de oro; / El mundo se adormece / En una cálida luz / Allá, todo es orden y belleza, / Lujo, calma y voluptuosidad.*

tedio del mundo que lo circunda, y en el viaje de Rodríguez Juliá adolescente igualmente se aspira a escapar del hastío de la nueva ciudad donde su familia se ha mudado, de la cual quisiera huir lejos. Porque ahora, de vuelta a sus poetas nacionales, también los contertulianos de El Chévere resienten su realidad inmediata y rehúsan la pose cultivada y acuden a conversaciones pedestres que transforman el ambiente del bar en algo menos que intelectual y emotivo. Ni Lloréns ni Palés tienen que legitimar su arte acudiendo a conversaciones exquisitas. Ya Palés, por ejemplo, al comienzo de la década del veinte, ha manifestado con una escritura simbólica y de nuevo orden su correspondiente hastío de la ciudad. En el poema “Pueblo” expone una visión de fastidio que emparenta con el hastío vital de la ciudad de la cual Baudelaire aspiraba a escapar:

*¡Piedad, Señor, piedad para mi pobre pueblo!
Sobre estas almas simples, desata algún canalla
Que contra el agua muerta de sus vidas arroje
La piedra redentora de una insólita hazaña...
Algún ladrón que asalte ese Banco en la noche,
algún Don Juan que viole esa doncella casta,
algún tahúr de oficio que se meta en el pueblo
y revuelva estas gentes honorables y mansas.*

Rodríguez Juliá les otorga la excentricidad necesaria a sus poetas nacionales para poder salir del tedio de las buenas costumbres. Lo interesante es que Rodríguez Juliá lo hace con la ironía del que también va montado en la aventura, pues la escritura multiforme le da apertura al cronista y al periodista para codearse con los artistas y hasta entrevistarlos con la posibilidad de escribir una novela sobre uno de ellos, lo que pone a estos *outsiders* más dentro de la ficción que dentro de sus biografías reales.

En el capítulo VII, “Camino a las luces de bohemia”, de su libro *San Juan, Ciudad soñada*, Rodríguez Juliá comenta su lectura del libro de José I. De Diego Padró, *Luis Palés Matos y su trasfondo poético*. Dice:

En Luis Palés Matos y su trasfondo poético tenemos uno de los testimonios más completos de aquella época [los años veinte del s. xx] en que algunos de los nombres más sonados de nuestra política y poética recorrían las calles del Viejo San Juan en ánimo despreocupado y cierta actitud de adolescencia tardía, las travesuras nunca ajenas a la ambición de talento. En ese magnífico libro, uno de los grandes libros testimoniales

de nuestra literatura, José I. De Diego Padró nos narra aquel momento hecho de lugares inolvidables y gente con esos nombres que son la aspiración de inmortalidad de los residenciales públicos. (Pp. 105-6).

A la bohemia sanjuanera se le asignan sus señas como reflejo del simbolismo francés tanto como por su tiempo calamitoso y provinciano, el cual había que sacudirse. Los escritores desechan los referentes pre-establecidos y así se fomenta el sueño personal o colectivo de la ciudad añorada. Fijémonos que en las conversaciones de los contertulianos: Rodríguez Juliá echa mano de la parodia y la ironía, pues sistemáticamente invierte la conversación cordial o de buen gusto, así mantiene a los contertulianos en ánimo de transgresión:

[Palés Matos]: en mi poesía hablo de los negros y me burlo de los que quieren ser blancos... Y en cuanto a Albizu, menudo loco... Hoy está en la prisión federal en Atlanta cumpliendo condena de sedición contra el u.s. Government, y acusado de fascismo por todo el mundo. Porque no me digan que el patriota no simpatiza con los llamados países del Eje. Y así como simpatizó con Franco, estoy seguro... El enemigo de mi enemigo es mi amigo; así piensan los nacionalistas¹⁰.

Eso es un recurso de su escritura siempre inconforme, de tentativa “sacrílega”, porque su *modus operandi* es el del desmitificador ante la trastrueque sistemática de sus personajes. Ya lo había hecho con Juan Antonio Corretjer, el poeta nacional de *Alabanza en la torre de Ciales*, en una de aquellas crónicas playeras donde pone a Corretjer a orinar en un mingitorio de una playa pública. Es importante señalar que no obstante su hastío y sus parloteos, ninguno de estos prohombres llega a lo grotesco. De la tertulia emerge una neblina voluble y nostálgica que sugiere cierta experiencia de vida de estos escritores y, en fin, de esta obra. En el mundo de *Tres vidas ejemplares* el reclamo espiritual de la bohemia se nutre de la imaginación y de la experiencia de la ciudad deseada. El deseo de la ciudad histórica se alimenta de continuo de una existencia melancólica, mas, cuando la atención es reenfocada en otros personajes, la visión del mundo cambia y se hace más vasta. En esta primera parte de la novela Rodríguez Juliá recrea variados tipos de hombres y mujeres, a los cuales con minuciosa precisión se esfuerza en retratar e inviste con un halo iridiscente, ya con una sombra vacilante. Pero su escritura se escapa por una tangente de vida propia que conocemos, y crea y recrea

10 Rodríguez Juliá, *Tres vidas...*, p. 79.

un universo con sus experiencias de infancia y adolescencia que arrastra hasta su madurez. ¿Son memorias de una primera vida o fantasías que entreteje con el tiempo? A Rodríguez Juliá las impresiones de la niñez y la adolescencia nunca lo abandonan y se podría decir que constituyen el corazón que anima su obra. Una experiencia que entró en su joven memoria y se proyecta de maneras extrañas, por ejemplo, es el juego alegre del béisbol. En la primera parte de esta novela le dedica veinte páginas a narrar las incidencias de un espectacular juego entre Caguas y Santurce, que tuvo lugar en el Parque Sixto Escobar hacia mediados de los años cincuenta. Igualmente, en una novela anterior, *La piscina*, rememora con diestra narración otro juego en el mismo parque, esta vez la Serie del Caribe, entre Puerto Rico y la República Dominicana. Son recuerdos de un mundo mejor que contrarresta la desazón del mundo circundante. No son las únicas veces que observamos el deporte deslizarse en el universo, cronístico o ficticio, de Rodríguez Juliá¹¹. Su infancia y adolescencia están enormemente influidas por el béisbol nacional y de grandes ligas. Si la adolescencia trae consigo una sensación de pérdida inminente, y la vida interior del joven que se ha mudado del campo a la ciudad de la 65 de Infantería busca en la memoria un desesperado anhelo de tiempos felices, lo añorado se hará cada vez más simbólico. El mundo del campo y los juegos de béisbol donde su padre lo llevaba, eran para el niño el lugar seguro y de algarabía alegre; el que los haya perdido le otorga una aureola paradisiaca. Y si el reemplazo del lugar seguro en la ciudad no se consigue, el escritor, al recordarlos, sentirá la emoción de un destierro, similar al hastío de Baudelaire y de los contertulianos de El Chévere.

Quede claro, entonces, que la nostalgia por un tiempo pasado no es tendencia de ropavejero sino, más bien, el reencuentro de un alma perceptible a las experiencias más pequeñas o de inmensa importancia, a la niñez que dibujó ilusiones en el aire o apuró el juego de temporada más candente hasta la última gota. Ese retrato fiel de época perdida, el “Ubi Sunt” (¿Dónde están?)¹² que se da en esta novela con sabor propio del autor que escribe, a veces crónica de un periodo particular, a veces elaborada iconografía que le es central a la fábula. Pero el antiguo Santurce es también la ciudad de pretensiones y de sueños rotos, como se manifiesta en cada sección de *Tres vidas...* Don Antonio Paoli, una de esas vidas “ejem-

11 Además de varios artículos periodísticos, Rodríguez Juliá ha publicado dos libros dedicados al béisbol: *Peloteros*, San Juan: EDUPR, 1997; y *El béisbol romántico*, San Juan: Callejón, 2019.

12 Véase el capítulo i de San Juan, ciudad soñada..., que comienza así: “Todo el paisaje de mi infancia ha desaparecido; y también el de mi adolescencia”, p. 3.

plares” de la ciudad que el destino ha convertido en ruina, quiere, no obstante, ser uno de los ciudadanos más representativos de Santurce. Por cierto, Antonio Paoli (1871- 1946), es una figura histórica. Conocido como “El rey de los tenores” y “El tenor de reyes”, fue el primer puertorriqueño en alcanzar fama internacional en las artes musicales. Fue reconocido como “una de las voces más líricas y profundas, superior a su contemporáneo y rival Enrico Caruso”. Después de varias temporadas triunfales, perdió su voz. Pasó los últimos veinte años de su vida enseñando canto en San Juan. Murió de cáncer a los setenta y cinco años de edad. Sus restos yacen en Ponce. Una voz desconocida para muchos, Rodríguez Juliá lo desentierra y lo desvanece en el Santurce antiguo como una sombra rediviva de aquel escudero de la novela picaresca, *El lazarillo de Tormes*, que no comía pero se paseaba por las calles de la ciudad simulando una nobleza largo tiempo ida.

[A Paoli] Bastaría con recordarle algún incidente por el cual asumiera la culpa de todo lo que ocurría a su alrededor, porque siendo él quien fue llamado, como él pensaba, a la grandeza, le correspondía responder por el fracaso de todos ellos [su mujer y su hermana, con quienes comparte casa y estragos en vida]; así de sencillo, reflexionó él. Paoli cargaba la cruz de aquella culpa esencial como quien fue predestinado, por los dioses, a permanecer confundido, perplejo, y hasta balbuceante, frente al juez implacable de un destino oscuro y el escarnio de aquellas górgonas¹³.

No es difícil entender, pues, que en la tertulia de El Chévere, no obstante el aparente desafecto y menoscabo de los allí presentes, Don Antonio Paoli encuentre algún desahogo y para sus adentros renueve las ilusiones de volver a ser el noble tenor de antes, del Santurce que atardece.

Rodríguez Juliá quiere apresar el paisaje de Santurce, y *Tres vidas ejemplares...* se desenvuelve como una guía de la ciudad y la época, de sus límites y posibilidades. La impresión aquí dada es la de un barrio marginal y raquítico:

... aquel Santurce... que hoy, sábado a mediodía, se ufanaba de ser simulacro de ciudad europea, con ese ir y venir de los mozalbetes de gorra y tirantes —parecían palafreneros fugados del Hipódromo Las Casas, que empujaban los carritos con cajas de madera repletas de coca cola y royal crown, la entrega consuetudinaria a los bares, fondas y friquitines de la Ponce de León, los billeteros frente a la Ferretería Europa, el catatónico de rostro chupado por las mellas y se sitúa allá, en la otra esquina, la

13 Rodríguez Juliá, *Tres vidas...*, p. 48.

del restaurante El Nilo, ahí, chachareando en voz alta, y sin dirigirse a nadie, sobre la guerra y los japoneses, sobre Muñoz Marín y los yanquis, sus pantalones trepados hasta la mitad del pecho y apretado con una correa que era como un cilicio. (P. 27).

Como queda insinuado en la cita, en esta ciudad no se revela nada que recuerde las grandes y discretas ciudades europeas tal cual las pintaban, por ejemplo, los artistas de finales del siglo XIX —el arte impresionista. La descripción de las experiencias de vida aquí constituye una reverencia suprema a la desesperanza que seguirá circulando, escena tras escena, en el perímetro de los barrios pobres, en el Santurce donde se incentivó el progreso y aquel plan económico del Estado Libre Asociado que se llamó manos a la obra.

En uno de los capítulos más interesantes del libro *San Juan, ciudad soñada*, “Camino a las luces de bohemia”, que cité antes, Rodríguez Juliá describe cómo la ciudad de San Juan ha sido imaginada o representada, ya bien como total fabulación o como manifestación de experiencias personales que incluyen pintores como José Campeche, grabadores (Tufiño), y escritores como René Marqués, Emilio S. Belaval. Rodríguez Juliá se ha remontado al siglo XVIII para también darnos en dos novelas una visión utópica de la ciudad histórica¹⁴. Pero de vuelta al siglo XX, con una visión del que visita y se adentra en los barrios de la ciudad, ha expuesto su idea de la ciudad añorada:

La ciudad anhelada a veces, casi siempre su modelo fue Europa, sobre todo la visión de los bulevares madrileños; el recinto murado padecía de cierto bovarismo, la ambición de cumplirse en la gran ciudad, de superar su neurastenia provinciana, curarse de la tristeza y aburrimiento de estas latitudes. (P. 95).

Y más adelante, en el mismo texto, continúa:

La ciudad histórica también contiene esa ciudad letrada hecha de bohemios, tertulias, encuentros y afinidades; su reclamo espiritual incluye los testimonios de cómo la vida intelectual y artística es compartida. (P. 105).

En una erudita reflexión sobre la idea de Europa y la esencia de la ciudad europea, el filósofo estadounidense George Steiner dice que Europa es primordialmente un extenso café lleno de gente y palabras creadoras que concitan la tertulia:

14 Véanse *La renuncia del héroe Baltasar* (1974), y *La noche oscura del Niño Avilés* (1984).

Europa está compuesta de cafés. Éstos se extienden desde el café favorito de Pessoa en Lisboa hasta los cafés de Odesa frecuentados por los *gangsters* de Isaak Bábel. Van desde los cafés de Copenhague hasta los cuales pasaba Kierkegaard en sus concentrados paseos hasta los mostradores de Palermo. No hay cafés primeros ni determinantes en Moscú, que es ya un suburbio de Asia. Muy pocos en Inglaterra después de una moda pasajera en el siglo XVIII. Ninguno en Norteamérica fuera del puesto avanzado galo de New Orleans. Si trazamos el mapa de los cafés, tendremos uno de los indicadores esenciales de la 'idea de Europa'.

El café es un lugar para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y el cotilleo, para el *flâneur* y para el poeta o el metafísico con su cuaderno. Está abierto a todos; sin embargo, es también un club, una masonería de reconocimiento político artístico-literario y de presencia programática. Una taza de café, una copa de vino, un té con ron proporcionan un local en el que trabajar, soñar, jugar al ajedrez o simplemente mantenerse caliente todo el día. Es el club del espíritu y la *posterestante* [apartado de correos] de los homeless. En el Milán de Stendhal, en la Venecia de Casanova, en el París de Baudelaire, el café albergó a la oposición política que existía, al liberalismo clandestino. Tres cafés principales de la Viena imperial y de entreguerras ofrecieron el ágora, el centro de la elocuencia y la rivalidad, a escuelas contrapuestas de estética y economía política, de psicoanálisis y filosofía. Quienes quisieran conocer a Freud o a Karl Kraus, a Musil o a Carnap, sabían exactamente en qué café buscarlos, a qué *Stammtisch* [mesa] se sentaban. Danton y Robespierre se reunieron por última vez en el Procope. Cuando las luces se apagaron en Europa, en agosto de 1914, Jaurés fue asesinado en un café. En un café de Ginebra escribe Lenin su tratado sobre empiriocriticismo y juega al ajedrez con Trotsky¹⁵.

La ciudad europea, según Steiner, tiene una segunda seña de identidad compartida por todos los países europeos: la ciudad europea es caminable:

Europa ha sido y es paseada... Los hombres y mujeres han caminado por sus mapas, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. La mayoría de las veces, las distancias poseen unas escalas humanas, pueden ser dominadas por el viajero a pie... (P. 41).

15 George Steiner, *La idea de Europa*. Traducción de María Condor. Madrid: Siruela, 2015. La primera publicación en inglés es del 2005, pp. 38-9.

Como ya he citado anteriormente en la descripción de Santurce un sábado a mediodía, esta ciudad, según la describe el narrador, es un “simulacro” de la ciudad europea, y dista del ambiente y los impulsos que, como Steiner sugiere, resumen la ciudad europea y sus grandes empresas culturales y políticas. En *Tres vidas ejemplares...* se urge la comparación: ¿Dónde y cómo queda Santurce cuando remontamos su corriente de barrio pobre y mala fama? No encontramos paisajes cómplices donde uno pueda sustituir al otro. He aquí, hacia los años cuarenta, otra descripción del barrio sanjuanero de Santurce:

... Paoli bien que se paseaba por avenidas y calles algo desoladas de vehículos, aunque pobladas de una humanidad variopinta que lo mismo ilustraba tipos humanos que marcaban diferencias raciales y sociales. Y los distintos comercios casi todos emblemáticos de los productos que vendían, y con esa resonancia de sus nombres con que las ciudades provincianas engalanan lugares acostumbrados y familiares, bien se concentraban en aquella esquina por la que, en cualquier sábado, podíamos ver el tenor de reyes, y al rey de los tenores, saludar a diestra y siniestra ante la mirada algo perpleja de los transeúntes. A Paoli le gustaba pensar... Que su pretendida elegancia ya pertenecía al paisaje urbano, de la misma manera que El Chévere y El Nilo, la Ferretería Europa con su techo a dos aguas y altos gabletes, el Banco Popular con su fachada art déco eran sitios reconocibles, y hasta de convergencia, lo mismo para citas sentimentales que de negocios. Aquél era el corazón mismo de Santurce, y quizá de todo San Juan, es decir, el lugar donde la ciudad cobraba su mejor definición... De hecho, a Paoli le gustaba pensarse como la gran presencia espiritual de aquel Santurce... Apenas se enteraba de que sus esfuerzos por llamar la atención —paso a ritmo del bastón... provocaban más desazón, y hasta extrañeza, que asombro. Aquella ciudad aún no admitía con buenos ojos la excentricidad; su provincianismo era el de una sociedad campesina, tan rústica como desconfiada. (Pp. 63-4).

La descripción de la ciudad europea de Steiner parecería un remoto sueño de órbitas filosóficas y estéticas frente al movimiento provincial de la ciudad caminada por Paoli. Así remata Rodríguez el rumbo de lo que pudo ser y no fue la ciudad de San Juan, allá para fines del siglo XIX:

La parte baja de la ciudad, el sector La Puntilla-Marina, también soñó con Europa hacia fines del Siglo XIX. El actual Paseo de La Princesa es una evocación del Paseo de la Puntilla, ya trazado y planificado hacia la segunda mitad del diecinueve. Concebido según los paseos madrileños de aspiración burguesa, que a su vez soñarían con los

bulevares parisinos, posibilitado finalmente por la demolición de las murallas, llevada a cabo como el canto de cisne del bastión imperial español sobre la isleta de San Juan, ese paseo era otra manera de señalar el porvenir de una ciudad dedicada al comercio y al trajín ciudadano más que a la defensa de la última posesión española en América. El sector La Puntilla, donde Palés Matos y De Diego Padró iban a pescar en los años veinte, se convirtió, en esta segunda parte del XIX, en barrio de almacenes y viviendas, sitio que era ensanche de la ciudad y seña de su porvenir comercial. La destrucción de este barrio entero en los años sesenta del siglo XX significó la pérdida de una ciudad extramuros que bien testimoniaba aquellos nuevos tiempos; fue la violación de su pasado reciente. Con la pérdida de La Puntilla y la demolición de la vieja estación del tren de circunvalación, en los confines de la ciudad murada y el Paseo de Covadonga, camino al barrio de Puerta de Tierra, parte de la historia de la ciudad se volvió fantasmal, datos para la historia urbanística más que para la evocación de su tejido vivo¹⁶.

Tal parece que solo podríamos revivir la ilusión de vida en la ciudad caribeña mediante la imaginación, si justamente no nos la acercara la idea de otras ciudades, las cuales, no careciendo de languidez, ostentan el lejano y misterioso perfume del mundo europeo. Y no es que uno esperase ver resurgir los vientos de La Revolución Francesa en San Juan de Puerto Rico, ni el aura de la Torre Eiffel ni la solemnidad de la Catedral de Notre-Dame ni el celebrado Arco del Triunfo o el histórico Museo del Louvre. Las comparaciones serían imposibles, dado el tiempo y la historia que obliga a la distinción europea. Rodríguez Juliá no va en busca de monumentos, sino de cultura y acción social; ese es el saldo de su testimonio: toda posibilidad de creación de la ciudad ha sido disminuida. Nuestra ciudad conserva aquí y allá alguna impronta de distinción, pero nuestras plazas y barrios son más bien un esforzado legado de posibilidades donde la vida pasada se ha desgastado. ¿Dónde están los valores que la memoria pueda contemplar y a la vez contemplarse en ellos? Cito de nuevo a George Steiner en su descripción de la ciudad europea:

El colegial europeo, los hombres y mujeres urbanos habitan literalmente en cámaras de resonancia de los logros históricos, intelectuales, artísticos y científicos. Con gran frecuencia, el rótulo de la calle no solo lleva el nombre ilustre o especializado sino también las fechas relevantes y una descripción sumaria. Ciudades como París, Milán, Florencia, Frankfurt, Weimar, Viena, Praga o San Petersburgo son crónicas

16 Rodríguez Juliá, *San Juan, ciudad soñada*. Cap. VII, p. 114.

vivientes. Releer los rótulos de sus calles es hojear un pasado presente y esta *pietas* no ha cesado en modo alguno. La Place Saint-Germain se ha convertido en Place Sartre-Beauvoir. Frankfurt acaba de bautizar una Adornoplatz. En Londres, un derroche de placas azules identifica las casas en las que se piensa han vivido no sólo escritores, artistas o científicos naturales medievales, renacentistas o victorianos, sino también los relacionados con el grupo de Bloomsbury y los modernos.

Obsérvese la diferencia, casi dramática. En Estados Unidos, estos *memoranda* son escasos. Hasta el infinito, las calles se llaman Pine, Maple, Oak o Willow [Pino, Arce, Roble, Sauce]. Los bulevares llevan nombres como Sunset [Crepúsculo] y las más noble de las calles de Boston es conocida como Beacon [Faro]. Incluso estas son concesiones a lo humano. Las avenidas y calles americanas están simplemente numeradas o, en el mejor de los casos, como en Washington, se denominan por su orientación: a su número sigue “Norte” u “Oeste”. (Pp. 47-9).

En Europa la memoria histórica prevalece. En América, en San Juan, la ciudad histórica es elusiva, su promesa ha sido más importante que su real existencia. Los esquemas citadinos se han desbanderado, y fechas y conmemoraciones —cuando las hay— pueden significar muy poco. En ocasiones conmemorativas nos interesa que no falte el lechoncito asado y el arroz con gandules, siempre tan nostálgico. Y no es Rodríguez Juliá el único escritor que ha divulgado con énfasis este abierto desafío a la memoria histórica. Recientemente, en la prensa del país, han aparecido varios artículos haciendo un llamado a la apreciación y conservación de la arquitectura de San Juan y Santurce¹⁷, pero sigue siendo Rodríguez Juliá quien explica con mayor precisión los debates a trasmano de la proyectada ciudad sanjuanera:

Toda conservación mantiene valoraciones ideológicas. En los años cincuenta y sesenta, el proyecto de restauración arquitectónica del San Juan Antiguo respondía al nacionalismo cultural del Partido Popular, muy particularmente del creador del Instituto de Cultura Puertorriqueña, don Ricardo Alegría. Era un proyecto de restauración de la memoria histórica, sobre todo del pasado colonial español. En los años sesenta se excluyó el recinto extramuros de La Puntilla de dicha conservación y restauración, también la estación del tren en el Paseo Covadonga; se procedió a la demolición de

17 Véanse las columnas de Andrés Fortuño Ramírez, “La magia de la calle Loiza”, y de Carmen Dolores Hernández, “Los valores patrios”, *El Nuevo Día*, miércoles 13 de marzo de 2019, y domingo 31 de marzo de 2019, respectivamente.

la misma porque dicha estructura representaba los años del tren de circunvalación, tan identificado con la era de explotación cañera bajo el régimen económico colonial yanqui. Aquel nacionalismo cultural de Alegría ciertamente era ideológicamente escrupuloso, algunos dirán que claramente hispanófilo¹⁸.

¿Dónde han quedado los sucesos del pasado reciente, el pasado desatendido que aún llena a muchos de solemne nostalgia? Hemos entrado al territorio de lo que ha sido, y caminamos sobre cristales rotos. En *Tres vidas ejemplares* El Chévere era el local para tertulias de literatos. Así nos lo refiere la crónica de Rodríguez Juliá —capítulo VI, “Santurce, nuestro simulacro de gran ciudad”, de su libro, *San Juan, ciudad soñada*:

Santurce era peatonal, ruidoso y concurrido por las noches, ya a punto de entrar al Nilo mi padre señalaba hacia El Chévere, justo en la esquina del frente, y nos asegura, con una urgencia insólita en él, que en ese restaurante recordaba haber visto, cuando llegó a trabajar en Santurce a fines de los cuarenta, al vate Lloréns Torres en tertulia de literatos.... (P. 78).

La fama de una ciudad también descansa en sus rutas literarias. En este sentido San Juan no es, como se ha dicho, ciudad sin atributos. (P. 8c).

De ahí el título dado a este capítulo, pues Santurce fue el simulacro de la ciudad deseada. Tanto El Chévere como otros legados arquitectónicos de la ciudad civil han sido destruidos para darle paso a los planos del futuro, tan desatentos a los rumores del pasado.

Si bien en *Tres vidas ejemplares* las tertulias de nuestros literatos nos recuerdan el tedio de Baudelaire y de otros simbolistas, ahí, en ese mundo anhelante, no eran solo ellos los que descendían de la luz del mediodía caribeño a otra zona antojadizamente crepuscular. Ahí, en ese Santurce, de los cuarenta y las siguientes dos décadas, muchos de sus congéneres caminaban la misma senda. Y no es evitable pensar en las preguntas implícitas que emanan de la experiencia humana del Santurce antiguo: ¿Y qué de otras vidas, de nuestras vidas; no nos espera aunque sea una leve similitud, un lejano parecido con la actitud chocante de un don Antonio Paoli? De ahí que, aunque la actitud de algunos de los personajes de esta novela nos resulte excéntrica, también nos recuerda los secretos latidos del corazón de muchos hombres.

18 Rodríguez Julia, “El Zipperle”, *El Nuevo Día*, sábado, 13 de enero de 2018.

La ciudad encontrada

En la segunda parte de *Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo*, Rodríguez Juliá centra la narración en una de esas figuras estrambóticas que integran la galería de excéntricos de esta novela. Quirico Vilá, licenciado de la Marina Mercante y luego de una empresa establecida en Boston, Fruehauf, de la cual devenga una pequeña pensión, se precia de ser “ciudadano del mundo” y sabe dar una imagen segura de sí mismo. Supera los sesenta años de edad y, a causa de su pobreza, es frugal, aunque sí visita la tertulia de El Chévere. Es esbelto y de triste apariencia, y si no fuera porque es descrito como un personaje de cierta ordinariez, podría presentarse como un Alonso Quijano de otro tiempo. La obsesión de Quirico Vilá no alcanza la grandeza de la de Alonso Quijano; a don Quirico lo obsesiona escribir una biografía novelada sobre el virtuoso violinista negro George Augustus Polgreen Bridgetower, para quien Beethoven compuso una célebre sonata (Sonata para violín y piano número 9 en A mayor, Op. 47), ahora conocida como *Sonata Kreutzer*, pero originalmente dedicada a Bridgetower. En la realidad se puede verificar que Bridgetower y Beethoven trabajaron juntos. Beethoven lo acompañó al piano en Viena en 1803 para la premier de la Sonata. Pero antes de que la Sonata fuera publicada, una discordia personal con Bridgetower impulsó a Beethoven a cambiar el nombre por el de otro violinista, Rodolphe Kreutzer. En la novela se dice que el motivo de la riña entre las dos figuras legendarias se debió a una mujer que ambos pretendían.

Quirico Vilá queda embrujado por la historia de Bridgetower, la cual le ha sido comunicada por un estrafalario personaje llamado Perucho, quien recorre toda la ciudad de Santurce en una Harley Davidson con “sidecar” donde pretende llevar a un violinista negro y triste, vestido a la manera de los tiempos de Beethoven. En un libro sobre Beethoven, don Quirico confirma la existencia e historia del exótico Bridgetower. Ese descubrimiento lo hace cambiar de vida y profesión, pues de “corredor” se convierte en “investigador”, según el narrador, “para burla de todos y preocupación de algunos” (p. 128). Obsérvese el paralelismo entre don Quirico y Alonso Quijano (don Quijote), criaturas ondulantes quienes, a través de la lectura y con las mejores intenciones, cambian sus vidas algo tardíamente, algo trágicamente también, pues absorbidos por sus ilusiones de conquista llegan al final de sus vidas tras un drama discordante. En su aventura de “investigador”, a don Quirico también lo animará su Dulcinea, quien en *Tres vidas* se presenta como Frances, una joven bibliotecaria de la Biblioteca Carnegie que tramita los pedidos de don Quirico, sobre todo lo que tenga que ver con Beethoven y Brid-

getower. Frances, aunque se hace cómplice de la “investigación” de don Quirico, es como Dulcinea a don Quijote, un motivo ansiado pero inaccesible. Si en *Don Quijote* Dulcinea no existe, en *Tres vidas*, Frances, quien se describe como un personaje “exótico”, superior a otras puertorriqueñas de aquella época y clase social por su “atreimiento e ingenio”, *desaparece*, para luego ser encontrada descuartizada en una playa del Santurce provincial que la asfixiaba. La atracción de personajes de otros mundos en una nueva trama es característico de la escritura manierista de Rodríguez Juliá que tan fielmente registra en sus textos de ficción; esto lo he discutido con más detenimiento en algún artículo anterior, y como lo hemos visto aquí también, la escritura se deleita en su variación, en sus combinaciones de voces y formas y tácitas transiciones y paralelismos que atraen tanto los campos de La Mancha como los cantos angustiosos de los simbolistas del Sena.

La “investigación” obsesiva de don Quirico sobre la vida de Bridgetower y su relación con Beethoven puede parecer una historia de ilusos, o quizás una mordaz historia de amor, o aún una comedia absurda que por sus ocasionales lentas descripciones irritan al lector, hasta que uno se da cuenta de que esas circunstancias son un entramado donde los personajes asumen características de seres decadentes, o se comportan como individuos emocionalmente confusos. Las figuras que se presentaban en El Chévere, donde la perspectiva del personaje era la del *outsider*, han cambiado. Alrededor de la historia de Bridgetower, el puñado de caracteres que representan la sociedad, incluidos don Quirico y su dama Frances, aparentan no tener mucho que perder, y en esta ciudad marginal algunos optan por el disimulo de su avidez insatisfecha mientras que otros hacen profesión pública de la impudicia. En esta ciudad, al margen de las clases sociales —porque se mezclan los que tienen pretensiones aristocráticas con los pobres, como el drogadicto de Perucho, juzgados de baja condición social—, las almas circulan como un cuerpo compacto donde la excentricidad se retuerce, y más allá de la decadencia, se cometen siniestros actos criminales como impresiones dejadas por personajes del Marqués de Sade o de la novela “noir”. Ahí se han cruzado las fronteras de las liberales tertulias del restaurante El Chévere.

El proyecto de ciudad que en la década de los cincuenta tiene posibilidades comunes a las de las ciudades europeas, pues se exaltaba una modernidad suburbana con todos los elementos de una arquitectura principal y una burguesía capitalina¹⁹, no encuentra equilibrio en esta sociedad de condición incierta, incapaz

19 Esta idea de la posibilidad del progreso de la ciudad se expresa a menudo, particularmente en esta segunda parte de la novela; a propósito, véase la p. 142.

de impulsar la ciudad hacia otros umbrales. Don Quirico constantemente se exasía observando la arquitectura señorial que se aúpa en Santurce, representativa de los adelantos de la época, pero el sexagenario solo añora una vida distinta a la suya y la ambición de ser agente del cambio ha quedado atrás con su juventud empleada en los Estados Unidos. Ahora solo se mueve para “investigar” la vida del violinista del siglo XIX. Frances, una mujer de belleza elogiosa, pero considerada por la sociedad de la época como mujer “moderna”, se amolda, aunque con aparente reticencia, a una relación que la disminuye, con un dentista nombrado Manolete. Ambos —como los describe el narrador— “hijos del privilegio antillano”, graduados de universidades exclusivas de los Estados Unidos, son prototipos de la sociedad que simpatiza con la promesa de desarrollo que constituye, por ejemplo, la reciente apertura —en esa década del cincuenta— del hotel Caribe Hilton. Ahí, sentados en la terraza que rodea la barra del hotel, mientras disfrutaban de sus respectivas bebidas, se desarrolla un diálogo antagónico entre ambos, que insinúa la posible liviandad moral de Frances, la cual es posible que se permita en ocasiones de alta excitación sexual. ¿Se regodea Frances en su belleza para engrandecer su vanidad ante los hombres que la admiran y la desean, o es una mujer nacida fuera de su tiempo que quiere escapar de la espesura de una vida provincial? La conducta moral de Frances es una incógnita que perdura más allá de su asesinato. De quien sí tenemos una idea clara sobre los recovecos de su psiquis es de su amante, el médico Manolete, quien, desde su despacho, por ejemplo, administra ilegalmente gas hilarante a modo de droga. Manolete, además, posee una máquina llamada el orgasmotrón, cuyo propósito no es insinuado sino claro. Aunque trata, no llega a convencer a Frances de someterse a sus prácticas con estos adminículos. Diré, para enlazar con lo que he mencionado antes sobre la escritura manierista, de yuxtaposición de recursos formalistas en Rodríguez Juliá, que el orgasmotrón tiene, en la realidad, una historia que conecta con el tiempo de la novela. Se dice que el orgasmotrón fue inventado por Wilhem Reich (1897-1957), quien por sus escritos fue considerado ejemplo notable de “escritor maldito”. Discípulo de Freud, pero rechazado por éste, fue acusado por charlatanería y fraude, y encarcelado en 1957 por comercializar su invento, el orgasmotrón. En una película de Woody Allen titulada “Todo lo que siempre quiso saber sobre el sexo” (1972), éste hace un montaje humorístico de las cualidades del orgasmotrón. El gas hilarante (o gas de la risa), conocido desde el siglo XVIII, se reactiva como uno de los hábitos de Manolete, quien anda tras el placer explosivo y sobre todo de tipo lascivo. Debo reconocer que no obstante este carácter sórdido de Manolete, los usos y aplicaciones del orgasmotrón y el gas hilarante pueden ser

entendidos como un rompimiento con las convenciones burguesas de la época, pero es también el momento cuando la curiosidad y la experimentación en todos los campos iban tras los pasos del gran Freud. De todos modos, a lo largo de esta parte de la novela, prevalece un clima de devoción indiferenciada por lo sexual, del cual participan varios personajes oscuros en la historia, los cuales, sepultados en sus yermas consolaciones y periqueos, no contribuyen con nada al avance de la sociedad.

Esta es una narrativa llena de nostalgia por una vida productiva. *Tres vidas ejemplares* eleva el sentimiento nostálgico a un tipo de condición necesaria que imagina la fisonomía y el carácter definitivo de la ciudad deseada. Pero en estos tiempos el paisaje humano distorsiona la ilusión de la ciudad caribeña que se parecería con las descripciones de la ciudad europea. En el antiguo Santurce no ha habido gestas que cantar, ni vidas ejemplares que emular. De este modo, señalar una vida, cualquier vida, marginal, excéntrica o vacía, es reconocer, no obstante, que la ciudad existe, no la ciudad del recuerdo y la nostalgia, pero sí una ciudad que se puebla con lo diverso, filtrada por la realidad de la escritura, y que la nostalgia no puede suprimir.

La ciudad perdida

En la tercera parte de esta novela que se subtitula “La cantante” se narran escenas de la biografía del ingeniero Felix Benítez Rexach en su época madura. Biografía y ficción, como es habitual, están entreteljadas en la narrativa de Rodríguez Juliá. Benítez Rexach, según la historia, hizo dinero como ingeniero y diseñador en la República Dominicana durante los años de la dictadura de Trujillo. En Puerto Rico, según la novela, su gran obra fue la construcción del Hotel Normandie en honor a su mujer, la actriz parisina Licienne “Moineau” Dhotelle. Esta dama, con su filosofía de vida liberal y su cultura imaginativa llena de sorpresas que a veces incluía a su marido y a veces no, fue de fascinación para algunos que la compartían, y de escándalo sobre todo para las familias burguesas de la época. Luz y sombra, asediada por algunos, perturbación para otros, para ella se edificó el Hotel Normandie con su arquitectura inspirada en el trasatlántico ss Normandie. Fue como haber anclado un inmenso barco en medio de la ciudad. Inmediatamente viene a la mente la quintaesencia de la imaginación de García Márquez en *Cien años de soledad* cuando, en medio de una selva tupida, José Arcadio Buendía y su expedición se topan con un galeón español firmemente anclado en un suelo de

piedras. Es como si Benítez Rexach, en 1942, cuando se construyó el Hotel Normandie, sin sospecharlo, le hubiese sugerido al colombiano una página de su gran novela. Como dato curioso, añadido que veinte años después, en los sesenta, el hotel en forma de barco había quedado destartado y prácticamente inoperable. En *Cien años*, una generación más tarde, el coronel Aureliano Buendía, hijo de José Arcadio, vuelve a divisar el galeón, pero esta vez lo que observa es el costillar de la nave. El tiempo permea estas arquitecturas fantásticas de oscuridades y decrepitud.

Así también evoluciona la mítica historia de Félix Benítez Rexach, que de la fastuosidad de los grandes salones de su hotel, atestado de nacionales, turistas y las mejores orquestas de las décadas de los cuarenta y cincuenta, acaba solo, sin familia y sin amigos, excepto por el narrador y cronista de sociales que relata la biografía de Benítez Rexach y actúa como su compinche. Benítez Rexach se ha retirado del mundo y vive en la soledad de su apartamento en el Normandie, donde pasa el tiempo observando impassible el mar bravío. Pero por haber llevado una vida poco ordinaria y que él llamaba “clásica”, Félix Benítez Rexach se ha ganado el privilegio a la excentricidad. El narrador, con tono irónico y retórica prejuzgada, cuenta cómo Benítez Rexach piensa que es su deber dirigirse a un grupo de estudiantes universitarios que, en campaña en el área de El Escambrón y el Caribe Hilton —en la vecindad del Normandie—, reclama las “Playas pa’l pueblo”. En su arenga a los muchachos asegura que él es de ideología nacionalista, que protegió y albergó en su hotel al líder nacionalista Pedro Albizu Campos cuando salió de la cárcel de Atlanta, y que el dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo fue un patriota antimperialista cuyo asesinato en 1961 fue planeado por el Gobernador de Puerto Rico Luis Muñoz Marín, entre otras aserciones, para mofa de los estudiantes y diversión de la fuerza de choque que asediaba y trataba de dispersar la protesta.

Exaltado por el tumulto que han causado los estudiantes que buscan el “rescate” de las playas privadas y que proclaman públicas, Benítez Rexach también decide hacerle una visita al recién inaugurado Gobernador anexionista Luis A. Ferré: le entrega una declaración de independencia y le pide que proclame a Puerto Rico república independiente y latinoamericana. El Gobernador con ironía le contesta que ha de someter su pedido a legislación. Es una experiencia llena de patetismo y Benítez Rexach comprende que ha hecho el ridículo. La escena también revela cómo la audacia de Benítez Rexach corresponde a un mundo ya pasado: en el Santurce antiguo, respaldado por el dinero y la majestuosidad de su hotel, Benítez Rexach configuraba un estrato social pujante; ahora, en la época de los sesenta y setenta, su influencia gastada refleja los componentes de otra

cultura en construcción. Las intervenciones políticas de Benítez Rexach son un fantaseo sobre la memoria de una vieja ciudad desaparecida y sobre los albores de una ciudad moderna que ha emergido con las nuevas industrias que la metrópoli va estableciendo. Ni su experiencia de anfitrión del hotel más fastuoso de la isla, ni su dinero, ni su famosa mujer, ahora muerta, ni su imaginación, lo habían preparado para los designios del tiempo presente. Félix Benítez Rexach, cavila en uno de los antiguos famosos salones de su hotel y escucha música de jazz que no entiende, no entiende la espesura del tiempo que convalece, ni logra aplacar su sepulcral melancolía; allí, en su antiguo hotel encantado, ahora casi abandonado, solo encuentra serenidad en el recuerdo de lo que se ha perdido.

La ciudad evidencia su fatiga histórica. Con la mezcla de personajes históricos, excéntricos u oscuros que retrata Rodríguez Juliá se levanta el velo de la vida pública citadina, o más bien, de ciertos escenarios que anunciaban una idea de progreso o la posibilidad de algo así como una ciudad emancipada en su mayoría de edad civil. Pero aquí los signos con los que la ciudad opera son de otra naturaleza y el registro que se impone sobre la conciencia parece ser cada vez más nostálgico, acaso más catastrófico, como nuestras caídas más inolvidables. Antes he mencionado que Rodríguez Juliá es un escritor de temple “maldito”; pero, asimismo, es un escritor con una conciencia mítico-religiosa que se resume en multitud de gestos a través de su literatura —los ejemplos abundan. De modo que pienso que en esta novela hay trazos de una concepción religiosa y un tiempo mítico que parecería remontarse a aquella idea original de la expulsión, porque los seres han errado y el paraíso siempre ha sido nuestra ciudad perdida. La idealización bíblica de volver a la ciudad perdida (la “Invitación al viaje”, de Baudelaire) se asume como conquista de un pasado que se hace cada vez más nostálgico. Pero el encuentro con Santurce en un momento de posibilidades, cuando la ciudad se aupaba, es evidencia de la imposibilidad de la re-conquista de esa tierra anhelada. *Tres vidas ejemplares* es una historia elegíaca donde se entreveran los augurios del progreso con ámbitos y personajes que generan el atraso. En Santurce, aquellos presagios de mediados del siglo XX se han cumplido y a la ciudad la cruza de un extremo a otro un sentido de soledad que la memoria intenta mitigar.

AMORES DIFÍCILES: *LA VOZ SENTIMENTAL*

Nicolás Cruz*

* Profesor del Instituto de Historia, P. Universidad Católica de Chile. Agradezco a Jaime Valenzuela Márquez por la lectura y sus comentarios a este texto.

Este artículo aborda y analiza un capítulo de la historia del amor en Chile en las décadas centrales de la primera mitad del siglo xx. Para estos efectos se han trabajado las cartas que mujeres chilenas enviaron al Consultorio Sentimental de la revista *Ecran*. Las misivas analizadas refieren situaciones relacionadas con los tiempos del noviazgo y del matrimonio en las que destacan especialmente aquellas que evidencian grados de tensión y dificultades en las relaciones.

Las voces de las autoras de las cartas fueron mediadas por la consejera encargada de la sección de la mencionada publicación, quien establece una serie de normas adecuadas para la vivencia del amor, tanto en el período del noviazgo como en el posterior a las nupcias. El texto busca conceder espacio y la debida importancia a las voces de las emisoras de las cartas como también a la referida mediadora.

I

Muchas revistas durante la década de 1930 mantuvieron una sección de correspondencia sentimental. La revista *Ecran* publicó *La Voz Sentimental* a partir del n° 375 del 29 de marzo de 1938 que se extendió por varios años. La sección recibía las cartas de quienes exponían la situación que las afectaba y solicitaban un consejo sobre sus amores. Algunas de ellas fueron publicadas con la consiguiente respuesta de Clara Calatrava, la encargada de la sección, mientras que en otros casos sólo llegamos a conocer las respuestas¹. Las imágenes son muy pocas e ilustran el título de la sección y no las situaciones presentadas.

En relación a la sección señalada, este escrito tiene la intención de presentar y analizar aquellos conceptos a partir de los cuales Clara Calatrava abordó las confesiones recibidas que, invariablemente, solicitaban una guía ante lo planteado. Así es como se observa que ante situaciones de alguna similitud, ella respondía con determinados conceptos que expresaba de manera recurrente, tales como la importancia de la auto educación de una mujer moderna que ha sufrido un temprano revés sentimental; la mujer como la encargada de frenar las expresiones de amor demasiado efusivas por parte de su enamorado y la conveniencia de hacerse respetar; la mujer que debe aceptar la infidelidad masculina cuando esta sea considerada fugaz, un consejo de especial validez para cuando ellas estaban

1 La investigación ha contemplado la revisión de la sección desde el n° 375 (29 de marzo, 1938) de la revista *Ecran*, hasta el n° 566 (25 de noviembre, 1941). El trabajo se ha centrado en un total de 132 textos, de los que 106 tienen autoría femenina y 16 masculina.

casadas y tenían hijos. Sólo para mencionar algunas entre las varias situaciones que se encuentran en los escritos.

Estos *Amores Difíciles* constituyen un capítulo de la historia del amor en Chile entre finales de la década de los treinta y los inicios de los años cuarenta del siglo xx, un tiempo de tensiones entre las prácticas afectivas tradicionales y otras nuevas que se van desarrollando en la sociedad. Entendemos por esto, de manera especial, aspectos tales como la consolidación de sentimientos determinados para una persona de diferente sexo —no hay ninguna narración que describa o insinúe afectos diversos—, la forma que adoptó ese amor, su concreción a través del noviazgo y el futuro matrimonio, con la correspondiente proyección hacia la formación de una familia². En este proceso se desarrolla la construcción de la mujer en cuanto novia, esposa y madre, mientras que el itinerario masculino equivalente resulta mucho menos perfilado, limitándose a la condición de trabajadores-proveedores y a la de una paternidad que no es presentada en sus detalles y “esfumaturas”. La correspondencia estudiada provino de variadas ciudades chilenas —no de los campos— y permiten señalar su carácter nacional³.

Se trata de un capítulo de la historia del amor, ilustrado por quienes lo vivieron en medio de dificultades de diverso tipo. Como señalara el historiador Alan Corbain “el amor solo se menciona cuando algo falta, cuando hay obstáculo, alejamiento, dolor; el historiador encuentra pocas huellas de la felicidad”⁴. Aún dentro de esta parcialidad, estas situaciones dan cuenta de varios de los temas importantes propios de la forma de plantearse y sentir el amor en un tiempo histórico específico.

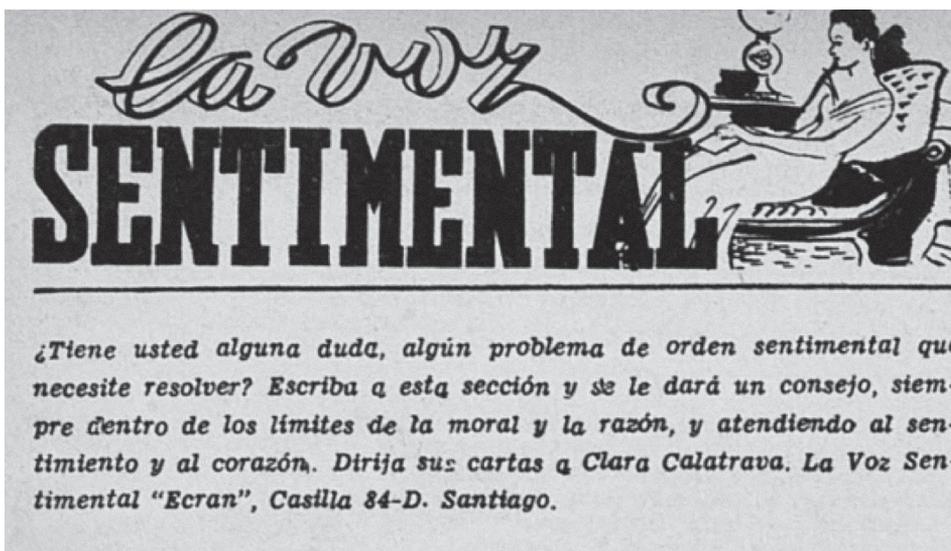
2 Conversando sobre este punto con el historiador Jaime Valenzuela, me hizo presente la posibilidad de que Clara Calatrava filtrara las cartas de acuerdo a criterios vigentes a las normas de la época y conforme a su personal criterio, así como también podría haber preferido la publicación de misivas que le permitían desarrollar sus conceptos a través de sus respuestas. Me parece un alcance importante y probable, aunque resulta muy difícil pesquisar algo así en las fuentes. A esto, cabe agregar la posibilidad de que algunas de las cartas fuesen piezas de ficción elaboradas especialmente para encontrar espacio en una sección de este tipo. Una intuición de este tipo ya surgió al analizar el amor juvenil en el texto “Mi primero amor, el primer beso”, de nuestra autoría, publicado en esta misma revista, n° 87, Primer Semestre, 2020, pp. 138-171.

3 La circulación de la revista *Ecran* a nivel nacional resulta visible en la medición que se puede hacer de la sección Correspondencia. El año 1935 puede tomarse como un ejemplo ilustrativo: se recibieron un total de 536 cartas que abordaban distintos temas, aunque el énfasis fuese la solicitud de datos sobre estrellas del cine. La mayor parte de ellas provino de Santiago de Chile (214), Valparaíso-Viña del Mar (60) y Concepción (28). El resto constituyó una muestra de la llegada de la publicación desde Iquique (17) y Antofagasta (20) hasta Punta Arenas y Magallanes (4).

4 Courtain J. (2004), p. 96.

Será luego el lector quien podrá formarse una opinión personal a partir de los testimonios presentados. Esto, no obstante correspondan al autor de este artículo la selección y relación de los temas, la atención prestada a quien respondía las misivas, así como una serie de opiniones al respecto.

Por una parte, entonces, contamos con una gran cantidad de cartas que, aunque presentan temas comunes, evidencian una interesante diversidad de casos. La mayor parte fueron escritas por mujeres jóvenes y por mujeres que sostienen un matrimonio desde hace algunos años. Por la otra, la ya mencionada Clara Calatrava, de quien no hemos logrado saber nada, aparte de aquello que deja traslucir en sus respuestas. Sí sabemos, en cambio, la manera en que se presentaba a través de la revista.



Reproducimos aquí la casi única imagen que acompañó a la sección. En ella se puede observar una ilustración de Clara Calatrava en la que figura como una mujer relativamente joven, sentada en un cómodo sillón. Su pelo parece cuidado y viste un largo vestido elegante. Cabe señalar que, a través de las respuestas, así como en la presentación que hizo la revista sobre ella, Clara Calatrava se daba a conocer a sí misma como una mujer mayor y que poseía una dilatada experiencia en los

temas que trataba. Su espalda está apoyada en un almohadón, observándose en su mano un papel que nos permite suponer se trate de una de las cartas recibidas. Ella aparece en actitud reflexiva. El ambiente tiene aquí importancia ya que se lo representa como uno de tipo privado, distinto al espacio de una oficina o al de una sala de redacción periodística, lo que contribuye a remarcar la compenetración e intimidad que la señora Calatrava dice mantener con las emisoras de misivas. Junto a ella figura una pequeña mesa en la que se observan unos libros, detalle nada de menor, ya que siempre recomienda lecturas a las mujeres que quieran cultivar y completar su personalidad. Como es común en las ilustraciones de la revista *Ecran*, el dibujante demostró cierta autonomía a la hora de crear su imagen.

La mayor parte de la correspondencia fue escrita por mujeres jóvenes, lo que según los criterios de la época abarcaba a mujeres entre los 18 y los 35 años. Dicho de otra manera, desde mujeres novias a mujeres casadas con hasta unos diez años de matrimonio. Sus cartas son bastante directas: varias contienen un saludo protocolar para entrar luego en la situación que las aqueja y solicitar, finalmente, un consejo acompañado por agradecimientos por la atención prestada. Nada llegamos a saber sobre su lugar de residencia, dado que no disponemos con señas tales como la ciudad en que viven y el barrio que habitan. La condición social y económica parece ser variada, ya que encontramos desde novios que declaran haber reunido una pequeña cantidad de dinero que les permite casarse —cantidad que, según se expresa en otras cartas, resultaba mínimo o insuficiente—, hasta noviazgos en los que el dinero de uno de los novios tiene un papel importante en las decisiones que se adoptan o los conflictos que se viven, así como también matrimonios en los que el cuidado de los hijos está a cargo de criadas, uno de los símbolos del *status* burgués de la época. Contamos solo con las breves cartas de unos cuatro a cinco párrafos, publicadas con pseudónimo, así como con las respuestas. Luego el silencio: ¿lograron solucionar su situación aflictiva?, ¿tomaron un camino propio o siguieron el consejo de Clara Calatrava? No contamos con rastro alguno al respecto.

Resulta posible pensar que una parte significativa de las parejas lograron superar las dificultades y contrajeron matrimonio. Hacia fines de la década de los años treinta, se observaba, a nivel nacional, un aumento gradual en el número de matrimonios, tendencia que se mantendría, tal como lo registró el censo del año 1952, documento que utilizó la anterior década de 1940 como un punto de comparación⁵. En esta estadística se señala que hacia 1952 habían disminuido,

5 XII Censo General de la Población i de Vivienda. Tomo I. Resumen del País. Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1952. República de Chile.

gradualmente, “las proporciones de solteros, viudas y matrimonios anulados”, aumentando el número de los casados. En el censo de 1940, en todo caso, no se midieron los separados y los convivientes⁶.

¿Por qué escriben a *La Voz Sentimental*?, ¿qué las lleva a poner por escrito sentimientos y situaciones privadas de forma voluntaria y sin otro objetivo que obtener algunas orientaciones? Más allá de la diversidad de las situaciones, la soledad aparece como un tema común. En efecto, se muestran como personas que no tienen con quien compartir sus problemas de amor: las madres, en la mayor parte de los casos, no son puestas al día ni consultadas al respecto, tampoco hay una profesora cercana o un sacerdote que se mencione, aunque algunas se declaren católicas; las amigas parecen no entender sus problemas y, tan ansiosas e inseguras como ellas en este plano, suelen dar malos consejos⁷. El consultorio sentimental les ofrecía el anonimato, enterarse de otros casos similares y de las indicaciones entregadas. Podemos suponer que se trataba de personas que leían con frecuencia la sección.

11. Recados normativos para las novias.

Una ordenación de las cartas posibilita dividir las entre aquellas que presentan situaciones referidas al período del conocimiento entre los protagonistas, su compromiso y noviazgo. Se deduce de esto que un segundo grupo se relaciona con dificultades dentro del matrimonio. Los problemas dados a conocer en el primer grupo van desde el dolor generado por la ruptura entre protagonistas que no pudieron mantener en el tiempo el amor que se habían declarado, hasta enfrentar las dificultades relacionadas con los requisitos económicos necesarios para la formalización del matrimonio y la consiguiente formación de una familia, pasando por las dudas que despiertan ciertas actitudes y exigencias de uno de los enamorados.

6 *Ibid.*, Cuadro n° 5, “Estado Civil por Edades”. Población de 15 años o más por grupos de edades, según estado civil y sexo. José Díaz, y otros (2016), en su artículo dedicado a los hijos nacidos fuera del matrimonio, sostiene que en la década de 1930 aumentaron los nacimientos dentro de matrimonios legítimos, alza que se mantuvo hasta la década de 1960. El mencionado aumento en los matrimonios revirtió una extendida tendencia que se había mantenido hasta la década de 1920.

7 En un trabajo anterior, referido al amor entre los adolescentes en este mismo período, se pueden observar comportamientos similares entre jóvenes que narran su primer amor en edades que fluctúan entre los 15 y los 18 años. Véase Nicolás Cruz en revista *Mapocho* (2020).

Los dilemas abarcaban también el complejo tema de la competencia, que aparecía de manera abrupta y con fuerza: novias y novios se sentían pretendidos por otros, haciéndoles revalorar los afectos. Entre estos nuevos pretendientes aparece un número significativo de primas y primos que venían a tensionar un compromiso ya existente. En varios casos, figuran familias que presionan el matrimonio de una hija con ‘un buen partido’ que promete no solo darle un ‘buen pasar’ a la futura esposa, sino que también a sus más cercanos, no obstante dicha unión fuese sin amor y entre contrayentes que podían llegar a tener edades muy diferentes.

Las respuestas de Clara Calatrava dan la impresión, en una primera lectura, de contener un consejo personal y una solución individual al problema expuesto. Pero las numerosas respuestas generadas por la experta de *Ecran* permiten, más allá de los casos, advertir el uso de algunas estructuras conceptuales básicas a partir de las cuales ella comprende los problemas planteados, deduciendo luego ciertas normas que sugería atender⁸. Una de las más importantes, a nuestro entender, consistía en que el amor era administrado por la mujer y que era su responsabilidad llevarlo a buen puerto, y mantenerlo ahí en caso de que los protagonistas se hubiesen casado. No son iguales los casos de las novias que los de las casadas, pero sí resultaba común este papel que le asignaba a la mujer.

Las rupturas de comprometidas y novias eran un indicio de que esa relación, en un poco tiempo, no iba a sostenerse. La inexperiencia de las jóvenes las llevaba a creer que todo amor debía ser proyectado para siempre, y por esto se apresuraban demasiado. Les jugaba en contra también el estar enamoradas del amor y pensar que sus pretendientes eran siempre puros y bien intencionados. Una crisis representaba una oportunidad para repensarse a sí misma y salir fortalecida.

Fortalecerse aparece como el término clave de una primera norma: una mujer del siglo XX se construye a sí misma y no deja de ser la primera y más importante agente de su propia construcción. Para esto, su autoeducación, luego de una de tipo formal que generalmente terminaba con la secundaria, era presentada como un programa personal cuyos beneficios se desplegarían a lo largo de toda la existencia. A Novia Desilusionada, luego de sentenciarle que “ese joven no la quiere”, le aconsejaba esperar el verdadero amor que ya llegaría y que no debía apresurar:

8 Roberto Herrscher (2016), p. 173, señala que la presencia de estas estructuras conceptuales básicas resulta advertible en muchos de los trabajos narrativos realizados por periodistas —y narradores en general, agregó yo— cuando “al acercarnos a un hecho nuevo o una persona desconocida, vamos escuchando y recogiendo información con la estructura ya resuelta”.

Olvide y distraiga su ánimo. Lea, ocúpese de cosas útiles, de esas que apasionan el espíritu... de cooperar en obras sociales, estudiar ramos de arte, tomar un curso de contabilidad o de taquigrafía... En fin, señorita, tantas cosas que, desviando la maleza, producen árboles opulentos y sanos para el porvenir⁹.

Ante la consulta de Djenana, 18 años, con cuya carta no contamos, Clara Calatrava entrega una de las respuestas más representativas de este estatuto. De ahí que nos parezca de utilidad su reproducción casi íntegra:

Para sus cortos años se encuentra usted aparentemente cercada de sorpresas que la vida presenta en los primeros años como una “preparatoria” de ramos más importantes. No hay que darle a eso más valor del que tiene como gimnasia de orientación. Usted, señorita, está muy preparada para realizar una existencia útil, porque piensa y reflexiona con cordura. Lo único que debe abandonar es esa permanente interrogación acerca de cuáles serán los motivos, por qué los jóvenes que usted califica de inteligentes no tienen gusto de atenderla y, en cambio, otros, a los cuales usted no reconoce ningún mérito, lo hacen.

Señorita: Usted es una de esas chiquillas que, proponiéndose serlo, llegarían muy lejos en su autoeducación progresiva. Abandone, por el momento, eso que usted llama problemas, y procure realizar en usted misma una personalidad de modo que sus 18 años la encuentren preparada para la vida y capaz de imponer su voluntad sobre los acontecimientos. No ha nacido usted para ser mediocre, ni para seguir como una ovejita mansa las manadas... Constrúyase un carácter, embellezca su espíritu, cultive su mente y el futuro la encontrará apta para algo mejor que agradar por “su físico”, algo esencial que constituye el verdadero encanto de una mujer de nuestro siglo. ¿Qué hombre se resiste a charlar con una mujer que “sabe conversar”? ¿Qué hombre no admira la gracia de una respuesta oportuna, de una frase adecuada al suceso que trata! Por eso es preciso formarse y trabajar, estudiando a buenos autores. No le aconsejamos hacerse erudita o pedante, pero sí “comprensiva” y capaz de ofrecer su pensamiento de modo inteligente. Todo eso le dará fuerza para aniquilar cualquier complejo de inferioridad.

Clara Calatrava¹⁰.

9 Respuesta a Novia Desilusionada, *Ecran* n° 427 del 28 de marzo, 1939.

10 Respuesta a Djenana, *Ecran* n° 417 del 17 de enero, 1939.

En la carta de Maruxa Morena y su correspondiente respuesta, el argumento de los árboles opulentos y sanos alcanza una mayor amplitud: la autoformación mantenida desde la juventud y a través de las distintas etapas de la vida, proporciona el “supremo encanto de la vejez”. Una inteligencia trabajada, un corazón comprensivo, una capacidad espiritual” hacen resplandecer “las canas al final de la vida”, permitiendo una grata convivencia “al compañero que ha visto en usted, hoy la juventud radiante y mañana la ancianidad exquisita”¹¹.

La educación personal aparece como un elemento central en la auto construcción de la mujer. Este proceso de carácter constante debe iniciarse con la juventud, y era de desear que ya estuviese en acto antes del encuentro con aquel amor decisivo, con todas las formalizaciones que conllevaba. Se trataba de un capital humano propio que posibilitaba a la mujer el desempeño en el ámbito doméstico, así como también en el laboral.

La respuesta a Djenana ha dejado en evidencia y con claridad la visión del feminismo controlado propuesto por Clara Calatrava, percepción que era compartida por algunas de las redactoras de otras secciones de la revista *Ecran*. Entendemos que este término de ‘feminismo controlado’ contiene una tensión entre una mujer que se construye a sí misma, pero cuyo objetivo sigue siendo —en el caso de la mayoría de quienes escriben— el amor, el matrimonio y la conformación de una familia.

Esta visión de la mujer protagonista de su formación a través del trabajo y el desarrollo cultural en un sentido amplio del término, se había hecho fuerte y circulaba entre las chilenas de esos años. Unas figuras ya afianzadas como un referente a estas alturas y en este plano, eran Amanda Labarca, Marta Brunet y la ya consolidada Gabriela Mistral, para mencionar aquellas que figuraban mayormente en los medios de comunicación. Las mencionamos, puesto que puede insinuarse la dependencia de algunas de las ideas de Clara Calatrava con las mujeres recién mencionadas¹².

11 Carta de Maruxa Morena y respuesta de Clara Calatrava, *Ecran* n° 564, del 11 de noviembre, 1951.

12 Este concepto de ‘feminismo controlado’ o ‘moderado’ se distancia del denominado ‘feminismo aristocrático’ que ha sido descrito por varios autores, entre ellos Bernardo Subercaseaux (2011), vol. II, pp. 93 y ss. Marta Brunet, representó este ‘feminismo moderado’ en la segunda etapa de la revista *Familia*, en la que, bajo el seudónimo de Isabel de Santillana, escribió una columna en la primera página. En el n° 122 la columna llevó como título “Ante todo el hogar”, en la cual volvió a insistir que la mujer debía ser culta y trabajadora para ganarse su existencia “pero que no olvide que su saber no será completo si descuida su dulce obligación de manejar una casa, de ser en ella no solo la estampa encantadora y el espíritu alerta, sino que la fémica inteligente que dignifica hasta el menester más humilde”. Las diferentes perspectivas culturales y de los compromisos con la sociedad entre el ‘feminismo controlado’ y aquel denominado ‘aristocrático’ quedaron muy bien evidenciados en la entrevista que Amanda Labarca hizo a Inés Echeverría (Iris) y que publicara *Familia* en Agosto de 1915 (reproducida en la página *Web Memoria Chilena*).

Aparece en las cartas y respuestas una orientación más radical respecto de una vertiente del tema planteado: la de las solteras. Se advierte aquí un tránsito en la percepción frente a quien se había quedado ‘para vestir santos’ a una mujer ‘que marcha de acuerdo a la vida’. En varias partes de la correspondencia ellas expresan su temor a retardar el establecimiento de una relación matrimonial y muestran su ansiedad ante la posibilidad de que el tiempo pase de manera irreversible en este plano. Esta sensación la expresó Palomita Gris sobre aquello que definió como su posible futuro, agravado, para ella, por un presente en que sus hermanas menores ya se habían casado. Ellas la tachaban de “lunática” y de candidata fija para “vestir imágenes” por ser, una vez más, regodeona. Un dato significativo es que Palomita Gris tenía, entonces, 20 años, aunque se percibe como una de 30 “desencantada y pesimista frente al porvenir”¹³.

Las respuestas de Clara Calatrava apuntan, reiteradamente en contra, apuntando el uso despectivo del mote de ‘solteronas’ con que se afligió a tantas mujeres en épocas anteriores. Una de sus opiniones engloba con claridad y fuerza el punto. A Niña Solitaria, de 32 años, le indica:

Y en cuanto al calificativo de solterona habría mucho que decir. En la época actual ya no podría aplicarse ese vocablo, ya que la mujer, por regla general, posee la instrucción suficiente para no ser gravosa a los demás. El trabajo ha venido a abolir tal concepto. Puede una mujer tener cuarenta años o más sin caer en el famoso denominativo. Antiguamente era corriente el tipo de la solterona. Se caracterizaba especialmente por una timidez enfermiza y por el empequeñecimiento de su círculo de vida. Tenía mucho tiempo desocupado para la maledicencia y se entregaba de manera exagerada al misticismo mal entendido. Hoy la mujer es otra cosa: marcha de acuerdo con la vida y la cuestión de la edad le tiene sin cuidado: sabe ser interesante y muchas veces triunfa sobre las jovencitas que empiezan a vivir¹⁴.

Una segunda norma que establece Clara Calatrava es la de la preeminencia del amor como base para establecer una relación y, por cierto, para llegar al ma-

13 La carta y respuesta a Ruby Leary se encuentra en *Ecran* n° 520, 7 de marzo de 1941; la de Palomita Gris figura en el n° 522 del 21 de enero 1941. Otro buen ejemplo aparece en la carta y respuesta a Indecisa (n° 537 del 6 de mayo, 1941). Ella, a sus 22 años, ha tenido un solo enamoramiento fugaz, pero no ha podido encontrar “el verdadero amor” y siente temores al respecto: “¿Quedarse para vestir santos —le responde Clara Calatrava— no es algo de importancia hoy día, en que las mujeres se bastan a sí mismas y no envejecen hasta después de los 50 años!”.

14 Respuesta a Niña Solitaria, n° 542 del 10 de junio de 1941.

rimonio. Comparece así un elemento clave de una forma de vivir el amor que venía abriéndose paso desde los inicios del siglo XX, poniendo en tensión a un tipo de matrimonio habitual y más pragmático en que las consideraciones familiares y económicas jugaban un rol central. Las cosas no estaban definidas completamente y muchas mujeres jóvenes chilenas, en la primera mitad del siglo XX, debían enfrentar la presión de unas nupcias arregladas por el contorno familiar. El tema tiene varias caras, pero la que más nos interesa destacar es aquella que se relaciona con el cambio, en el tiempo, de un concepto muy arraigado según el cual el amor se generaba dentro del matrimonio, a uno diferente en que el amor previo figuraba como su requisito. La incertidumbre queda reflejada en varias cartas dirigidas a la revista *Ecran*, buena parte de las cuales fueron redactadas por mujeres que veían un grave problema en aceptar las condiciones que sus familias buscaban imponerles, generalmente partiendo de condiciones ajenas al afecto. Como ha señalado Jean Claude de Bologne, la preeminencia del amor en las uniones era el resultado de un proceso cultural de extensa duración, al que, en nuestro caso, accedemos en un momento en que su planteamiento empieza a ser cada vez más frecuente¹⁵.

La creciente convicción entre los jóvenes de que sus relaciones debían basarse en el amor era uno de los grandes temas de debate en la Europa de los años recientes y, desde ahí, se había difundido por todos aquellos lugares en los que había una marcada recepción y asimilación de esa cultura. La antigua historia del ‘amor por sobre todo’, aquella de Romeo y Julieta, había vuelto para encarnarse en el recién ascendido rey de Inglaterra Eduardo VII, quien había abdicado a los pocos meses de gobierno para casarse con la norteamericana Wallis Simson. Su reinado no duró más de 325 días, pero resultaron suficientes para convertirlo en una de las figuras más conocidas del mundo, dado que se había apartado del trono por amor. Todo esto había tenido lugar entre enero y diciembre del año 1936. Una corriente importante se identificó y apoyó la causa del Rey enamorado y de su atractiva novia y futura esposa. También los medios de prensa, entre ellos *Ecran*, adoptaron esa postura y la difundieron por un largo tiempo. A través de la figura del rey caído, el amor había dado uno de sus pasos más largos en la historia, y el amor como principio y base de las uniones entre mujeres y hombres ganaba más adeptos entre los jóvenes de una parte significativa del mundo.

Pero, la partida no estaba todavía jugada completamente durante la década de 1930. En Chile, algo lejos de las familias monárquicas y el abolengo de sus prota-

15 Bologne (2016), especialmente el capítulo IV “La mujer enamorada”, pp. 139-214.

gonistas, en una sociedad tradicionalista y apegada a los rituales convencionales, la consultora sentimental Clara Calatrava se declaraba partidaria acérrima del amor como base anterior a todo acuerdo afectivo. Y a partir de esta convicción contestaba a quienes le consultaban en este sentido. Mariluz, por ejemplo, acude a ella dado que su familia la presiona para que se case con un 'buen partido' que le daría a ella estabilidad y tranquilidad, y de paso una mano a sus familiares que pasaban por una mala situación. Mariluz, en cambio, está enamorada de un joven que se desempeña como empleado fiscal y que ha logrado reunir una suma muy pequeña para sostener un matrimonio. La madre y el resto de sus familiares presionan en favor del buen partido: "Yo no lo quiero, y así le contesté, pero llegaron todos y me echaron en cara mi egoísmo, guardándole las espaldas a un tipo que era un empleadillo que nunca tendría nada". Ella, con dramatismo, sentencia que ama a su "empleadillo", pero consulta si debe sacrificarse por su familia.

Lo que le propone su familia, le responde Clara Calatrava, le traería funestas consecuencias. Eso sería un delito de engaño, ya que lo que diría en el altar sería falso. En el fondo estaría participando de una compraventa:

Cierto que el dinero es un valioso complemento para la felicidad, especialmente en estos momentos en que la vida se ha ido haciendo tan difícil, pero vale más ser pobre y tener el tesoro del cariño mutuo. Casarse 'sin amor' es el peor de los desatinos. La convivencia de dos bajo un mismo techo, residiendo en un ambiente de indiferencia que al final de la jornada llega a convertirse en odio, es siempre un fundamento de escándalo, infidelidades, divorcios, etc.

La señora Calatrava aprovecha otras consultas para volver sobre el tema en términos similares: "Rechace moverse por las conveniencias. Hágale caso a su corazón"; "Debe casarse por amor y no por un compromiso. Debe buscar su felicidad"; "Si no hay amor, no es cuerdo unirse en matrimonio. Esa es la peor decisión"¹⁶.

"El amor es lo que posibilita el matrimonio", sostuvo Bologne al referirse a este tiempo de cambios y novedades. Conocemos muchos de los aspectos de este tema por los estudios de antropólogos, escritores, estadísticos e historiadores franceses, país en el que parecen haberse generado los estudios e investigaciones

16 Carta de Mariluz y respuesta en *Ecran* n° 554, del 21 de agosto, 1941. Las expresiones entre comillas se encuentran, respectivamente, en Carta de Rosalinda Muguet y respuesta en el n° 449 del 29 de agosto, 1939; Respuesta a Gabby Glover en n° 451 del 12 de septiembre, 1939; y la última, en Respuesta a Ruby Leary, n° 520 del 7 de enero, 1941.

más completas a este respecto. Algunas de estas publicaciones son muy atractivas y contienen excelentes claves para la comprensión de la situación en el país galo y probablemente también para Inglaterra. De manera recurrente, eso sí, se advierte al lector que no se trata de un momento de rupturas bruscas, sino que de formas y manera de establecer lazos que se debilitan y generan espacio para otros diferentes —que no dejarán de variar a través de varias décadas del siglo XX hasta la revolución sexual de los años 60 del siglo pasado (Segalen). En tiempos recientes, las teóricas de la denominada *Historia de las emociones* han insistido que éstas se expresan en un contexto cultural específico y debemos percibir las como modificaciones que serán, a su vez, transformadas en los tiempos siguientes.

Estamos en condiciones de destacar un punto importante a lo recién señalado, puesto que algunos de los aspectos involucrados y relacionados dentro de un mismo proceso pueden darse de manera distinta según las características y creencias que se profesan en cada sociedad. En el caso de Chile, tal como se verá a continuación, mientras la idea de ‘amor y matrimonio’ había adquirido las características recién señaladas, en el ámbito de la sexualidad —en cambio— tendieron a mantenerse, al menos en el discurso y en las expresiones públicas, las formas de comportamiento tradicionales.

Sin amor no hay felicidad posible. Pero, el tiempo que media entre el amor que se declara y aquel otro en que se consolida en matrimonio, tiene una serie de vivencias amorosas, regulaciones de la vida sexual, y la fatigosa marcha para conseguir los recursos necesarios a objeto de sustentar un nuevo hogar y una futura familia. Lo común de estos aspectos es que se dan en un mismo período, aunque en varias ocasiones entren en conflicto entre ellos; como puede ser la vivencia plena del noviazgo, con la necesidad de hacerse del capital básico de la pareja, algo que puede llevar a uno de los protagonistas —generalmente al hombre— a migrar hacia otras ciudades o países por un período relativamente extenso. Las ‘mujeres-novias’ asumirán distintos roles durante este tiempo, roles que van desde la regulación de la relación, hasta la espera de que el otro se decida o reúna la cantidad de dinero ya mencionada. Se inicia, además, la instalación de aquellos preceptos que regirán la vida matrimonial.

Los noviazgos tenían lugar, principalmente, en la casa de ella. Probablemente esto era algo tan obvio que se daba por hecho y escasamente se menciona. A esto, en algunos casos, se agregan los cafés del centro de las ciudades, restaurantes, parques de la ciudad, los cines y las fiestas habituales. Se trata de amores en escenarios que no son descritos ni proyectados. Las cartas de *La Voz Sentimental* evidencian un marcado deseo de la pareja por contar con un lugar propio de los

enamorados, pero este espacio no es objeto de algún tipo de descripción. El amor desarrollado en la casa de ella llevaba consigo la intromisión de la familia, que aprobaba, rechazaba u ofrecía otras alternativas, actuando casi como una agencia de regulación matrimonial.

Debe haber sido en la casa de ella o en algunos paseos donde las demostraciones del amor y las caricias se manifestaban. Ante esta situación, Clara Calatrava estableció su tercera norma y lo hizo sin ambigüedades: la mujer digna debe mantener su lugar y hacerse respetar. Algunas de las cartas ilustran el tema en toda su extensión. Ximena, por ejemplo, describe y pide un consejo, ya que *pololea* hace cinco meses con un “chiquillo encantador por su figura, sus modales, por su sonrisa, etc., es el galán de mis sueños y creo que no podría vivir sin su cariño”. Todo bien hasta aquí, pero ella es descariñada con quien siempre la colma de caricias. ¿Debe seguir así o debe cambiar?

¿Qué entiende usted por colmarla de caricias? —le contesta la señora Calatrava—. Un pololeo no da libertad a una señorita para dejarse acariciar. Desde luego esos desbordamientos de pasión no indican en el joven intenciones serias. A la mujer que se elige por compañera se le respeta; y es una falta de respeto tratarlas con efusiones exageradas que a nada conveniente conducen.

El ‘descariño’ de Ximena, le indica la señora Calatrava, ha sido su defensa y en eso ha actuado de buena forma. Este tema de la joven enamorada que debe resistir los besos y otras manifestaciones de su pretendiente adquiere connotaciones mayores al momento de responder a Novicia en Amor:

Señorita: Ese joven no siente por usted un cariño bien fundamentado. Esas exageradas expansiones son signo inequívoco de que sus intenciones no son serias. Tenga mucha cautela y no se deje engañar: la mejor prueba de amor que puede dar un hombre a una mujer es respetarla, especialmente si tiene la intención de darle su nombre... El caminito de los besos suele conducir fatalmente a irreparables desgracias que recaen exclusivamente sobre la mujer. Cuando el hombre se cansa, se va y no vuelve. Busca en otro alero su placer. Y la víctima que se dejó engañar, no tiene más remedio que afrontar el dolor del desengaño con todas sus consecuencias¹⁷.

17 La primera de las dos citas corresponde a Carta y respuesta a Ximena, n° 400 del 20 de septiembre, 1938; la segunda a la respuesta a Novicia de Amor que aparece en el n° 529 del 11 de marzo, 1941.

El manejo de las expresiones sexuales queda a cargo de la mujer. Los hombres —al menos muchos de ellos, según Clara Calatrava— siempre quieren lo mismo y eso es algo que una mujer debe manejar usando “la razón” y no solo “el corazón”, agregando una saludable cuota de desconfianza, y otro tanto de prudencia, ante historias o cuentos que podrían esconder algunas oscuras intenciones. Las enamoradas deben tener en cuenta —agrega en una variación psicológica— que los hombres siempre terminan por buscar “un alma limpia de engaño, de la cual surge como una estrella promisoría, el sagrado fundamento de la familia: el verdadero amor”. La mujer que no entienda esto y practique “ese libertinaje de costumbres tan funesto y poco estético desde el punto de vista moral”, hará bien en meditar sobre estos consejos y modificar su conducta para que el porvenir no le traiga desgracias, dado que no llegar virgen al matrimonio genera la sospecha de que luego no sea una esposa virtuosa¹⁸.

Las situaciones son más complejas en algunos casos. Es en estas que la juventud de las enamoradas o la experiencia de otras, y otros, pueden introducir confusiones. Hay varios casos de romances que se inician bajo una buena estrella hasta que ella se informa de que su pretendiente tiene otro compromiso o está casado. Pero, ellas están enamoradas y quedan prisioneras entre las advertencias de la razón y las palpitaciones del corazón. Ellos les cuentan sus historias desgraciadas con esposas frívolas, poco inteligentes y que solo desean obtener dinero, y más dinero, de ellos. Ellas odian a sus maridos, según lo que estos les relatan, pero no aceptarían nunca separarse para castigarlos aún más. Ante estas situaciones, Clara Calatrava recomienda averiguar e informarse bien sobre sus amados, quienes, las más de las veces, han tramado un engaño y desaparecerán una vez que obtuviesen de ellas lo que querían. Estos hombres casados tienden a inventar este tipo de situaciones. Para que el romance progrese, ellas deben sincerarlos, exigirles la formalidad de su separación, entendiendo cabalmente que deberán renunciar a la posibilidad futura de un matrimonio religioso que les será denegado.

Las viudas, al menos las que escriben y consultan a *La Voz Sentimental*, son codiciadas por jóvenes que despiertan en ellas una gran pasión. Su comportamiento, para la editora de la sección, no responde a la razón ni a la prudencia, en sus actos predomina la pasión erótica. Helena del Norte se presenta como una viuda de 35 años y ha establecido una relación con un hombre de 25, quien, además, es hijo de su amiga. Un caso similar es el que da a conocer Maraboli quien, a sus 38 años, lleva adelante un romance con un joven de 23. Más dramá-

18 Simmonet, D. (2004), p. 120. En Courtain J. y P. Veyne.

tica es la situación de Joselita Lima, 19 años, cuyo novio se ha enamorado, y es correspondido, por su hermana viuda hace “un año y dos meses”, y tiene 32 años. Las respuestas de Clara Calatrava apuntan siempre en la misma dirección: debe evitarse ese tipo de relaciones, más aún si los hombres jóvenes llegaban a proponerles matrimonio a esas mujeres que han quedado solas. No se requiere demasiada perspicacia, agrega, para advertir que desaparecerán de la escena una vez que hayan logrado su objetivo. Por último, las diferencias de edad terminarán, en algún momento, por pasarles la cuenta. Esta última advertencia vale tanto para las viudas como para los enamorados en términos generales¹⁹.

Las viudas y viudos, atendiendo al grupo que narraron sus situaciones a Clara Calatrava, esto es, entre los 20 y los 40 años, constituían un grupo poco numeroso, el que, por motivos lógicos, iría creciendo en la medida que aumentase el rango etario. Durante la década de 1940 y, de acuerdo a las cifras del ya mencionado censo, el porcentaje de viudas se ubicaba ligeramente más bajo del 5% en relación al total de mujeres casadas a nivel nacional, mientras que el porcentaje de los viudos se ubicaba en un rango bajo el 3,5%.

Un último aspecto, el económico, incide de manera gravitante en el camino del noviazgo y genera efectos que se hacen presentes en muchos aspectos, como sucede, por ejemplo, en el desarrollo de la sexualidad de la pareja. Para formalizar la relación por medio del matrimonio el hombre debe contar con una renta que le permita sostener a la familia que se quiere formar. Si en el ámbito del discurso se ha empezado a abrir el campo del trabajo remunerado para las mujeres de los sectores medios y altos, en la práctica, en cambio, la provisión de los fondos sigue siendo una exigencia fundamentalmente masculina. No contar con lo suficiente

19 La diferencia de edad aparece como un tema recurrente en las cartas y fue un asunto sobre el cual Clara Calatrava se manifestó en repetidas oportunidades. En general desaconsejó la relación de parejas dispares en edad. Habiendo una diferencia en este plano y una relación basada en el amor, una mujer seis años mayor que su pretendido no tenía por qué ver afectada su relación (*Ecran*, n° 393). Pero una mujer mayor en 10 o más años debe considerar que lo que mueve a quien se declara su novio es “un capricho” (n°s. 417 y 424). Las mujeres deben tener en cuenta que todo irá bien por un tiempo, pero luego, “al casarse hay que pensar en el porvenir, y es el futuro lo primero que hay que asegurarse” ... “La mujer envejece demasiado pronto y es terrible que el marido se avergüence de verse unido a lo que el mundo llamaría una anciana” (n° 467). La situación de Morena Triste plantea una variación en cuanto él es 12 años mayor que ella: “Los gustos ocupan un hemisferio diferente. Cuando usted desee asistir a una fiesta a los 45 años de edad, él, a los 57, preferirá roncar bien abrigado en su cama... Hay que armonizar épocas y caracteres para obtener una felicidad verdadera” (n° 511). En las pocas cartas enviadas por hombres el motivo figura solo una vez y en un caso extremo en el que él es un abuelo encariñado con los nietos. Él tiene 57 años y ella 22.

los obliga a 'hacerse una situación' y eso lleva un tiempo relativamente largo que pone en crisis a la pareja. En este caso no se trata de establecer una norma, sino más bien de resignarse ante el poder de una exigencia que los protagonistas se plantean como ineludible y someterse a la tensión que conlleva.

Un noviazgo con un hombre que gana muy poco no tiene "mayor futuro", señala Catalina Oriental en su misiva. Para conseguir los recursos necesarios, su pretendiente no tiene otra alternativa que trabajar, instalando un negocio en alguna parte (declarará el novio de Liliane Rogers). Otros deberán optar por buscar otro trabajo, escenario en el cual las ciudades de provincias pasan a constituir una interesante alternativa (los novios de Mariluz y de Florencia). Pero, la distancia aleja a la pareja que, en algunas ocasiones, prefiere terminar la relación o suspenderla temporalmente hasta que se alcancen los niveles económicos esperados. El mencionado novio de Liliane Rogers, así como el de Mariluz, les indican que la estadía fuera de la ciudad puede durar algunos años y que no les parece conveniente pedirles que los esperen tanto tiempo. En otras ocasiones, los comprometidos deciden mantener la relación; ellas reciben cartas afectuosas solo durante un primer tiempo.

Copihue Blanco, con sus 27 años y con un novio 23, ilustra una situación distinta que debieron afrontar una parte significativa de las parejas: a ella se le hace difícil esperar mucho, debido a su edad, pero ama a su novio, al que le adjudica todas las condiciones para hacerla feliz, salvo el dinero, por cierto. También él le comenta que juntar lo necesario le puede llevar entre tres y cuatro años. Según se deduce de su carta, proyectan vivir esta experiencia juntos en la misma ciudad en la que viven. Ante este caso, vuelve a aparecer la Clara Calatrava normativa, resumiendo ante Copihue Blanco todas sus reglas de comportamiento para este tiempo de espera:

El problema está en sus manos señorita. No es el hombre el encargado de mantener el fuego sagrado: es la mujer. Ella, con su discreción, con esa suave ternura que liga en eternidad un afecto sincero, es la que está llamada a llenar "esos cuatro años" de sucesos siempre nuevos, de castillos en el aire que algún día han de fundamentarse en la tierra, de proyectos de lejanos panoramas que han de realizarse "en fecha no lejana".

Solamente hay algo que pudiera atentar contra esa espera obligada: el desacierto de "prodigarse en exceso". Nuestras abuelas, a referirse a eso, decían con la sabiduría de la experiencia: "Niña, no se cuentan siete hasta que estén dentro del saco". Y usted sabe, señorita, que es el hombre el que no se cansa de pedir y la mujer la que debe controlar las prodigalidades.

Hay dos aspectos que se pueden destacar a este respecto. El primero evidencia que las normas son las mismas para todas las novias, sin consideraciones de edad o de situación. Copihue Blanco tiene, como hemos señalado, 27 años, y deberá abstenerse de tener una vida sexual completa hasta los 31, aproximadamente. El novio deberá hacer lo mismo con su novia entre los 23 y los 27 años, aunque por su condición masculina tendrá la oportunidad de recurrir a las válvulas de escape toleradas socialmente, siempre que las maneje con el decoro que corresponde.

Otro aspecto consiste en que ya antes de realizarse el matrimonio se le ha asignado al novio, con su aceptación en casi todos los casos, el papel de proveedor económico, tarea que lo acompañará durante toda su vida y que resultará fundamental a la hora de ir estableciendo las características más profundas de la relación matrimonial. Fracasas en este plano pondrá en peligro todo el andamiaje levantado a lo largo de los años.

En el caso de Copihue Blanco, así como en el de varias otras novias, no se encuentran referencias al tema de la sexualidad en el noviazgo. La información a la que podemos acceder es escasa y la encontramos en las letras de quien se declarara una experimentada conocedora del tema. Cabe agregar, además, que nosotros investigamos sobre este tema con una distancia de ochenta años y formando parte de generaciones que vivieron sus primeras experiencias una vez que se había iniciado la revolución de los años '60 del siglo XX, década que todos los estudios señalan como un tiempo en que los comportamientos sexuales de los jóvenes, y no solo de ellos, experimentaron y concretaron cambios que no han dejado de profundizarse hasta nuestros días. Hay una dificultad para comprender a la distancia un tema sobre el cual no se hablaba y se escribía poco o nada en los medios periodísticos. La historiadora Anne Marie Sohn, refiriéndose a la situación en Francia en el período de entreguerras, se refiere a una liberación en el lenguaje de los adultos en este plano, pero a los jóvenes seguían sin hablarles sobre el tema y “no sabían nada”. Dominique Simonett, por su parte, hace hincapié en que las mujeres jóvenes no sabían nada de nada sobre el tema hasta que se enfrentaban a un doctor que las introducía en ciertas nociones básicas²⁰.

Hombres y mujeres sabían muy poco, pero, ¿cómo se comportaban? En el año 1948 el zoólogo norteamericano Alfred Kinsley publicó el libro *El comportamiento sexual del hombre*, seguido por otro dedicado al comportamiento femenino, aparecido cinco años después. Basado en una información que se acercaba a

20 Sus ideas se encuentran en Sohn, A. M. y Simonett, D. (2004), “Acto III. Finalmente el placer” en *La historia más bella del amor*, Courtin, J.; P. Veyne et al.

los 20.000 casos, mostró que había una gran distancia entre el comportamiento sexual esperado y declarado públicamente a nivel social, con aquel efectivamente practicado en la intimidad: “En conjunto, las estadísticas de Kinsey desvelaban la existencia de todo un mundo oculto de experiencias sexuales que a todas luces resultaban contrarias a las normas que se adoptaban en público”²¹.

Sus libros, escritos en un estilo informativo, sobrio, acompañado de gráficos y diagramas ilustrativos, fue reconocido por la crítica y tuvo una recepción enorme entre el público, especialmente los jóvenes, que lo consideraron un manual de auto educación. Es un hecho que entre los finales de la década de 1930 y los años en que escribió Kinsey, se habían generado cambios muy importantes derivados de la Segunda Guerra Mundial, pero es posible suponer también que muchos de estos procesos se venían dando, con distinta gradualidad, a lo largo de un tiempo extendido²².

III. A las ‘almas atribuladas’ de las casadas.

Las casadas y casados que escribieron a Clara Calatrava fueron menos que las novias y los novios. De un total de 23 cartas escritas por las ‘almas atribuladas’, un 89% correspondieron a mano femenina y solo un 11% a una masculina. Todas ellas, por cierto, revelan una situación matrimonial problemática y solicitan un consejo en este sentido. Queda dicho, aunque parezca innecesario hacerlo, que los protagonistas de aquellos matrimonios que se consideraban bien avenidos no recurrieron a la señora Calatrava.

Nuestra presentación y análisis se centrará en las situaciones presentadas por las esposas, trayendo a colación las de los maridos cuando lo consideremos oportuno. En ellas se observa un cambio en la situación, marcada por el matrimonio: de comprometidas y novias han pasado a ser esposas y madres en el contexto de una nueva familia cuya mantención y aumento por la vía de los hijos les impone las máximas responsabilidades, para bien y para mal, según sea el caso.

¿Qué dicen ellas que las afligía en su nuevo estado? Antes que nada, la indiferencia que ellos han adoptado a partir de un determinado momento posterior al enlace. Marie Limousine, de 32 años y casada hace 10, confiesa que no se hablan ni salen, si bien ella lo atiende y se preocupa por él. Clara Calatrava le dirá que, más

21 Watson (2002) p. 455.

22 Gabriela Mistral, ya citada.

que esposa, ella es su “mayordoma”. Argemis, quien se casó sin que ninguno de los dos estuviese enamorado, arrastra una vida matrimonial “desabrida”, plagada de discusiones: él llega a la casa ‘cuando las empleadas salen a hacer las compras’, no salen nunca y, además, la tiraniza y no le da un peso, dado que no tienen hijos que mantener. Rosalinda Muguet empezó a experimentar la indiferencia luego de un primer año en que todo anduvo bien. Ahora su marido no llega casi nunca a comer y “se recoge de madrugada”; cuando llega temprano, come y se acuesta sin invitarla nunca a salir. Marianella, de 24 años, casada hace tres años con un hombre de 43, lo nota ausente y poco comunicativo desde hace algunos meses. El marido de Mujer Fatal, casada hace tres años con un viudo siete años mayor que ella, padre de dos hijos de su primer matrimonio, a los que ella cuida, junto a una niña nacida hace poco, “casi nunca llega a comer” y en dos ocasiones tampoco ha llegado a dormir, mientras que el marido de Guinda se va a los cabarets.

Esta indiferencia conlleva la convicción creciente de la presencia de otra mujer en las vidas de sus maridos. Marianella lo sabe con certeza; Rosalinda Muguet sabe que ‘esa otra’ es muy elegante y que le escribe cartas de amor que él conserva; Mujer Fatal está casi segura que la otra mujer es una antigua amiga suya, más aún luego de que encontró en un traje de su marido un pañuelo con las iniciales de ella bordadas. Ha querido entrevistarse con su ex amiga, pero esta la evita.

En las casas de esos hombres ausentes también pasan cosas que ellos no saben, y algunas son bastante complejas. En la residencia de la ya mencionada Argemis vive también su cuñado, que tiene unos años más que su marido:

Ocurrió —dice en su carta— lo siguiente: Mi cuñado, habiéndose impuesto de la conducta de su hermano, al llegar a la casa una noche, me golpeó la puerta y entró en mi dormitorio. Yo estaba en la cama y me asusté. Tuve una impresión rara, a pesar de que él había sido siempre un hermano para mí. Esa noche me confesó, me hizo contarle mi vida, esa vida rutinaria, con toda clase de detalles. Él quería saber si había alguna razón para que su hermano me abandonara así. El final de nuestra entrevista fue a las dos de la mañana, de un modo que me tiene inquieta; él me besó y me apretó entre sus brazos; me dijo que yo merecía ser feliz y que él no descansaría hasta conseguirlo. Pero desde aquel día, ni él ni yo nos encontramos tranquilos. Yo escucho sus pasos en las noches... lo siento detenerse frente a mi puerta, vacilando... y luego, seguir su camino. Pasa semanas sin siquiera venir a comer... está desconocido y mi marido me lo ha hecho notar, diciéndome que tal vez yo lo haya desatendido, que es probable que se encuentre muy abandonado después de la muerte de su madre.

Pero no es así. Es que tanto él como yo estamos profundamente enamorados. Yo lo veo en su mirada, en el cambio brusco que ha llevado a su vida ese beso que en mala hora me dio... Mi marido es el único culpable, ¿no le parece a usted? ¿Y qué puedo hacer ahora? ¿Cómo presentarle a mi marido la idea de que debemos vivir solos? ¿Cómo decirle a "El" que debe irse de la casa? Sería provocar una nueva escena que quizá tendría fatales resultados.

La situación descrita por Argemis tiene algunas variaciones en varios otros casos. Oriana Martín corresponde plenamente a su cuñado, quien, junto a su hermana de 21 años, han llegado desde el norte a vivir a su casa. Ella declara no sentir culpa alguna por la situación. Hernán IV, una de las escasas voces masculinas, está casado con una mujer que padece una enfermedad desde hace un tiempo y se ha enamorado de su cuñada de 18 años con ocasión de su retorno a la casa luego del internado. Fernanda La Marr nunca se había enamorado hasta que viajó al Norte "por asuntos de familia". Ahí conoció a su cuñado, cinco años menor que su hermana. Este se separó y le propone que se vayan a vivir al extranjero, ya que él tiene contactos en Uruguay y Argentina. En la familia de Fernanda saben de la separación, pero desconocen la causa.

Hay dos casos más graves en que están involucrados los familiares. Catalina Sourire tiene 24 años y está casada con un hombre de 44 que la adora y le da el gusto en todo. Él es viudo y tiene un hijo de la misma edad de Catalina. Ahora este hijo ha vuelto de Europa y se ha instalado en su casa. Ella, le duele confesarlo, se ha enamorado de él y está muy asustada por esto. Nada ha pasado aún, pero teme que se desencadene una tragedia, especialmente porque su marido parece haberse percatado de la situación. Estela Gramadina, por su parte, tiene 18 años, se ha enamorado del marido de su madre viuda, que tiene 32 años. Su madre, de 38 años, es alcohólica en un grado avanzado y esto la ha llevado a tener abandonado su matrimonio. Él le ha declarado su amor y la ha besado. Ella lo quiere intensamente. Pide un consejo respecto de su proceder.

La mencionada carta de Agmeris contiene una buena parte de los motivos atribuidos a la infidelidad femenina: los efectos de un matrimonio sin amor, tal como Clara Calatrava se lo anunciara a las enamoradas o novias que la consultaron en su momento; la consiguiente falta de pasión matrimonial; la ausencia de uno de los conyugues del espacio familiar y la soledad afectiva en que quedaban las mujeres; la habitual aparición de un pariente; y, por último, el tema de la culpa, que casi siempre parece recaer sobre otros. Para Agmeris estaba claro que la falta correspondía a su marido; Fernanda La Marr atribuye la responsabilidad a

su hermana, que no quiere a su marido y no le ha dado hijos; Hernán IV es infeliz porque su mujer está enferma desde hace tiempo y esto lo ha llevado a buscar a su joven cuñada. Para Estela Gramadina es el alcoholismo de su madre lo que ha generado la situación. Solo Oriana Martín declara no sentir culpa alguna del amor que vive con su cuñado, mientras que Catalina Sourire asume la culpa sobre sí y declara su miedo frente a la situación por la que atraviesa.

Los maridos se ausentan de la casa durante las horas en que habitualmente los matrimonios desarrollan sus relaciones sentimentales y sexuales, y regresan cuando la mujer ya ha conciliado, hace algunas horas, un sueño que suponemos ligero y perturbado. Las evidencias señalan que él ha buscado y encontrado satisfacción con otra mujer. Se trata de casos en los que el pacto matrimonial, sancionado por las leyes y ratificado de común acuerdo ante Dios, ha sido roto por una de sus partes. A partir de aquí, el sesgo de género, ya visible en la relación de las novias con sus correspondientes, se evidencia de una manera mucho más fuerte y visible. La infidelidad masculina es el ámbito más ambiguo del pacto matrimonial, es rechazada, aunque aceptada como uno de esos males propios de una parte de la condición humana y que la mujer debe incorporar a su vida y aprender a manejar. La de ellas, como veremos más adelante, se define con epítetos gruesos, como pecado y prostitución.

Clara Calatrava, tan normativa con las novias y novios, es más ambigua al enfrentar los amores difíciles de las mujeres casadas, siempre y cuando sus actuaciones no transgredan aquellos principios morales considerados fundamentales. Ante la infidelidad de los maridos, toda mujer debe entender que será víctima de ella al menos una vez en el transcurso de su vida matrimonial. Frente a ésta, debe agachar la cabeza y esperar que pase la tormenta. A partir de ese momento recomienda desarrollar estrategias de recuperación del esposo, y, por último, postergarse y pensar en el bien de los hijos. Todos los pasos anteriores deben ir acompañados de la necesaria revisión y auto crítica de la esposa.

Lo primero es tener paciencia, serenarse, reflexionar y no tomarse una venganza: “Su asunto —le dice Clara Calatrava a Amira Lucas— “no es tan grave” y probablemente su impacto se deba a que sea la primera vez que sabe de algo así: “Es preciso pensar que muchas veces no se trata de un amor, sino de una tentación a la que no haya podido resistir a pesar de su carnet de hombre bueno” ... “Ay señora, a veces los hombres pecan porque hay mujeres que los hacen pecar”. A la ya mencionada Marianela le señala que probablemente esa otra mujer quiere dinero de su marido; si, por el contrario, “es un amor pasión, debe tener en cuenta que esos se apagan”. Ella, debe hacer que ignora la situación y mimar a su marido más que antes. A las

quejas de Mujer Fatal vuelve a desarrollar el argumento de la brevedad de ese tipo de relaciones: “Tenga un poco de paciencia y espera. Espere valientemente”.

Ante la fugacidad del engaño, aconseja paciencia e implementación de estrategias de recuperación del marido absorbido por otro amor, basadas en algo que podríamos resumir bajo la consigna de ‘vuelva a ser novia para él’. Si a María Limousine su esposo ha terminado por tratarla como si fuese su mayordoma, algo similar es lo vivido por Golondrina, con el agravante que él se ha negado a que tengan hijos y que, “satisfecha su pasión vulgar”, le dispensa el trato dado a un maestresala. A la primera le aconseja volver a cuidar de su persona y resultar atractiva como cuando estaba de novia. Para los pesares de Guinda, Clara Calatrava le recomienda que

Vuelva a esos tiempos en que usted se dedicaba a la cocina; ofrézcale la golosina que va disfrutar con amigos en los cabarets. Hágale sentir la necesidad de estar en su casa a las horas de descanso, presentándose ante él también como en aquellos tiempos en que usted deseaba agrardarle.

Quizás esa mención de ofrecerle en la casa esa “golosina” que él va a buscar a los cabarets sea la única mención, tanto en las cartas como en las respuestas, a la conveniencia de una vida sexual activa en el matrimonio. Se trata de una referencia ambigua, puesto que la sitúa luego de recomendarle que vuelva a hacer esos platos que la destacaban, pero cabe también consignar que lo que llevaba al marido a esos lugares no era propiamente la busca de alimento. El tema aparece solo en una ocasión más en la ya citada carta de Agmeris, por lo que resulta muy difícil que lleguemos a hacernos una idea sobre un argumento que todos preferían mantener en silencio.

Hay ocasiones en que las situaciones no tienen otro remedio que una estrategia de resistencia y esperar que transcurra un largo tiempo hasta que los hijos crezcan y hayan sido educados. Será entonces, una vez cumplido su rol de madre, cuando la mujer pueda separarse y liberarse de un marido odioso e incorregible en sus costumbres²³. Una sola vez, de acuerdo a nuestros registros, Clara Calatra-

23 En su respuesta a Peregrina Cansada (n° 529 del 11 de marzo, 1941) Clara Calatrava expresó con toda claridad este punto, señalando que ante la adversidad “se debe pensar en los hijos” y evitarles el dolor en una etapa delicada de su vida. Debe sacrificarse por ellos: “Piense que hay mujeres que han sido víctimas del mismo mal durante muchos lustros y han podido sobrellevar esa cruz”... El pensamiento de que se sacrifica por la felicidad de sus hijas le dará la fuerza necesaria para esperar tiempos mejores”. Luego de educarlas, agrega Calatrava, sepárese en caso de que él no haya cambiado su forma de vida.

va recurrió de manera explícita a un argumento de tipo religioso para responder a Mujer Fatal, quien, sumida en el dolor por su compleja y deficiente relación, terminó por confesar que le sería casi imposible separarse. A ella, sintonizando con su carta, le escribe que “No desespere, piense que Dios es el Padre que en los cielos está, y EL nunca abandona a sus criaturas”. Ella debe luchar por su marido y la familia, “y lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Eso sí que se precisa saber querer en el sentido que Dios pueda acoger esa voluntad”²⁴.

Los datos contenidos en el censo del año 1952 evidencian que el número de separaciones, “legales o de hecho”, se mantenían en una tasa bastante baja. Las cifras reportadas indican que las mujeres se separaban unas tres veces más que los hombres y que estas cifras aumentaban en la medida que los esposos se acercaban al rango etario entre los 35 y los 39 años²⁵. En esos años, Gabriela Mistral comentó el Informe Kinsey, destacando que la mayor parte de las rupturas matrimoniales tenían lugar en las grandes ciudades y entre los miembros de la ‘clase dirigente’:

Hay que anotar, sin embargo, que, desde hace unos diez o veinte años, se observa que sube el número de los divorcios, especialmente en la clase social adinerada o entre los individuos que van desprendiéndose —casi sin sentirlo—, de sus hábitos religiosos. En Chile, la provincia más rica en divorciados es la de Santiago, capital del país²⁶.

Los hombres buscan el placer fuera de la casa, y esto termina por ser culpa y responsabilidad de las mujeres. Volvamos a Amira Lucas, aquella a la que Clara Calatrava le dijo que la infidelidad de su marido no era algo tan grave y que se trataba de cosas que pasan, y que era necesario perdonar, agregando que muchas veces son las mujeres las que hacen pecar a los hombres. Ahora la enfrenta directamente:

Es lástima que tenga que decirle que también, y quizás de modo especial, es usted la culpable de todo lo sucedido. A un hombre le aburre llegar a su casa y no encontrar nunca a su mujer... porque está en una partida de bridge. No le agrada llegar a una casa en que los niños gritan y las empleadas rezongan... Se aburre... ‘Esas otras’ le propor-

24 *Ecran* n° 515 del 3 de diciembre, 1940.

25 El debate llevado adelante en Chile sobre la separación matrimonial y el divorcio, argumento completamente ausente en *Ecran*, se encuentra en el libro de Asunción Lavrín (2005) en varios de sus capítulos.

26 Mistral, Gabriela (1953), p. 178.

cionan buenos ratos y le dan un artístico aspecto del amor... Hágase cargo, perdone, atienda mejor su casa y no desprestigie más al padre de sus hijos (Los puntos suspensivos corresponden al original).

Regresemos también al caso de Guinda, cuyo marido se va a los cabarets, y a la que ha recomendado volver a mostrarse como en los tiempos que era novia:

Estúdiase a sí misma y verá que es muy culpable de lo que ha pasado por la indolencia con que ha conducido su vida. El hombre necesita encontrar en la casa un refugio de armonía, necesita 'sentirse bien', mejor que en ningún otro sitio. Y eso la mujer inteligente lo logra fácilmente, no descuidando su persona y cuidando mucho del confort que él reclama. Está en su mano la felicidad, Guinda. No lo olvide.

El concepto de la culpa es muy fuerte y aparece en variadas ocasiones: a Rosalinda Muguét, le critica el haberse descuidado, pensando que el matrimonio era una garantía de fidelidad: "Pero esto es un error. No basta tener un marido, Rosalinda, hay que saber conservarlo". Paula Monti no saca nada con acusar a su marido y padre de los cuatro hijos que tienen, puesto que el problema de fondo es que es una ociosa que malgasta su tiempo en lecturas que indican "una demolición de su carácter moral". Seguro —señala Clara Calatrava—, qué "si conociera su casa, podría observar que su economía y estética dejaría a la vista su inercia".

El hombre es algo así como un invitado en su propia casa. Debe ser atendido en un ambiente distendido y libre de preocupaciones. Nada se dice en este extenso intercambio epistolar sobre el hecho subyacente de que todo esto le corresponde por ser hombre y proveedor de los recursos monetarios para sostener el matrimonio y la familia. Como veremos en las consideraciones finales, este *status* se estableció en algún tramo avanzado del noviazgo, cuando él se sintió en la obligación de dedicar algunos años para reunir el capital necesario para que los novios se casaran. Ella, por su parte, esperó, fue preparando su ajuar, se cultivó, robusteció su carácter y lo alentó en su trabajo; él se dedicó a producir, visitarla, pasear y cumplir sus tareas de novio.

Un invitado en su propia casa, pero no necesariamente un huésped permanente. Ya se ha hecho mención de que mientras ellos se ausentan, otros aparecen y aspiran a llenar el espacio vacío que se ha generado. Esta situación pone a la mujer ante la posibilidad del adulterio, acción considerada del todo inaceptable según los cánones epocales. Aquí no hay nada que entender, menos pensar en la posibilidad de terceros que puedan darle 'un aspecto artístico al amor'. Rosalinda

Muguet —varias veces mencionada—, en medio de su tristeza, ha encontrado un antiguo pretendiente que ahora es viudo y “que me tiene la cabeza trastornada”. La protagonista de la historia señala que ella no quiere ni pensar en eso “porque mi religión me lo prohíbe”, agregando que sería un escándalo. Clara Calatrava le hace ver la incongruencia en rechazar la posibilidad de un divorcio, dada su condición de católica, manteniendo una relación que la podría llevar al adulterio, “un pecado tan grave como el divorcio, según sus creencias religiosas”. A Golondrina, respondiendo a una situación con algunas similitudes a la anterior, le agrega que introducir a un tercero en su relación sería “un vulgar adulterio, que es, además, prostitución”. Estos hombres “no son otros que vulgares ladrones de aquello que no les pertenece, patéticos buscadores de mujeres a las que, luego de obtenido aquello que buscaban, abandonan”. Las mujeres amenazadas por esta situación deben alejarse con decisión de la tentación y no destruir su hogar, tal como le señaló a Madame Lupescu:

A muchas mujeres les ocurre lo que a usted: se desilusionan del marido porque dejan de encontrar en él a un marido de película, un ideal determinado y buscan en el cercado ajeno lo que les parece haber perdido. Este es el defecto de los matrimonios realizados sin amor, a la lumbre dudosa de una pasión fugitiva. Una mujer que ama al compañero de su vida, marcha a su vera, envejeciendo con él, compartiendo penas y alegrías. Y cuando, como en su caso, se ha marchado el amor, hay que decidirse por lo único que puede suavizar la existencia llenándola de serenidad: cumplir con su deber, construir un ambiente propio que supla con éxito el vacío de la desilusión, ser ‘una verdadera mujer’ capaz de sufrir.

Reflexiones finales

Los “amores difíciles” presentados en estas páginas conforman una ventana para observar la expresión de los sentimientos y del amor, o desamor, en Chile durante la primera mitad del siglo xx. Su valor descansa en las narraciones hechas por mujeres de ese período y en las respuestas que, desde un lugar de autoridad, emitió Clara Calatrava a través de la revista *Ecran*. La correspondencia se convierte en una vía de acceso al tema del amor y sus esperanzas, a las infidelidades y la soledad en que estuvieron involucradas muchas de quienes escribieron a la sección *La Voz Sentimental*. Más allá de estos casos, la primera mitad del siglo xx parece mostrar, en la superficie, un aumento constante en el número de matrimonios

que se realizaban, sin que los porcentajes de separaciones y anulaciones hayan experimentado un mayor crecimiento. En otro escrito de nuestra autoría, dedicado al tema del 'primer amor' entre jóvenes del mismo período, también resultó posible observar la marcada tendencia de los enamorados por insertar su afecto dentro de las formas habituales del romance, esto es, convertirlo en noviazgo y pensar en una unión futura que debía llegar a ser permanente, aunque esto último no siempre terminará por darse así.

Bajo esta superficie, la sociedad chilena, con sus particularidades en el contexto sudamericano, experimentaba cambios que se daban de manera gradual y que comenzarían a advertirse con más fuerza en la década de los años sesenta del siglo pasado. Estos, por lo que corresponde al tema trabajado aquí, tenían que ver con ciertas exigencias nuevas planteadas por las mujeres en el acuerdo o pacto matrimonial: que el matrimonio tuviese como base el amor, más que el acuerdo familiar o las conveniencias; la casa propia, como el espacio de vida de la nueva familia; compartir el tiempo de ocio, o al menos una parte, en actividades de la pareja, así como también el desarrollo de una vida afectiva y sexual que resultara satisfactoria para ambos. Las cartas de *La Voz Sentimental* no dejan ver mucho más que esto.

El reclamo de estas mujeres que escriben cartas por un tiempo de entretenimiento en pareja, nos ha parecido de un interés especial. Una de las exigencias que figuran en el acuerdo matrimonial es que éste no implique la reclusión de la mujer en el espacio privado de la casa. Ellas expresan su deseo de que la formación de una familia no sea un obstáculo para seguir participando en el espacio público tal como lo hacían antes de contraer nupcias, sin por esto abandonar o descuidar las nuevas obligaciones que habían contraído. La ciudad con su creciente número de calles, lugares de paseo, encuentro, diversión, y otra creciente cantidad de actividades, contenía atractivos a los que no se deseaba renunciar. De manera inversa, todas esas atracciones empezaban a entrar dentro de los domicilios con bastante fuerza a través de una serie de publicaciones que eran leídas por ellas.

La revista *Ecran* constituía en esos años una buena muestra de lo señalado. En una cantidad de páginas que llegó a las ochenta por número durante bastante tiempo, desplegaba ante las lectoras un amplio mercado de información sobre su autocuidado, mantención de la belleza física según fueran pasando los años, recomendaciones sobre la forma de vestir y la mejor manera de acceder a las ropas de acuerdo a cada bolsillo, junto con entregar información sobre lo que sucedía en las calles y aconsejar la mejor manera de llevar adelante una casa y velar

por cada uno de sus integrantes²⁷. Las revistas, de mucha circulación en aquella época, presentaban, de acuerdo a la óptica de cada una, diversos paradigmas que informaban y terminaban por promover un análisis personal de cada lectora en relación a sus aspiraciones y formas de vida que llevaba adelante²⁸.

Uno de los temas más estudiados por la historiografía chilena contemporánea es el de los cambios acontecidos en el país y, particularmente, en sus ciudades durante la primera mitad del siglo xx. Procesos como la migración desde los campos a la ciudad y la concentración de la población en esta última, particularmente en Santiago; el crecimiento económico; la apertura de Chile al mundo con sus consiguientes cambios de topo tipo, han sido explicados bajo el concepto de la modernización de la sociedad. Uno de los agentes de este proceso fueron las mujeres, tanto en el espacio privado como en el público, y el de la lucha por sus derechos. Su participación en la vida política pública ha sido estudiada y destacada en diversos escritos en los últimos años, aunque acá corresponde anotar que, por una decisión meditada y declarada públicamente, no fue incluida en *Ecran*²⁹.

27 Interesantes desarrollos de este tema en Dusallant (2020) y Montalva (2013).

28 Ossandón y Santa Cruz (2004), capítulo 4; Viu (2020).

29 Isabel Morel, subdirectora de *Ecran*, señaló en un discurso pronunciado en la Feria del Libro de 1938, que *Ecran* no incluía temas políticos y religiosos dentro de la publicación.

Bibliografía

- Ávila, P. (2009), “Las mujeres a principios del siglo xx. Una lectura desde el magazine”, en Ossandón, C. y Santa Cruz, A. (2009), *El estallido de las formas. Chile en los albores de la “cultura de masas”*, LOM, pp. 72-92.
- Bologne, J. C. (2017), *Historia de la pareja*, F.C.E.
- Coetzee, J. M. y A. Kurtz (2015), *El buen relato. Conversaciones sobre la verdad, la ficción y la terapia psicoanalítica*, Literatura Random House.
- Courtain, J. y Veyne, P. (2004), *La historia más bella del amor*. Anagrama, Colección Documentos.
- Cruz, N. (2020), “Zig-Zag tuvo una hermana. La revista *Ecran* en la década de 1930”, en *Concisa, Original y Vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag*. J. Dusailant y M. Urzua, editoras, Ediciones Universidad Finis Terrae, pp. 229- 251.
- _____. (2020), “Mi primer amor; el primer beso”, en *Revista Mapocho* n° 87, 1° Semestre, Biblioteca Nacional de Chile, pp. 138-170.
- Díaz, J.; F. A. Gallego y J. Lafortune (2016), “Nacimiento fuera del matrimonio”, en *Estudios Públicos* n° 142 (Otoño, 2016), pp. 37-79, consultado en línea 0718-3089.
- De Ramón, A. (2000), *Santiago de Chile*, Editorial Sudamericana.
- _____. (2001), *Historia de Chile: desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*, Editorial Catalonia.
- Dusailant, J. (2020), “Entre la condena y la legitimación”, en *Concisa, Original y Vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag*, J. Dusailant y M. Urzua, editoras, Ediciones Universidad Finis Terrae.
- _____. (2009), “Consumo y belleza. Los cuidados del cuerpo femenino, siglos XVIII- XX”, en *Fragments para una historia del cuerpo en Chile*, Álvaro Góngora y Rafael Sagredo (Directores), Taurus.
- Gálvez, K. (2019), *Marta Brunet. Crónicas, columnas y entrevistas*. Ediciones La Pollera.
- Herrscher, R. (2016), *Periodismo Informativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Hustvedt, S. (2013), *Vivir, pensar, mirar*, Anagrama, Colección Argumentos.
- Kinsey, A. et al. (1998, original 1953), *Sexual behavior in the human female*, Indiana University Press.
- Lavrín, A. (2005), *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Centro de Investigaciones Barros Arana, Colección Sociedad y Cultura.

- Mistral, Gabriela (2009), “Un viejo tema: comentarios sobre el informe de Kinsey (1953)”, en *Chile, país de contrastes*, Colección Fundamentos de la República de Chile, n° 89, editado por la Cámara Chilena de la Construcción; Universidad Católica de Chile y Dirección de Archivos y Museos (Chile), pp. 177-179.
- Montalva, P. (2013), “La vida elegante. Mujeres y distinción en Chile, 1900-1950”, en *Historia de las Mujeres en Chile*, tomo 2, A. M. Stuvén y J. Fermandois (editores), Taurus, pp. 157-198.
- Mulray, K. y Richards, M. (1998), *La mujer en el siglo XX. Décadas de belleza 1890-1990*, Editorial Contrapunto.
- Ossandón, C. y Santa Cruz, A. (2009), *El estallido de las formas. Chile en los albores de la “cultura de masas”*, LOM.
- Prost, A. (1991), “La vida privada en el siglo XX”, en *Historia de la vida privada*, vol. 9, P. Veyne y G. Duby (dirigida por), Taurus.
- Rosenwein, B. H. (2002), “Worrying about Emotions in History” en *The American Historical Review*, vol. 107, n°3 (June 2002), pp. 821-845.
- Sagredo, R. (2014), *Historia Mínima de Chile*, Madrid- México D.F., Turner / El Colegio de México, 2014.
- Salinas, R. (2005), “La pareja: comportamientos, afectos, sentimientos y pasiones”, en *Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno. De 1840 a 1925*, Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (bajo la dirección de), Taurus.
- Segalen, M. (1992), *Antropología Histórica de la Familia*, Taurus Universitaria.
- _____. (1988), “La revolución industrial: del proletariado al burgués”, en *Historia de la Familia*, A. Burguiere; C. K. Klaisch-Zuber et al. (editores), Editorial Alianza.
- Sohn, A. M. y Simmonet, D. (2004), “Acto III. Finalmente el placer” en *La historia más bella del amor*, Courtin, J.; P. Veyne et al. Anagrama, Colección Documentos.
- Subercaseaux, B. (2011), *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, vol. II. Editorial Universitaria.
- Viu, A. (2020), “Los lectores de Zig-Zag en las primeras décadas del siglo XX”, en *Concisa, Original y Vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag*. J. Dusailant y M. Urzúa, editoras, Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Watson, P. (2002), *Historia Intelectual del siglo XX*, Ediciones Crítica.

TESTIMONIOS

MARÍA ZAMBRANO EN LA EMBAJADA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA EN CHILE (ARTÍCULOS OLVIDADOS DE LA GUERRA CIVIL PUBLICADOS EN EL DIARIO *CRÍTICA* DE BUENOS AIRES)

Francisco Martín Cabrero*

* Investigador adjunto en la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Profesor titular en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Turín.

María Zambrano es —sin duda— una de las voces de mayor valor filosófico del siglo xx. Tal vez esto no acabe de verse bien aún, en parte por su condición descentrada respecto al canon hegemónico y en parte también por haber sacado a la filosofía fuera de sus lindes profesionales y haberla devuelto a la radicalidad de ser, sobre todo y antes que nada, una forma de vida. De su exilio vital hizo un exilio filosófico desde cuyo no-lugar fue levantando una obra que hace centro en el concepto de razón poética y se adentra y desarrolla en esa tierra de nadie en que filosofía y literatura se con-funden. Obras como *Filosofía y poesía*, *El hombre y lo divino*, *Persona y democracia*, o después *El sueño creador*, *La tumba de Antígona* y *Claros del bosque*, están llamadas a quedar como fiel testimonio —en modo alguno ocasional— de que lo mejor del pensamiento de nuestro tiempo no siempre crece en la comodidad de los despachos universitarios y a la sombra confortable de las academias.

Antes del exilio (1939-1984) y por un muy breve período, en los primeros meses de la guerra civil española, estuvo en Chile (Soto García, 2004 y 2005). Es cosa sabida, aunque tal vez no suficientemente estudiada: fue desde noviembre de 1936 a mayo de 1937, y vino acompañando a su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, recién nombrado primer secretario en la Embajada de la República de España en Chile. De ella era titular Rodrigo Soriano, el “embajador rojo”, según un decir común de la época, quien, por su parte, había de jugar un importante papel —aunque de tapado por su condición de diplomático— en la conformación del Frente Popular en Chile (Jorge, 2016). Al estallar la guerra, las legaciones españolas en el extranjero quedaron divididas entre quienes declararon lealtad a la República y quienes dieron su apoyo a los militares sublevados: en el caso de Chile, unos se hicieron fuertes en la Embajada de Santiago y otros en el Consulado de Valparaíso (Romero Pérez, 2017). El nombramiento de Rodríguez Aldave tuvo que ver, pues, con esa situación de emergencia para cubrir el vacío dejado por los diplomáticos adeptos a la sublevación.

Zambrano y Rodríguez Aldave se habían conocido pocos años atrás dentro de la constelación intelectual del orteguismo, tal vez cuando Ortega y Gasset ya no era el líder indiscutido que había sido —acaso más por su laicismo elitista que por su liberalismo moderado, tan en contraste con los radicalismos emergentes de uno u otro signo, propios de aquella época tan acertadamente bautizada como “años de vísperas” (Mainer, 2006). A los pocos días de la sublevación de los militares se creó en Madrid la Alianza de Intelectuales Antifascistas, donde había de todo, justo es decirlo, pero donde la presidencia de José Bergamín, emblemático director de la revista *Cruz y Raya*, iba a romper no pocos esquemas haciendo de la convergencia entre católicos y comunistas el eje de una eficaz estrategia

intelectual dentro de la guerra. Tal fue el caso de la joven orteguiana, católica y liberal (aunque de vuelta y alejándose) María Zambrano, y del más joven y aún más católico (era navarro), y acaso en la ocasión, “comunista” (Trapiello, 2021), Alfonso Rodríguez Aldave.

En Santiago, Zambrano desarrolló una muy intensa actividad cultural y propagandística dentro del cuadro político de intereses pro-republicanos que Soriano había puesto en marcha en su Embajada. Apenas hubo llegado, el joven matrimonio funda la editorial Panorama, donde Zambrano publica su segundo libro, *Los intelectuales en el drama de España*, después justamente reconocido como su “libro chileno”; allí mismo lleva a cabo dos antologías con sendos importantes estudios, uno sobre la poesía de Federico García Lorca y otro sobre el romancero de la guerra civil; y contribuye con un no menos importante epílogo en el homenaje de los poetas chilenos a la causa republicana: *Madre España*, volumen al cuidado de Gerardo Seguel, que fue sin duda la joya más reconocida de la editorial. Zambrano además publica numerosos artículos en la prensa chilena, en *La Mujer Nueva* y en *Frente Popular* (Soto García, 2005), y en *Onda Corta en Defensa de la Cultura* (Sánchez Cuervo y Hernández, 2014), en *Acción Femenina* y en *España Nueva*. Y publica también, en lo que es un reciente descubrimiento de la investigación, en la prensa argentina (Martin Cabrero, 2022 a). De aquellos escritos cabe decir que no eran más que la punta del *iceberg* de su compromiso moral y político, intelectual y vital, pleno y sin fisuras, con la causa republicana en la Guerra de España, dentro del horizonte de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

Por su interés chileno, damos a continuación de esta breve presentación los seis artículos publicados por María Zambrano en el diario *Crítica* de Buenos Aires: cuatro de ellos escritos en su “despachito” —así lo llamaba ella— en la Embajada española en Santiago y publicados durante el mes de marzo de 1937. Para su estudio y colocación dentro del *corpus* zambraniano, remitimos a su reciente edición en la revista *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*: <https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/83625>. Y dos artículos más, un poco después a las fechas de su regreso a España, que fueron publicados en agosto de ese mismo año: el primero (quinto en nuestro orden) como reseña del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (*vid.* su edición y estudio en *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*: <https://revistas.uam.es/bajopalabra/article/view/18440>); y el otro (sexto y último), como reflexión esperanzada al hilo del anterior, pero de carácter intimista, sobre la devastación de la guerra.

Aquí, y en lo que a nuestros efectos hace ahora, baste señalar brevemente lo siguiente:

1. Los artículos se publicaron en el diario *Crítica* de Buenos Aires, en cuya cabecera aparecía también, como subtítulo, *Diario ilustrado de la noche, impersonal e independiente*. Había sido fundado por Natalio Botana en 1913 (Abós, 2001) y Zambrano había llegado él a través del haz de relaciones del embajador Rodrigo Soriano: Botana y Soriano eran amigos desde el exilio uruguayo de este último, durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930).

2. Los primeros cuatro artículos se publican en Argentina porque su marcado cariz político hubiera creado problemas en Chile, dado el rol diplomático del marido de Zambrano y las pésimas relaciones que desde el inicio de la guerra había entre el Gobierno chileno y la Embajada española, o mejor: entre el Presidente Alessandri Palma y el Embajador Soriano (Jorge, 2016). A ello se añade que el diario de Botana tenía una tirada amplia y una eficaz distribución transnacional (además de ser la cabecera más importante de apoyo, en la región, a la causa republicana en la Guerra de España).

3. No obstante el punto 2, la “Carta al Dr. Marañón” también se publicó en Chile, en el semanario *España Nueva* (n. 20, 3 de abril de 1937, pp. 8 y 11). Sobre esta publicación chilena, desconocida hasta ahora, hay que decir que dicho semanario tenía una circulación muy limitada en el campo de la cultura chilena, pues era el Órgano del Directorio General de las Instituciones Españolas Republicanas y se difundía principalmente entre los residentes españoles en Chile. Además, dicho artículo hacía referencia al reciente viaje de Gregorio Marañón a Chile, una breve visita acompañada de polémicas por las declaraciones de Marañón contra la República española y su adhesión al bando franquista (Martin Cabrero, 2023 b).

4. Con el quinto artículo, Zambrano intentaba difundir internacionalmente los motivos del apoyo a la causa republicana, motivos promovidos desde el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 4-18 de julio de 1937). Del sexto y último texto, bien podría decirse que está escrito a renglón seguido del anterior en forma de reflexión acendrada, íntima y doliente, sobre el paisaje desolado de las ruinas de Madrid. Todos estos escritos, tanto los dos últimos como los cuatro primeros, se inscriben dentro del horizonte de propaganda de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, organización a la que Zambrano pertenece desde su fundación, al poco de empezar la guerra.

5. Títulos de los artículos y fechas de publicación:

- “Los Intelectuales en la Lucha de España”, *Crítica*, 5 de marzo de 1937, p. 7;
- “Los Intelectuales en la Guerra Española”, *Crítica*, 6 de marzo de 1937, p. 6;
- “Carta al Dr. Marañón”, *Crítica*, 20 de marzo de 1937, p. 4;

- “La Hora de España”, *Crítica*, 21 de marzo de 1937, p. 2;
- “La inteligencia del mundo está junto a la España leal”, *Crítica*, 2 de agosto de 1937, p. 7;
- “Sobre la tierra de muerte en Madrid, brotaron planes de paz”, *Crítica*, 12 de agosto de 1937, p. 7.

6. Los cuatro primeros textos constituyen una serie, es decir, son artículos interdependientes que conforman una unidad de significación y sentido. Dicha serie, después, iba a ser recogida con algunas “modificaciones” (Zambrano, 1937, p. 26) para integrar la segunda parte de *Los intelectuales en el drama de España*, a la sazón libro publicado en el mes de junio de ese mismo año (para las correspondencias entre los artículos de *Crítica* y los capítulos del libro, *vid.* Martín Cabrero, 2022 a). Hay que señalar, a propósito de este detalle, que se perdió la pista desde la segunda edición del libro (Madrid, 1977) hasta las más actuales y acreditadas, como son la Editorial Trotta (Madrid 1998) y la incluida en el primer volumen de las *Obras completas* (Barcelona 2015).

7. Del quinto artículo se conocía hasta ahora una versión publicada en Chile por la revista *Ercilla* el 27 de agosto de 1937 (Soto García, 2005, después reproducida en el primer volumen de las *Obras completas* de Zambrano). El examen entre los textos de *Ercilla* y de *Crítica* deja enseguida claro que el texto completo es el argentino, siendo el chileno una versión reducida, sometida a mutilación (Martín Cabrero, 2023 a).

8. El sexto artículo se publicó también en el diario *Frente Popular* (31 de agosto de 1937, p. 3), si bien —al igual que en el caso anterior de *Ercilla*— con posterioridad a su publicación en *Crítica*, lo cual, por un lado, acaso devela la estrategia de la máxima difusión de propaganda antifascista, y, por otro, deja en claro la preeminencia del diario argentino sobre las otras publicaciones chilenas (algo obvio, si se atiende a la mera difusión y alcance de las distintas cabeceras). Del sexto artículo cabe resaltar su carácter empático y su hondo lirismo, así como sus dos referencias chilenas: la Casa de las Flores era, en efecto, la casa de Pablo Neruda en Madrid, en el barrio de Argüelles, muy cercana al frente de combate; y la cita del discurso del muchacho de las Escuelas Alerta en el Congreso de Escritores, recogida también por Alberto Romero y elevada a título de su libro (*España está un poco mal*, Santiago, Ercilla, 1938, pp. 188-189).

9. Los cuatro primeros artículos iban acompañados de un mismo retrato a lápiz de la autora, sin que en ninguno de ellos aparezca el nombre del retratista o dibujante (Amengual, 2006). El tercer artículo, además —junto al retrato y antes de empezar el texto—, antepone un perfil de la autora a modo de presentación,

de cara al público argentino; el cuarto texto también antepone una breve nota de presentación, que sirve sobre todo como reclamación de su enlace y continuidad con los primeros. El quinto y el sexto también anteponen breves presentaciones de la autora. En casi todos se indica también “Especial para *Crítica*”, y en los dos últimos se añade: “Prohibida su reproducción total o parcial”. Por su interés, damos en nota el susodicho perfil y las correspondientes presentaciones.

Del período chileno de Zambrano se pueden resaltar numerosos aspectos, sin duda, pero acaso el más relevante desde el punto de vista de su sucesivo desarrollo filosófico sea el de la aparición por primera vez en su *corpus* del concepto de “razón poética”, verdadero centro de su filosofía y de su filosofar, cosa que adviene en el epílogo ya mencionado a la antología *Madre España* (Santiago, Panorama, 1937, p. 39), como muy bien supo ver —y por vez primera en los estudios zambranianos poner de relieve— Madeline Cámara en su importante trabajo de 2013 (para un estudio de este epílogo *vid.* Martin Cabrero, 2022 b).

Bibliografía

- Abós, Álvaro (2001), *El Tábano. Vida, pasión y muerte de Natalio Botana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Amengual, Lorenzo (2006), “*Diario Crítica*, sus ilustradores (1913-1941)”, en *Leedor.com*, 6 de octubre.
- Barchino, Matías y Cano Reyes, Jesús (eds.) (2013), *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur.
- Cámara, Madeline (2013), “Chile: la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ para María Zambrano”, en *Aurora*, n. 14.
- _____ (2020), “Constelaciones chilenas de María Zambrano”, en *Monograma. Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento*, n. 7.
- Jorge, David (2016), *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Mainer, José Carlos (2006), *Años de visperas. La vida de la cultura en España*, Madrid, Espasa Calpe.
- Martin Cabrero, Francisco (2022 a), “Zambrano en Chile: artículos argentinos olvidados (Rescate y edición)”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 39, n. 3.
- _____ (2022 b), “El epílogo chileno de María Zambrano”, en *Transatlantic Studies Network*, n. 13.

- _____ (2023 a), “María Zambrano en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (A propósito de un artículo mutilado: rescate y edición)”, en *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, n. 34.
- _____ (2023 b), “María Zambrano y Gregorio Marañón en la trinchera de la propaganda de la Guerra civil española (Microhistoria de un episodio mínimo)”, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 40, n. 3.
- Ortega Hurtado, Luis (2022), “Chile en el periodismo de María Zambrano”, en *Transatlantic Studies Network*, n. 13.
- Romero Pérez, Elena (2017), “¿Una nueva trinchera? Persecución política de españoles en Chile durante la Guerra civil”, en *La Guerra Civil Española: estudios y reflexiones desde Chile*, ed. de J. L. Carrellán, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario.
- Sánchez Cuervo, Antolín y Hernández, Sebastián (2014), “La estancia de María Zambrano en Chile”, en *Universum*, 29.
- Soto García, Pamela (2004), “Chile: un inolvidable y decisivo viaje”, en *María Zambrano. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Residencia de Estudiantes & Fundación María Zambrano.
- _____ (2005), “María Zambrano en Chile”, en *República de las Letras*, 89.
- Trapiello, Andrés (2021), *Las armas y las letras. Literatura y Guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino.
- Zambrano, María (1937), *Los intelectuales en el drama de España*, Santiago de Chile, Panorama.
- _____ (2015), *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Nota bene

La presente edición corrige erratas y actualiza la acentuación, pero no interviene en la interpunción, ni aun en casos de evidente incompatibilidad o de notable distanciamiento con los usos actuales, pues se ha considerado más importante, incluso necesario, sobre todo en esta fase y en aras de futuros trabajos de edición de esta parte del *corpus* zambraniano, reproducir la forma textual filológicamente más exacta de los artículos en su publicación original (*N. d. E.*).

Los Intelectuales en la Lucha de España

(*Crítica*, 5 de marzo de 1937)

Muy significativo para el presente y aún más decisivo para el futuro, es la actitud y situación de los intelectuales españoles dentro del conflicto tremendo que conmueve hasta sus entrañas más hondas la vida española. Hacer un análisis minucioso y objetivo de esta situación será algún día muy necesario, porque servirá para poner en claro muchas cuestiones hasta ahora insolubles por falta de datos; denunciará taras esenciales del intelectual europeo de estos últimos tiempos y pondrá al descubierto, sobre todo, una idea acerca de la inteligencia y su función que resulta ya inservible para la gran tarea que tiene que acometer el intelectual de estos tiempos si es que la inteligencia no va a desaparecer del mundo. Pero no es todavía el momento de practicar este análisis; únicamente podemos dar una noticia lo más completa posible de los hechos, estableciéndolos con la mayor fidelidad para que queden ahí como cosa pública que son.

Si miramos la vida intelectual española un momento antes de la revolución, encontramos actitudes fundamentalmente distintas entre los intelectuales y claramente dibujados algunos grupos; otros, en su misma indeterminación e indecisión, también señalados. Y al decir momento, nos referimos a un momento histórico que puede abarcar dos o tres años. Para mayor precisión y por ser fecha decisiva, fijemos la fecha de octubre de 1934.

Conviene notar ante todo algo que saltaba a la vista por muy superficialmente que se mirase el panorama intelectual español. Y es una división entre dos generaciones. Los intelectuales de más de cuarenta años aproximadamente, justificaban siempre sus actos y su conducta en virtud de lo que podíamos llamar inteligencia pura o inteligencia liberal. Es decir, la inteligencia entendida como una función libre de determinaciones sociales, económicas y aun religiosas, funcionando para conocer sin temor (aparentemente) lo que saliere de este conocimiento. Una especie de reto a la vida en nombre de una inteligencia que no admite condiciones fuera de ella: un verdadero señorío de la razón. (Si ha habido algún intelectual que haya intentado corregir esta idea de la inteligencia y aun intentar otra, no es este el lugar y momento para hablar de ello).

La otra generación, progresivamente desde sus límites con los mayores hasta llegar al máximo en los que andaban por los veinte años, se caracterizaba por querer justificar su conducta no ya de hombres, sino de escritores en función de algo que no es este afán de conocer por conocer [de] esta inteligencia liberal y

señora. Por el contrario, unos en el catolicismo, otros en el comunismo, otros en el fascismo, buscaban una causa social o religiosa dentro de la cual su vida y su pensamiento encontrarán su sentido. Se ha tenido a los poetas por los más despreocupados y ajenos a toda disciplina de la familia intelectual. Y sin embargo es de notar que en los poetas más jóvenes no había quizá ninguno que no estuviera enmarcado en alguno de estos grupos o en sus cercanías o luchando (casos dramáticos) entre dos de ellos, queriendo tal vez integrarlos.

Las cosas así, dichas de un modo esquemático, el octubre del treinta y cuatro crea una situación que por sí misma define y coloca a los intelectuales de ambas generaciones. Es el momento de definirse, no por voluntad, decisión personal, sino en virtud de circunstancias sociales y morales bien dramáticas, por cierto. Las definiciones individuales a las que tanto se ha instado a las gentes, suelen ser superficiales y caprichosas. Los acontecimientos sociales, en cambio, poseen la virtud de definir por sí mismos, se quiera o no.

Es decisivo el momento de octubre de 1934, porque en él se pone de manifiesto a costa —como siempre sucede en la historia— de sangre, dónde estaba el sentido verdadero y hondamente nacional. Mientras la lucha política y aun social tiene lugar entre partidos políticos, puede aún dudarse; no es posible dudar en cambio cuando el pueblo se moviliza y se pone en pie y para arrollarlo es preciso echar mano de fuerzas extra-estatales y todavía más: extra-nacionales, como ocurrió en Asturias en aquel trágico octubre en que después de once siglos hubieron de entrar los moros traídos por el gobierno para dominar al pueblo sublevado, con razón o sin ella, pero siempre pueblo español. El valor desesperado de aquellos pobres asturianos y la espantosa e inhumana represión de que fueron objeto tanto más despiadada porque duró muchos meses después de restablecido “el Orden”, removió el corazón de quienes lo tenían, tocó en la carne y en la sangre de quienes se sienten uno con el pueblo español, unidos indisolublemente a él, padezca o no errores.

Este hecho tan ajeno a todo problema intelectual puro, de que entraron moros para sofocar la rebelión asturiana, tuvo sin embargo como todo lo real, hondas repercusiones en la situación de los intelectuales y hasta en las ideas mismas.

Ante todo la influencia de los sucesos del octubre asturiano, es que disipó en mucho la cuestión marxismo/anti-marxismo entre los intelectuales de buena fe. Se le asignaba al marxismo una función internacionalista, desarraigada de lo nacional, y al anti-marxismo, en cambio, el sentido reivindicatorio nacional. Y es necesario decir, que por esta época o un año o dos años antes algunos grupos de la juventud, reaccionando contra una educación internacionalista más o menos

expandida por todo el mundo después de la guerra europea, habían descubierto de nuevo el sentido de lo nacional; habían tenido la intuición de la nación como realidad concreta. Y el descubrimiento resultaba peligroso porque el fascismo en acecho estaba pronto a utilizarlo y apoyándose en lo que esta intuición de la realidad nacional tenía de verdadero y en el sentimiento de honda raíz humana que lo acompañaba, encadenarlo para sus fines específicos que como ahora es bien claro, no es lo nacional, sino su traición precisamente.

Pero en octubre las cosas comenzaron a aclararse. El gobierno que se llamaba conservador, esto es: amante y sustentador del orden, de la patria, del derecho, etcétera... traía moros y Legión Extranjera para matar sin freno al pueblo español. Y la Falange Española, que como todos los fascismos, decía ir “contra la izquierda y la derecha” y repudiaba a todos los viejos políticos proclamando una integración nacional nueva, sobre nuevas empresas, en aquel domingo dramático de octubre salió a la calle encabezada por su jefe José Antonio Primo de Rivera, que si no era intelectual vivía inspirado por un pequeño grupo de intelectuales, gritando: “¡Viva España, Viva Lerrooux!”. A los que preguntaron al pequeño grupo de intelectuales fascistas, definidores teóricos del movimiento, el porqué de esta identificación del viejo Lerrooux con lo que ellos decían querer: España; contestaron: “Lerrooux con todos sus tremendos vicios políticos era en aquel momento el Estado”. Cosa que podrían haber pensado con mucho mayor motivo cuando prepararon esta sublevación de acuerdo con naciones extranjeras codiciosas de nuestra tierra, y riquezas, en contra del Estado español, representado por Don Manuel Azaña, a quien por mucho que se pretenda rebajar nunca hasta el extremo de compararle con Lerrooux.

Algunos intelectuales conocidos y cuyos nombres quizá sea mejor no recordar, en tertulias y conversaciones decían apoyar igualmente al Estado por encima de todo. Estaba visto —se pensaba— que el Estado era lo que más valía para ellos.

Pero desfiguraríamos los hechos si no se afirmara que el silencio fue lo que más se oyó en aquellos amargos meses del invierno del 34 al 35. Silencio en todo; hasta en literatura y obra de pensamiento. Se diría que una enorme opresión caía sobre los corazones y las inteligencias. Se pensaba hacia adentro. Se hacía examen de conciencia. Comenzó la gran prueba para la contextura humana del intelectual; se comenzaba a despertar a tremendas realidades; algunos comenzaron a enloquecer, otros a asfixiarse al pretender vivir de cosas imposibles. Tal los católicos de buena fe.

En ellos, en los católicos de buena fe, comenzó el drama precisamente. Algunos católicos que no llegaron a romper, por amor al pueblo y a su martirio,

con lo que en España se decía catolicismo, quedaron aplastados, inmovilizados, torturándose sin hallar la salida, pues dentro del catolicismo oficial y eclesiástico era imposible hallarla para una inteligencia viva y un corazón —¡qué tremenda ironía!— que sintiera la solidaridad humana.

Pero otros católicos se dejaron oír. Ciertamente que bien pocos. Alfredo Mendizábal, catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Oviedo, publicó en la revista francesa *Esprit* un artículo en que cristianamente se solidariza con el dolor de los revolucionarios asturianos pisoteados y martirizados tan inhumanamente, entendiendo anti-jesuitamente que el fin no justifica nunca tales medios. La revista católica *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín, reprodujo con un comentario el artículo de Mendizábal y la línea social y política de esta revista, nacida en abril de 1933, “para decir sí o no, como Cristo nos enseña”, queda señalada y conocida. No está con el catolicismo oficial; tampoco con el marxismo; sí con el pueblo.

Comienza a ocupar el primer plano de la vida intelectual española, muy deprimida por cierto, esta cuestión católico-comunista. En la misma revista *Cruz y Raya* Bergamín publica posteriormente su comentario al discurso de Gide en el Congreso de París en defensa de la cultura. Arturo Serrano Plaja, joven y hasta entonces poco conocido escritor comunista, le contesta *con razones*. Bergamín, con razones, le replica. Y esta exposición de diferencias va dibujando un nuevo frente de batalla. Una nueva realidad, bajo el dilema: marxismo/anti-marxismo, surge. Una nueva realidad va apareciendo que va a permitir a católicos y comunistas combatir en la misma trinchera.

Mientras estos católicos y comunistas —en los intelectuales— trataban de entenderse, algunos otros cambios ocurrían. Otros católicos que hasta ese momento habían mantenido una actitud religiosa o espiritualista, tomaban posición “para salvar al cristianismo y a la cultura de Occidente” del lado... conservador.

Por otra parte, tales sucesos paralizaron el empuje y el crecimiento de algunos intelectuales jóvenes que comenzaban a encontrar lo nacional como tema. Una cierta repugnancia, algo oscuro impedía seguir en ese camino sin más. Y hasta hubo una cierta reacción liberal y romántica en la juventud. Alguna revista juvenil —*Atalaya*— del norte de España, defendía el liberalismo, el sentido humano ante todo. Se leía, y mucho, *La condición humana*, de Malraux; interesaba profundamente la moral. Se quería ser hombre; más que querer, se necesita serlo para soportar con serenidad y firmeza aquellos meses de angustia. Y presentimos que se va a necesitar todavía más.

Los Intelectuales en la Guerra Española

(*Crítica*, 6 de marzo de 1937)

Aunque todos lo esperábamos, nadie creyó tan cercana la catástrofe ni tan terrible la traición. Así, el primer movimiento fue de asombro, de estupor, pero inmediatamente se produjo el acomodamiento a la nueva situación, se puso en juego esta facilidad que teníamos para acomodarnos no como intelectuales, sino como españoles. El español que tan trabajosamente acepta la vida diaria y que no se adaptó nunca a la civilización moderna capitalista, tiene el poder, bien comprobado, de acomodarse inmediatamente a las situaciones más extraordinarias, del modo más natural, como si hubiera nacido en ellas, o como si toda la vida las hubiese estado aguardando.

En los días del diecisiete al veinte de julio muchos muchachos de profesión intelectual, sintiéndose ante todo hombres, marcharon a combatir al frente de la sierra o participaron en la toma del Cuartel de la Montaña, nuevo 2 de Mayo. Muchachos ajenos a partidos políticos y aun a la política misma, en la medida en que esto era posible en España, acudieron a los locales de los Partidos Republicanos o a la Casa del Pueblo, para que se les facilitasen armas, de las escasísimas que existían por aquellos angustiosos días. Así, Rodríguez Moñino, catedrático de Literatura en Madrid y erudito investigador que hubo de ocuparse más tarde en la Junta del Tesoro Artístico Nacional, fue de los primeros en vestir el “mono azul”, uniforme espontáneo de las milicias del pueblo; Juan Chabás, escritor, y que en aquellos días efectuaba unos cursillos especiales para profesor, se incorporó inmediatamente a las milicias, en las que fue enseguida capitán.

Era admirable esta pasión decidida, este olvido de todo lo que no fuese la hombría en su sentido moral. Pero, pasados los primeros momentos, se comprendió que la lucha sería larga y que no resultaba del todo adecuado el espontáneo y heroico ejército formado sobre la marcha, sino que sería preciso organizarse para una guerra larga, constituirse en pueblo que vive en pie de lucha forzosamente, si no quiere dejar de existir... Se pensó, entonces, en una división de funciones y trabajos y en el máximo rendimiento que cada uno podía dar en esta tremenda lucha. Pasado también el primer momento, en el que solamente se sentía uno existir como ser humano simplemente, vino una recuperación del ser anterior; el intelectual recordó su oficio pensando que la guerra no debía despojarle de esa su condición, a la que debía, por el contrario, afinar y pulir como un arma más en servicio de la causa común. La soberbia tradicional del intelectual dejó paso a

un auténtico deseo de ser útil, de acudir allá donde se pudiera llenar una función. Se sentía la intelectualidad como un oficio, como cualquier otro, que tenía su utilidad social. Pero la sociedad a la que pertenecíamos estaba en guerra. *La inteligencia tenía que ser también combatiente*. Y nació *El Mono Azul* publicado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas; la inteligencia vistió ese traje sencillo de la guerra, ese uniforme espontáneo del ejército popular.

Todavía hay quien se extraña. Pero convendría recordarles que en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia con maravillosa y fragante intuición se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno, dentro del cual, cuando la inteligencia se mezclaba a las luchas reales se la consideraba de menor rango, y perdida ya su condición de captar la verdad, pues se estimaba que únicamente la desvinculación de los intereses reales podía llevar a ella. Se creía en una verdad ideal y la razón ebria de sí misma se pensaba invulnerable, absoluta, con lo cual sin dejar de ser contemplativa se creía legislar el mundo.

En estos días, con esta modestísima publicación de un grupo de intelectuales españoles, poetas, escritores en colaboración con pintores y dibujantes, condicionada por la escasez del papel y las ocupaciones de sus redactores que iban y venían al frente de batalla o se empleaban en otros oficios, se operó esta transformación profunda tan sencillamente y que anunciaba en la humildad de su manifestación una nueva época de la cultura, un nuevo sentido de la inteligencia, que ha vuelto a encontrarse como en sus orígenes naciendo en medio de la vida en toda su crudeza. La inteligencia ya no se encuentra protegida por el prestigio de una cultura ya ganada, por la seguridad de unas ideas consagradas que la afirman en su función, por la tradición de siglos anteriores. No, todo esto ha desaparecido; la cultura moderna todavía liberal y romántica, heredera de la larga tradición cultural greco-cristiana, ha terminado ya, en la medida en que algo que ha sido puede terminar. Ha fracasado y su fracaso es nuestro dolor porque al fin hemos crecido en ella. Pero está bien probado que ya no sirve para que el hombre viva en ella. Quiso pacificar el mundo y el mundo arde en guerra; quiso limar al hombre de sus instintos de fiereza y el hombre es más fiera que nunca. Hoy se siente el hombre que nació en esta cultura, exasperado, hambriento y más desnudo que nunca ha estado hombre alguno; abandonado a sus instintos, a su soledad.

Todo intelectual que aún lo sea, es decir, que tenga cierta conciencia del papel de la razón de la vida, se ha sentido y más que nadie, tal vez, desamparado, sin

sus antiguas prerrogativas, en plena calle. Y en medio de ella en la lucha en campo abierto, entre las tinieblas del porvenir y sin el prestigio del pasado es como ha de nacer y es como está naciendo la nueva razón. No hay otra solución: o se arrastra miserablemente una inteligencia estéril, pálida imagen de sí misma, o se convierte en un servidor de esta nueva inteligencia que nace entre sangre y con sacrificio, con humildad, con toda la renunciación que haga falta [para] ayudarle a que se abra paso en el mundo. Porque el mundo que nazca no puede estar desprovisto de la inteligencia en alguna de sus formas.

Razón militante, armada de casco, lanza y escudo. Nuestro modestísimo *Mono Azul* de Madrid nacido entre metralla, bombas y fusiles revive este momento de la aurora de la razón en Grecia. En vez de las armas guerreras de la diosa Palas, la humilde tela azul del traje de trabajo que es a la vez uniforme de guerra. Trabajo y combate significados en nuestro “mono” obrero que llenaba los ojos en el Madrid luminoso y espléndido en su tragedia, en el Madrid inolvidable, todavía intacto del verano de 1936.

Esta es la significación sin duda de *El Mono Azul*, pequeña hoja de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, comenzada a publicar en Madrid en agosto de 1936, interrumpida en diciembre por la escasez de papel. Pero no vamos a cegarnos en nuestra pasión para creer que una publicación hecha en estas dramáticas y apresuradas circunstancias corresponda exactamente a su función. Era imposible por otra parte. La inteligencia, como hemos intentado señalar, adquiere una significación nueva; es natural, por tanto, que al principio de su nuevo camino tenga que ensayar, y aun equivoque sus pasos.

Lo más destacado de *El Mono Azul*, lo más popularizado, es el romancero de la Guerra que ocupa sus páginas centrales, en sus últimos números reservados conmovedoramente a gráficos de guerra, defensa en las trincheras y contra los aviones, manejo del fusil... Se discute entre intelectuales y dentro de España mismo, el sentido que pueda tener resucitar esta vieja forma literaria del romance para contar y cantar hechos de hoy. No vamos a entrar aquí en esta polémica. Pero hay algo positivo y es este paso dado por la poesía en sus poetas mejores y de más brillo para acercarse al pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas y que el pueblo se recuerde y se reconozca a sí mismo en la poesía. No sé si acertado o no desde un punto de vista más total y lejano, pero sí sé que me conmueven profundamente romances como “Defensa de Madrid” de Alberti, como “Viento del pueblo” de Miguel Hernández y otros muchos de magníficos poetas que tendrán el día de mañana un valor documental riquísimo y que ya hoy muchos milicianos repiten en la agonía de las trincheras.

Llevadas de este propósito de distraer, alegrar y levantar el ánimo a los combatientes en las largas horas sin combate, comenzaron a funcionar algunas nuevas instituciones o a adaptarse otras ya existentes. Así Alta Voz del Frente y Cultura Popular que se encargaron de recoger libros para llevarlos a los hospitales de convalecientes, folletos sencillos y revistas para los que están en las trincheras mismas y libros de más reposada lectura para Bibliotecas Populares. Trabajan en esta institución ya creada desde hacía algún tiempo y que venía sosteniendo bastantes bibliotecas populares, algunos escritores jóvenes como José María Quiroga, escritor y profesor y yerno de Unamuno a quien la actitud de éste afectó terriblemente por considerarse más que familiar, discípulo; miembros de las Juventudes Unificadas trabajaban activísimamente organizando camiones que visitaban los frentes de batalla donde llevaban música, canciones populares, películas... ¡ánimo!

Carta al Dr. Marañón¹

(*Crítica*, 20 de marzo de 1937)

Me dirijo a usted, señor Marañón, no sé bien por qué, lo cual indica que son varios los motivos: un último afán de comunicación con quien definitivamente se va a donde ya no podremos jamás hablarle, una fijación de posiciones entre los que

1 María Zambrano, autora del artículo que a continuación se leerá, es una de las mujeres españolas de más precisa personalidad. Su autoridad en filosofía es indiscutible en los más altos ambientes de estudios europeos. Doctora en filosofía y letras, ha dictado durante varios años la cátedra de historia de la filosofía en la Universidad de Madrid y ha sustituido en diversas oportunidades a José Ortega y Gasset durante la ausencia de éste en su cátedra de filosofía general. Sus ensayos sobre los filósofos de la época cartesiana y espinosista le han colocado a frente de los grandes comentaristas de la evolución filosófica hasta Kant. Fue colaboradora de la *Revista de Occidente*, en donde tuvo a su cargo la sección de bibliografía filosófica. Ha colaborado, asimismo, en *Cruz y Raya*, y fue la fundadora de las publicaciones que aparecieron durante muchos años con el título de *Cuadernos de la Facultad de Filosofía*. La publicación de su libro sobre *Liberalismo* promete ser una verdadera sensación en los círculos intelectuales. Perteneció a la Unión de Intelectuales Antifascistas y ha sido la fundadora de la Federación Universitaria de Estudiantes. Es una personalidad intelectual de caracteres tan nítidos que se ha impuesto ya en los diferentes círculos como una autoridad en la materia filosófica y didáctica. Sus cursos en la Universidad Central de Madrid, Instituto Cervantes y Residencia de Estudiantes, publicados oportunamente, constituyen una síntesis de la evolución didáctica de la filosofía en forma tal que ello sirve como obra de consulta en los más altos institutos de estudio. Vive actualmente en Chile.

quedamos de este lado, en las trincheras del pueblo, [y] ustedes, de quienes hemos esperado tanto y por diversos sucesos, entre ellos la muerte, el silencio o la deserción neutral, quedan para siempre separados de las que van a ser nuestras tareas.

Dos direcciones opuestas separan a los intelectuales españoles. Y cuando alguien de quien esperamos otra cosa, toma la que no es ni puede ser nunca la nuestra, venza quien venza, querríamos en ese instante inmediato anterior a la marcha aun unas palabras. Aunque usted ya se ha marchado, sintiendo esto y más pensando también en los otros, en los que definitivamente se marcharon como Unamuno donde no podremos oírle más, en los que viven en el silencio que es una forma de morir temporal, en los que hablan para alejarse, querría hablarle. Y más pensando en lo que hacía ya tiempo no podíamos hablar en España.

* * *

Desde hacía años la conciencia humana estaba en crisis en España, algo terrible pasaba en esa zona tan profunda de la vida humana que es lo social.

Momento extraordinario para alguien que de verdad fuera capaz de hacer sociología, aunque sería preferible pasarse sin ella si el precio es tan alto. Pero lo cierto es que el sentido del prójimo se había oscurecido o pervertido y que todo lo que hiciera referencia al otro estaba mal, profundamente mal.

No había prójimo, ni semejante; encerrados en nuestro yo los españoles y sobre todo los intelectuales, nos asfixiábamos. Todavía no se puede hablar porque parecería irreverencia mientras el pueblo se desangra, hablar de nuestros problemas. Pero no es en realidad nada irreverente puesto que la asfixia del intelectual tiene la misma raíz que otras asfixias que sufría el pueblo y es la misma lucha la que hoy existe para todos. Por eso justamente el intelectual va a poder ocupar de nuevo su trinchera y la empieza a ocupar ya porque una lucha única, necesita que cada cual con su condición específica entre en ella.

De nuevo van a hacer falta intelectuales; cosa que usted recordará que no sucedía. El intelectual estaba de más en nuestra vida y cada vez se le iba escabullendo más y más su quehacer propio, puesto que encerrarse en un capullo de problemas salidos de unos y otros y ninguno de los cuales trascendía a los demás hombres, no es por ser intelectual, como tampoco divagar caprichosamente de uno a otro tema llevado por la sensibilidad.

Van a ser necesarios los intelectuales, va a ser necesaria la inteligencia en toda su fuerza y vamos a poder hablar.

A pesar de la lucha sangrienta, hoy ya se puede mucho más de lo que se podía hace un año, hace dos... Por eso es necesario que nos decidamos.

Esta imposibilidad de comunicación que tenía lugar entre los españoles ya dice por sí sola que algo muy tremendo sucedía. Cada día que pasaba había que renunciar al trato de alguien; los más tremendos equívocos circulaban en los asuntos más sencillos; todas las actividades se tergiversaban y malentendían. Intuiciones transparentes, si querían engendrar una acción, daban lugar a algo monstruoso. Había quien recordaba el estoicismo como manera de resistir, de soportar tal estado de cosas. Y a fuerza de estoicismo algunos la hemos soportado hasta que la catástrofe nos ha alumbrado una nueva fe, que hay que defender también de toda tergiversación y perversión. La sangre derramada, el dolor alerta de todo un pueblo lo impedirá. Pero la inteligencia tendrá que cuidarla y repararla de todo lo que sin ser ella misma se le parezca o quiera confundirse con ella.

Todos estos fenómenos solamente aludidos y otros más, ¿no le parece, doctor Marañón, que son algo mucho más profundos que la política, y que tenían por fin [que] desembocar en lo que está sucediendo? Una enfermedad terrible anidaba en España, y ha producido la catástrofe actual. Catástrofe sin *precedentes porque sin precedentes es el hecho de que un grupo de ciudadanos de un país se ponga en connivencia con otros países, con la codicia y la ambición de otros países, para que invadan el propio con tal de tomar el poder.*

Este es el hecho, sin duda alguna, sin precedentes en la historia. ¿Qué ha pasado en tal país donde eso sucede? Hasta ahora las revoluciones parecían ser los hechos más profundos en cuanto a la escisión y a la violencia en la vida social. Pero, ¿qué es la revolución francesa, qué la rusa, en comparación con lo sucedido en España a este respecto? Y sin embargo, la diferencia salta a la vista: tanto los burgueses franceses que derrocaron a Luis XVI, como el partido bolchevique ruso contaron con sus propias fuerzas, pensaron o sintieron que la historia estaba a su lado y que cumplían su mandato al hacer lo que hacían. No se les ocurrió ponerse antes de acuerdo con gentes de otros países. A pesar de los postulados internacionalistas del comunismo se diría que el supuesto nacional no fue roto por los revolucionarios bolcheviques de 1917 que aun hablando de internacionalismo en

sus consignas no llegaron a atacar los supuestos de la nación, que dejaron intactos, limitándose a extirpar de ella una determinada clase social, pero nada más.

Porque este es el hecho y hay de él tales pruebas y de tantas clases.

Está el hecho mismo de que veamos a España invadida de ejércitos italianos y alemanes. El pueblo lo supo cuando, sin armas, se lanzó a tomar el Cuartel de la Montaña. Aquel día despertó la furia celtíbera, la misma de Numancia y del 2 de Mayo. Los comunistas gritaban por su periódico *Mundo Obrero*: ¡Viva España!, y así era. El pueblo luchaba de nuevo por su independencia, mientras los señoritos, como en la invasión napoleónica, ayudaban al invasor. ¡La lógica de las ideas, como usted dice, es más terrible que la lógica de los hombres! Es absolutamente verdad sobre todo si en vez de lógica de ideas decimos lógica de la historia.

Pero aún existen pruebas más poderosas que los hechos, sobre todo para un historiador, que es la preparación de ellos: el ambiente moral y social que los precede. Y hay acontecimientos morales y sociales que evidencian más que un plan de Estado Mayor, que un radiograma interceptado.

Recuerdo entre tantos acontecimientos sintomáticos de la catástrofe, uno que me impresionó hondamente. En un Instituto de Segunda Enseñanza de Madrid, donde prestaba mis servicios en el curso de 1935-36, tropecé un día a la salida de clase con un antiguo compañero de universidad que tenía recién ganada una cátedra de Literatura en la Universidad de Murcia. Explicaba aquella tarde una conferencia sobre Lope de Vega a la Asociación de Antiguos Alumnos. Me quedé a escucharla y sufrí una de las más amargas impresiones de mi vida. Puedo decir que en aquella conferencia estaba la muestra del veneno mortal, de la perversión que ha hecho posible la catástrofe española. Ocurrió lo siguiente: al finalizar la conferencia y después de haber recalcado a lo largo de ella el carácter nacional (¡naturalmente!) de Lope de Vega, arremetió sin venir a qué, contra los escritores de la generación del 98, diciéndole a los muchachos que como a profesor le escuchaban, que tenían que odiar y barrer por antinacionales y antipatriotas a todos los intelectuales de esa generación y a otros que seguían. Su palabra y su voz expandían el odio en aquella sala repleta de adolescentes que no habían leído a casi nadie de ellos —de ustedes— y que iban a llenarse de asco sin conocerlos.

Me indigné y a duras penas pude callarme en público. Me dirigí más tarde a él y le dije: ¿Cómo has podido hacer eso? ¿No comprendes que en muchos lugares del mundo hoy todavía se conoce a España por alguno de esos intelectuales? La

contestación fue aún peor que lo dicho en la conferencia. Vi tal odio en su voz que me retiré llena de amargura pensando en que este odio, esta injusticia sería vertida por decenas de años sobre el alma de los alumnos universitarios de este joven profesor del Estado que lo era también del Centro de Estudios Universitarios de *El Debate*. En nombre de lo nacional se enseñaba a la juventud a odiar a los hombres, los pocos hombres por los que España en su aislamiento moderno, había trascendido al mundo. Tan terrible este hecho como otro que me separó de un amigo “nacionalista” simpatizante de Acción Española que enconadamente me negó un día la existencia del arte popular español y la posibilidad de acción española en el porvenir, afirmando textualmente “que sólo de Alemania nos podía venir la salvación”. Me cantó las *excelencias del nazismo diciendo que ellos tendrían que venir a enseñarnos el camino*, condiciendo en esto con un joven escritor que invitado por una compañía alemana, permaneció en Berlín unos días visitando las maravillas del nazismo, diciendo al despedirse de un jefe nazi, “Tienen ustedes que venir a España a enseñarnos esto”. Para mí estos hechos y otros análogos me dicen de lo que está ocurriendo en España, más todavía que los soldados de Hitler o Mussolini, pues explican por qué están sobre mi patria y quién los ha traído a ella.

En realidad estos “nacionalistas” se avergonzaban íntimamente de ser españoles porque en España no había esa exhibición lujosa de fuerza y violencia que era el fascismo. Antes que españoles eran... fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada. Y eso es lo que nos separa, doctor Marañón: nosotros antes y sobre nada pertenecemos al pueblo español, y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque tenemos fe y confianza en él, porque le amamos y este amor nos da esperanza en sus decisiones.

No niego, antes afirmo que después del internacionalismo de la postguerra, y de la desesperación española de más de dos siglos, la juventud última de España tuvo la intuición de lo nacional, y el sentimiento ardiente que la acompaña. En esta intuición de la juventud se ha apoyado criminalmente el fascismo para hacer todo lo contrario.

Y digo criminal con plena conciencia. Porque si los militares que se sublevaron contra el Estado español lo hubieran hecho ingenua aunque equivocadamente, hubiesen creído que el pueblo les acompañaba, como era lo lógico. Si para ellos el triunfo del Frente Popular español fue producto de la ilegalidad o de una ilusión del pueblo, ¿por qué no creyeron contar con él? Uds. saben muy bien que los que trabajaron por traer la República a España siempre creyeron contar con el pueblo y en vista de ello no se pusieron de acuerdo con ningún ejército extranjero.

Es lo que diferencia una acción equivocada de un crimen. A la acción equivocada la acompaña siempre la conciencia de su licitud y se comete por un error intelectual o por fatalidades históricas más difíciles de analizar. El crimen, por el contrario, va acompañado de una conciencia de su licitud que hace tomar precauciones. Y todas las precauciones tomadas por los agresores a España denotan que la conciencia turbia del crimen les acompañaba. Sólo pediría para ellos que por un momento esta conciencia turbia se hiciese conciencia clara de lo que han hecho. No les pediría más.

* * *

Hasta aquí el hecho de su tremenda desnudez. Usted dirá que hay más hechos y aducirá las inevitables equivocaciones de los momentos de desesperación y que en los pueblos heroicos ha sido laureado. Lamentará usted quizá la violencia, la crueldad inevitable de estos instantes. Pero es muy triste que sólo lamente usted las que el pueblo ha podido cometer y que no son comparables a las que ellos cometen. Lamenta usted las molestias de los asilados en las embajadas extranjeras y no ha alzado la voz para protestar ante lo que en el mundo quede de conciencia, por los criminales bombardeos de Madrid en el que usted ha hecho su vida, ese pueblo con el que usted ha convivido tantos años y que ahora es bombardeado desde el aire. Esos niños carbonizados, esas mujeres muertas mientras hacían cola en barrios pobres esperando la ración de arroz o de lentejas. ¿No le conmueve a usted, doctor Marañón? ¿No le hacen gritar al mundo sus protestas? ¿Tan extraño se considera usted de ese Madrid maravilloso en el que ha vivido, que no le duele su destrucción, la destrucción ante todo de sus gentes? No es justo ni humano que le dejen indiferente sus sufrimientos infinitos mientras le preocupan los de quienes al fin cómodamente vivían protegidos por banderas extranjeras. Y no le digo a usted sucedidos en esas embajadas porque creo que usted ya los sabrá y porque no sé si [se] debe en este momento hablar de eso. Indague usted si no los conoce, que muy fácilmente podrá enterarse de cosas que claman al cielo y al... derecho internacional.

Comprendo hasta cierto punto su drama, el drama de quien busca la verdad y cree que la va a encontrar “a la vuelta de la esquina”, el drama de la sensibilidad que no tolera el dolor y no sabe que la justicia está a veces unida a inevitables dolores. Lo comprendería, lo he comprendido mientras a Ud. no se le ha ocurrido levantar su voz lamentando unos dolores y silenciando otros infinitamente mayores; protestando de unas injusticias y callando otras incomparablemente más

inhumanas. Ahora ya no puedo comprenderlo. Nadie duda, doctor Marañón, que vivimos un instante de la historia, en que lo irracional parece haber absorbido a lo racional. Sobre todo si seguimos entendiendo por razón lo que se ha definido va para veinticuatro siglos. Razón, justicia, libertad... todo parece estar oscurecido. Si creyéramos que definitivamente, valdría la pena y aun sería obligado abrir esa puerta que los mortales tenemos siempre abierta para escapar cuando la vida se nos hace intolerable. Intolerable sería la creencia en que la razón y la libertad humana no eran ya posibles; el mundo y todos sus acontecimientos nos serían tan absolutamente extraños que nos sería imposible el seguirlo habitando y habría que dejárselo a quienes pueden vivir en plena irracionalidad y esclavitud. Pero no es así. Y esa quiebra política del régimen liberal a que Ud. alude no es ni mucho menos, la quiebra de la libertad humana, que habrá que conquistar por otros caminos. Buscaremos la libertad y la razón con más esfuerzos que nunca y las buscaremos allí donde el poder de Creación se alberga en las entrañas de la historia, que no pueden estar más que en el pueblo.

* * *

Porque si hurgamos en las injusticias que pueda cometer el pueblo o alguno de sus componentes no representativos, hallamos enseguida, señor Marañón, que el pueblo puede equivocarse parcialmente, anecdóticamente, pero no se equivoca jamás en lo esencial y todavía más: analice Ud. un acto equivocado del pueblo, y no podrá menos que encontrar en el *fondo un afán de justicia*. La conciencia de cumplir una justicia acompaña a los actos justos y también a los menos justos del pueblo, lo cual prueba que su fondo permanente es un afán de justicia. El pueblo padece de hambre y sed de justicia porque era mucho lo que en España se le debía, lo que le debíamos, pues los intelectuales le debíamos mucho también. Pero en el fondo de la irracionalidad de los momentos actuales está clara y resplandeciente la razón humana, la nueva razón que se prepara a nacer y el hondo afán de justicia que engendrará una sociedad, una fraternidad humana en que el trabajo no sea una humillación o podamos mirarnos cara a cara.

Se asesina hoy al pueblo español porque se intuye su magnífica potencia para renovar al mundo. Y toda la fuerza de resistencia de lo que está llamado a morir, venza quien venza, pues todo es cuestión de que sea más tarde o más temprano, todo eso que no [se] resigna a morir quiere matar y mata. Y ellos saben su muerte, por eso no pelean por el porvenir, sino por un presente inmediato que es un saldo del pasado. Saben que sus privilegios están perdidos, pero quieren aferrarse a

ellos y se agarran a los valores históricos, vivos del pasado, diciendo representarlos. Pero el pasado sólo puede conservarse en el porvenir, en un mañana creado. El Imperio Romano y la cultura greco-romana se defendieron también apelando a medios sangrientos, del cristianismo que llegaba y de lo que tenía de nuevo: el amor caritativo, sin poder aplastarlo. Triunfó el cristianismo renovador, pero el Imperio Romano reencarnó en su estructura en la Iglesia Católica y la filosofía y la cultura griega han seguido durante siglos germinando.

No hay que temer que el mundo se renueve cuando se tiene fe en la razón y en la condición humana. Y si uno se siente solidario con algún valor del pasado, hay que jugárselo al porvenir que seguirá su mejor e inevitable prueba.

Por eso, ante este crimen contra el porvenir del mundo y por el dolor infinito de mi pueblo, he llegado a sentir algo nuevo en mi vida: el odio. Odio que no esconde la cara y busca rincones oscuros donde agazaparse, que busca rostros humanos, ojos que miren de frente, cabezas verticales, lo que haya de luminoso en el mundo, la inteligencia, Dios mismo, para gritar mi protesta irreconciliable: mi odio, mi fe.

La Hora de España²

(*Crítica*, 21 de marzo de 1937)

En esta pasión por que está pasando la inteligencia en España, se encuentra en sus pasos con los otros pasos del pueblo; encrucijada en que comienzan a encontrarse todos los caminos divergentes o alejados. Hora de reencuentros y comprobaciones. Hora de amanecer, trágica y de aurora como todos los amaneceres en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz. Las figuras enigmáticas, los rostros a medio aparecer, las formas cambiantes, empiezan a mostrar su contorno con alguna claridad. Es la hora de España. La hora en que todo lo que forma parte de ella, de su pasado o de lo que será su presente, acude al mandato de la actividad, se congrega ante la voz profunda que desde las entrañas de la historia ordena combatir.

2 Publicamos hoy otro artículo de María Zambrano, siguiendo lo ya publicado por la misma colaboradora sobre la actual situación española. María Zambrano, brillante publicista española, toca con su artículo de hoy la posición de los intelectuales frente a la guerra desatada en la madre patria por el fascismo.

El orden, el sistema propio de la vida española se va formando con ritmo acelerado, y en unos meses nada más, se recorren ciclos enteros. Es la revolución que se desenvuelve en un tiempo de más dimensiones que el normal. En esas horas hondas, anchas, placenta de la época que está al surgir, en esos espacios en que el tiempo se recoge, como un seno inmenso, del que entre sangre y angustia, nacen los nuevos pensamientos. Pensamientos nunca pensados pero presentidos y de tan evidente necesidad que, al ser expresados, quedan exactamente ajustados al hueco de esperanzas y necesidades que los aguardaban. Vida y pensamiento marchan entrelazados, reclamándose mutuamente en una unión presidida por la necesidad, diosa de la revolución.

Nadie se atreva a pensar que el más leve capricho existe dentro de la obra de los intelectuales españoles que cumplen el mandato de esta hora de España. Todo, hasta los errores, se realiza bajo el imperio de la necesidad. La inteligencia recupera su perdido rango precisamente en este encajarse profundo y exacto con los afanes de cada día. Hubo un momento, al desencadenarse la catástrofe, en que el intelectual cesó de serlo; hubo una pausa en la vida intelectual como la hubo en las otras zonas de la vida, inclusive en la del Estado. Durante unas horas de la mañana del día diez y ocho de julio, no hubo gobierno en España, colapso de algo tan importante que no llegó a ser mortal, por ventura; crisis obligada en toda enfermedad grave que pasa rozando las astas de la muerte.

Este mismo colapso y de mayor longitud (como es natural) se produjo entre los intelectuales, que dejaron de serlo, para ser hombres. No todos, ciertamente, sufrieron esta crisis, sino únicamente aquellos que por su capacidad moral, por su contextura humana, estaban llamados a resucitar en su condición más tarde. Y sólo éstos, que fueron capaces de morir, serán resucitados para las tareas difíciles de hoy y mañana; sólo ellos tienen auténticamente porvenir. Aquellos que en el trance terrible pretendieron sustraerse a su conmoción, alegando su categoría suprastral de pensadores o artistas, como si la condición humana pudiera eludirse, quedarán desvinculados de las tareas esenciales del futuro, vagando en esos espacios siderales del arte lejos de los hombres, de sus dolores y de sus glorias. Los que no fueron capaces de hundirse en las zonas fecundas de la hombría, allí donde la vida y la muerte se enfrentan sin disfraz, en esa honda soledad de la angustia y la esperanza, quedarán condenados por la justicia invulnerable de la vida, a vagar melancólicamente, administrando su obra anterior o representándola —representándose a sí mismos— al que en otro tiempo fueron.

Porque fue necesario aquel baño en las aguas profundas del propio ser, en ese manantial misterioso que unge de fuerza y valor. Sólo habiéndose nutrido de

esas reservas vitales, puede afrontarse la tragedia real y apurarla hasta el fin sin temblores ni desganas, poniendo a la inteligencia a la altura del dolor y aun por encima de la angustia. Los que no supieron encontrar en sí mismos estas reservas de humanidad y se metieron en la cueva de la impotencia disfrazada de arte o razón, más o menos puros, han quedado por debajo de los tiempos, incapaces de toda acción creadora. De entre ellos, los incapaces de correr el riesgo de ser hombres, han salido los “neutrales” y los renegados que aprovecharon haber pasado las fronteras españolas para lanzar su resentimiento. Resentimiento, que aunque ellos pretendan justificar en las injusticias sufridas, tiene su origen en sí mismos. Porque saben o presienten que su hora, al no ser la hora de España, no dejará caer su latido en el tiempo imperecedero, porque saben que su hora, los que la tuvieron, ha pasado ya, y los que no la alcanzaron no la tendrán nunca.

Los “neutrales” hablan de valor, por estar en el equilibrio imposible entre dos contrarios que no existen, que no pueden ser considerados en el mismo plano, porque no hay término medio entre la muerte y la realidad preñada de futuro, ya actual de la España que renace. Ignoran que no es posible este equilibrio que, además, lejos de suponer valor lo esquiva, esquiva la realidad de la vida, queriendo forjarse espacios propios, mundos privados donde la lucha y el riesgo no existan. Pueden también dar su obra por acabada, si la tienen. Los que no la habían logrado aún, arrastrarán una juventud estéril por el mundo, horrible juventud caduca sin el cansancio fecundo de la vejez bien lograda.

* * *

Hemos intentado dar una visión esquemática del drama de la inteligencia dentro del drama de España. Después del colapso salvador, comienzan los primeros pasos en este camino que lleva al mañana. No es todavía el momento de sacar la cuenta de sus aciertos y errores. Pero lo esencial es el camino que se ha operado en la función de la inteligencia; su purificación al olvidarse de sí misma, al retornar del ensimismamiento endiosado, situándose en plena vida.

Al sentir la inteligencia y el arte el afán de servir, lo natural es que haya querido hacerlo directa, y dadas las circunstancias, apresuradamente. Es el trabajo de Cultura y Trabajo Social en los cuarteles; es el teatro y el guiñol en los hospitales, es el cartel de propaganda, la charla por radio, la música para canciones e himnos revolucionarios. Es el trabajo de instructor en las filas de la retaguardia... ¿Qué quedará de permanente de todas estas actividades? Seguramente que muchas de ellas, cumplida su misión de hacer sentir al pueblo combatiente la hermandad

del intelectual, no permanecerán en su forma actual. Tendrán que ir poco a poco surgiendo las formas en que el arte ha de coordinarse con el Estado, sin perder su integridad y libertad. Pero lo que quedará como indiscutible, es la inseparabilidad del arte y la inteligencia del pueblo y del Estado.

De la conciencia de todo esto y de más aspectos que la cuestión tiene, y que aquí no podemos enumerar, ha nacido la Revista *Hora de España*, editada en Valencia. Forman su Consejo de Colaboración los poetas León Felipe, Antonio Machado y Rafael Alberti; los profesores Navarro Tomás, José Montesinos, José Gaos y Dámaso Alonso; los escultores Ángel Ferrant y Alberto; el escritor y director de *Cruz y Raya* José Bergamín; el arquitecto Luis Lacasa y el crítico y compositor musical Rodolfo Halffter. La redacción está integrada por los escritores Manuel Altolaguirre, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil Albert y Ramón Gaya. Cuidadosamente editada, con viñetas maravillosas, de esmerada tipografía, *Hora de España* emociona y enardece; es un motivo más de fe. Conmueve porque nunca en medio de tanta angustia, de tanta sangre y muerte, se ha escrito y publicado nada semejante; porque la inteligencia española sin pausa y sin fatiga prosigue su obra de siempre, pero ya en las más avanzadas trincheras. Porque nunca —y es menester ¡oh puros intelectuales! que os enteréis— hubo más libertad en medio de tanta urgencia. Si no es por la hondura de los temas, por la sangre acelerada que deja oír su rumor bajo la tersura de las palabras, nadie diría que este grupo de intelectuales escribe en un país que sostiene tan terrible lucha, en un país asatado por todas las flechas del fascismo internacional.

Conmueve el propósito tan sobriamente manifestado al frente del primer número... “Es cierto que esta hora se viene reflejando en los diarios, [proclamas], carteles y hojas volanderas que día por día flotan en las ciudades. Pero todas estas publicaciones son, en cierto modo, artículos de primera necesidad, platos fuertes, se expresan en tonos agudos y gestos crispados. Y es forzoso que tras ellas vengan otras publicaciones [de otro tono y otro gesto, publicaciones] que desbordando el área nacional, puedan ser entendidas por los camaradas o simpatizantes esparcidos por el mundo, gentes que no entienden por gritos como los familiares de casa, hispanófilos, en fin, que recibirán inmensa alegría al ver que España prosigue su vida intelectual de creación artística en medio del conflicto gigantesco en que se debate. // Nuestros escritos han de estar, pues, en la línea de los acontecimientos, al filo de las circunstancias, teñidos por el color de la hora, traspasados por el sentimiento general”.

No es posible con más sobriedad dar cuenta del heroico propósito. Que la inteligencia viva su hora en la hora de España, su lucha en la lucha de todos; ejerci-

tar la razón en los momentos en que la angustia, el temor y la muerte se disputan los segundos. ¡Extraordinaria condición ésta del español! Las circunstancias que enloquecen a cualquiera otro pueblo vuelven a su cordura y serenidad al hombre hispánico, que en ellas se recobra y posee a sí mismo, con naturalidad casi divina. ¡Extraña condición que nos pone a meditar en el instante mismo que nos abrasan las llamas! Con serenidad que se nos negó en momentos de apariencia pacífica, hoy se reflexiona sobre los temas más graves y delicados.

Así, Rosa Chacel con severa mirada escruta las ligazones profundas de la cultura con el pueblo; ella misma con serena clarividencia nos recuerda un nombre silenciado y olvidado, substancia pura de lo español: Benito Pérez Galdós. Bergamín, en cristiano polemiza con los católicos engañados; Sánchez Barbudo testimonia sus presentimientos, fundiendo la angustia con la certidumbre, encontrando la fe que se necesita para creer lo que se está viendo. Ramón Gaya, pintor y escritor, plantea el tema del cartel y la pintura reclamando la máxima exigencia estética. Reanaud, el actual director general de Bellas Artes, entra igualmente en un tema tan candente. Rafael Dieste nos trae la soledad sin descanso de Cervantes y su pregunta no contestada aun. Teatro, romances, poemas, arte puro, más puro y purificado que nunca por el soplo de la vida.

Motivo de fe y comprobación de esperanzas. Para aquellos que sinceramente han considerado con temor la situación del artista y de su libertad en una sociedad renovada por el pueblo, la lectura de estas breves páginas que forman los dos números de *Hora de España*, les nutrirá de esperanzas, de fe en la libertad y en el papel de la inteligencia. Les dará la comprobación de que el pueblo cuando se alza, reverencia a la inteligencia que ha sabido cumplir su destino, y respeta su ámbito: el ámbito de la libertad.

La inteligencia del mundo está junto a la España leal³

(*Crítica*, 2 de agosto de 1937)

Se ha celebrado en tierras de España el II Congreso de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. El acuerdo fue tomado en Londres antes de que estallara la actual contienda, y ha sido posteriormente ratificado. Y hace unos días

3 Conocida escritora española, que ha viajado recientemente por América, dejando en la Argentina y Chile la grata impresión de sus pensamientos y comprensión.

realizado en nuestras doloridas ciudades, en el Madrid tan próximo a la línea de fuego y en la línea de fuego misma.

Tres etapas ha tenido el congreso en España: Barcelona, Valencia y Madrid, y aun otra de mayor interés: el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades. Y hasta es posible que lo espontáneo que ha saltado al camino, como tanto sucede entre españoles, haya superado en sentido y emoción a lo organizado y planeado de antemano.

No sabemos aún el efecto que haya causado a los escritores llegados de afuera lo visto ni las consecuencias que en su mente van a sacar de ello. Esperamos sus artículos, sus libros, sus conferencias vivamente. Pero hoy, y aprovechando el haber nosotros llegado no ha mucho de lejanas tierras, vamos a recapitular, a sacar una visión esquemática de lo que a través del congreso ha ido apareciendo de la tremenda realidad española.

No ha sido lo principal del congreso los debates habidos en él, ni los discursos, ni los temas tratados, con no carecer de contenido y belleza. En el ánimo de todos estaba que el protagonista no era lo que allí se trataba, ni lo importante lo que se decía. El protagonista era el pueblo español combatiente, y la mayor edad del congreso, el hecho magnífico de la estancia entre nosotros, de esos hombres y mujeres que, abandonando sus todavía tranquilas tierras, sus afanes no perturbados por la metralla, los dejaron para venir a compartir el riesgo, la angustia y el peligro de esta guerra, la más cruel e inhumana de todas cuantas se han conocido. Al revés que los diplomáticos congresos internacionales, donde las palabras rara vez van más allá de una cortés convivencia, en este congreso se respiraba desde primera hora una atmósfera de fraternidad. Los españoles vivimos hoy de cara a la muerte, burlándola en cada instante hasta llegar a la mayor naturalidad en el riesgo: es precisamente cuando alguien llega a compartirlo cuando nos damos cuenta plenamente de su existencia y recobramos el sentido de la vida normal; cuando recordamos que hay todavía lugares tranquilos en el mundo, techos bajo los cuales el sueño no amenaza tornarse eterno, cielos despejados, horizontes sin amenazas. Y esta cercanía de la muerte, cuya despierta conciencia recobramos ante la presencia del prójimo, es lo que hace mirarle como hermano. Y ese sentimiento, que rara vez se vierte en palabras, pero que está como fondo permanente de todo cuanto se hace o se dice, es el fondo que presta profundidad a las palabras, a los sucesos al parecer triviales, transformándolos en acontecimientos cargados de significación.

En esta atmósfera se ha desarrollado el congreso; no importa que los congresistas habláramos mucho o poco: el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones.

Cada ciudad ha tenido una significación distinta. En Valencia, centro hoy de todas las actividades de la retaguardia, se celebró la sesión inaugural, la de clausura y todos aquellos actos en que el gobierno de la República ha querido manifestar a los escritores llegados de afuera su agradecimiento, al par que su empeño por que se llevaran una visión justa de nuestro drama. Personalidades de tan elevada representación oficial como Negrín y Álvarez del Vayo, hablaron a los congresistas con un sentido objetivo y familiar. En su casa les hablaban de los graves conflictos de su casa, con esa difícil medida de la sinceridad y el pudor, puesto que no se trataba de implorar una simpatía, ni de pedir nada, sino de poner en evidencia la justicia profunda que nos asiste en esta tremenda lucha sin precedentes.

En la última sesión dos de nuestras más destacadas figuras intelectuales hablaron: Antonio Machado y Fernando de los Ríos. El sentido hondo de nuestras tradiciones, la voluntad imperecedera de nuestro pueblo, la continuidad de nuestro espíritu y cultura. De este misterio del español que no podrá comprender quien no esté dispuesto a admitir el absurdo, nos habló Fernando de los Ríos. De la diferencia entre “masa” y pueblo, Antonio Machado, afirmando su teoría de que “las masas” es la expresión burguesa para designar al pueblo, nacida de quienes lo explotan económicamente y al llamarle así le rebajan de dignidad humana y categoría espiritual. Y de esa profunda humildad con que el poeta se ha acercado siempre al pueblo y a sus profundos saberes, lejos de toda pedantería y de ese menosprecio disfrazado de quienes creen que hacer cultura popular es bajar de tono, vulgarizar la cultura que ellos tienen.

En esta atmósfera de dignidad intelectual terminó el congreso en Valencia en sus sesiones de trabajo. Después, Barcelona nos ofreció el descanso de una ciudad lejos de la línea de combate, perfectamente organizada, casi intacta. La Universidad ofreció una bellísima fiesta de cantos y danzas catalanes. Y la Alianza de Escritores Catalanes, un espléndido concierto de Pablo Casals. Era casi la paz, después de la vertiginosa Valencia, del dramático Madrid.

Madrid. En “el bonito, alegre y limpio” Madrid, como decía Alexis Tolstoy, se verificó la verdadera significación del congreso. Fue una comunión constante con los combatientes del frente de batalla. Literalmente bajo los obuses fascistas, bajo los combates de aviones, oyendo casi continuamente el sonar de los cañones que los madrileños han bautizado con graciosos motes, allí, a dos pasos de la línea de fuego, en el dolorido y luminoso Madrid, con su clara luz de siempre, se vivió

algo inolvidable, pase lo que pase⁴. Algo absoluto y cuya sola existencia ya nada podrá desvirtuar. La fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual. Nunca hubiéramos pensado en que soldados con casco y bayoneta montaran guardia a un escritor que hablaba; nunca hubiéramos pensado en la elocuente sencillez que hacía recordar otras épocas, en la aurora de la civilización, cuando la misma razón estaba armada, de esta unión, de esta confraternidad de las armas y la palabra. No tenía nada que ver con las frías ceremonias tradicionales ya vaciadas de sentido; por el contrario, una brisa de aurora, de algo naciente, quizá balbuciente en su expresión atravesaba la sala del Auditorium de la Residencia de Estudiantes, cada vez que una representación de las brigadas combatientes en el frente de Madrid, acompañadas de sus banderas, subían a saludar al congreso. Palabras ingenuas que aparecían descubiertas de nuevo al salir tan verdaderamente, tan fielmente sentidas. Palabras más cortas que la verdad que expresaban. Definitivamente quedábamos obligados ante quienes así hablaban, corroborando con su sangre sus palabras. Esto fue Madrid.

Minglanilla. Peñíscola. Un pueblo atormentado y un pueblo feliz nos salieron inesperadamente al camino. Camino de Valencia a Madrid, hicimos alto en Minglanilla para almorzar. El fervor popular, ese rumor de colmena que adquiere el pueblo cuando se despierta, cuando con su rumor nos advierte, cuando nos pregunta por algo que a todos nos importa, cuando nos recuerda, al esperar de nosotros, nuestros deberes. Mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura, la dulce y pétrea Extremadura, nos salieron al encuentro y lloraban, los ojos enrojecidos, la voz desgarrada, “¡sálvennos, sálvennos del fascismo!”, y seguían: “que es algo muy terrible, ¡ustedes no saben!”. Mujeres, madres angustiadas, lejos de sus casas blanqueadas, de sus olivos natales, de sus encinas familiares, de sus hijos, de todo lo suyo; mujeres traspasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre, en vuestro dolor, sumergidos, comprendemos toda la monstruosidad sin límites, todo lo imborrable del crimen de quien llenó vuestras vidas de angustia, de quien enturbió vuestra frente ennoblecida por todo lo que en el ser humano puede haber de santo.

Y por las carreteras, entre los olivos y los chopos, saliendo de las humildes casas pegadas a la tierra, salían los hombres que trabajan con las yuntas en las eras, los que cuidan las viñas y amasan el pan y saben de la mudable fortuna que se lleva la cosecha y de la fecundidad sagrada de la tierra, de los vientos y de las lluvias, salían los hombres del campo y dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el

⁴ En este punto termina el artículo publicado en *Ercilla* y de consecuencia también el incluido en las *Obras completas* de Zambrano (2015, p. 319).

puño. Y nos cruzábamos con los camiones donde los mozos van a la llamada de los regimientos, y ellos son los más alegres; las canciones de guerra: *Guerrillero, guerrillero / Extremadura te llama, Puente de los Franceses / nadie te pasa...* Con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable.

Ya de retorno a Barcelona, un regalo, una fiesta: Peñíscola. La península donde el Papa Luna estableciera su solio irreductible frente a Roma. Todo un símbolo: España frente a Roma, ayer como hoy. Calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz. Todo el pasado de nuestro pueblo haciéndose presente, transparente, perfecto. Todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus propias manos, viva cultura que nada más hace desear. La felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita.

Sobre la tierra de muerte en Madrid, brotaron planes de paz⁵

(*Crítica*, 12 de agosto de 1937)

Madrid, al año de guerra. Desde lejos solamente llamas se ven de esta ciudad convertida en hoguera. El resplandor ciega, y por el resplandor se juzga al fuego. Pero dentro no es así. Al irse acercando a Madrid, el aire se adelgaza y la tierra se eleva. La llanura, y más que llanura, estepa castellana, se extrema en sequedad; la vegetación casi desaparece; algunos cardos quemados ya, algún campo de pálido centeno, alguna pobre huerta donde la verdura apenas iniciada se mustia, y nada más. Los elementos de vida van disminuyendo hasta desaparecer, y hay horizontes vacíos sin rastro de planta ni animal y otros en que sólo el toro puebla con su serio ímpetu aquellos campos inhabitables.

Y de pronto, sobre la estepa, surge la ciudad con toda su magnificencia, si se mira de lejos, y con los pobres casuchos que la rodean, si se mira de cerca. Como en Oriente, no hay término medio entre la desolación y el esplendor, y han sido ya varios los escritores y viajeros que han sorprendido esta semejanza asiática de Madrid. Hoy esta desolación cobra un significado espiritual: es la estepa que rodea al misterio, la nada para los sentidos que anuncia una realidad de otro orden, el silencio que precede a una aparición de algo superior y extraordinario. El ca-

5 Destacada intelectual y periodista española, que nos ha visitado recientemente en jira [sic] por algunos países de América. Escribe sus crónicas desde Madrid, donde se halla actualmente.

mino hacia Madrid hoy es el camino hacia lo más grande y mejor que el hombre está produciendo. Y como para el ser humano la realidad existe en función de la imaginación, estos tristes campos madrileños, su pobreza y avidez adquieren rango de signo de lo que allí está aconteciendo. Los humildes rastros y tejares son mirados como cosa sagrada, y hasta los secos arroyos y los perros flacos que por allí merodean, parecen estar advirtiendo algo, significando algo.

Pero, si Madrid es algo, es la naturalidad máxima con que seres y cosas viven y se desenvuelven en su recinto; la virtud madrileña por antonomasia es la familiaridad. Todo en él es próximo y conocido; nadie se siente extraño en Madrid, y los más dispares seres conviven como acogidos en un fondo común tan humano, que a todos acoge por igual, y que neutraliza todo desnivel y hace comunicarse entre sí, a cada uno, sus diferencias que, al ser comunicadas, se transforman en materia, no de disputa, sino de enriquecimiento común.

Antes ya era esto Madrid; por eso lo incomprensible y dislocado que en él se haya producido la tremenda lucha: pero realmente no ha sido en él, sino sobre él. Pero hoy, al año de martirio, de sufrir todos los encarnizados bombardeos, toda la furia de los obuses, Madrid se levanta íntegro, por milagro, más quintaesenciado en sus virtudes, y hasta su propia luz parece haberse purificado y ser más clara.

No es la ciudad atormentada que desde fuera se imagina. La misma muerte, que ha impreso su huella en sus calles y edificios tiene un rostro sereno. Algo tremendo, pavoroso, ha sucedido en Madrid, pero algo que es hoy historia pura, acontecimiento logrado e inexorable y que nada ni nadie podrá alterar. Uno piensa que sería la peor sentencia para los facciosos, si ellos fueran capaces de percibir tales categorías, al asomarlos a Madrid, hacerles recorrer sus lastimadas calles, pisar su herido suelo y respirar su aire que arrastra ráfagas de muerte; hacerles contemplar todo esto y decirles: “Esta es vuestra obra; pensad en el dolor humano que todo esto supone, en los daños terribles e irreparables y, con todo, con tanto dolor y ruina, Madrid la ha transformado en serenidad, en realidad histórica inexorable que nada —ni el resultado mismo de la guerra— podrá cambiar. Madrid, podríamos decir, ha subido al cielo, al cielo humano, donde ya nada puede mermar su gloria. Esta es, sí, vuestra obra”.

Pero siempre fue de esta manera. Lo realmente superior en los acontecimientos humanos ha sido probado en la lucha con lo torpe y obscuro, y nada que ha alcanzado existencia lo ha hecho sin tener que pasar por negras cárceles, y cuanto más

alta y permanente es esta existencia, cuanto más cerca de lo que no pasa, más terribles son las pruebas. Madrid tenía también que sufrirlas, y aquí está, envuelto en su serenidad, más alto que nunca, más sencillo y sin habersele subido los humos a la cabeza por su hazaña. Cree que ha hecho solamente lo que tenía que hacer, y ninguna vanidad le acomete. Estaba en su sino, en su camino el hacerlo y lo ha hecho. Eso es todo.

Es lo que dice con sencillez máxima cualquiera de los muchos madrileños que por nada ni ante nada han consentido abandonar su ciudad. Un muchacho de las escuelas Alerta, que no pasaría de los catorce años, decía, saludando al Congreso de Escritores: “Yo desearía que ustedes viniesen en otra ocasión, dentro de unos años, para que vean bien Madrid, porque hoy estamos... un poco mal con los obuses que caen”. ¡Un poco mal! Es toda la mayor queja del madrileño. ¡Un poco mal!

El barrio de Argüelles es zona de guerra todo él. Era uno de los barrios más alegres y populosos de Madrid. La Plaza de la Moncloa, límite de Madrid con el campo —lo único de los alrededores de Madrid que se puede llamar campo—, de donde partían los alegres autobuses a la Ciudad Universitaria, ahora es campo, tierra seca donde crecen unas cuantas malvas reales, de algún derruido jardín y corren entre las calcinadas piedras los lagartos y lagartijas. Un silencio solidificado, un silencio de siglos, llena su espacio que no alteran los estampidos secos del cañón cercano. Unos cientos de metros más allá, el Hospital Clínico, renegrido y casi deshecho, contiene entre sus derrumbados muros a unos cuantos fascistas. Aun oyendo el tableteo de las ametralladoras, parece increíble y tan seguro el que ¡en Madrid jamás entrarán!

Es muy rara la casa de este barrio de Argüelles que no muestra sus entrañas, que tras sus muros a veces intactos no esté vaciada, con esa mirada terrible de los balcones vacíos, ojos sin pupilas que aún nos siguen mirando.

Y a veces un retrato familiar, colgando aún de un tabique, una mesa sostenida por inverosímil equilibrio, una mesa puesta para comer, una habitación íntima y familiar con los menudos objetos todavía en su sitio están al aire mostrando toda su intimidad sorprendida y truncada por la muerte y la ruina. Tiestos caseros con geranios que la lluvia o la mano de alguna vecina rezagada riega. La “Casa de las Flores”, con sus tiestos fragantes allí donde las bombas no alcanzaron, y la cervecería, con su salón derruido, en un enorme cráter, y el mismo letrero de la fachada, cortado por la mitad, en cuyo mostrador en pie se sirven cervezas o “lo que haya”.

Por la “Bombilla”, los merenderos presentan igual aspecto. Todos destruidos, pero en uno ha quedado el aparador con sus menudos enseres, el salero todavía con una sal que nadie usará. Y como enigma que no acertamos a descifrar, dos

cochecitos de niño vueltos hacia arriba y retorcidos a ambos lados del camino. ¿Qué hacían allí esos cochecitos infantiles cuando la metralla llegó?

Un soldado vigila en su parapeto; en él tiene dos jaulas con dos jilgueros a quienes cuida; “lo primero son las hojitas de lechuga”...

Y ya en la Estación del Norte, después de haber visto la ermita de San Antonio de la Florida, donde Goya pintara sus ángeles madrileños, quemada y ennegrecida, entre vagones partidos por la mitad, hierros retorcidos, hondos cráteres entre rieles, un viejo tren blindado —que cumplió magníficamente allá por el mes de agosto—, allí vemos algo que parece ser un símbolo. Sobre uno de los vagones destrozados cayó tierra de la que levantó una bomba, y en esa tierra ha crecido un pequeño jardín: un amarillo jaramago, unas azulinas han brotado sobre el techo del vagón, en la tierra que arrancó la garra tremenda de la muerte. Y esto es Madrid.

EL AÑO LÍRICO DE NICOMEDES GUZMÁN*

Luciano Leal Hernández**

* El presente texto se publicó originalmente en *Los hombres oscuros. La sangre y la esperanza*. Edición crítica: Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2023.

** Magíster en literatura latinoamericana y chilena por la Universidad de Santiago. Investigador literario y director en la Fundación Nicomedes Guzmán.

*Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.*
(Rubén Darío)

Cuando se conmemoraron los cien años de Nicomedes Guzmán en 2014, nada hacía pensar que su literatura y legado tendrían una lectura profunda y vigente como lo es actualmente: las conmemoraciones centenarias trasuntan un sentido de agradecimiento con un autor que ya no está presente, pero que las personas aún recuerdan con nostalgia. En el caso de Nicomedes Guzmán todo lo que se ha producido desde ahí tiene ribetes históricos, a la altura de lo fue la figura del escritor proletario, autor de las obras presentes en esta edición crítica de gran envergadura.

Nicomedes Guzmán es el seudónimo de Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán, sin embargo, aquel seudónimo no fue utilizado hasta 1938 cuando publica su primer libro: El poemario *La ceniza y el sueño*. Antes de 1938 usó los seudónimos Ovaguz, durante toda su trayectoria en la revista de divulgación infantil “El peneca” y junto con *Croquis del corazón*, descubrimos también que firmó con el seudónimo Darío Octay. El nombre Darío proviene de la profunda admiración por el reconocido escritor nicaragüense, quien influyó de manera relevante en varios países de América, destacándose su vínculo directo con Chile, país donde vivió, publicó y proyectó gran parte de su prestigiosa obra.

El reconocido escritor chileno Roberto Bolaño, dejó plasmado en su poema “Carlos Pezoa Veliz, escritor chileno”, unos versos que a su vez citan a Nicomedes Guzmán sobre el legado de Carlos Pezoa Veliz. Los versos condensan la valoración que Nicomedes Guzmán le atribuye a Rubén Darío en la formación literaria del escritor que, para él, mejor supo aglutinar en sí el sentimiento colectivo del pueblo de Chile.

*Carlitos estremecido naonato
te ame
Spleen vete de aquí vete.
Si esto es una fiesta no me eche señor garzón
y deme pisco por favor
para que Nick Guzmán diga después que a mi*

alrededor
hip
sonaron los tambores magistrales de Rubén y la
adjetivación
llena de onomatopeyas de Pedro Antonio González
(Roberto Bolaño)

Los tambores magistrales de Rubén Darío siempre sonaron en la escritura de Nicomedes Guzmán. En *Azul*, uno de los capítulos es “El año lírico” que relevamos en esta ocasión para referirnos a la escritura de Nicomedes Guzmán, pues son las estaciones del año pensadas por el poeta nicaragüense con poemas como: “Primaveral”, “Estival”, “Invernal”, “Pensamiento de otoño”. Pero para encontrar este vínculo directo de influencia de la escritura dariana en Nicomedes Guzmán, en nuestro caso no vino primero de la atenta lectura de sus obras, sino que fue a la luz del descubrimiento del proceso formativo de Nicomedes Guzmán en la revista infantil “El peneca” entre los años 1931 y 1937.

El recorrido de Nicomedes Guzmán como Ovaguz en la revista, incluyó colaboraciones como dibujante, creador de juegos de ingenio, cuentista, narrador de crónicas deportivas y poesía. Los tres poemas publicados del autor fueron “Otoño” (el cual aparece también en *Croquis del corazón*), “Primavera” y finalmente “Estío”, este último, marcó además su última colaboración en la revista y fue publicado en la página principal titulada “Charlas y poesía”. Esta relación poética referencial entre Rubén Darío y los inicios de Nicomedes Guzmán, nos permitió preguntarnos ¿Dónde está presente el invierno? ¿Por qué no logró publicar un poema con temática invernal en su recorrido en la revista? Y la pregunta no tuvo respuesta, sin embargo, nos permitió a partir de ahí tener una lectura atenta a los avatares del año lírico ahora en la narrativa de Nicomedes Guzmán y los resultados son sorprendentes.

Los hombres oscuros tiene el mismo problema. En la historia narrada, los hechos comienzan en una primavera de la segunda mitad de la década de 1930 y la obra va avanzando hasta llegar al verano y posteriormente termina durante el otoño del año siguiente, más aún, queda plasmado en la rúbrica final del texto diciendo después de FIN: “primavera 1937, otoño 1938”. Por lo tanto, nuevamente Nicomedes Guzmán dejaba el invierno fuera, ¿Qué sucede con el invierno?

Lo curioso viene en la lectura de *La sangre y la esperanza* bajo este análisis. La obra tiene tres partes. “El coro de los perros” que comienza a finales de un otoño de 1921 o 1922, “el otoño estaba a las puertas aquel día con su rostro enjuto y

lánguido” (Guzmán). Aquí si aparece el invierno, un invierno terrible de sucesos acecidos y refrendados por el clima, en ese entorno se desarrolla toda la primera parte, y cuando se va a terminar y el lector pudiese anhelar un poco de primavera, viene la segunda parte.

“Las campanas y los pinos” comienza en un flashback del narrador situando los hechos una década anterior, con los personajes más jóvenes, los recuerdos de Enrique, el protagonista, bajo la memoria de un niño proletario, el paisaje, un crudo invierno, tal vez más aun que el anterior; solamente encontramos invierno en esta segunda parte, el último párrafo dice “La primavera, entonces había llegado inútilmente para nosotros. Pero estaba, pero existía en las arterias de las horas...,” (Guzmán)

La tercera parte “Suceden días rojos” vuelve a donde quedó más o menos la primera parte, sin embargo, aquí nos damos cuenta de que *La sangre y la esperanza* es todo invierno, parece entonces que es algo muy importante para comprender la obra, es de alguna manera el invierno parte de ella, las enfermedades, el frío y la lluvia, es el peso de la pobreza en el invierno, una realidad que supera la ficción, realismo social proletario, cuando la organización social logra establecer y resistir a sus luchas, la ciudad de Santiago parece siempre tener guardada una gran verdad, el invierno se encarga de derrotar a sanos y enfermos, no escatima en sufrimientos y no tiene piedad.

cuando nacen las noches heladas
Los palacios de luces se llenan
Y los pobres se mueren de pena
En sus chozas sin lumbre y sin pan...
(Guzmán 292)

Nuevamente para finalizar el libro tal como en *Los hombres oscuros*, el autor anota, “Santiago, invierno 1940. invierno 1941”. A veces lo evidente puede ser trascendente, la literatura de Nicomedes Guzmán tiene un vínculo especial con las estaciones del año, en ellas piensa, en la realidad vivida en sus entornos. La rudeza del invierno en la literatura de Nicomedes Guzmán causó estragos: un grupo de amigas y amigos que comprende hoy a la Fundación Nicomedes Guzmán, hizo que recordásemos también este análisis el año 2018, junto con la aparición del poemario *Croquis del corazón*. Se comenzó así un trabajo colaborativo con la Biblioteca Nacional de Chile, ya que el único ejemplar fue donado para su restauración, conservación, digitalización y resguardo en sus dependencias. Ahí

se realizó el lanzamiento y un taller de encuadernación en torno al libro, así se fue creando un acercamiento entre el pensamiento histórico y literario de la Fundación Nicomedes Guzmán y los trabajadores de la Biblioteca Nacional. Y como Nicomedes Guzmán ha sido reconocido como uno de los máximos exponentes de la gran generación literaria y editorial del 38, se nos encomendó trabajar a la par, para realizar una exposición que conmemorara los 80 años de la generación, la que se llamó “Pupila sensibilidad y repunte social. A 80 años de la generación literaria y editorial del 38”. Ella fue inaugurada en el salón bicentenario el día 21 de junio de 2018, especialmente porque es el día que da inicio al invierno en el hemisferio sur, el solsticio de invierno, también para algunos pueblos originarios es un día especial, como lo es para el pueblo nación Mapuche, es el día del *wetri-pantu*, día del nuevo año. Pero la razón tras la decisión de iniciar la exposición aquel día, ocultaba uno de los temas más sensibles y profundos de la literatura de Nicomedes Guzmán, en especial de las dos obras que acompañan esta edición crítica sobre *La sangre y la esperanza* y *Los hombres oscuros*. Era pensar en el invierno, era pensar en Nicomedes Guzmán y lo que aquí hemos llamado su año lírico. Como el recuerdo que le trajo a Mario Bahamondes un día cualquiera en el norte grande: “En días pasados te vi en una vitrina de Antofagasta. Es decir, vi la nueva edición de *Los hombres oscuros*. Bonita edición, no la conocía. Y de nuevo el ventarrón de los recuerdos me amenazó con su invierno”. (Cit. en Ferrero 47)

A la vez que la presente edición crítica ha honrado merecidamente las obras de Nicomedes Guzmán, un libro totalmente inédito, anterior cronológicamente a las presentes novelas será publicada luego de su descubrimiento, *Un hombre, unos ojos negros y una perra lanuda*, obra que se creía quemada o destruida, que nos permitirá seguir ampliando la historia literaria y editorial del gran autor proletario, los invitamos a tener presente su año lírico, ¿En qué estaciones del año se desarrollará? ¿Será algún invierno de la narrativa de Nicomedes Guzmán el que la historia nos tenía reservado para este presente necesario de valor? Como aquel invierno en que Nicomedes Guzmán finalmente se despidió de este mundo, “y ahora, en este invierno fatal, he aquí el autor de tanta belleza ha reclinado su cabeza para siempre. Su cuerpo frágil, harto ya de recibir el ultraje de un medio que no lo comprendió nunca, cayó vencido para siempre” (Edmundo Concha)

Nicomedes Guzmán, después de su muerte en 1964 no fue vencido para siempre, logró no solo el momento de grandeza que generan las muertes, donde los amigos y admiradores ubicaron al escritor en el lugar que realmente merecía, sino que, además, continuó posicionándose su literatura en los medios nacionales, logrando, por ejemplo, en 1971, que *La sangre y la esperanza*, fuese el primer

libro de la colección “Quimantú para todos”, esos dos tomos que tantas personas recordaron leer durante los años de la Unidad Popular, libro que era parte de lecturas fundamentales de escuelas y universidades. Esa vigencia es la que rescata-
mos hoy, un legado propio de un escritor, editor y conocedor del pueblo.

DE PUÑO
Y LETRA

MANUSCRITOS DE NICOMEDES GUZMÁN*

(en la conmemoración del centenario de su nacimiento)

- Pág. 187 Carta de Nicomedes Guzmán a Pedro Olmos fechada en Santiago, 31 de abril de 1961. Colección Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.
- Pág. 188 Recibo de la Biblioteca Nacional a Nicomedes Guzmán por la cantidad de 100 ejemplares del libro “Los hombres oscuros”, fechado en Santiago, 7 de febrero de 1940. Colección Archivo del Escritor- Biblioteca Nacional de Chile.
- Pág. 189 Carta de Nicomedes Guzmán a Gonzalo Drago, fechada en Santiago 10 de abril de 1944. Colección Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.
- Pág. 190-191 Portada y página 252 del libro inédito de Nicomedes Guzmán “Un hombre, unos ojos negros y una perra lanuda”, ilustrado por su autor. Santiago, 1937. Colección Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.
- Pág. 192-193 Página 14 del libro “Croquis del corazón”, colección de poemas, escritos, ilustrados y encuadernados por Nicomedes Guzmán, bajo el seudónimo Darío Octay. Santiago, 13 de diciembre de 1934. Colección Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.

* Selección realizada por Claudia Tapia Roi, encargada del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile.

Nicomedes Guzmán

Casilla 1949

Santiago-Chile

Santiago, abril 31 de 1961.-

Querido Pedro:-

Presenté todas los modelos de tapas. Los encontraron magníficos. Gustó el pudiera ser más violento, y por esto mismo no irá en el libro. Te devuelvo el que fue aprobado (los otros, si tú te admities, los guardaré para mí, ¿estamos?). Ojalá cuando hagas la portada, me regales el modelo que te adjunto. Me gustaría enmarcarlos todos para colgarlos junto a otros cuadros. Es necesario, viejo, que la tapa definitiva la envíes lo antes posible, pues el libro se encuentra en talleres, y quieren publicarlo ~~lo antes posible~~ si se puede de inmediato. Estaban alarmados en Zig-Zag por que las muestras no llegaban. Ahora me piden que logre de tí mandes luego la tapa. Gustaran los dibujos para el interior del libro, pero solicitan autorización para "borrar los pelos" del muchacho que está en la cama. Dime si le meten guache blanco por ese lado. Por la portada se te pagarán E° 25.- y por cada dibujo E° 8.-, de manera que si tienes otras ilustraciones, remítelas también, a ver si hay tiempo de calarlas en el libro. ¡Métele fierro, viejo! Es lastima que no sigas haciendo portadas para Zig-Zag. A ~~xxx~~ Ostria Gutiérrez le impresionó el hecho de que mandarás varias muestras de tapa. Esto no lo hacen todos los dibujantes. Si tú lo quieres, yo serviría de intermediario, para recibir originales y enviártelos, luego recibirlos devueltos con las ~~xxxx~~ portadas correspondientes. Tengo entendido que a Zig-Zag le faltan artistas de tu categoría para ilustrar tapas e interiores de libros. Dime algo también sobre esto.

El pago de los E° 60.- escudos ya comenzó a tranquear. Tú sabes cómo demoran los pagos públicos, de manera que en esto tendrás que tener un poco de paciencia, lo contrario de Zig-Zag, que que te abonará tus honorarios, tengo entendido, en cuanto remitas la portada.

Espero que a estas alturas tu mujer ya esté repuesta. Te lo deseo con lo mejor de mi afecto. Salúdala a ella. En cuanto a las viñetas para la Revista de Educación, ya están en fotograbado. En realidad, dentro del conjunto, había cinco que circunstancialmente no son utilizables, pero ya habrá oportunidad de publicarlas. No hay nada que perdonarte y ya verás cómo se publicarán tus dibujos, en la medida que vaya saliendo la Revista de Educación. Por favor, dile a Maldonado que no sea remora y que púese al Alcalde para aquella pequeña compra de libros míos. Yo no he podido ir hasta Linares, porque me tienen atochado de trabajo. Tengo necesidad de ir allí, pero las obligaciones me llevan para otro lado. Ahora mismo, estoy a punto de partir a La Serena y a Copiapó. De regreso, a ver si me lanzo al sur, ~~xxxxxx~~ y pasando por allí, le metes pincel a la tela. Esc que me cuentas de tu novela, me entusiasma. Te felicito. Ya hablaremos sobre esto. En cuanto al GAUGUIN, lo comenzaré a hablar, teniendo en base el libro que me enviaste desde Buenos Aires, y que tengo que buscar en mi desordenada bibliotecuilla.

Te repite mis votos por la salud de tu compañera. Te llegan ambos mi afecto en un gran abrazo,

Nicomedes Guzmán

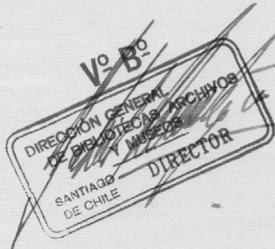
Viejo: el título del libro es
LOS HOMBRES ~~XXXX~~ OSCUROS ✓

DIRECCION GENERAL
DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
SANTIAGO DE CHILE

He recibido de la Biblioteca Nacional la cantidad de novecientos pesos (\$900.-) en pago del precio de 100 ejemplares de mi obra intitulada "Los Hombres Oscuros", que ha sido adquirida para ese establecimiento.

A. Sanguinetti

Santiago, 7 de Febrero de 1940.



Presupuesto	1940.
Item	0431
Giro No.	4.0

SANTIAGO, abril 10 de 1944.-

Antes de Schems Santa, había estado pensando en posibilidades para un viaje a Los Andes. Llegadas las sangrientas actividades, me di cuenta de la imposibilidad de hacer tal viaje. No creo, sin embargo, que pase mucho tiempo antes de que vea a esa. Ten, por esa ocasión, un gran abrazo, por cada uno.

Saludos a tu mujer y a tu mocosa.

Avísame si la Empresa Orbe no te ha enviado "La Sangre y la Esperanza"

Querido Gonzalo:

Estaba ahora, después de almuerzo (tomo mi alimento de mediodía en la Oficina, corrientemente), en ese estado por que pesamos comúnmente los hombres y que al vulgo llama: "estar en la luna", cuando me ha llegado tu carta. Creo que nunca, en forma tan inmediata me he dado a responder a las palabras epistolares de un compañero. ¡"Estar en la luna"! Pienso en esto, Gonzalo, y me río un poco. ¡Ojalá, uno, de verdad, pudiera estar en la luna! Yo lo merecería, ahora, después de un largo trequeteo de toda la mañana, para conseguir unos pesos para pagar una letra. ¡Oh, bella e inagable vida! Bueno, la verdad, es que no estaba en la luna. En realidad, viejo, mi buen compañero, uno no podré estarlo nunca. Pensaba en ~~tantas~~ tantas cosas, en tantas y disímiles cosas, entre las cuales, lo paradójico y todo lo injusto que, con respecto de nuestros procederes, se nos presentan siempre, jugaba su mejor carta. Tú has venido a hablarme de mi novela, mi "magnífico éxito, mi consagración", como dice la gente, y yo en cambio me sentiría feliz de estar charlando contigo sobre nuestras aficiones y poderte dar un abrazo. ¡Estoy contento y triste!... Creo, Gonzalo, que es necesario ser un poco poeta para decir esto. La gente no lo entendería. De verdad, nosotros no somos gentes. La verdad es que ciertos escritores de este país son los únicos hombres que van quedando en el mundo. De risa, ¿no es cierto? No estoy borracho. Pero, de verdad, quisiera estarlo, junto a algunos buenos amigos: Tú, Oscar Castro, Julio Moncada, Balta, Jacóbo Danke, Victoriano Vicario, Félix Miranda, Raúl González Labbe, etc. ¡Mis éxitos! Después de todo, el éxito es una pura cosa que cuelga delgado de nosotros. Y esto lo digo yo, que, en realidad, he tenido algún éxito.

nicomedes
guzmán

un hombre,
unos ojos
negros
y una peña
larga

sancio; de sudores brufiendo las frentes obreras y de restallar de hierro líquido; de algarabía de martillos y de torsos vislumbrados al resplandor de los hornos ardidos, todo arrebozado en el diapasón de una sinfonía potente, salvaje, armoniosa, como trotar y piafar de potros libres...

Y sobre la base de la propia vida pasada, he aquí al hombre con la sensación de reconstruirse, en tanto la vida futura se asoma en lontananza, levantando los recios puños de espinos florecidos...

-¡Ea, proletarios, camaradas míos, aquí está la mano ancha y cordial de un hombre!...

• •

La noche es grande, infinita, engastada de estrellas. La calle es larga, larga, con los ojos azulencos de sus faroles, avisorando las sombras, de cuadra en cuadra. Y yo soy un hombre que camina bajo la noche grande, infinita, engastada de estrellas; acortando la calle larga, larga, con los ojos azulencos de sus faroles, avisorando las sombras, de cuadra en cuadra... Soy un hombre que camina por sobre la vida...

Atrás mío, una eterna sombra que me persigue y que amo: ¡perra lanuda!... Y adentro mío, otra sombra luminosa, que es como un sueño real: ¡dulces ojos negros!... Y un ansia, un ansia y una esperanza que, como todo lo grande, tiene de cósmico...

¡He aquí, mis amigos, a un hombre que camina!...

F I N

Nicomedes Guzmán

OTOÑO

Esta tristeza blanca, es tristeza de otoño,
estas lágrimas de oro, son lloros de los árboles;
y estos sollozos trémulos, son cantos misteriosos
que en esta tarde mustia arrancan de mi alma.

Golondrinas viajeras..., ilusiones truncadas...
Hojas secas..., recuerdos de minutos celestes...
Sol histérico..., cadáver de alegrías pasadas...
Nada en mi alma, nada, sino llantos silentes...

Crepúsculo violeta con ecos de campanas,
himno laxo en la hora en que el mundo se duerme,
similitud de muerte, misterio del mañana...
Los árboles levantan sus testas desgajadas
y sus cuerpos desnudos, clamando una plegaria...
El otoño se advierte en la tierra y en mi alma...



RESEÑAS

LA CASA DE PLATÓN (FILOSOFÍA LÚDICA DE LA HISTORIA)

Cristóbal Holzapfel

Excurso: Proyecto Antroposófico por Militza Farga.

Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2022, 340 pp.

Por Darío Montero

Quisiera comentar algunos pasajes de este excelente e importante libro de Cristóbal Holzapfel, con foco en la primera parte, mientras lo voy reexponiendo en mis palabras.

Desde el punto de vista lúdico que nos presenta el libro, la historia la divide el autor en dos grandes etapas. 1) En la era de *homo sacer*, propia de las culturas ancestrales, predomina el juego del ser, del azar o del destino (*alea*): entonces todo el ser humano estaba 'puesto en juego', y aunque también se jugaba a competir (*agon*), esto solo se refería al desarrollo de capacidades y siempre dentro del horizonte de una vida determinada por un destino superior, de una existencia experimentada como cíclica, repetitiva, sin innovación. 2) Solo con la aparición del animal racional-teleológico —el tránsito del *mitos* al *logos* con la aparición de la filosofía en Grecia— es que la historia pasa de ser cíclica a lineal, mientras que la humanidad ahora se propone nuevas metas, acrecienta su inteligencia, busca dominar y surge una verdadera consciencia histórica. El lado sombrío del *agon* racional se manifestaría en el carácter depredador y destructivo de esta humanidad, un 'progreso' egocéntrico "respecto de *sus* capacidades y logros que son cada vez más técnicamente eficientes...". Es una lucha agonal de imponerse sobre el mundo y el otro, de 'tener la última palabra'. Yo agregaría que con la llegada de la época moderna, se enfatiza la noción de que este progreso es siempre científico-técnico-material, nunca humano-espiritual: la tecnociencia es la que progresa, no el ser humano. La resolución de la existencia humana viene dada desde afuera. Con el ideal transhumanista, de hibridar tecnologías al organismo humano, esta ideología baconiana-racionalista alcanza un conclusión lógica. Ahora bien, esta filosofía de la historia y la tesis del *agon* racional, tal como en el libro que comento es presentada, recuerda la de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, quienes trazan un vector de largo plazo desde los griegos hasta el Holocausto en términos de una creciente racionalización instrumental sobre el mundo. Incluso Nietzsche pone a Sócrates como origen de esta evolución o involución, como aniquilador del mito, como origen de un racionalismo abstracto y muerto. Hay mucho de cierto en adoptar este punto de vista, pero ¿no habría que distinguir entre el alma racional de un griego o medieval y el intelectualismo que surge al calor de la nueva ciencia natural, a partir de siglo XVI, con su explícito programa manipulativo y la concomitante imagen de un mundo despojado de sentido? Dejo esta pregunta abierta al autor.

Una de las cuestiones más admirables de *La casa de Platón* es que se aventura a señalar un camino de solución, camino que se desprende orgánicamente a partir de un diagnóstico epocal y societal bastante crudo. Del argumento central

me parece que se desprenden, de hecho, dos caminos: Para comenzar, el libro no quiere de ningún modo contar una historia unilateral del *agon* racional. Cito:

... el tránsito del mitos al logos conlleva también una compleción y maduración del *agon*, que se constituye y se potencia de este modo como *agon* capaz de autorregularse. Desde luego, ello tiene también una incidencia en el proceso de individuación del ser humano.

El cuidado del alma individual es un asunto de cada cual, desde Sócrates en adelante. La moral y la religión se internalizan. Surge la consciencia ética, individual. Esto es clave, me parece, porque se reconoce que la historia reciente —por muy catastrófica que nos parezca— posee un potencial: el de la autorregulación individual. De otro modo, solo quedaría la regulación exterior del *agon*, la reglamentación de la pulsión, donde la institución, la ley, es pura contención y coerción. Por un lado: el *factum brutum* de lo real que moviliza al ser humano (la pulsión agonal); por el otro: un ideal que se percibe como tan débil en su capacidad movilizadora, que debe de ser respaldado o suplantado por el monopolio legítimo de la fuerza (el Estado). Una corriente dominante de la filosofía política y de la sociología han pensado así, dualistamente, el orden social. Sin duda la desregulación ha llevado al exceso del *agon*: de eso la historia da amplio testimonio. Con todo, la mera regulación exterior se vuelve más insuficiente cada día que pasa. Para alcanzar una verdadera autorregulación, la astucia (tan cerca del instinto) no basta: debe uno poder elevarse a una razón superior. Lo que se requeriría, entonces, es una suerte de medida interior. Hoy en día pareciera que necesitaríamos leer más a Platón y menos a Hobbes.

Cuando Holzapfel habla de regulación agonal, está pensando en una ética. En su interpretación, desde los estoicos hay una 'ética negativa', es decir, una que suspende el juicio sobre los valores heredados por la tradición, conscientes del carácter ontológico del devenir en el plano de las costumbres, y esta ética negativa alcanzaría su apogeo con el pensar a-valorativo de Heidegger, pasando por Spinoza y Nietzsche. Pero en la vida práctica no podemos evitar hacer juicios valóricos. Charles Taylor hablaría de la inevitabilidad de las evaluaciones fuertes (*strong evaluations*). En consecuencia, el autor de *La casa de Platón* propone más bien una ética negativa *moderada*:

practicar siempre una actitud de predisposición al retiro de mi valoración, toda vez que valoro algo, o también predisposición a retirar la definición que hasta ahora he tenido de cierto valor.

La dialéctica entre afirmar y negar, entre ética positiva y negativa, debe verse en forma amplia: lo importante es la complementariedad entre ambas. Valorar es inevitable, pero si nos enfrentamos lúdicamente a este valorar, tomaremos una sana distancia y abriremos las puertas hacia un ideal *dinámico* de mí mismo, de la identidad humana. La ética negativa moderada aquí propuesta abre pues un camino de *transformación*. Para Jaspers la búsqueda del yo mismo se resuelve en la posibilidad, en la proyección: somos ante todo poder-ser. Y el gran desafío moderno pareciera consistir precisamente en la transformación del yo. Ahora, el ‘progreso’ deviene un asunto interior.

Hasta aquí con el primer camino de solución propuesto.

Pero habría una segunda posibilidad, complementaria de la primera. Según el sombrío diagnóstico de la obra que comentamos, el juego del *agon* racional, hoy en día se ha jugado, llegando a ser patentemente autodestructivo. Es el final del juego. La sociedad, así las cosas, *agoniza*. No hemos tomado las medidas que un *agon* racional regulado debería haber tomado (hace mucho tiempo). Estamos destruyendo nuestra casa (planeta) y nos estamos destruyendo a nosotros mismos. Hoy en día, la crisis es total, planetaria, de especie, humana: e invita a, o exige, tomar medidas conjuntas. La misma crisis *apela* a la humanidad como un todo. Una apelación que supere el inmanentismo o materialismo contemporáneo: más bien una *invocación* que se eleve a lo divino, a lo vivo, a lo que puede reencantar nuestra convivencia humana. ¿Cuál pareciera ser el camino, desde el punto de vista lúdico-antropológico? Dejar de identificarnos estrechamente con un tipo de juego específico, el juego agonal (competitivo, bélico, masculino, autoritario), y abrazar en forma cabal, amplia, nuestra esencia como *homo ludens* —despertando en particular otro tipo de juego: el juego de ser otro, de simulacro, de roles. En el fondo, todo juego es sin por qué, sin finalidad: lo que indica que el racionalismo estratégico instrumental moderno es ya una desviación de nuestro ser más propio. No está solo en esto Holzapfel. Un pensador contemporáneo tan importante como Hartmut Rosa ha planteado una ‘terapia’ social similar en su libro *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo*. Para Rosa, el ser humano es un *homo resonans*, cuya felicidad consiste precisamente en dejarse tocar por el otro y salir de allí transformado, superando de este modo el tipo de vinculación agresiva, competitiva y, en última instancia, alienada, que ha devenido dominante en la sociedad moderna.

Pero tomando todo lo ya dicho en consideración, el lector bien puede preguntarle al autor: ¿Hasta qué punto se puede *madurar* progresivamente la facultad humana agonal-autorreguladora? ¿o es solo el *salto* hacia un tipo de juego no

agonal el que nos puede salvar? Esta es la segunda pregunta que le dejo planteada a Cristóbal Holzapfel.

Para terminar, permítanme un comentario basado en mis experiencias y lecturas —y que quizás pueda contribuir a responder la pregunta recién planteada. *La casa de Platón* propone un camino que me recuerda ese precioso diálogo entre Krishna y el guerrero Arjuna, el que se puede sintetizar en el ideal: no te comprometas con los resultados de tu actuar. Para citar directamente del *Bhagavad Gita*: “Pon tu ánimo en la acción, más nunca en su recompensa. Actúa sin pensar en la retribución; mas no cejes en el cumplimiento de tu labor”. Este ideal aparece —miles de años más tarde— metamorfoseado en las *Cartas para el educación estética del hombre*, de Schiller, con su impulso de juego, esa experiencia humana que escapa a las constricciones racionales y físicas, que dominan la existencia de la humanidad occidental y que la condenan a un estado basal de impulsividad, el que debe ser disciplinado desde afuera por estrictas reglas y protocolos. La antigua sabiduría vedanta reaparece, finalmente, en forma plenamente moderna con el dictum ético que encontramos en la *Filosofía de la Libertad* de Rudolf Steiner: el amor por la acción. Steiner escribe: “Vivir en el amor a la acción y dejar vivir en la comprensión de la voluntad ajena es el precepto moral básico de los seres humanos libres”.

Cabe preguntarse, por lo tanto, si no es solo cuando amamos que nos la podemos jugar el todo por el todo por una causa, sin pensar en el premio. Jugar, en este contexto, significa actuar con mi consciencia puesta en el otro, con un profundo interés por el otro. Pero también, como remarca con razón Cristóbal Holzapfel, cuando puedo establecer un genuino vínculo hacia *lo otro*: hacia la naturaleza que nos rodea. Ahora, jugar sólo ocurre cuando me encuentro absorto en la contemplación de un objeto de la naturaleza y soy capaz de tomarlo en serio. Se trata de una especie de auto-olvido combinado con una actitud de no finalidad. Pero todo esto se tiene que *querer*. Cuando Goethe hablaba de los *Entsagende*, de los renunciantes —en la segunda parte del *Meister*—, no estaba invitando a una vuelta reaccionaria a lo religioso en su sentido más tradicional: el sacrificio por deber. La renuncia goetheana a sí mismo surge de un individuo potente, maduro. Un individuo, por lo demás, que no se negó kantianamente el goce de la existencia. Para Goethe, para Schiller, para Steiner y otros espíritus modernos el individuo debía poder cruzar el abismo que lo separa del otro, de la sociedad, del mundo, y, por qué no decirlo: de los arquetipos y fuerzas espirituales que Goethe y Steiner afirmaban percibir por doquier, a contrapelo de una ciencia reduccionista dominante. El desencantamiento del mundo como contracara de la racionalización

de la cultura y de la sociedad, es aquí contra-balanceado por una nueva visión y experiencia humana-moderna: que el mundo está animado por distintos tipos de consciencia, el pansiquismo al que se hace referencia al comienzo de *La casa de Platón*. Y desde una profunda sabiduría pedagógica, Militza Farga nos describe con amorosa exactitud —en su excursu antroposófico, al final del libro— el camino que puede reencauzar al hombre contemporáneo hacia el encuentro con los arquetipos, principios formativos que ya se encuentran actuando en el niño de un modo inconsciente, cuando éste se experimenta aún uno con el mundo, un mundo permeado de alma.

El jugar-a-renunciar-a-sí-mismo —ahora estoy usando mis palabras— se ha de buscar desde la libertad alcanzada con el correr de los siglos modernos, libertad que en este caso coincide con un *querer superior*. Por lo tanto: nunca cediendo a un impulso sugestivo, amedrentante, puritano o dogmático. El cultivo del alma, esa vieja disciplina griega, debe de poder reinstaurarse: veo aquí una aspiración más o menos consciente de nuestros contemporáneos y que es correctamente identificada en el libro como condición indispensable de cualquier futuro social, verdaderamente *social* (por oposición a algo *antisocial*). Hoy en día la palabra 'cuidado' está en boca de todos, desde la academia hasta las políticas públicas. Esto es sintomático de una necesidad de nuestro tiempo. En un sentido, se trata de tener el coraje y el rigor de jugar con uno mismo, de transformarse, de atreverse a ser otro, dejando atrás progresivamente el viejo egoísmo, la cómoda aceptación de quién ya soy (mi ser empírico dado). ¿Jugar, rigor? ¿Me contradigo? No creo: hay que jugar en serio —con la seriedad del niño, con la seriedad que como adultos nos demanda la sociedad que tenemos ante nuestros ojos. Conduciéndolo paso a paso a través de los septenios, el maestro Waldorf es, desde aquí comprendido, como aquel ser humano que se ofrenda en pos de permitirle a *otro* ser humano esta verdadera libertad interior; de encender la *aspiración de llegar a ser* y de ayudar a conformar una voluntad férrea, cosa que como adulto pueda luego llevar a acto este anhelo de trascendencia.

LOS SIETE NÁUFRAGOS

Thomas Harris

Edición definitiva por Carlos Almonte y Juan Carlos Villavicencio.
Santiago de Chile, Descontexto Editores, 2023, 181 pp.

Por Magda Sepúlveda Eriz*

* P. Universidad Católica de Chile.

¿Qué es naufragar? Es estar en un viaje y perder la orientación. Naufragamos en el tiempo mortal. Nos extraviamos de la ruta, intuimos cuál es la tierra a dónde queremos llegar, pero no poseemos la cartografía. Entonces, ¿cómo saber hacia dónde girar el timón? o ¿dónde detenerse? Por esta complejidad, el naufragio ha sido un gran tema de la literatura. Recordemos que la *Odisea* es el relato de un naufragio, con múltiples obstáculos antes de llegar a casa. Odiseo se queda atrapado en ciertas islas y lugares de los cuales sabe debe irse, pero le cuesta tomar la decisión. Odiseo se queda un año viviendo con Circe, quien tenía el don de hacerlo olvidar su hogar, Ítaca.

El poemario *Los siete náufragos* de Tomás Harris aborda ciertos sujetos que se han quedado perdidos en tierras extrañas. Dos subjetividades me llaman la atención dentro de estos náufragos: la del bebedor y la del torturador. El bebedor es la voz principal del libro. Este bebedor tiene la concepción de la vida como naufragio. Él explica cómo es ese naufragio en el poema “Asidos a un madero en forma de cruz”:

*Por esto narramos
estamos asidos a un madero
este madero tiene la forma de la cruz
campea en altamar
por eso narramos
por el gusano en el madero
por el viento en el madero
por la sangre en el madero
por el semen en el madero
por el polvo en el madero
Sólo por eso
no dejaremos de narrar (27).*

El bebedor entiende la vida humana como la experiencia de la crucifixión. Te dolerá vivir. Te darán latigazos, te escupirán; y eso sucederá frente a todos. Sólo unos pocos te darán agua o secarán tu sudor. ¿Por qué el humano puede sobrevivir a estos castigos? El poeta dice “por esto narramos”, para relatarnos una historia a nosotros mismos, que justifica estas penurias. Sigo al poeta, en su uso del nosotros, cuando digo se trata de contar cómo nos ha ido con los vientos a los que hemos estado sometidos, de qué profundidad son las heridas sangrientas que llevamos, qué tal los amores que hemos tenido; todo eso, narrarlo antes que el gusano pudra nuestro madero. Del madero no nos escapamos ni en la existencia

ni en el poema, que repite estéticamente “en el madero”. “En el madero” ocurre el amor y la muerte definitiva. De esta manera, narrar es la gran actividad humana y cuando la efectúa un poeta, como el bebedor, esa historia es elaborada simbólicamente para todos nosotros.

El poeta de este libro se identifica con Malcolm Lowry, el protagonista alcohólico y autobiográfico de la novela británica *Bajo el volcán*, ambientada en México. Nuestro poeta dice: “También estaba el delirante Malcolm Lowry de Chiguayante, /quien les habla” (169). El poeta comparte con el novelista no solo la escritura bajo el efecto del alcohol, sino también un deseo de hablar desde un sitio local colonizado. Desde ese pueblo muy local del sur de Chile, este sujeto se instala en el mundo. Pero el poeta convierte a su localidad en un gran espacio. Por ello, el río Bío-Bío es puesto en un marco junto a los grandes ríos de la humanidad:

*Cuatro ríos principales:
Ganges, en la conflagrada India,
Tigris y Éufrates,
los cuales apartan Cathay de Chile
y hacen el Bío-Bío
el estuario final (171).*

Harris integra el Bío-Bío a los ríos que han definido culturas inmemoriales, como Mesopotamia, rodeada por el Tigris y el Éufrates, y el Ganges que recorre la India. Los escritores tienen esas licencias, inventan cartografías que no existen, como Macondo de García Márquez, que si no lo conoce por la novela ha sabido de él por la cumbia “Yo me voy para Macondo”. Harris hace una invención cartográfica poscolonial, en tanto nos saca del sitio subordinado y nos lleva a las grandes ligas.

La marca colonial y descolonizadora está presente en este poemario. El signo colonial que intentó someter el territorio del Bío-Bío se aprecia también en la forma *Cartas de Relación* que adquieren muchos poemas. En esos poemas, el Malcolm Lowry de Chiguayante se imagina escribiendo al rey sobre su estadía en los parajes suramericanos:

*Sólo para que se tenga noticia de mi caso,
sólo para que se le tome por ejemplo,
sólo para lamer las medias a Vuesa Merced
por eso nada más he atravesado todas las islas (173).*

El yo poético asume la voz de un colonizador ante su merced, un náufrago que sabe que se perdió en estas tierras de diversa cultura. Él se parece al jefe británico Kurtz de la novela inglesa *El corazón de las tinieblas*, de Conrad. Se quedaron en las islas donde no estaba su tierra.

El otro náufrago central de este poemario es el torturador apodado *el Fanta*, cuyo nombre real es Miguel Estay Reyno. Miguel Estay fue un militante de las Juventudes Comunistas, que, tras quebrarse en la tortura, se volvió un colaborador de la policía secreta de Pinochet. Miguel Estay fue detenido por la delación de su superior, también bajo tortura. Ambos se volvieron represores. Miguel Estay había desempeñado en las Juventudes Comunistas labores de apoyo armado a la Brigada muralista Ramona Parra y ya sus compañeros habían dado aviso de actitudes sádicas con los contrincantes, pero nadie tomó medidas. Era hijo de un médico siquiatra y de una madre sicóloga que luego de la separación dejó a los tres hijos al cuidado del padre. Era lector del folletín *Fantomas*, un héroe criminal que tomaba la personalidad de asesinadas y que mataba de formas extravagantes, usando, por ejemplo, ratas infectadas. Al entrar al equipo de apoyo militar de los muralistas, eligió el nombre de su héroe, *Fantomas*, pero lo llamaban *Fanta*.

El bebedor describe al *Fanta*, en una caracterización donde recurre a las películas de terror. El poema se llama “El Fantomas”:

*Le decían el Fanta,
le decían el fantasma.
Le decían el Fantomas.
Había trabajado en una carnicería de Chiguayante.
Sabía separar las partes de los cuerpos.
[...] Cuando su figura permanecía tras la potente luz del foco
crecía como un halo inclemente
y se adelgazaba amenazador
como un lúgubre personaje de un film expresionista.
Todo un Nosferatu en el pueblo [...]
Ese día lo dedicó por completo a una niña.
Una niña desaparecida de la oquedad de los baldíos
Que rodean la población La Libertad.
Una niña como tantas
temblorosa, gimiente [...]
La niña callaba
solo temblaba*

*ausente de su Destino.
Al final le puso un chocolate en la boca.
Tal vez para aliviar su trabajo tan duro,
tal vez por algo así como la piedad,
porque la niña no comía hacía días.
Cansado, al final de la jornada,
le susurró a la niña al oído:
“No te olvides que soy tu protector...”
Mientras la niña gemía, mientras la niña no cesaba de gemir (78).*

Yo creo que aquí Harris se gana el apodo de el “escritor maldito” de la poesía chilena. No sólo porque legitima la textualidad delirante del bebedor, tal como Baudelaire con el *hachís*, sino porque se atreve con lo mal-dito, con aquello que está prohibido de nombrar, como *el Fanta*. El poeta no está en la ética, el poeta se salta la prohibición de “se borrará tu nombre” e indaga en el agujero sin fondo de lo in-mundo.

Harris coloca al torturador ante lo más desvalido, la niña. Y más aún le da un habla, donde el torturador dice algo que se repetirá en varios poemas: “soy tu protector”. Harris pone las palabras del torturador entre comillas, insistiendo así que los/las lectoras observemos quién habla. El poeta se atreve con esta habla mal-dita, interdicta, prohibida. El arte no tiene ética.

Harris sitúa al torturador en Chiguayante, la misma localidad del bebedor. Son dos náufragos. Extraviados de la ley. Detenidos en tierras extrañas que les son seductoras. Espacios cerrados y perversos, como el castillo de Nosferatu, el castillo Silling de Sade, el castillo de Saló de Pasolini, lugares donde los sujetos pasan a ser objetos. Lugares donde conviven la voluntad de destruirse y de destruir. Quizás es lo mismo: la pulsión de destruir es también la necesidad de destruirse. Quizás Harris está indagando allí donde todos podemos naufragar. No me atrevo a entrar ahí. Ya tengo una mini Ítaca, quizás pobre, pero que creó un reino. Dejo esta lectura hasta aquí y que sigan los lectores que tienen el coraje de convertirse en el octavo náufrago.

LAS RAZONES Y LAS FUERZAS. ENSAYOS SOBRE FILOSOFÍA EN CHILE**

Alejandro Fielbaum S.

Santiago de Chile, Doble Ciencia Editorial, 2022, 309 pp.

Por Cristóbal Friz**

* Una versión preliminar de este texto fue leída en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano el viernes 2 de diciembre de 2022, con ocasión de la presentación del libro.

** Universidad de Santiago y Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Me parece obligatorio comenzar celebrando el libro de Alejandro Fielbaum, por varios motivos. En primer lugar, por aportar una obra al estudio y discusión de la filosofía en Chile. Labor esta que, si bien en el último tiempo ha contado con mayor interés que en períodos anteriores, persiste como una preocupación marginal en el orden filosófico institucional chileno. En este, como se sabe, aquello que puedan ser la *filosofía chilena*, o la *filosofía en Chile* —o, si se prefiere, incluso, en términos más generales, las relaciones entre *Chile y la filosofía*— resulta aún reputado como una preocupación secundaria, accesoria y marginal, respecto de la centralidad otorgada a ciertos autores y discusiones de la tradición europeo-occidental.

Otro motivo de festejo dice relación al propósito de abordar —de problematizar, más bien, según veremos posteriormente— eso que quepa llamar filosofía en Chile, con seriedad, rigor y sistematicidad. Lo cual contrasta con una serie de trabajos que creyendo arar en un terreno baldío, consideran suficiente plasmar una que otra opinión impresionista, sin prestar mayor atención —o a veces, digámoslo abiertamente, no prestando atención alguna— al conjunto de trabajos y discusiones que dan cuerpo a ese objeto problemático que se denomina filosofía en Chile. En tal sentido, el libro de Fielbaum exhibe la virtud de ser un texto erudito, inmensamente erudito y bien documentado, y que por lo tanto se ubica con propiedad en algunas líneas de discusión de la filosofía en Chile. Ubicarse con rigor y erudición en dicha tradición no inhibe, sin embargo, la creatividad del autor. Parece más bien que, fiel al subtítulo escogido, *Ensayos sobre filosofía en Chile*, el trabajo de Fielbaum se inscribe a su vez en la larga tradición del género ensayístico y que, como buen expositor del mismo, se aleja de una presunta intención de distancia u objetividad respecto del objeto que le concierne y le ocupa. El autor se atreve antes bien a ensayar —a explorar, tantear, probar, apostar, y por lo tanto a arriesgar y eventualmente fallar— respecto de las cuestiones que dan forma al volumen acá comentado.

Es justamente en el terreno recién descrito —el de las apuestas y los riesgos audazmente adoptados por Fielbaum— en el que deseo enmarcar estas breves palabras. Me interesa llamar la atención y detenerme en un conjunto de tesis, nudos temáticos, ideas-fuerza o momentos, o como bien puedan llamarse (pues no tengo claridad respecto de cómo nombrarlos adecuadamente), que recorren los ensayos del libro. Estimo que los mencionados nudos constituyen lo más provocador de *Las razones y las fuerzas* y, en consecuencia, lo que la obra más demanda pensar. Dichas ideas-fuerza, por lo tanto, dan lugar a las preguntas que abre el libro, y a las interrogantes que cabe formular al mismo.

Si de apuestas y riesgos se trata, conviene reconocer que, a pesar de su profusa claridad, la de Fielbaum es una obra en algunos aspectos inquietante, desconcertante incluso. Me refiero, para ser honesto, a lo desconcertante que han resultado algunos nudos o ideas-fuerza del libro, en la lectura que he realizado: siguiendo a Fielbaum, habrá que reconocer que toda lectura es siempre una interpretación, una apropiación, una traducción. Sin embargo —y esto es lo central—, el desconcierto señalado constituye lo más provocador y productivo del libro. Este pone en jaque, y aún amenaza con derruir, un conjunto de certezas que pueden ser acaso compartidas, de modo tácito, no reflexivo, por quienes se dedican a la filosofía en el país y, sobre todo, por quienes se ocupan de ese elusivo objeto llamado filosofía en Chile.

Como sabemos, el libro se titula *Las razones y las fuerzas. Ensayos sobre filosofía en Chile*. Es evidente el guiño al lema patrio *Por la razón o la fuerza*, que figura en el escudo nacional. El guiño representa sin embargo todo un problema, brillantemente trabajado por el autor. Fielbaum nos obliga, pues, a examinar y cuestionar el sentido de la conjunción disyuntiva que, al tiempo que separa, une razones y fuerzas. En tal sentido, su propósito no radica en mostrar líneas de continuidad entre filosofía y política; o, en términos más amplios, entre el orden del discurso, las *razones*, y el ejercicio del poder, las *fuerzas*. El libro tampoco pretende ser —o no pretende ser solamente— una compilación de ensayos *sobre* filosofía en Chile. De lo que parece tratarse, antes bien, es de un conjunto de tanteos y aproximaciones que tienen por cometido problematizar y poner en tensión los significantes *filosofía* y *Chile*, y, con ellos, las posibles relaciones que se pueda establecer entre los mismos.

Resultaría tentador abordar, si enfocamos ahora la conjunción copulativa presente en el título de la obra, los posibles vínculos entre razones y fuerzas, entre filosofía y política, en virtud de una presunta subordinación: ya sea que se afirme que los discursos legitiman al poder; ya, a la inversa, que se sostenga que un conjunto de relaciones de fuerza encarna, en el orden práctico, determinados principios teóricos. Tomando distancia de un enfoque como el señalado, los nexos entre filosofía y política son problematizados en el libro, en cuanto que el autor postula que, en Chile al menos, la dominación no ha requerido jamás de un sostén teórico. O, en términos más matizados, que, si bien las fuerzas se han eventualmente apoyado en razones que las avalan, nunca han *necesitado* de aquellas, en sentido estricto, para operar (pp. 41, 43, 45).

El que hemos graficado como un modo ingenuo de enfocar las relaciones entre filosofía y política, entre razones y fuerzas, descansa, según advierte Fiel-

baum, en una serie de supuestos que el libro invita a examinar críticamente. Es en el marco de este examen que se inscriben las tensiones a las que el autor somete a los significantes *filosofía* y *Chile*. Fielbaum sugiere que la pretensión de subordinar la filosofía a la política, del mismo modo que el propósito inverso de supeditar las fuerzas a las razones, reposan en una serie de supuestos que —creemos conveniente agregar— bien pueden constituir parte de las certezas asumidas acríticamente por un sector considerable de quienes nos dedicamos a la filosofía en el país. Uno de dichos supuestos es que la filosofía es algo dado, ya instituido siempre de antemano. Y que, en consecuencia, puede ser reconocido y distinguido —por una presunta comunidad, la ‘comunidad filosófica nacional’, por ejemplo, en caso de que la expresión entrecomillada tenga algún significado— en virtud de determinados rasgos susceptibles de ser consensuados por la misma.

La propuesta del autor adopta un signo inverso. Según Fielbaum la filosofía, las razones, son el objeto de una construcción constante, de una pugna sujeta a los juegos de traslado, de pérdida y ganancia, propios de la traducción: esta, la noción de *traducción*, juega un rol central en el libro. En dicho proceso de pugna y construcción, que tiene a la filosofía como protagonista y como objeto disputado, se procuran asentar los muros y divisiones de aquello que cabría entender por filosofía, al tiempo que —y esto es relevado por el autor— los puntos de fuga mediante los cuales sus presuntas fronteras se desdibujan, cuando no terminan puestas abiertamente en crisis. Valga lo anterior de muestra de que, en *Las razones y las fuerzas*, el concepto *filosofía* resulta hondamente problematizado. Con mayor razón lo será, por lo tanto, la expresión *filosofía en Chile*.

Sucede, pues, que *Chile* no es tampoco para Fielbaum un significante que denote una realidad sustantiva, ya constituida, y que en consecuencia podamos reconocer bajo el registro de determinados rasgos identificatorios. *Filosofía* y *Chile* comparecen, en la obra comentada, como objetos disputados. Disputados tanto por las razones que los nombran, como por los poderes que pretenden otorgarles un pretendido orden. Como consecuencia de lo anterior, la fórmula *filosofía en Chile*, que da forma al subtítulo de la obra, es escenificada como una cuestión problemática, toda vez que Fielbaum pone en cuestión tanto la pretensión de que exista una entidad a la que quepa llamar Chile —susceptible, por lo tanto, de ser expresada con propiedad por un discurso filosófico—, como que haya una filosofía ya instituida, a la espera de nombrar apropiadamente a Chile.

En sintonía con lo señalado —quizá, como un corolario de lo antedicho—, un nudo temático que recorre tenazmente *Las razones y las fuerzas* es la adopción de una posición crítica al humanismo. Según lo comentado, el libro pone en en-

tedicho la viabilidad de enfocar las relaciones entre filosofía y política, como si de ámbitos fijos se tratase. El autor nos recuerda que el propósito de un discurso que regule, encauce o dirija las razones, descansa en una pretensión no siempre explicitada: la de la autonomía de la filosofía, en cuanto saber que presuntamente se autoinstituye al otorgarse sus propias reglas. Tal pretensión reposa a su vez, según Fielbaum, en el supuesto, fundamental al humanismo y la modernidad, de la centralidad del sujeto en la historia. Así, al alero de ciertas coordenadas del pensamiento contemporáneo, el autor cuestiona el mencionado credo humanista, de acuerdo con el cual tanto las fuerzas como las razones serían expresión de una voluntad o una conciencia. Esto explica, por ejemplo, su opción por ciertas posiciones estructuralistas, en contraste con lo que vendría a ser un trasnochado, ingenuo o acrítico humanismo.

En virtud de la mencionada distancia respecto del humanismo, el libro se halla atravesado por un *elogio de lo indeterminado*, según la elocuente expresión utilizada por el autor: “Elogios de lo indeterminado” se intitula, justamente, el último capítulo del libro. La indeterminación encomiada exhibe, entre otras, la virtud de abrir discusiones y espacios. Según se ha insistido en estas páginas, un notable botón de muestra de este aserto lo constituye el descentramiento del que es objeto la noción misma de filosofía. La apertura mencionada comporta, pues, la posibilidad de considerar como discursos filosóficos, como razones, no solo a los sancionados por la institucionalidad universitaria (la presunta ‘comunidad filosófica nacional’ que mencionábamos socarronamente más arriba), sino también, y acaso preferentemente, a los provenientes de otros registros, entre los que cabe mencionar los estudios literarios y la crítica de arte. Resulta evidente que lo apuntado repercute asimismo en la noción de filósofo, y, por supuesto, de la filósofa, la cual se abre para ser interpelada por otros modos de ejercer la labor intelectual.

La indeterminación señalada repercute también sobre el significante *Chile*. Este, según lo anteriormente señalado, es enfocado por Fielbaum como el objeto disputado por una serie de discursos —algunos más pretendidamente filosóficos que otros— que pugnan por lo que ha sido y, sobre todo, por lo que puede llegar a ser aquello que reputamos, sin mayor examen, como una unidad jurídico-política a la que llamamos Chile. Entre los resultados de las referidas aperturas y descentramientos, *Las razones y las fuerzas*, junto con poner en tensión lo que sean la filosofía, la política y sus respectivas relaciones, —y acaso de un modo aún más decisivo, lo que pueda ser la política *en Chile*—, comporta, tal como la llama el autor, una promesa. La promesa, pues, de pensar otros derroteros posibles, abiertos, indeterminados, para el ejercicio filosófico (pp. 36, 45).

Insistiendo en el elogio de lo indeterminado que anima el libro comentado, me asalta como pregunta ineludible lo que dice relación a los posicionamientos, no solo filosóficos, sino sobre todo político-filosóficos, adoptados por el autor. Fielbaum afirma ubicarse en una perspectiva materialista de análisis. Identifica su intervención, además, como un aporte a la “única y ardua tarea de lo que creemos que podría seguir siendo hoy una posición marxista en filosofía” (p. 45). Cuesta, al menos en la lectura que he realizado (y reconozco, siguiendo a Fielbaum, que toda lectura es siempre una traducción, y por ello, un traslado y una apropiación), delimitar el sentido y los contornos de la mentada posición. Si bien, en virtud de los marcos en los que se inscribe el libro resulta consecuente pensar la política desde la indeterminación y nombrar la promesa de una “democracia como indeterminación, como autoindeterminación” (p. 300), cabe preguntar si, en aras de la acción —la que requiere, entre otras cosas, de una serie de intervenciones y apuestas puntuales en el mundo—, lo indeterminado no debe dar lugar a alguna forma determinada.

Por supuesto que una posición marxista, como la llama el autor, no puede sostenerse en la actualidad en el solo registro de la explotación económica y la lucha de clases. Resulta evidente también que los sujetos sociales y sus reivindicaciones no pueden seguir siendo enfocados en términos de identidades constituidas por posiciones presuntamente objetivas en el entramado productivo. Lo mencionado es atendible, sin duda, y la indeterminación de Fielbaum es consecuente con ello. Conviene preguntarse, sin embargo, si la promesa del libro, según la expresión del autor, de proponer otros modos de ser para Chile y la filosofía —y, cabría agregar, para la política en Chile—, pueda ser pensada desde marcos que pongan en jaque la validez de algunos supuestos fundamentales de la filosofía y del pensamiento político modernos. La promesa del libro, relativa a otras formas de filosofía comporta, pues, una fe en la filosofía misma, aun cuando esa fe no adopte otra forma que la de la promesa. Y esa promesa, me parece, debe mucho a la modernidad —me atrevo a pensar que es una promesa profundamente moderna— y, probablemente, al humanismo. Estas, entre otras tensiones que no cabe enumerar aquí, son las que nos invita a examinar lúcida y críticamente *Las razones y las fuerzas*.

EPISTOLARIO Y OTROS TEXTOS DE SANTIAGO ARCOS Y ARLEGUI

Santiago Arcos-Halyburton

Santiago de Chile, Editorial Arcos y Arancibia, 2023, 410 pp.

Por Joaquín Trujillo Silva

En Chile, se ha susurrado —y a veces levantado la voz— ante el escándalo de los descendientes o colaterales que se ocupan de erigir monumentos a sus antepasados. ¿Cómo lo público es tan feble, tan aficionado, que se deja persuadir, de buenas a primeras, por estos intereses tan creados? ¿No es que la verdadera gloria de un personaje, plasmada en una escultura o una biografía, debiera nacer de admiradores absolutamente ajenos a los lazos de la sangre? Hay casos, y no son pocos, en que un descendiente, disimulado bajo la vía femenina que se guarda los apellidos, logra un gran acto publicitario en favor de su antepasado. Otros, en el que se disimuló un poco menos, como con los escritos de Luisa Prats Bello, Joaquín Edwards Bello y Eduardo Vargas Bello sobre el abuelo de ella y bisabuelo de ellos, Andrés Bello. Pero ¿qué queda para las vías masculinas, tan sobreexpuestas? En este caso, Santiago Arcos-Halyburton escribe sobre Santiago Arcos Arlegui. ¿No fue suficiente la fama progresista del personaje para desatar la escritura de especialistas en la política del siglo XIX? O, por último, ¿no hubo entre los descendientes, entre los tantos —españoles, franceses y argentinos—, alguno, cuyo nombre y apellido pudieran camuflarlo? Parece que no.

Sin embargo, enhorabuena. Porque en este libro nada convencional, escrito por un personaje que se identifica, en cuerpo y alma, con el célebre Santiago Arcos Arlegui, se confirma la regla chilena: aquellos que de algún modo comparten la sangre, colaboran en la construcción del personaje histórico y no lo hacen nada mal. Este es un libro repleto de datos y detalles sabrosos sobre la vida, obra y, muy especialmente, divertimentos de Santiago Arcos. Si un consanguíneo arriesga caer en mitologías, en Arcos-Halyburton para nada. Es más, a ratos desacraliza sin pudor la imagen icónica de su personaje. Tanto, que podría fácilmente inscribirse en la tradición donosiana (de José Donoso, digo), esa de sacar a pasear a la propia tribu. Con más datos duros que conjeturas, aquí.

Además, esta ¿biografía? presenta ciertas peculiaridades que, para algunos, podrían calificarse de defectos, pero que, para mí son virtudes. Es ante todo un cuadro de época, un panóptico de los entornos europeos y americanos de la gran revolución de 1828, que se recuerda menos que la de 1789, pero que fue quizás más catastrófica. Concurren a este mural, infinidad de personajes, entre los que destacan Sarmiento, Bilbao, Mitre, Mansilla, Napoleón III y Eugenia de Montijo. Por lo mismo, no se ciñe permanentemente a una línea de tiempo. Pareciera que su autor hubiese recorrido la época a bordo de un globo aerostático, tan comunes por entonces, y provisto de binoculares para enfocar a Wally, digo, a ese otro Arcos del que nos ocupamos, siempre en salones, entre multitudes, aquí y allá, del lado este u oeste del océano Atlántico. Pues el protagonista, Santiago Arcos Arlegui, fue un personaje transatlántico.

Hermoso, porque hace tiempo que los libros de este tipo dejaron de ser piezas literarias. Lo fueron en tiempos de los hermanos Amunátegui, quienes escribieron las biografías de media República. Fue, por lo demás, el tono predominante en Balzac, que era principalmente un biógrafo de sus personajes de ¿ficción?... Es, sin duda, el mismo de este ensayo-novela-chismografía (de alto nivel). Su carácter ensayístico dice relación con un aspecto que ha caído en desuso: no hay en este libro nada de aséptico-académico-nordomaníaco. Por el contrario, su escritura está completamente contaminada por el detalle, la floritura, también el hachazo. Nada de remilgos, de falsas distancias, de ausencia de adjetivos que, si no dan vida, matan. Es un texto sin sangrías de caligrafía *scholar* o, para decirlo de forma beoda, sin bordes.

Y, principalmente, como salta a la vista, es el fruto de una obsesión, de una vida por el zar, de viajes y ensimismamientos dedicados a imaginarse a una porción de sí mismo (que es aquel que comparte, de algún modo, una genealogía) circulando en otros tiempos y otros espacios, una añoranza y un reflejo, un devenir del que, casi dos siglos después, Arcos-Halyburton se hace parte. Es una sinfonía fantástica en la que el Eugène Onéguine, de Pushkin y Tchaikovsky, se deja de ¿romanticismos?, y se declara un Marat. Y, afortunadamente, deja suficiente amor filial y descendencia, para que su personaje no sea abandonado a las aves carroñeras de la mediocre corrección.

**POLÍTICAS
Y NORMAS
EDITORIALES**

Política editorial

Mapocho nace en 1963 y es una publicación semestral dependiente de Ediciones Biblioteca Nacional. Acercando la literatura con las artes, la filosofía con las ciencias sociales, la revista publica artículos, reseñas o testimonios que busquen arrojar luces sobre tópicos diversos. *Mapocho* se concibe como un espacio abierto, libre, plural, que permite la convergencia de modalidades discursivas muy distintas, desde artículos más literarios o sensibles a las afecciones del alma hasta otros más impersonales o cercanos a las criticidades o positividads propias de las disciplinas científicas. Es parte permanente de su preocupación destacar actividades asociadas al patrimonio y la creación, tales como presentaciones de libros, epistolarios de escritores nacionales, recuerdos, entrevistas, fuentes bibliográficas sobre autores de distintas nacionalidades, la publicación de textos inéditos o de difícil acceso, entre otros bienes necesarios para el examen o la valorización de la herencia cultural.

Normas editoriales

La revista busca dar libre curso a la creatividad y singularidad de los autores cuidando, con particular atención, el rigor, la calidad y la pertinencia que exigen los diversos “códices” que circulan por sus páginas. El respeto al orden, al estilo o a la lógica que propone el autor es un valor que se desea resguardar, comprometiendo este valor la identidad misma de la revista. Sin embargo, hay ciertas normas o protocolos que se deben seguir con el objetivo de asegurar uniformizaciones básicas que permitan la coherencia estructural de la publicación.

1. Aunque la revista se reserva el derecho, previa autorización, de reeditar textos, los materiales que postulen a la publicación deben ser necesariamente inéditos.
2. Todos los textos serán evaluados por el consejo editorial.
3. Las referencias bibliográficas se deberán incluir a pie de página. Al término del texto, ordenada alfabéticamente, se deberá incluir la lista total de las referencias que ha venido mencionando al pie.
4. Los títulos de libros o de obras en general deben ir con letra cursiva (itálica), mientras que los artículos de revistas o capítulos de libros deben ir entre comillas.
5. Las referencias bibliográficas incluidas a pie página deben contemplar la información siguiente, en este orden y forma: autor, título del libro (artículo o capí-

tulo de libro), lugar, editorial, fecha y página (s). Ejemplo de libro: Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 347. Ejemplo de artículo o capítulo de libro: Michel Foucault, "Nietzsche, la Genealogía, la Historia", *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1980, p. 20.

6. Cuando las referencias se repitan, el autor deberá emplear la nomenclatura clásica contemplada para distintos casos (Op. cit., Idem., etcétera).

7. Las citas deben ir entre comillas redondas, y la cita dentro de la cita debe ir entre comillas simples. El uso de cursivas se reserva solo para destacados del autor y para citas de textos poéticos. Ni el uso de negritas ni tampoco el de subrayados forman parte del estilo de la revista.

8. El cuerpo del texto es punto 10,5, interlineado simple, con sangría entre cada párrafo, salvo aquel que comience el texto o sea subcapítulo del mismo. Las citas que se desprenden del texto por su extensión y que se constituyen en un párrafo aparte deben ir con sangría y sin comillas. Las notas a pie de página deben ir en punto 8. El nombre del autor se debe poner inmediatamente bajo el título del texto.

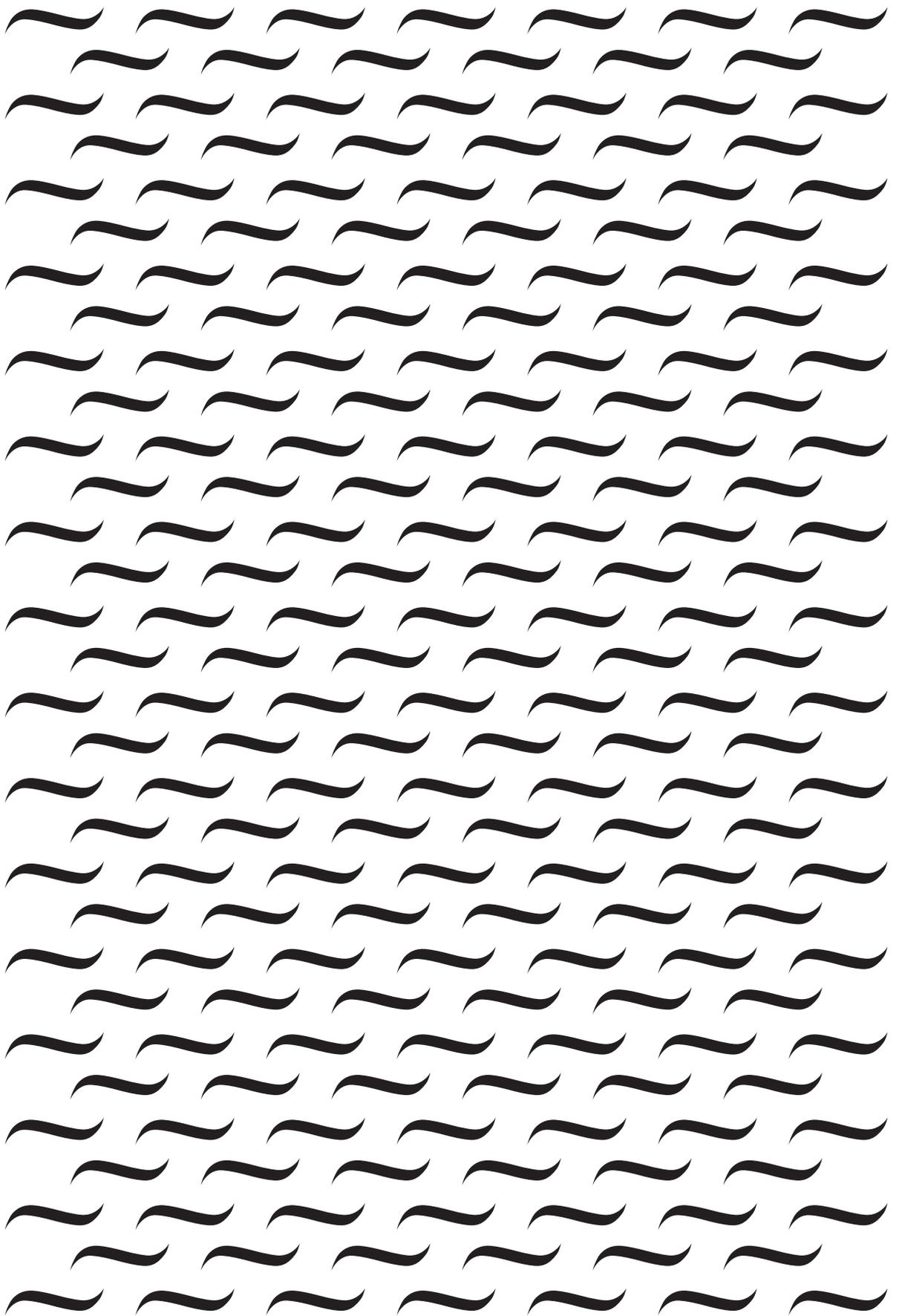
9. El autor debe consignar título, grado académico u otra identificación pertinente, además de su adscripción institucional. Esta información debe ir a pie de página, antes de las notas numeradas, y precedida por un asterisco.

10. Las reseñas de libros deben contemplar la información siguiente, en este orden y forma: título de la obra, nombre del autor, lugar, editorial, fecha y número de páginas. El autor de la reseña debe poner su nombre y apellido al final de la reseña.

11. El autor debe enviar textos en archivos que se puedan intervenir o que sean modificables en su formato.

C O L O F Ó N

El presente número se abre con un dossier dedicado al tema de la libertad en José Victorino Lastarria. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*, desarrollada por Roberto Osses y equipo, para los títulos se utilizó *Amster* de Francisco Gálvez. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos Chilenos 1776-1818*. Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición es digital y fue realizada en Santiago de Chile, primer semestre de 2021.



MAPOCHO

Dossier El tema de la libertad en José Victorino Lastarria ❖ El Lastarria liberal: clave aunque dimensionémoslo en su justa medida *Alfredo Jocelyn-Holt Letelier* ❖ Interpretando el pensamiento de Lastarria: la libertad como problema filosófico *Benjamín Ugalde* ❖ **Humanidades** La idea de democracia en Salvador Allende y sus proyecciones *Carlos Ruiz Schneider* ❖ Juan Francisco Manzano, Esclavo. *Autobiografía* (1835): reimpresiones de lectura *Rodrigo Cánovas* ❖ Santurce, memoria de una tierra prometedora: a propósito de *Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo*, de Rodríguez Juliá *Rubén González Orozco* ❖ Amores difíciles: *La Voz Sentimental* *Nicolás Cruz* ❖ **Testimonios** María Zambrano en la Embajada de la República española en Chile (Artículos olvidados de la guerra civil publicados en el diario *Crítica* de Buenos Aires) *Francisco Martín Cabrero* ❖ El año lírico de Nicomedes Guzmán *Luciano Leal Hernández* ❖ **De Puño y Letra** Manuscritos de Nicomedes Guzmán (en la conmemoración del centenario de su nacimiento) ❖ **Reseñas** *La casa de Platón (filosofía lúdica de la historia)*. Excurso: Proyecto Antroposófico por Militza Farga, de Cristóbal Holzapfel *Darío Montero* ❖ Los siete naufragos. Edición definitiva por Carlos Almonte y Juan Carlos Villavicencio, de Thomas Harris *Magda Sepúlveda Eriz* ❖ Las razones y las fuerzas. Ensayos sobre filosofía en Chile, de Alejandro Fielbaum S. *Cristóbal Friz* ❖ Epistolario y otros textos de Santiago Arcos y Arlegui, de Santiago Arcos-Halyburton *Joaquín Trujillo Silva* ❖

